Seneath this MSK

Everyone is hiding something.

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

MEGHAN MARCH

Ex piloto de combate de la Armada. Hijo de un congresista. Exitoso hombre de negocios por derecho propio. Con un currículum como el mío, las mujeres nunca han sido un desafío.

Hasta que la conocí.

Esta chica mala, sexy y tatuada no era parte de mis planes, pero ese golpe en mi estómago cada vez que la veo me dice que tengo que saber más.

Ella es un misterio. Un enigma. Un reto.

Voy a descubrirla, y luego la haré mía.

Descubriremos lo que está escondiendo... debajo de esta máscara.

Capítulo 1 Charlotte

Salí del estrado de los testigos con la sensación de haber sido desollada y destripada, mis entrañas dispuestas para la vista del público. Me negué a encontrar la penetrante mirada de aguamarina de mi padre, la misma que veía cada vez que me miraba en el espejo. En cambio, me concentré en las mangas de su chaqueta de traje Armani a rayas azul marino y sus llamativos gemelos de diamantes parpadeando a la luz fluorescente de la sala del tribunal. Mi padre era general, flanqueado por su ejército de abogados defensores de mil dólares por hora. No es que pudieran salvarlo. El disgusto en los rostros de los miembros del jurado habló más fuerte que cualquier defensa enrevesada que pudieran montar. Me deslicé por la puerta batiente de madera y miré a mi madre, sentada primordialmente, con los tobillos cruzados y las manos cruzadas, con su traje Chanel favorito y joyas de oro de buen gusto. Lisette Agoston era la imagen por excelencia de una mujer parada junto a su hombre. Ella esperaba que tomara asiento a su lado. El asiento que había desocupado horas antes, con las manos sudorosas y el estómago revuelto, para dar mi testimonio y soportar el brutal interrogatorio. Pero no pude Ya no podía sentarme y ser la hija ingenua y hacerlo. solidaria. Entonces seguí caminando. No miré a los miembros boquiabiertos de la prensa ni a las burlas despectivas de las víctimas. Abrí la pesada puerta de madera tallada y tomé mi primera respiración profunda de aire que no estaba llena de mentiras.

Ya lo había hecho.

Con ellos.

Con esta vida.

Con todo eso.

Todo había sido un cuento de hadas meticulosamente construido, y había sido demasiado ciega y confiada para ver a través de la fachada. *Ya lo había hecho*. La vergüenza ardiente me inundó. Las palabras del Asistente del Fiscal Federal sonaron en mis oídos:

¿Qué se siente al darse cuenta de que su vida privilegiada ha sido pagada con los sueños de otras personas?

La objeción llegó demasiado tarde para evitar las palabras cortantes. Pero ninguna objeción podría borrar el hecho de que tenía razón. Mi vida había sido pagada con dinero desviado de los ahorros ganados de decenas de miles de duramente inocentes. Muévete sobre Bernie Madoff. Alistair Agoston descubrió una mejor manera. Exponencialmente más complejo y devastador, porque en el momento en que el esquema comenzó a derrumbarse, \$125 mil millones desaparecieron en el aire. O cientos de cuentas en el extranjero. Nadie estaba realmente seguro. Mi padre se negó a admitir nada, pero las docenas de cargos formulados por la Comisión de Bolsa y Valores y el Departamento de Justicia garantizarían que pasara el resto de su vida en una prisión federal.

Y después de la cruz a la que acababa de ser sometido, estaba claro que el fiscal federal adjunto pensó que debería unirme a él con un traje naranja. Si confiar en tu padre fuera un crimen, también tendría razón en eso.

Salí del palacio de justicia, bajé corriendo las escaleras de mármol a través del guante de periodistas que gritaban, esquivando los micrófonos y las cámaras que me pusieron en la cara.

```
—Charlotte, ¿sabías que...?
```

[—]Charlotte, ¿dónde está el dinero?

—Charlotte, ¿te están cobrando? ¿Hiciste un trato?

Me golpearon con preguntas hasta que me metí en un taxi y cerré la puerta.

—Este 60 y 3, por favor—. Mi plan era simple: que el taxista me dejara a un par de cuadras de casa y se colara en la entrada de servicio de nuestro edificio sin ser visto ni reconocido. Mi cabello rubio fresa, pesado en la fresa, era demasiado distintivo. Eso sería lo primero que iría tan pronto como saliera de esta ciudad. Apreté mi bolso contra mi pecho. Mi futuro, un boleto de ida a Atlanta, donde podría desaparecer hasta mi destino final, estaba escondido dentro. Era el entrenador de vuelo por primera vez en mi vida, un hecho del que no estaba orgullosa. Envolví mi cabello en un moño bajo y saqué un par de gafas de sol gigantes y una bufanda de mi bolso. Algo disfrazada, mantuve la cabeza baja hasta que el auto se detuvo. Lanzando algunas facturas al taxista, salí del taxi.

El ascensor de servicio subió cincuenta y un pisos, deteniéndose en el ático. Mi mano tembló mientras escribía el código requerido para ingresar. Al abrir la puerta, entré en el espacio cavernoso y ultramoderno que era el hogar de mi familia en Manhattan. Después de que se dictara el inevitable veredicto de culpabilidad, se convertiría en propiedad del gobierno federal junto con el resto de los escasos recursos que el FBI había logrado encontrar y congelar. Para financiar mi fuga, cobré \$20,000 en bonos de ahorro que encontré escondidos en mi biblia de la Primera Comunión. Traté de no detenerme en la ironía de que mi salvación se encuentra en el buen libro.

Mi única bolsa ya estaba empacada, pero un observador casual nunca sabría que había sacado algo de mi vestidor. Los estantes de trajes de diseño y alta costura que mi madre insistió en que usara no habían sido tocados. Los estantes de Manolos y Louboutins estaban intactos. No tenían lugar en mi futuro. Nunca me pondría otro traje y entraría en Agoston Investments, ni en ninguna otra compañía de

buena reputación. Nunca aplicaría a Wharton y obtendría mi MBA¹. Ingenuamente pensé que de alguna manera podría expiar los pecados de mi padre lanzándome a obras de caridad. Poner en práctica mi título de finanzas recién ganado por una buena causa. Me habían reído de todas las organizaciones que había visitado en los últimos dos meses. Nadie me quiso. Y no podía culparlos. Tampoco confiaría en nadie con mi apellido.

Después del último rechazo, había tomado una decisión: nunca usaría mi título para mi propio beneficio. Nunca. No me lo merecía. Podría haberlo ganado yo misma, pero ¿cómo podría sacar provecho de ello con buena conciencia? Junto con esa decisión, me di cuenta de que no tenía futuro en esta ciudad, donde siempre me verían bajo una nube de sospecha. Entonces comencé a planear mi escape.

Me quité el blazer negro de lana de Saint Laurent y el vestido con cuello en V y los colgué en sus lugares apropiados. Me puse un par de jeans negros ajustados, un tanque y una sudadera con capucha de American Apparel, y el par de Chucks negros de contrabando que había escondido en el fondo de mi armario. Esta era la nueva yo. Esta era la yo que nunca volvería a poner un pie en este ático. Después de vestirme, dejé mi teléfono celular en el tocador, colgué una bolsa de lona negra sobre mi hombro y me dirigí a través de la cocina hacia la entrada del personal. Parecía apropiado. Entrar por la puerta de entrada en un sentido y dejar atrás a una persona diferente.

Juanita, la ama de llaves que había sido parte de mi vida durante todos mis veintidós años, bloqueó la puerta. Miró fijamente mi atuendo y la bolsa. —¿Y a dónde crees que vas, hmmm?

—A otro lugar—. Por mucho que quisiera decirle dónde, no pude. Quería que ella tuviera una negación plausible.

_

¹ Master of Business Administration, título académico de maestría.

Ella me envolvió en sus brazos suaves y familiares y me abrazó. Lisette Agoston no me abrazó. Y ella se estremecería al verme abrazando a la ayuda. Para la hija de un fontanero del norte del estado de Nueva York, no había tenido problemas para convertirse en una zorra clasista.

—No puedes huir de esto, cariño.

Retrocedí, detestando liberarla por lo que podría ser la última vez, y me encontré con sus amables ojos marrones. —Lo sé. Pero puedo intentarlo.

Saqué un sobre sellado del bolsillo de mi bolso y lo extendí. — ¿Podrías asegurarte de que mi madre reciba esto?

Ella me dio una sonrisa triste. Me arrojé a sus brazos una vez más. Besé su mejilla de papel y parpadeé para contener las lágrimas. —Gracias. Por... todo.

Ella dio un paso atrás, y sus manos agrietadas ahuecaron mi cara. — Charlotte, solo porque eres la hija de tu padre no te hace quererlo.

Asentí. Porque ella discutiría conmigo hasta el final de los tiempos para probar su punto. Pero ella estaba equivocada acerca de este. Yo *era* la hija de mi padre. Su sangre. Levantada en su imagen para seguir sus pasos. Si él era capaz de ese tipo de maldad, ¿de qué era capaz? Nunca quise averiguarlo. Besé su mejilla una vez más y abrí la puerta, dejando atrás la única vida que había conocido.

Capítulo 2 Simon

Un año después.

Nueva Orleans, Louisiana.

—Hacerte tatuar el nombre de Mandy en tu trasero es la peor idea que has tenido. Y eso dice algo. —Sonó un sonido metálico, y una ráfaga de aire frío me golpeó cuando Nate y yo seguimos a Derek hacia Voodoo Ink, esperando que pudiera hablar con él. No solo sería el peor padrino de la historia del planeta, sino que Mandy tendría mi trasero. No había forma de que esto no terminara siendo mi culpa.

Dibujos en flash empapelaban las paredes negras. Pequeños pinchazos de luz centelleaban en el techo, que se arremolinaba con pintura blanca, roja y negra. Parecían un millón de estrellas en un cielo apocalíptico. El lugar era espeluznante, pero tenía una reputación fenomenal.

—A ella le encantará, hombre. Conozco a mi mujer—, dijo Derek, sus palabras arrastradas. Me encogí de hombros, esperando que este lugar se negara a tatuarle el culo borracho.

Una mujer menuda vestida con jeans ajustados y una camiseta blanca ajustada salió del pasillo para pararse detrás del mostrador. Su cabello colgaba en ondas que se detenían a mitad de camino por su espalda. Los enredos de negro estaban intercalados con secciones teñidas de rojo intenso y púrpura. Los tatuajes comenzaban en sus hombros y continuaban hasta sus muñecas. Algunos eran palabras, otros intrincados dibujos en negro y gris. Incluso más eran de colores

brillantes, diseños remolinos. Ella entrecerró los ojos y nos evaluó. Me imaginé desde su perspectiva: tres tipos, vestidos con jeans y camisas de vestir parcialmente desabrochadas, cortesía de las strippers que apenas habíamos escapado. Probablemente parecíamos imbéciles. Y uno de nosotros quería tatuarse el trasero. Sí. Total de jodidos imbéciles.

- —¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?—Ella inclinó la cabeza y vio a Derek tropezar con una de las sillas de la sala de espera. Le devolví el tirón y lo estabilicé.
- —Quiero un tatuaje aquí mismo—. Derek golpeó el lado derecho de su trasero. —Del nombre de mi novia—. La mujer inclinó la cabeza en la otra dirección.
 - —¿Parece una buena idea para ti?—, Preguntó ella.
 - —A ella le encantará.

Ella apretó los labios. —Dudoso—. Me miró por primera vez. — ¿Despedida de soltero?

Asentí, con la lengua gruesa. Sus ojos color aguamarina me atravesaron. Nunca había visto ojos de ese color. Sus rasgos eran delicados, con pómulos altos y una nariz ligeramente torcida. Su cabello oscuro y vibrante parecía estar en desacuerdo con su piel pálida y cremosa. La combinación del cabello, los ojos y los tatuajes fue sorprendente, más intoxicante que la docena de bebidas que ya había consumido. Ella era el polo opuesto de las mujeres perfectamente arregladas y cuidadas que mis padres me empujaron. Ella era... no podía pensar en una palabra que no sonara estúpida, incluso en mi cabeza.

- —Me temo que no podemos ayudarte. Tenemos una estricta política de tatuajes de 'idea sin tonterías' para personas borrachas.
 - —Vamos... no seas así—, dijo Derek.

Nate agregó, —Estás como a dos cuadras de Bourbon. Tienes que tatuar a gente borracha todo el tiempo.

Ella señaló el letrero en la pared. Decía: *Lista de tareas pendientes de NOLA*²: 1. Hacerse un tatuaje. 2. Emborracharse.

—Somos fanáticos. Vuelve mañana después de que hayas terminado de vomitar. Si todavía quieres el nombre de tu futura esposa en tu trasero, Dalila o Con estarán encantados de hacerlo. Que tengas una buena noche. —Fingió una sonrisa y asintió hacia la puerta. Nos habían despedido.

Derek se quejó, pero lo siguió cuando Nate lo llevó afuera. Mis pies estaban enraizados en el piso de linóleo a cuadros blanco y negro. Incluso a través de la neblina del alcohol, un pensamiento sobresalía: no podía irme sin obtener su nombre.

—¿Cómo te llamas?

Su mirada entrecerrada cayó sobre mí y comenzó a alejarse. No. No podía dejarla ir sin descubrir su nombre. Pudo haber sido una compulsión de borracho, pero de todos modos fue una compulsión. Estiré la mano sobre el mostrador y agarré su muñeca. Ella se congeló.

—¿Tenemos un problema aquí, Lee?—Un hombre alto y rubio vestido con una remera desteñida de Jimi Hendrix y jeans rotos, tatuado desde el cuello hasta las muñecas, salió de la habitación trasera. Se detuvo junto a *Lee* y la rodeó con un brazo, atrayéndola hacia él. El gesto fue tan posesivo que incluso mi borracho culo no podía fallar. Dejé caer su muñeca.

—No hay problema. Solo quería saber su nombre.

Él levanto una ceja. Bajo la tinta, él seguía siendo el punk que había sido expulsado de nuestra escuela preparatoria por hacer boxeo en la

.

² Nueva Orleans

oficina del director de atletismo. Si recordaba correctamente, había terminado en la escuela militar después de ese truco. Contantine Leahy. Bueno, joder.

—Está bien, Con. Estoy bien. Se estaba yendo. —Una segunda despedida. Y estalló.

Con me miró, sus ojos no revelaban nada. Bajó la mirada hacia el tatuaje en el interior de mi antebrazo. —Retocamos el trabajo para veteranos de forma gratuita. Regrese en cualquier momento, antes de comenzar a inclinarlos hacia atrás. —Él movió una barbilla hacia el letrero. Observé su mano enroscada alrededor de su cintura. Era demasiado familiar para ser un acto. Parecían una pareja perfecta. Toda tinta y jodidas actitudes.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. —Me di la vuelta y me alejé. Me dije que era lo mejor. Ella no era para mí. Pero esos ojos...

Capítulo 3 Charlie

—¿Fue realmente necesario el acto del hombre de las cavernas?— , Le pregunté a Con, mi jefe, amigo y, a veces, folla amigo, mientras salía de su abrazo.

—Tal vez quería que lo hiciera—. Nuestro acuerdo fue completamente abierto. La única regla: si estaba con otra persona, tenía que hacerse la prueba antes de que volviéramos a reunirnos. Bueno, supongo que realmente era mi regla para Con. Todavía no había necesitado hacerme la prueba, pero regularmente se iba a casa con otras mujeres. No sentí celos. De vez en cuando usaba a Con para sentirme cerca de alguien, y no me dolía que fuera un laico estelar. Era el único chico que me había tocado de una manera más que casual desde que me fui de Nueva York. Empujé la idea del hogar a la parte posterior de mi cerebro. Después de todo, ya no estaba en casa. Había pasado días sin pensar en mi antigua vida. Fue un juego que jugué. ¿Cuánto tiempo podría pasar sin recordar? Estaba mejorando en eso. El sexo, la bebida y los tatuajes ayudaron. Aunque, fui un poco ligera sobre la porción sexual de la ecuación últimamente; habían pasado más de dos meses desde que había estado con Con.

—Sí, claro. Él no era exactamente tu tipo.

—¿En serio?—Señalé a la puerta. —¿Viste al mismo chico que yo? Porque era del tipo de todas las mujeres. —Alto, de hombros anchos, con cabello oscuro peinado de esa manera ingeniosamente desordenada, un pequeño rastrojo en su mandíbula y brillantes ojos

color avellana. La tinta militar en el interior de su antebrazo con cable también estaba bastante caliente.

—Un poco directo para ti, Lee. Créeme. Además, ni siquiera deberías pensar en irte de aquí con un tipo que acabas de conocer. Pensé que eras más inteligente que eso. —Con me frunció el ceño.

Hice una mueca, sintiéndome culpable y sabiendo que tenía razón. En mi búsqueda por mentir lo menos posible sobre mi pasado, dejo que las personas asuman lo que quieran sobre mis motivos para mantener un perfil bajo. Suposición de Con: estaba huyendo de un novio abusivo. Algunos días deseaba que esa fuera la verdad, y luego quería patearme el trasero por sentir pena por mí misma y pensar que mi situación desordenada era tan mala como la de una mujer maltratada. Además, no merecía lástima. Incluso de mi misma.

Miré el reloj. —¿Te importa si me voy? Estoy trabajando en un turno temprano mañana.

Me apartó el pelo de la cara. —Trabajas demasiado duro. Desearía que me dejaras... —Su declaración se desvaneció cuando aparté la vista. Fue una conversación que tuvimos demasiadas veces para contar. —Toma tu perro callejero y sal de aquí, Lee—. Con es la única persona que me llama Lee. Afirmó que era demasiado sexy para llamarme por el nombre de un chico. *Lo que sea*. Afortunadamente, dado lo que él suponía que era mi *situación*, me pagó debajo de la mesa y nunca me pidió ver mi identificación. Así que le dejé que me llamara como quisiera.

Yo sonreí. —Gracias, jefe—. Silbé chillonamente, y él se tapó los oídos con las manos.

- —Jesús, joder. ¿Era eso necesario?
- —Eso es por bloquearme la polla.

Con puso los ojos en blanco cuando mi perro atigrado salió de la habitación de atrás. Su cabeza se levantó más allá del mostrador, y él tenía treinta pulgadas de alto en sus ancas. Huck y yo habíamos llegado a Nueva Orleans el mismo día un año antes, o eso me habían dicho. Lo conocí en mi tercer día en Crescent City. Era el nuevo residente de la Sociedad Protectora de Animales de Nueva Orleans, y yo era su nueva voluntaria. Eché un vistazo a las treinta libras de cachorro con aspecto de cachorro de oso polivinílico y le supliqué a abuela honoraria y propietaria, si ella permití Harriet, mi mascotas. Ella estuvo de acuerdo. Cuando supe que lo habían encontrado flotando por el Mississippi sobre una pila de madera contrachapada y neumáticos viejos, me di cuenta de que era mi propio Huckleberry Finn³. Avance rápido un año, y otras 130 libras, y Huck y yo éramos inseparables. Lo mejor que pude imaginar, fue un cruce entre un mastín inglés y un gran danés. No estaba segura de qué otra combinación produciría un monstruo así. Era mi bebé, mi tutor y parte insustituible de la nueva familia construido. Desafortunadamente, mi voluntariado había sido reducido por mi horario de trabajo loco.

Con me golpeó el trasero y Huck gruñó suavemente. —Guárdalo, perro callejero. Te dejé dormir en mi maldito sofá. —Con extendió una mano y Huck la golpeó con la cabeza. Me preguntaba si Con hubiera sido alguien que Huck no conocía, si podría haber perdido esa mano. Era una teoría que no quería probar.

—Sal de aquí entonces, niña. Te veré mañana—. Con se inclinó y rozó un beso en mi sien.

Cogí mi bolso de la sala de descanso y salí por la puerta trasera. Desenganché mi Schwinn azul pálido y enganché una correa

³ Las aventuras de Huckleberry Finn: La historia se desarrolla junto al río Misisipi, el cual recorren Huck y un esclavo prófugo llamado Jim, huyendo del pasado que han sufrido con el propósito de llegar a Ohio.

al cuello de Huck. Él toleraba la indignidad por la apariencia —y la ley de la correa— por el bien. Dada la espesa multitud del viernes por la noche, opté por caminar en lugar de andar en bicicleta. Jimmy, mi vendedor de perritos calientes favorito, se instalaba en la esquina de Bourbon y St. Louis. Él sonrió y agitó sus pinzas mientras me deslizaba entre la masa de personas.

- —¿Quiere lo de siempre, señorita Charlie?
- —Sí, señor. Uno con todo y uno sencillo.

Me entregó un hot dog envuelto y el otro sin envolver. Huck se sentó a mis pies, lamiendo sus chuletas; él sabía cómo funcionaba esto. Se bebió el suyo en dos mordeduras de cabeza.

Sacudí mi cabeza. —Algún día aprenderás a saborear tu comida, lo juro—. Miré a Jimmy. —Tenga una buena noche. Nos vemos mañana.

—Es una cita, Sra. Charlie. Sin duda, es una cita.

Empujé mi bicicleta, y los juerguistas borrachos se separaron como el Mar Rojo. Era un hecho común cuando viajaba con Huck. Su zancudo era puro rey de las bestias, y parecía malvado, así que nadie nos molestó.

Media milla más tarde saqué mis llaves y abrí la estrecha puerta de hierro forjado que bloqueaba el pasaje que conducía a mi oasis de jardín secreto. De acuerdo, el oasis del jardín secreto de Harriet, pero ella me dejó usarlo. Cerrando la puerta detrás de mí, desabroché la correa de Huck, y él trotó hacia su sección de césped designada. Después de ocuparse de los negocios, ascendimos por la escalera de caracol de hierro forjado que conducía a mi apartamento de 500 pies cuadrados. Tenía pisos de madera, un espacio que podría llamarse libremente una cocina, un baño pequeño y tragaluces que salpican el techo. Puede ser pequeño y humilde, pero era mío. Bueno, de nuevo, era de Harriet, pero ella me lo arrendó. La mujer era mi

propia hada madrina. Ella era la abuela de mi mejor amiga loca de la universidad. La que mi madre me rogó que no me hiciera amiga porque tenía tatuajes, e incluso peor, ella era demócrata. Lena Zwiers era más socialista, pero no se lo dije a mi madre. Después de la universidad, había optado por un período en el Cuerpo de Paz y ahora vivía en Madagascar. Además de ser una amiga fantástica, aunque de larga distancia, Lena le había rogado a Harriet que me dejara alquilar el lugar. Así que cuando llegué, recién salida del Greyhound de Atlanta, con mi pelo negro que todavía apestaba a tinte barato, me había acogido con los brazos abiertos. Pagué un alquiler justo, pero Harriet me trató como a más que un inquilino. Harriet, una astuta empresaria propietaria de varias tiendas en el barrio, prefería pasar su tiempo pintando y viajando por el país para mostrar su arte. Había dedicado la gestión de las tiendas a empleados de confianza, uno de los cuales había aceptado contratarme, a pesar de que Harriet era mi casera. Por eso tengo un turno temprano mañana por la mañana en el Dirty Dog, una tienda de ropa vintage y novedad. Miré el reloj y suspiré. Sería otra noche de muy poco sueño.

Limpié el delineador negro y pesado de alrededor de mis párpados y untada con crema para la cara antes de acurrucarse en mi cama. Extendí una mano para revolver el pelaje de Huck donde dormía sobre la alfombra. Con mi otra mano, tracé la tinta en mi brazo revelada por el tenue resplandor de la claraboya. Con cada línea que la aguja zumbaba en mi piel, me alejaba un paso más de mi vida anterior. Los tatuajes se habían convertido en algo más que camuflaje para esconder a la chica que había sido; eran una declaración de que nunca volvería. Me marqué permanentemente para asegurarme de que nunca más podría encajar en la vida que había llevado anteriormente. La vida de la que había huido en lugar de enfrentarme todos los días como hija de mi padre. En lugar de enfrentar constantes cuestionamientos por parte del FBI y la posibilidad de que el Departamento de Justicia finalmente decidiera que a pesar de la

verdad que había dicho en el estrado, era de alguna manera culpable de los crímenes de mi padre. Podía admitir libremente que había sido cobarde correr, pero al menos al correr me di la oportunidad de tener algún tipo de futuro. Un futuro donde cada una de mis respiraciones no sería analizada y diseccionada. Cada tatuaje era una elección consciente y deliberada para avanzar hacia la nueva yo. Había tomado la pequeña chispa que siempre ardía para rebelarse contra las directivas de mi madre mientras me preparaba para ser una princesa de sociedad perfecta, y había avivado las llamas. La ironía era que, aunque había asumido una identidad falsa, finalmente estaba descubriendo la verdadera yo. Todo lo que se necesitó fue arrancar las anteojeras que había usado durante veintidós años.

Capítulo 4 Simon

Abrí la puerta de Voodoo Ink a las cuatro de la tarde del sábado. Había pasado la mañana suspendido y patético, con un pensamiento de la noche antes de molestarme, no había forma de que esa chica fuera tan impresionante como recordaba. Quiero decir, tenía gafas de cerveza, gafas de tequila, gafas de huracán y todo tipo de gafas por ahí. Pero mi curiosidad me había vencido. Era un hilo de mi compulsión borracha de la noche anterior que mi cerebro no soltaba. Tenía que saberlo.

Al igual que anoche, la campana sonó y una ráfaga fresca de aire acondicionado me golpeó cuando entré. El lugar estaba desierto e, incluso sobrio, todavía tenía un aspecto espeluznante. Una mirada a la puerta me dijo que acababan de abrir y que permanecían abiertas hasta las 2 de la mañana. No podía entender cómo la regla de no tatuar a los borrachos les daba suficientes clientes para permanecer abiertos tan tarde. No es mi negocio ni mi problema. Una mujer con cabello rubio y rosado hasta la barbilla, con un vestido de lunares rosa y naranja estilo años 50, estaba sentada en el mostrador.

No Lee.

Y sí, recordé su nombre, incluso después de los dos últimos compases que tocamos.

—Hola guapo. ¿Cómo puedo ayudarte?

Miré a mí alrededor, pero no vi a nadie más. Decepcionante, pero valió la pena intentarlo. Eché un vistazo a mi tatuaje descolorido. También podría hacer que el viaje sea útil.

—Con mencionó algo acerca de hacer retoques para veteranos—. Extendí mi antebrazo donde el tridente y el ancla que había obtenido poco después de graduarme de la Academia Naval ahora eran de un gris opaco.

La mujer abrió el libro de citas en el mostrador y luego extendió una mano con uñas de punta naranja. —Soy Dalila, y estaría feliz de hacer eso por ti. Gracias por tu servicio. —Le di la mano y la seguí a una de las pequeñas habitaciones donde apartó la cortina negra. — Soy la única aquí en este momento—, explicó. —Es posible que nos interrumpan con visitas sin cita previa, pero elegiste un buen momento, porque las cosas generalmente no mejoran hasta más tarde.

Casi pregunté por Lee, pero contuve la lengua.

Los ojos de Delilah se entrecerraron ante mi silencio. —No pienses que eso significa que no te joderé si intentas hacer un movimiento sobre mí. No tienes el tipo de equipo que me gusta.

Reprimí una sonrisa ante su expresión seria. —Debidamente notado, señora.

Ella se puso a trabajar.

Poco más de una hora después, estaba muy feliz con el tatuaje retocado. Se veía mejor de lo que tenía cuando lo obtuve originalmente. Le disparé a Delilah y ella me hizo otro tatuaje. Uno en el que había estado pensando conseguir durante años, pero que nunca había tenido tiempo de hacerlo. Fue un memorial. Una lista de fechas que conocía de memoria y las señales de llamada de los hermanos que había perdido. Guion simple. Nada sofisticado. Pero hace mucho tiempo. Me estaba quitando la camiseta para que pudiera colocar el papel de transferencia en mi omóplato izquierdo cuando

escuché una puerta cerrarse y lo que sonó como clavos haciendo clic en el piso de linóleo. Y entonces escuché *su* voz.

—¡Lo siento, llego tarde, Dalilah! Huck persiguió a uno de los carruajes tirados por caballos y me sacó de mi bicicleta. Me rasgué mis malditos jeans y necesito el maldito botiquín de primeros auxilios.

Delilah entró en acción, pero yo me quedé en su lugar.

—Oh cariño, mira tú rodilla. Y tus manos Ay. Límpiate tú misma. Tengo esto cubierto. Solo estoy haciendo una cita. —La voz de Delilah bajó. —Y si me gustaran los chicos... déjame decirte...

Alguien resopló. —Muchas veces como te he escuchado decir eso... ¿no crees que podrías ser bi-curiosa?

Mi atención se desvió de su conversación cuando los clavos se materializaron en la puerta de la pequeña habitación como un enorme perro de mierda. Su pelaje arremolinado negro y marrón era corto, grueso y denso. Me miró con sus gigantes ojos marrones oscuros.

—¡Huck! Vamos, bebé. Sal de allí. —La voz de Lee era un alto ahumado y sexy como el infierno.

Ella asomó la cabeza por la habitación. —Lo siento—Ella se echó hacia atrás. —Eres tú.

No pude evitar la sonrisa que tiraba de las comisuras de mi boca. No era solo un cliente sin rostro. Bueno saber.

—Y eres tú. Lee, ¿verdad?

Ella asintió lentamente. —Charlie, en realidad. Con es el único que me llama Lee.

Le tendí la mano. —Simon.

Extendió la mano para corresponder el gesto, pero vi los furiosos rasguños rojos en la base de la palma de su mano, y giré su pequeña mano en la mía. —Probablemente deberías ocuparte de eso.

Ella arrugó la nariz. —Lo sé. Pero va a doler como el infierno cuando vierta esas cosas punzantes sobre él. Estoy intentando piquearme primero. —Miró al perro que se había movido para colocarse directamente entre nosotros. —Y necesito llevar a Huck a la trastienda. No me gusta dejarlo vagar. Asusta a la mierda a los clientes.

—Ya que es más o menos del tamaño de un pony, puedo ver por qué—. El perro me estaba mirando mientras sostenía la mano de su ama en la mía. —¿Me va a hacer pedazos por tocarte?

Ella sonrió al gigante peludo. —Si él pensara que eras una amenaza, probablemente. Si él te conociera, tal vez no. Pero no te conozco, así que no te presentaré a mi perro. Por lo que sé, podrías ser un acosador espeluznante. —Me miró de arriba abajo y se me ocurrió que estaba sin camisa. Y estaba estudiando el tatuaje sobre mi músculo pectoral izquierdo... y el resto de mi pecho... y mis abdominales... antes de arrastrar su mirada hacia mi cara. Si supiera algo sobre las mujeres, lo que era discutible para cualquier hombre, habría dicho que parecía interesada.

Solté su mano y volteé mi antebrazo. —Volví para mi retoque. Y Delilah me va a conectar con otro.

—Ella hace un gran trabajo. Estoy seguro de que estará satisfecho.
—Charlie inhaló y dejó escapar un largo suspiro. —Creo que mejor me voy a limpiar. Vamos, Huck.

Se dio la vuelta y el perro la siguió de cerca.

Bueno, tuve mi respuesta.

Es tan hermosa como la recordaba.

Capítulo 5 Charlie

Saqué el botiquín gigante de primeros auxilios de debajo del lavabo de los empleados. No le baño había mentido chico. Simon. Realmente no quería derramar esa mierda en mis manos y rodillas. Me dolería como el infierno, y Juanita no estaba aquí para soplarlo y disminuir la picadura que tenía cuando era una niña. Maldición. Dos días seguidos. Pero no pude dejar de lado el pensamiento de Juanita. La extrañaba. Seguí su vida lo mejor que pude con mis paradas poco frecuentes en la biblioteca pública. Allí, al menos, mis búsquedas y navegación en Internet no podían ser rastreadas hasta mí. Pero como la biblioteca no era amiga de Huck, y casi lo llevaba a todas partes, no pude mantenerla tan cerca de ella como me hubiera gustado. La presencia de Huck había disuadido una llamada cercana hace unos seis meses, y después de eso se convirtió en una especie de manta de seguridad. Sin él, puede que tenga... me estremecí recordando el rasguño del ladrillo en mi mejilla cuando un gilipollas me empujó contra en baño público en el NOLA City Bark, el parque para perros sin correa del centro.

Huck y yo nos habíamos quedado hasta el cierre una noche, y me metí en el baño para hacer una parada en las cajas antes de comenzar nuestra caminata a casa. Me estaba pateando por no haberlo atado mientras me alejaba, porque cuando salí del baño, él estaba explorando el otro lado del parque de cuatro acres y medio. Antes de que pudiera abrir la boca para devolverle la llamada, me golpearon de frente contra la pared de ladrillo. Me había quedado paralizada por la sorpresa antes de comenzar a luchar contra su agarre. Un aliento agrio

flotaba sobre mi hombro mientras unas manos crueles vagaban por mi cuerpo, rasgando mi ropa. Sus palabras confusas no se registraron; todo lo que podía oír era la sangre latiendo en mis oídos. Empujé contra la pared, raspando la piel de mis manos, y encontré mi voz. No tengo idea de lo que había gritado, pero Huck había venido disparado hacia nosotros, su corteza de cachorro transformándose en algo profundo y cruel. El hombre tropezó hacia atrás, al ver al perro de cien libras dirigiéndose hacia él, con los dientes desnudos, y corriendo hacia la cerca, trepó por ella antes de que las mandíbulas de Huck pudieran alcanzarlo. Caí de rodillas, la adrenalina bombeando, los pulmones agitados. Huck había ladrado a la cerca por solo unos momentos antes de volver corriendo a mi lado y protegerme de cualquier otra amenaza potencial. Había mostrado su lealtad antes, pero ese día... solté un suspiro largo y sacudí el recuerdo, agradecida a mi cachorro de que una llamada cercana era todo lo que tenía que recordar.

Volviendo a los pensamientos más felices: Juanita. Ella vivía con su hija y yerno en Nueva Jersey. Ahora era una abuela que se quedaba en casa a tiempo completo. Me alegré de que pasara tanto tiempo con su familia como quisiera, en lugar de la cantidad limitada que había podido tomar antes. Sus cuentas de redes sociales estaban salpicadas con fotos de sus queridos nietos y toda la diversión que estaban teniendo juntos. Me hizo pensar en mi infancia. Ella fue la que me llevó a hacer caminatas por la naturaleza a través del bosque en nuestra casa de campo, y me llevó a nadar durante los veranos en los Hamptons. Ella jugó un papel central en todos mis mejores recuerdos. Me tragué el nudo en la garganta. Era mejor así. Le daría unos años, dejaría que el polvo se asentara, y luego la contactaría.

La otra persona a la que vigilaba era mi madre. No es que hubiera muchas pestañas para guardar. Básicamente se había escondido, aunque no tan exitosamente como yo. Ella, estoy segura, para su horror, había regresado al norte del estado para vivir con mis abuelos. Parecía que su grupo de amigos ricos le había dado la espalda. No es sorprendente considerando que la mayoría había perdido millones invirtiendo con mi padre. Podrían haberse recuperado más fácilmente de las pérdidas que las personas que habían perdido toda su vida, pero eso no los hizo más felices. Según cada artículo que leí, mi padre todavía no había entregado una sola porción de información sobre dónde se fue el dinero. Su sentencia había sido equivalente a varias vidas en una prisión federal. A menos que hubiera una ventaja para él, nunca hablaría. Luego estaban los artículos de noticias que evitaba, los que especulaban sobre mi paradero. Parecía que la hipótesis principal era que estaba viviendo de las ganancias mal obtenidas de mi padre en Suiza. Cada vez que accidentalmente me encontraba con uno de esos artículos, respiraba hondo y me recordaba que no estarían especulando si supieran mi paradero real. Y luego volvería a Voodoo y me haría otro tatuaje. Más camuflaje. Otra máscara para esconderse detrás. No me había movido a la fase de perforación facial, pero dependiendo de lo que dijeran las noticias, podría dirigirme hacia allí. También me pateé por no pensar en tener lentes de contacto de colores. Mis ojos eran demasiado distintivos para no llamar la atención. Pero ya era demasiado tarde. La gente haría muchas más preguntas si de repente apareciera con ojos marrones.

Me quité los vaqueros negros y me quité la arena de la rodilla y las manos. Después de secar la piel cruda con una toalla de papel, siseé mientras vertía el antiséptico sobre los raspones.

—Joder, eso duele—, murmuré con los dientes apretados.

La puerta se abrió. Me calme. ¿Simon estaba mirando mi trasero vestido con tanga en este mismo momento? Sorprendentemente, la idea no me molestó. El hombre era construido, y no lo echaría de mi cama por comer galletas.

—Maldición, Lee. Ahora eso es lo que me gusta ver cuando llegue al trabajo. —Una mano áspera ahuecó mi mejilla derecha y la cabeza de Con se inclinó sobre mi hombro. —Ha pasado demasiado tiempo, bebé. Necesito llevarte a casa. —Él besó mi cuello. —Te metí en mi... ¿qué demonios?

Me dio la vuelta y me agarró la mano. —¿Qué demonios pasó? ¿Alguien te puso las manos encima? ¿Te empujó? ¿Fue como el ultimo...?

—¡No! Nada de eso—. Con, Delilah e Yvonne "Yve" Santos, mi jefa en el Dirty Dog, fueron los únicos que sabían acerca de mi falta cercana para convertirme en una estadística de agresión sexual. Harriet se preocuparía demasiado. Y más allá de esos cuatro, realmente no tenía a nadie más que contar. Pensamiento deprimente para algunos tal vez, pero fue mi elección. Cuantas menos personas dejaba entrar, a menos personas tenían que mentir. Se habían vuelto más queridos que mi familia real, y merecían algo mejor que las medias verdades y las mentiras directas que les di. Me encontré con la preocupada mirada azul de Con. —Huck decidió que quería perseguir un carruaje me caí de mi bicicleta.

Con miró por la puerta del baño hacia donde roncaba Huck, ocupando todo el sofá de la sala de descanso. —Maldito perro.

—Sí.

- —Bueno, tal vez deberías irte a casa—. Mi columna se puso rígida.
- —Son solo un par de rasguños. Estoy bien. Además, sabes que necesito el dinero.
- —Debido a que eres terca y no me dejas pagarte más para que no tengas que trabajar tanto.
- —Eso es porque me sentiría como una puta—. Habíamos tenido esta conversación cientos de veces. Si me pagara más de lo que

pagaba antes de que nos hubiéramos acostado juntos, sentiría que me están pagando por los servicios prestados. Ya sabes, más allá.

—"Como dije, terca—. Me golpeó el culo. —Pero me gusta esa tanga. ¿Qué dices? ¿Vienes a casa conmigo esta noche si estás preparada?

Inexplicablemente, mi mente se dirigió al hombre a solo unas pocas paredes de distancia. Me estanqué. —Umm... no sé... ¿Pregúntame más tarde?

Me dio una sacudida de la barbilla antes de dirigirse hacia la esquina de la sala de descanso y su improvisada oficina. Con puede parecer un chico malo con tatuajes, pero por lo que pude ver, en realidad era un hombre de negocios bastante astuto.

Una hora después, Simon acudió a la caja registradora para pagar su nuevo tatuaje. Había estado robando lo que esperaba que hubiera sido encubierta mirar por encima de mi hombro todo el tiempo que estuvo sentado, sin camisa, en la habitación de Delilah. Pero cada vez que lo miraba, sus ojos se posaban en los míos. Intensos ojos color avellana que quería ver de cerca para poder descubrir cómo el verde, el marrón, el dorado y el gris se arremolinaban. No entendí mi atracción por él. Sí, era bonito de ver. Pero también lo fueron muchos chicos. Tenía los músculos cortados y el paquete de seis golpes que decía que se cuidaba solo. Pero de nuevo, también lo hicieron muchos chicos. Con, era uno. Pero, para mí, Con tenía que ver con la comodidad, estar cerca de alguien por una noche porque extrañaba la sensación de ser tocada. Con Simon... ardía la curiosidad y la lujuria ardiente. Quería saber cómo se sentirían sus manos contra mi piel. Si me desnudaría y trazaría las líneas de tinta con sus dedos... y luego con su lengua. Si le gustarían las pequeñas sorpresas que había escondido debajo de mi ropa. Con ni siquiera los había visto, y había hecho jurar a Delilah guardar el secreto después de haber aceptado su desafío. Cuando Simon se detuvo frente al mostrador estaba moviéndome sobre mi taburete acolchado, tratando de aliviar el dolor que habían producido mis pensamientos errantes.

No habló por un momento, solo me estudió. Sacó su billetera del bolsillo trasero de sus jeans desgastados sin romper el contacto visual.

—¿Te tomas un descanso?

Su pregunta me devolvió a la realidad. —¿Qué?—pregunté.

Presionó ambas palmas contra la superficie cubierta de graffiti y se inclinó hacia mí. —Cena conmigo. Esta noche.

Abrí la boca para hablar, pero Con, que parecía tener el momento más horrible del planeta, salió de la sala de descanso y vino a pararse detrás de mí. —Concejal, no me di cuenta de que volverías—. La voz de Con tenía una nota de algo que no pude identificar. No fueron celos. Era algo más. Debe haber mirado el antebrazo de Simon, porque dijo: —Me alegra ver que te retocaste. Sin cargo por eso. Siéntete libre de seguir tu camino.

Miré de nuevo a Con, dándole una mirada de mierda. Su comportamiento estaba completamente apagado. Puede que no sea indefectiblemente cortés con todos los clientes que entran por la puerta, pero por lo general no trata de echar a nadie.

—También tengo uno nuevo. Lo arreglaré con Charlie, Constantine. —El tono de Simon tenía un tono terco. Claramente había una historia aquí de la que no estaba al tanto. Y luego las palabras de Con se solidificaron en mi cerebro. ¿Concejal?

—Parece extraño que se rumoreara que alguien estaba iniciando una campaña por el antiguo escaño en el Congreso de papá recibiría más tinta—. Con me rodeó la cintura con un brazo y me apretó contra él. —¿O es algo, o alguien más, que te trae de vuelta?

Apreté un codo en las entrañas de Con. Él dejó caer su brazo. Me giré y le grité en voz baja. —Deja de ser un imbécil y deja que todo este perro de chatarra meando en tu territorio actúe. Esa mierda no vuela con nosotros, y lo sabes.

—Lee... yo solo...

—¿Y qué?

Él suspiró. —Él no es el tipo de chico con el que deberías mezclarte—. Con se acercó y me susurró al oído: —Sé que mantienes un perfil bajo por una razón, y ser vista con Simon Duchesne podría no ser la mejor idea.

El calor que había sido zumbido a través de mis venas se convirtió en hielo. Con tenía razón. No tenía idea de por qué tenía tanta razón, pero lo era. En cualquier caso, no necesitaba que interfiriera por mí. Me había estado cuidando durante el último año y seguía haciéndolo.

Presioné una mano contra su pecho. —Es genial. Tengo esto, Con. —Me miró por un momento y luego se volvió y se fue.

Me di la vuelta y me enfrenté a Simon Duchesne. Concejal. Hijo de un congresista. Se rumorea candidato al Congreso. El tipo de hombre que mi madre habría salivado por tenerme saliendo cuando yo era Charlotte Agoston. El tipo de hombre que estaba fuera de los límites y directamente peligroso para el anonimato continuo de Charlie Stone. Las posibles consecuencias de ser vista con él (y reconocida) jugaron en mi mente a gran velocidad. Tendría que dejar Nueva Orleans y esta familia improvisada de la que me había enamorado. Simplemente no valía la pena el riesgo.

—Lo siento, no puedo.

Sus ojos se estrecharon. —¿Por culpa de Con? Estás con él.

No era asunto de Simon Duchesne con quién estaba, pero se lo dije de todos modos. —No. No es eso. No estamos... juntos, juntos.

Continuó estudiándome. —¿Entonces por qué? Porque no voy a fingir que no te vi cada vez que te detuviste y me miraste durante la última hora.

Bien y verdaderamente reventado. Culo engreído. —Eres bonito de ver, eso es todo. No significa que quiera cenar contigo.

—Bien. No perderé el aliento entonces. —Entregó cuatro billetes de cien dólares. —Dile a Delilah que se quede con el cambio.

Se giró para alejarse, y mi ridículo corazón se hundió. Antes de que pudiera reprenderme por mi ridícula reacción, se dio la vuelta y sacó algo de su bolsillo. Una tarjeta de visita. Lo dejó caer sobre el mostrador. —Si alguna vez cambias de opinión, Charlie.

Capítulo 6 Charlie

Rechacé a Con el sábado pasado por la noche. Era la primera vez que hacía eso. Dada la tensión incómoda que había permanecido entre nosotros toda la semana, estaba aún más agradecida de tener el resto del fin de semana libre. Además, no había tenido un sábado por la noche para mí en tres semanas. ¿Y seguido de un domingo entero libre? Había sido para siempre. Ahora solo necesitaba que mi turno en el Dirty Dog *terminara*.

Miré el reloj. Veinte minutos para terminar. Suspiré, reorganizando un estante de camisetas de conciertos vintage por séptima vez. Mi sueldo iba a recibir un golpe esta semana porque había una camiseta de Black Sabbath Heaven + Hell Tour que necesitaba tener. No derrocho a menudo, nunca realmente, pero esta camisa era tan irónica debido a las letras en la parte posterior. La parte sobre los ojos cegados y los sueños robados envió mis pensamientos de regreso a Manhattan. La canción resumió gran parte de mi vida anterior. Usarlo sería otra pequeña rebelión. Revisé la hora nuevamente. Las cinco en punto no podían venir lo suficientemente rápido.

Una pelota de tenis descuidada me golpeó en el costado de la cabeza. —¿Qué demonios?—Lo agarré del piso y busqué a Huck. Pero todo lo que vi fue a Yve poniendo los ojos en mí.

—¿Cuál es tu problema, niña? Has estado arrastrando el culo todo el día y mirando el reloj. ¿Tienes una cita caliente?

Me quedé sin aliento. Una cita caliente era exactamente lo que no tenía. Pensé en la tarjeta de visita enterrada en el fondo de mi cajón de basura. Todavía no estaba segura de por qué lo había guardado, pero ahora estaba espigada por todas las veces que lo había sacado solo para volver a meterlo en el cajón con la misma rapidez. Odiaba la indecisión que Simon extrajo en mí.

—Tierra a Charlie...

Mierda. No había respondido a su pregunta. —No, no hay cita caliente—. Decidí, en contra de mi mejor juicio, compartir. Tal vez Yve simplemente me patearía el trasero, y podría seguir adelante y dejar de pensar en él. Respiré hondo y agregué: —Pero... ahí está este tipo...

Yve apoyó los codos en la caja de cristal que servía de pago y envío mostrador y juntó los dedos. —Cuéntale todo a Yve.

Así lo hice. Le conté las dos veces que había venido a Voodoo, cómo me había invitado a salir y cómo había reaccionado Con.

- —Entonces, un hombre caliente te invitó a cenar y lo rechazaste, ¿por qué? ¿Porque Constantine estaba teniendo un momento de celos?
 - —En realidad no fueron celos. Fue más protección... creo.
- —Llámalo como quieras, pero siempre pensé que tu amigo Con iba a terminar con uno de ustedes rompiendo su corazón.

Mis cejas se alzaron a mi cabello —¿Umm qué? No. No es así entre Con y yo. Entonces, simplemente no.

—Lo que tú digas. Entonces, ¿cuál es la verdadera razón por la que no estás llamando a este tipo?

Me encogí, porque no podía decirle la razón real. Pero podría darle al menos parte de la verdad. —Porque Simon es Simon Duchesne. ¿El actual concejal de la ciudad, hijo de un ex congresista, probablemente va a postularse para el Congreso?

Golpeó un clavo perfectamente cuidado en el cristal. —¿Y?

—Y, bueno, mírenme—. Hice un gesto hacia mis tatuajes. Comenzaban en la parte superior de mis hombros y se arremolinaron en mis brazos y costados, deteniéndose en mis muñecas y caderas. No tenía una pieza en el cofre, ni ninguna en mis manos, pero aun así. Yo era una obra de arte andante. No es exactamente el material de caramelos para un político, incluso si pudiera arriesgar las cámaras. Pero no era como si quisiera ser, o alguna vez me permitiría ser, el dulce brazo de alguien. —No soy exactamente su tipo.

—Te *invitó* a salir. Entonces *él* piensa que *eres* su tipo. Además, esa vieja regla acerca de que a las chicas buenas les gustan los chicos malos, corta en ambos sentidos, preciosidad. Es un buen chico, y tú eres una chica muy, muy mala. —Se detuvo. —Me di cuenta de que no dijiste nada acerca de no querer aceptar su oferta porque no te atraía.

Pasé la mano por el estante de camisas colgantes. —¿Cómo podría no estarlo? Quiero decir, el hombre es hermoso. Pensé que iba a tener que encontrar un nuevo par de bragas después de que se fuera.

Yve se encogió de hombros. —Así que llévalo a pasear. No significa que tengas que quedarte con él. Bájate, él se arregla con su chica mala y nadie sale herido.

Maldita sea. —Odio cuando tienes sentido.

—Entonces vete de aquí, niña. Ve a buscar tu botín. Cerraré. Ha sido una noche lenta de todos modos.

Entonces Huck y yo nos fuimos.

Mis manos estaban sudorosas mientras revisaba mi cajón de basura por su tarjeta. No puedo creer que esté considerando esto. Si solo se tratara de rascarse una picazón, podría haber ido a Con. Pero era más que eso. Era algo único para Simon: exudaba esta confianza innata, soy lo suficientemente fuerte como para manejar cualquier cosa que puedas arrojarme, y me atrajo.

Al encontrar el trozo arrugado de cartulina blanca, lo escaneé por lo que parecía la millonésima vez. Marqué su número de celular en mi teléfono prepago y enterré una mano en el pelaje de Huck mientras sonaba. No había estado tan nerviosa por llamar a un chico desde la secundaria. Mi estómago se revolvió cuando sonó una segunda vez, luego una tercera y una cuarta. Y luego, la voz de Simon me pidió que dejara un mensaje. Mierda. No sabía qué decir, pero por alguna estúpida razón no colgué. Murmuré algo acerca de ser Charlie de Voodoo queriendo aceptar su oferta y recité mi número. Dejé caer mi teléfono sobre el mostrador de la cocina y me froté la cara con ambas manos. Qué anti-culminante.

Huck me golpeó la cabeza con el muslo y se dirigió hacia la puerta. Él estaba en lo correcto. Era una hermosa tarde de finales de mayo y perfecta para sentarse en el oasis del jardín. Descorché una botella de vino tinto barato y agarré un vaso.

Acomodándome en la mesa del bristo, serví una porción generosa y abrí el libro que había traído.

Huck rodó en la hierba, las cuatro largas piernas en el aire. Su cabeza se arqueó hacia un lado mientras trataba de morderse la cola. Chucho loco. Empujé el libro a un lado y me dejé caer al suelo junto a él, rascándole el pecho y el vientre mientras limpiaba mi primera copa de vino.

Estaba tumbada junto a Huck cuando escuche uno de mis sonidos favoritos del Quarter: el sousáfono, tambores y banda de latón que transmitían un desfile bodas. Al principio todo estaba en silencio, los latidos retumbaban durante la tranquila noche y se hacía cada vez más fuerte. De hecho, me sentí mareada cuando me di cuenta de que venían por mi calle. Me aparté del suelo y corrí hacia mi departamento

para buscar las llaves de la puerta. Me detuve junto a la mesa y eché más vino en mi copa.

Quería mirar como un maldito turista.

Me deslicé por el estrecho camino de ladrillos que conducía a la puerta con Huck pisándome los talones. Salí, encerrándolo adentro. Él gruñó su disgusto, pero ya estaba fascinada por la gran multitud de invitados a la boda marchando y bailando calle abajo hacia mí. Vecinos y turistas se alinearon en las aceras, tomando fotos y animando a la multitud. La sombrilla de la novia rebotaba en el aire, delicadas plumas blancas flotando desde los bordes. La banda se detuvo y rompió en una melodía estridente. La fiesta de bodas y los invitados tomaron parejas y bailaron con abandono, pañuelos volando. El novio levantó a la novia en sus brazos y la hizo girar en círculos vertiginosos.

Era mi propia fantasía secreta, una que nunca admitiría. Me tragué el arrepentimiento por lo que nunca sería y me concentré en la feliz pareja. El novio... parecía familiar, pero no pude ubicarlo. Tomé un sorbo de vino e intenté recordar dónde lo había visto antes. Me golpeó tan pronto como *lo* vi.

Simon.

Llevaba a una mujer de cabello gris en un alegre vals en medio de la calle, vestida con un esmoquin negro confeccionado a la perfección. Se habían ido los jeans y la simple camiseta que había usado la última vez que lo había visto. Parecía cada centímetro el caballero sureño-político de corbata negra. Varias mujeres con vestidos verdes de espuma marina a juego lo miraron como si fuera el último vestido de Versace en la creación diseñado por el propio Gianni. *Damas de honor*. Una oleada de celos me atravesó al pensar en Simon como el padrino de boda estereotípico que, al final de la noche, sin duda tendría la oportunidad de atrapar a una, o más, de

ellas. De repente me sentí ridícula. Miré el vino de nueve dólares en mi copa, mi batidora, jeans ajustados, de color gris pálido y chanclas de dos dólares. Por una fracción de segundo, deseé tener algo del guardarropa que avergonzaría a esas perras. Me di una sacudida mental. *No. Esa no soy yo. Y nunca volveré a ser yo.*

No debería haberlo llamado. No debería haber dejado ese estúpido mensaje. Nunca pertenecería a su mundo. Y lo que es más, no quería pertenecer allí. *No lo hice*.

Me alejé del desfile, los espíritus apagados, y luché por meter mi llave en la cerradura. Me temblaba la mano y seguía perdiendo el pequeño ojo de la cerradura. Una mano grande y bronceada se cerró sobre la mía. Una segunda mano agarró los barrotes y me atrapó en el círculo de sus brazos.

Me quedé mirando la camisa de vestir blanca y el gemelo plateado con monograma que se asomaba por la manga de su chaqueta negra.

Me habló al oído, su voz baja y grave. —Si sigo viéndote, lo tomaré como una señal.

Tragué saliva y cerré los ojos. Huck gruñó, pero extendí una mano y acaricié su cabeza a través de los barrotes. Se calló y se tumbó contra la puerta. Me volví en los brazos de Simon, con cuidado de evitar derramar mi vino, y lo miré. Con cinco y cuatro, no era exactamente *baja*, pero me empequeñeció, especialmente cuando estábamos tan cerca. Tenía que ser casi un pie más alto que yo, y con sus anchos hombros llenando mi vista, no podía ver nada más que él.

En lugar de su rostro, me concentré en las tachuelas negras en su impecable camisa blanca de esmoquin y me aclaré la garganta.

—¿Una señal de qué exactamente?

Soltó los barrotes de la puerta e inclinó mi barbilla hacia arriba, así que me vi obligada a mirarlo a los ojos.

—No estoy seguro. Tal vez solo mi buena suerte porque quería verte de nuevo. —Hizo una pausa antes de agregar, —Cena conmigo.

Forcé una risa sin humor. —Creo que estás un poco ocupado en este momento—. La multitud había comenzado a moverse de nuevo, aunque lentamente, pero se iba a quedar atrás si no se unía a la fiesta de bodas.

Miró por encima del hombro y asintió. —Más tarde. Después de la recepción Nos vemos en alguna parte.

Negué con la cabeza. —No creo que sea una buena idea.

—Charlie.

Sus palabras se cortaron cuando alguien gritó: —¡Duchesne, vámonos!

Me di la vuelta y metí la llave en la cerradura. El calor de Simon se derritió cuando dio un paso atrás.

—Supongo que, según el perro monstruo, ¿aquí es donde vives?

No respondí. Abrí la puerta y entré. Simon no intentó detenerme mientras maniobraba alrededor de Huck y le cerraba la puerta en la cara.

Desde detrás de la seguridad de mis barrotes de hierro, finalmente encontré el coraje para mirarlo de nuevo. Sus ojos color avellana me quemaron.

- —Quiero verte otra vez. Solo cena. O bebidas. Tu elección.
- —Creo que deberías irte. Estás perdiendo a tus amigos.
- —Me pondré al día. Solo dame tu número. Por favor, Charlie.

Negué con la cabeza. Me hizo querer cosas que no podría tener. — Tal vez nos veremos por aquí, Simon—. Me volví y caminé por mi estrecho corredor de regreso a la seguridad de mi oasis en el jardín.

Capítulo 7 Simon

Pensé en ser golpeado en la recepción, pero no quería ser ese tipo. Además, había demasiadas cámaras intermitentes para detectar cualquier error que pudiera hacer. Entonces di mi brindis. De buen gusto, sincero. Derek y yo habíamos sido amigos desde que teníamos la edad suficiente para trepar por la cerca que separaba la casa de mis padres del Garden District de la suya. Dada la estrecha conexión entre nuestras familias mis padres habían asistido a la boda, aunque no al desfile. A mi padre le faltaban dos semanas para un reemplazo de rodilla y se recuperaría durante el verano en la casa de Bar Harbor. Lo que significaba que me salvaría de su intromisión en mi vida amorosa, o falta de ella, durante dos meses. Los amo hasta la muerte, pero eran implacables en su búsqueda para verme tranquilo. Las conferencias de mi padre sobre la búsqueda de una mujer que sería un activo para mi carrera política fueron suficientes para hacerme querer encontrar la botella de whisky más cercana. No quería un activo; quería una mejor amiga, una amante, una pareja, alguien en quien pudiera confiar y criar una familia. A los treinta y uno, mis amigos se estaban emparejando, y se me ocurrió que yo también quería eso. No hoy, o tal vez incluso este año, pero en algún momento en el futuro previsible. Excepto que ciertamente no me estaba conformando hasta que encuentre *la indicada*. Era cursi y cliché, pero solo planeaba hacer lo del matrimonio una vez. Entonces esperaría hasta encontrarla.

Me imaginé a la mujer que efectivamente me había excluido hoy más temprano. *Charlie*. No la conocía ni sabía nada de ella, pero quería tener la oportunidad de conocerla. Era un sentimiento nebuloso, pero parecía imperativo. No quería dejarla ir, pero no era el tipo de persona que seguía regresando a donde claramente no era bienvenido. Ella era tan diferente de todas las demás mujeres que había conocido. Llevaba su actitud como una armadura, desafiando a alguien a desafiarla para poder decirle que se joda. No debería haberla encontrado tan atractiva, especialmente porque yo era a quien ella le había dicho más recientemente que se fuera. Pero fue. No se disculpó por quién era, y era sexy como el infierno. *Y necesitaba seguir adelante*.

Suspiré y me dirigí al bar en busca de ese whisky.

Mientras el cantinero vertía mis tres dedos, saqué mi teléfono del bolsillo de mi chaqueta y noté que tenía una llamada perdida y un mensaje de voz de un número que no reconocí. Eché una punta en el frasco, agarré mi bebida y salí al vestíbulo, lejos del ruido de la recepción. Tan pronto como escuché su voz en el mensaje, casi se me cayó el vaso. Miré la hora de la llamada perdida. *Antes del desfile*.

Una oleada de emoción me atravesó, seguida de cerca por la confusión. Ella me había llamado antes de haberla visto hoy. Me dejé caer en un banco cerca de la puerta. No cuadra. Había pasado menos de una hora entre el momento en que había dejado el mensaje y el desfile. Obviamente, algo le había sucedido que la completaba en los ochenta. Miré mi reloj. Tenía que quedarme al menos otra hora, pero luego la rastrearé y obtendré mis respuestas. Había estado listo para dejar de lado mi fascinación con ella, pero ella había golpeado la pelota contra mi cancha. Esto aún no había terminado.

Capítulo 8 Charlie

Terminé la botella de vino y me puse un par de pantalones de pijama de algodón lila raídos para ir con mi batidora. El sujetador había sido arrojado a la parte superior de la mesa. Si pudiera pasar el resto de mi vida sin usar uno, lo haría. Pero con las tetas que superaron justo debajo del doble D, no era una opción. Envidiaba a esas chicas copa B algunos días. Tenía el pelo recogido en un moño raído y estaba debatiendo si quería abrir una segunda botella o no. Me colgarían por la mañana, pero no tenía que trabajar, entonces ¿por qué demonios no? Brindaría por Simon Duchesne, adiós. ¿Por qué sigo pensando en él? Me di una patada mental. Suficiente.

Sonó el timbre cuando alcancé el sacacorchos. Miré el reloj. Eran las 11:30 de un sábado por la noche. ¿Quién diablos? Volvió a sonar, y crucé el pequeño espacio hasta el antiguo intercomunicador en mi pared.

—¿Sí?

—Es Simon—. Como si mis propios pensamientos lo hubieran conjurado. Maldita sea el juju⁴ en esta ciudad.

Inhalé bruscamente, mis pezones se animaron ante su oscura y retumbante voz. *No, cuerpo, el cerebro ya ha tomado esta decisión*. Pero la reprimenda no tenía sentido. Claramente no podía confiar en mí misma a su alrededor. O su voz.

⁴ Hoy en día se refiere específicamente a objetos, como amuletos, y hechizos utilizados supersticiosamente como parte de la brujería en África Occidental.

Presioné el botón en el intercomunicador nuevamente. —Vete, Simon.

—Recibí tu mensaje.

Oh, mierda. Por supuesto que lo hizo. Terminar el vino me ayudó a olvidar mi error anterior en el juicio. Y ahora suponía que le debía un golpe en persona. Después de todo, estaba enviando más señales mixtas que un controlador de tráfico aéreo borracho.

—Espera—. Me puse mis chanclas y dejé a Huck adentro.

En el tenue resplandor de las farolas de la calle, pude verlo apoyado contra la puerta, el corbatín, la chaqueta y los cuatro remaches superiores de su camisa. Tenía las mangas enrolladas y pude ver el ancla y el tridente en su antebrazo interno. Estaba todo listo para decirle que se vaya a casa, pero esa mirada de su tinta combinada con la forma casual en la que se sostenía tenía las palabras obstruidas en mi garganta. No pude evitar pensar que a pesar de que su personalidad pública era peligrosa para mi propia existencia, podría valer la pena coquetear con el peligro para robarle el gusto al hombre que está debajo. Miré al cielo por un momento, buscando la guía divina. Al no encontrar ninguno, volví a mirar a Simon.

—¿Qué haces aquí?—, Le pregunté. Mi tono fue menos que acogedor. Si me dejaba escapar, entonces me salvaría de la tentación que era Simon Duchesne.

- —Me llamaste.
- —No debería haberlo hecho.
- —Me alegro de que lo hayas hecho—. Se movió, como molesto por los barrotes entre nosotros. *Lo siento, Simon*, pensé, *incluso sin las rejas, siempre habrá paredes impenetrables*.

Un pensamiento me golpeó. —¿Estás borracho?

- —No—, respondió Simon con una sonrisa. —¿Y tú?
- —Un poco—. Al menos podría ser honesta al respecto.

Una sonrisa provocativa se extendió por su rostro, y capté un destello de hoyuelos. *Maldita sea. Vamos mundo, tírame un hueso.*

- —¿Vas a invitarme a entrar?—Él puntuó la pregunta con una ceja levantada.
- —No debería—. A mí misma agregué, realmente, realmente no debería.
- —No pareces el tipo de chica que no hace cosas solo porque cree que no debería hacerlo.

Miré los adoquines desiguales debajo de mis pies. —No finjas que me conoces.

—Quiero.

—¿Por qué?—Era una pregunta que quería desesperadamente responder. Todavía estaba tratando de resolver todas las razones de mi atracción por él. Tal vez podría articular lo que sea que esta locura era entre nosotros, y resolver el misterio para mí.

Metió la mano a través de los barrotes y colocó un mechón de cabello suelto detrás de mí oreja.

—Honestamente, no tengo idea. Eres solo... hay algo en ti.

Maldición. Respiré hondo y exhalé lentamente, dándome un momento para pensar. Finalmente, fue su honestidad lo que lo decidió. Estábamos igualmente fuera de balance aquí. Probablemente me arrepentiría de esto, pero... qué demonios. Giré la cerradura y abrí la puerta. Por alguna razón, no se sintió mal. Pensé en el consejo de Yve. Una noche. Sacarlo de mi sistema. Nunca tengo que volver a verlo. Podría robar esta noche y salir ilesa.

Mi corazón latía con fuerza cuando se formó mi plan. Me obligué a caminar lentamente mientras llevaba a Simon al patio interior, y él se detuvo para contemplar el oasis del jardín. Era mágico. Una joya escondida en medio del barrio. Las paredes de ladrillo rodeaban un enorme roble vivo, cubierto con gruesas mantas de musgo español y helecho de resurrección. Luces de hadas y linternas chinas con energía solar colgaban de las ramas. El tintineo de las fuentes y el estanque koi eran los únicos sonidos más allá del ruido de la ciudad. El agua azul de la pequeña piscina reflejaba las luces y las estrellas.

—Este lugar es increíble—. Simon giró en un círculo lento, observando el oasis y la escalera de caracol que conducía a mi apartamento.

Mi plan era una locura, pero tenía la privacidad que necesitaba; Harriet estaba en una muestra de arte en San Francisco. Simon iba a pensar que estaba loca, pero en mi mente desordenada, esta era la única forma en que podía hacerlo funcionar. Quería que estuviéramos en igualdad de condiciones, y sus brillantes zapatos de vestir negros, camisa blanca prensada y pantalones de esmoquin no hicieron más que recordarme mi pasado y los años luz entre nuestras situaciones actuales en la vida.

Me temblaban las manos cuando alcancé el borde de mi camiseta y la levanté por encima de mi cabeza. La dejo colgar de la punta de mis dedos y flotar en el suelo. Mi coraje vaciló cuando Simon se giró para mirarme, pero seguí adelante. Salí de mis chanclas y agarré la cintura de mis pantalones de pijama con mis pulgares y los tiré hacia abajo. Sus ojos se abrieron cómicamente, y su mandíbula se aflojó cuando vio mi desnudez. Me quité el elástico del cabello y dejé que las olas cayeran sobre mis hombros. Los mechones negros, rojos y morados cubrían mis senos y ocultaban los anillos de oro que perforaban mis pezones. Traté de imaginarme desde su punto de

vista. Entintada desde los hombros hasta las muñecas. Guion por mi lado izquierdo, a lo largo de mis costillas. Un fénix abstracto en mi otro lado. Mis piernas eran de color blanco pálido, pero intactas por la aguja. Le estaba ofreciendo todo lo que era, despojado hasta el centro de mí, aunque temporalmente. Me di vuelta y me metí en la piscina de chapoteo, el agua tibia subiendo hasta mi pecho.

—¿Vienes?—Estaba orgullosa de que mi voz no temblara. No se había movido, y no pude leer su expresión. Pero quería que él estuviera tan desnudo como yo; toda evidencia de su estado y posición quedaba fuera de la pequeña burbuja que estaba creando. Por esta noche, quería que no hubiera pasado ni futuro. Solo quería este momento. Este momento. Con él.

—Charlie...

Me recosté hacia atrás y dejé que mi cuerpo flotara hacia la superficie mientras trataba el agua con mis manos. Nunca pensé que las lecciones de natación sincronizada que me habían obligado a tomar serían útiles, pero la gracia con la que floté me demostró que estaba equivocada.

—No pienses, Simon. Solo desnúdate.

Tiró de su labio inferior incluso entre dientes blancos y dudó un momento antes de alcanzar su cinturón y desabrochárselo. Se desabrochó los pantalones y se bajó la cremallera. Vi, fascinada por sus movimientos eficientes. Empujó sus pantalones al suelo, revelando calzoncillos bóxer negros ajustados estirados por su gruesa erección. Bueno, es bueno saber que no soy la única que piensa que es una buena idea.

Se quitó las tachuelas restantes de su camisa y se la quitó, dejándola caer al suelo, antes de agarrar un puñado de la parte posterior de su camiseta blanca y tirar de ella sobre su cabeza. Debajo estaba todo hombros anchos y músculos definidos. Dejé que mis ojos vagaran por

sus ondulantes abdominales hasta el rastro de cabello oscuro que comenzó en su ombligo y desapareció en la banda gris de su ropa interior. Obscureció la perfecta V de sus caderas cuando enganchó sus pulgares en la parte superior de sus calzoncillos bóxer, y mis ojos se fijaron en los suyos. Estaba sonriendo ante mi descaro de mirarlo. Por mucho que quisiera mirar hacia abajo, sostuve su mirada. Se inclinó ligeramente, y supe que estaba saliendo de sus calzoncillos. Cruzó los últimos metros hasta la piscina, se metió en el agua y vino hacia mí. Reme hacia el otro extremo y él me siguió.

—¿A qué juego están jugando, Charlie?—Levanté la vista inquisitivamente.

—No hay juego. Solo... esto. —Extendí mis brazos, haciendo un gesto para... todo. Porque no podía explicarme de otra manera sin exponerme demasiado.

Retrocediéndome en una esquina, me atrapó en el círculo de sus brazos, como lo había hecho antes en la puerta. Alcé la mano y puse mis palmas contra su pecho, trazando la brújula entintada en su músculo pectoral con mi dedo índice. Nuestra piel no se tocaba en ningún otro lado, pero la mía se erizó con la necesidad de sentirlo contra mí. Me incliné más cerca, pero él me agarró por los hombros y me detuvo.

Levanté la vista inquisitivamente.

—Me dejaste un mensaje, luego me cerraste una puerta en la cara, luego te desnudas frente a mí y me invitas a que me sumerja flacamente. No puedo seguir contigo. Necesito saber qué demonios está pasando aquí antes de que continúe.

Me recosté contra el borde de la piscina, dejando que el labio de hormigón cavara en mi columna vertebral. Demasiado para mi plan apresuradamente construido. Una seductora experimentada que no era. Debe haber leído la derrota en mi expresión porque dijo: —No

digo que no me interese. Demonios, estoy completamente desnudo, y no puedo ocultar exactamente que te quiero. Pero necesito saber... ¿por qué ahora? ¿Qué cambió?

Me quedé mirando el agua, deseando fugazmente que las luces de la piscina estuvieran encendidas para saber con certeza que, de hecho, todavía me quería. Pero dado el salto que había dado desnudándome frente a él, supongo que le debía al menos algún tipo de explicación.

—Decidí que, por esta noche, no me importaba que eras tú y yo soy yo. Decidí arriesgarme y ver qué pasaba—. Mi respuesta fue vaga y sin fundamento, pero esperaba que fuera suficiente. El calor pulsó entre mis piernas y mis pezones se hincharon casi dolorosamente. Yo lo quería a él. Ahora.

Pero no cedió. —No importa quién soy o quién eres tú. Esta noche o cualquier otra noche. Solo somos personas.

Me contuve en un resoplido. Apenas. No estaría en este grupo si supiera quién soy realmente. Fui veneno para alguien como él. A todos.

Me soltó la barbilla y retrocedió.

Simon levantó mi barbilla, obligándome a mirarlo a los ojos. —Si te follo esta noche, ¿me vas a tirar por el culo tan pronto como terminemos y nunca me vas a llamar?

Me mordí el labio. Maldita sea. Debería ser un maldito interrogador en lugar de un político. Pero no iba a mentirle. Al menos no sobre esto. —Probablemente.

Soltó mi barbilla y retrocedió. —Entonces, no—. Él sacudió la cabeza. —Esto no está sucediendo. No esta noche. —Se volvió y se dirigió a las escaleras. Capté un destello de su culo pálido y musculoso cuando salió de la piscina. Bajé la vista al agua, la humillación ardiente me llenaba. ¿Qué demonios estoy haciendo? Me hundí más

bajo la superficie, hasta la barbilla. Necesitaba estar cubierta. Escuché el susurro de la ropa y me pregunté cómo se estaba secando sin una toalla. Pero no levanté la vista para calmar mi curiosidad. Ya había cedido a la curiosidad una vez esta noche, y aquí fue donde me aterrizó. En una piscina de mi propia vergüenza.

Se aclaró la garganta y finalmente alcé la vista. Llevaba sus pantalones de esmoquin y la camisa estaba parcialmente abotonada. Sostuvo su camiseta blanca empapada en la mano. *Una pregunta contestada*.

Sus ojos color avellana me perforaron. —Tienes mi número. Llámame cuando quieras más que una mierda rápida.

Y luego se fue.

Capítulo 9 Charlie

Pasé todo el día el domingo rebotando entre estar enojada y avergonzada. Mi resaca no ayudó mucho. Cuando Simon se fue, descorché esa segunda botella de vino y ahogué mi vergüenza y mi deseo. Cuando llegó el lunes, decidí que había esquivado una bala. Fue un momento de debilidad. Quería odiarlo por alejarse, pero por alguna razón, me hizo respetarlo. Me dio una idea de su verdadero carácter. Tuve que suponer que la mayoría de los chicos habrían tomado lo que les había ofrecido y estarían felices de tener sexo y luego irse sin culpa. Pero no Simon Duchesne. Él quería más que una cogida rápida. Pero no era capaz de más. No ahora, y no en el futuro previsible. ¿O era yo?

Si antes emitía señales mixtas, ahora mis emociones giraban como la veleta en nuestra finca. Antigua casa de campo, en realidad. Como lo habían subastado los federales. *Maldición*. No estaba pensando en eso hoy.

Me acerqué al Dirty Dog, estacioné mi bicicleta y la encadené a la tubería de desagüe al lado de la puerta trasera. Estaba pensando seriamente en llevar a Huck a la escuela de obediencia. Se estaba volviendo más audaz cuando se trataba de carruajes tirados por caballos. Así que mis opciones incluyeron: escuela de obediencia, no andar en bicicleta mientras sostenía su correa, o dejarlo en casa para descansar todo el día en el oasis. Pero me gustaba pensar que él prefería estar donde yo estaba. No había ayudado haber visto a un chico de cabello oscuro con traje y terminar distraída por los pensamientos de Simon.

La tienda estaba en silencio cuando abrí la puerta trasera, y Huck trotó adentro. Por lo general, Yve me ganaba para trabajar todos los días. Tal vez ella había seguido su propio consejo y había salido a buscar un hombre para pasar la noche. Era cautelosa sobre su pasado, pero tenía la sensación de que su última relación no había terminado bien. Ella se refirió al tipo como solo el 'ex', así que ni siquiera sabía su nombre. Yo calculé había terminado cuando me presenté en Nueva Orleans, porque ella estaba distante durante nuestros primeros meses de trabajo juntas. Realmente no nos habíamos acercado hasta el pasado septiembre cuando descubrimos nuestro amor mutuo por las bandas de rock clásico y punk. En una ciudad que veneraba el jazz y festejaba al zydeco, el rock clásico y el punk no estaban exactamente en la parte superior de la lista de reproducción. Después de que ella bajó la guardia, nos fuimos de compras con los turistas por la calle Bourbon. Nuestra amistad se había consolidado mientras nos reteníamos el pelo en Pat O'Brien's⁵. Como nativo de Crescent City, Yve nunca admitiría la indignidad, y juré guardar el secreto.

Se acercó quince minutos tarde con una sonrisa amplia y satisfecha.

—Te acostaste totalmente esta mañana, ¿no?—, Le pregunté.

Su sonrisa, si es posible, se ensanchó. —Oh, demonios, sí lo hice. Nunca me dijiste que Con era un semental en el saco.

Ummm. ¿Qué mierda?

Me quedé boquiabierta. —¿Seriamente? Quiero decir... ¿qué demonios?

Cuando ella registró mi mirada de sorpresa, su sonrisa felina se desvaneció. —Oh, mierda. Pensé que habías terminado con tus

⁵ Pat O'Brien (Patrick O'Brien), el guitarrista de la banda estadounidense de Death Metal CANNIBAL CORPSE.

amigos con Bennies. Nunca lo hubiera hecho si hubiera pensado que eras...

Levanté una mano. —Está bien. No estoy celosa. Solo estoy... sorprendida—Y no estaba celosa. Ni siquiera sentí una punzada. Era como si mi cuerpo hubiera salido de Con Leahy y quisiera a alguien nuevo. El que permanecería sin nombre.

—Entonces, ¿qué pasó con Simon Duchesne?—, Preguntó Yve.

De acuerdo, tal vez no permanecería sin nombre.

—Nada. No pasó nada. Nada en absoluto. —A mí misma agregué, *Excepto que me arrojé hacia él y lo vi desnudo. Y Dios mío...*

Yve se recostó contra el mostrador. —Eso es demasiados 'nada' en una oración para que esa sea la verdad. Derrama, chica.

- —¿Tengo que hacerlo?—Hice una mueca ante mi tono llorón. No fue atractivo.
- —Después de esa respuesta, sí, sí. —Ella se cruzó de brazos y me inmovilizó con su mirada ámbar. Observé su piel dorada y sus rizos oscuros y rizados. Llevaba un vestido halter verde azulado con plataformas rosa.
 - —Te ves muy linda hoy, por cierto.

Ella entrecerró los ojos. —Derrama. Ahora.

Puse los ojos en blanco y me derrame. Su boca estaba abierta cuando terminé de contar los acontecimientos del sábado por la noche.

—Así que ya ves, fue un desastre humillante. Y es mejor que haya esquivado esa bala.

Cerró la boca abierta y se llevó un dedo a los labios. —Maldita sea. Solo tú, Charlie. Solo que encontrarías a un chico que no te dejaría 'una noche'. Tengo que ver a este hombre que tiene tus bragas

mojadas en un giro. —Ella se movió detrás del mostrador y comenzó a escribir. Solo podía suponer que ella lo estaba buscando en Google. Me obligué a quedarme donde estaba.

—Mierda. Ahora que es un hombre. Maldición, ¿puede usar corbata negra? Y en uniforme... —Se abanicó. Apreté mis puños, abrazando el aguijón de mis uñas clavándose en mis palmas. Ella comenzó a leer. —Simon Jefferson Duchesne. Edad treinta y uno. Piloto de caza altamente decorado, honorablemente dado de baja de la Armada hace dos años, después de pasar un año enseñando en su alma mater, la Academia Naval de los Estados Unidos en Annapolis. Hijo único de Jefferson Duchesne y Margaret LeBlanc Duchesne. El sénior Duchesne sirvió dieciséis años como congresista del 2do Distrito del Congreso de Louisiana, dejando su puesto para postularse a gobernador. Después de ser derrotado en su intento de gobernador, compró una pequeña compañía naviera del río Mississippi, Southern Cross Logistics, que ha crecido durante la última década hasta las filas de Fortune 500. Actualmente, el joven Sr. Duchesne se desempeña como vicepresidente de Southern Cross, además de ser concejal del Distrito A del Ayuntamiento de NOLA. Se rumorea que anunciará su candidatura este otoño para desafiar al titular del escaño en el Congreso de su padre.

Conocía los huesos básicos de esta información, pero escuchar los detalles solo resaltaba nuestras diferencias, una vez más recordándome por qué era mejor que lo evitara. Traté de decirme que esto era algo bueno. Entonces ella continuó.

—Simon Duchesne es frecuentemente acompañado a eventos de caridad por su amiga Vanessa Frost. Abundan los rumores sobre el estado de la pareja, y todos están especulando si Duchesne hará la pregunta antes de comenzar la campaña. La Sra. Frost es hija de Royce Frost, CEO de Louisiana Steel Products, y de la fallecida Amelia Bennett Frost, heredera del imperio textil de Bennett...

El rugido de la sangre corriendo por mis oídos ahogó lo que Yve dijo a continuación. Exhalé, sintiendo que alguien me había golpeado en el estómago. ¿Amiga de mucho tiempo? ¿Hacer la pregunta? ¿Una jodida heredera? ¿Qué demonios? Entonces, ¿por qué demonios estaba desnudo en mi patio el sábado por la noche? ¿Y por qué estoy tan enojada?

Alejé la ira y la decepción. Me dije que ahora sabía que había esquivado una bala. No me metí con chicos que fueron secuestrados. Pero si él fuera un imbécil tramposo con el que quería pintarlo, ¿por qué no habría aprovechado la oportunidad de clavar y rescatar? Nada sobre Simon Duchesne sumaba.

—Charlie—. Mi atención volvió a Yve. —Cálmate el infierno. Todo son chismes de las páginas de la sociedad. ¿Quién sabe la verdad? Diría que las acciones hablan más fuerte que esta basura—. Hizo un gesto hacia el monitor.

—No importa. Quiero decir, lo que sucedió el sábado por la noche fue una anomalía. No se debe repetir. Probablemente nunca lo volveré a ver de todos modos—. ¿Por qué había sentido la necesidad de agregar esa última oración? ¿Como si quisiera volver a verlo? Ugh.



El resto de mi turno pasó lentamente, y me estaba preparando para salir cuando cerramos a las cinco en punto. Los lunes no estaban ocupados, así que pudimos prepararnos para el cierre mientras la tienda todavía estaba abierta. Huck estaba saltando sobre sus patas, ansioso por salir cuando le puse la correa en el cuello. Yo también estaba bastante emocionada, porque tenía el resto de la noche

libre. Consciente del exceso de energía de Huck, decidí caminar mi bicicleta en lugar de arriesgarme a otro encuentro que requeriría primeros auxilios. Estábamos a siete cuadras de la tienda ya tres cuadras de la casa cuando se desató el infierno.

Estaba distraída, pensando en todo lo que Yve me había leído antes. Y luego volví la cabeza y vi que la escena se desarrollaba a cámara lenta: el carruaje doblaba la esquina, Huck tiraba de la correa de mi negligente agarre y se lanzaba a la calle tras ella, la barredora giraba por la estrecha carretera.

Grité cuando el camión cortó el torso y las patas traseras de Huck, enviándolo girando hacia la acera al otro lado de la calle. Dejé caer mi bicicleta y corrí hacia la carretera, apenas perdí el golpe. Su cuerpo roto estaba tirado en la canaleta, su pecho agitado y un charco de sangre se formaban y corría hacia la calle. Me puse de rodillas junto a él y contuve el vómito cuando vi uno de los huesos de sus patas traseras sobresaliendo por debajo de la piel, y una herida a su lado. Volteé la piel sobre la herida, sin poder soportar mirar dentro de él. La camioneta no se había detenido ni el auto detrás de ella. El carruaje se había ido. Las calles del barrio rara vez estaban vacías, pero por supuesto ahora... cuando necesitaba desesperadamente a alguien, estaba desierto. Las lágrimas corrían por mi rostro, y busqué a tientas mi bolso, donde todavía colgaba de mi cuerpo. Saqué mi teléfono y presioné botones. Tenía cuatro números. Uno de ellos tenía que responder. Sonó. Una vez. Dos veces. Y luego alguien recogió.

—¿Charlie?

No era una voz que esperaba oír. Pero no me importaba. — ¿Charlie? Puedo oírte respirar.

—Te necesito. Ahora. Por favor. Ayúdame. —Las palabras eran sílabas desarticuladas estranguladas por mis sollozos.

Casi podía sentir un cambio en el comportamiento de Simon a través del teléfono.

—¿Dónde estás? ¿Qué pasó? Me estoy subiendo a mi auto. Dime a dónde voy.

Alcé la vista. —Rincón de Toulouse y Dauphine. Huck fue atropellado por un auto. Necesito... —Mis palabras se interrumpieron cuando los ojos de Huck parpadearon al escuchar su nombre. —Por favor. De prisa.

—Estoy en camino. No estoy lejos. Estaré allí en cinco minutos. Solo respira, Charlie.

Huck gritó y volví a dejar el teléfono en mi bolso.

Acaricié la cabeza de Huck y le hablé en voz baja y suave. Intentó mover las patas traseras y volvió a gritar, y sus jadeos se aceleraron. Traté de mantenerlo firme. Sus grandes ojos marrones miraron los míos. —Va a estar bien, bebé. Lo prometo. Vas a estar bien Lo juro.

Simon mintió. Estuvo allí en menos de cinco minutos, pero todavía parecía una eternidad. Mi rostro estaba enterrado en el cuello de Huck, tratando de mantenerlo quieto, escuchando sus gemidos de dolor. Escuché el rugido de un motor antes de que un vehículo se detuviera en la calle a mi lado. La puerta se abrió de golpe, pero no levanté la vista. Mantuve mis ojos fijos en los de Huck. Una mano en mi hombro me sacó de mi estupor.

—Charlie, retrocede un segundo—. Simon sostenía una manta de carga gris. —Necesitamos poner la manta debajo de él para levantarlo hacia atrás. Vamos a hacerlo juntos, ¿de acuerdo?

Me moví hacia la cabeza de Huck y Simon dejó la manta. —Joder—, respiró. —Necesito terminar sus heridas antes de que podamos trasladarlo—. Simon estaba ocupado, arrancándose el abrigo y

envolviéndolo alrededor de Huck. Su camisa de vestir y corbata se convirtieron en un torniquete alrededor de los cuartos traseros de Huck. —Nunca le hice un vendaje a un perro, pero esto es lo mejor que puedo hacer—. Trabajó la manta debajo del cuerpo de Huck, tratando de empujarlo lo menos posible. Huck gimió y trató de moverse. —Quédate quieto, amigo.

Simon se levantó y giró para presionar un botón en el auto. El portón trasero de su BMW X5 se levantó. Con solo una camiseta blanca y pantalones de traje, Simon se agachó a mi lado. Él asintió con la cabeza hacia la cabeza de Huck. —Tienes su cabeza. Va a ser un ajuste apretado, pero el asiento trasero está abajo. Tan pronto como lo tengamos adentro, súbete al asiento y trata de mantenerlo tranquilo. Nos llevaré allí lo más rápido que pueda sin rebotarlo demasiado. ¿Entendido?—Cuando no respondí, me agarró del hombro y me sacudió. —Charlie, ¿estás conmigo?

- —Sí—. Asentí.
- —Bueno. Hagámoslo.

Manejamos torpemente a Huck en el SUV, y mi corazón se apretó con cada jadeo y gemido. Una vez que estuvo sentado, me subí al respaldo del asiento para poder sentarme a su lado. Simon puso el auto en marcha y activó su sistema Bluetooth. Solo escuché su llamada a medias, pero parecía que estaba transmitiendo la condición de Huck a alguien. Hizo otra llamada, pero estaba sorda a todo menos a los gemidos de Huck. Mucho tiempo después, nos detuvimos en un gran edificio blanco y tostado, y tres mujeres y un hombre con matorrales salieron corriendo, cargando una camilla para perros. Simon abrió la puerta trasera y el hombre comenzó a gritar órdenes a los demás. Un brazo fuerte se enroscó en mi cintura mientras trataba de seguirlos mientras sacaban a Huck del auto.

—Vamos, vamos—, dijo, tirando de mí hacia atrás y hacia la puerta lateral.

Cuando entramos al edificio, mis ojos se movieron rápidamente, pero Huck ya se había ido. Tiré del brazo de Simon, que todavía estaba envuelto alrededor de mi cintura, sosteniéndome en posición vertical.

—¿Dónde está él? ¿A dónde lo llevaron?

Una mujer en la recepción respondió. —Lo llevaron de vuelta a la cirugía. Está en buenas manos, señora. —Ella deslizó un portapapeles por el mostrador. —Necesitaré que completes algunos formularios para él y, —vaciló, —necesitaré una tarjeta de crédito.

Me mordí el labio. —No tengo tarjeta de crédito—. Miré los formularios. *Mierda*. Fue como ir a la maldita sala de emergencias. Algo que había estado feliz de evitar durante un año porque trabajé demasiado duro para mantenerme fuera del radar.

Simon apartó el portapapeles. —Ya le he dado instrucciones a Jack, el Dr. Richelieu, para agregarlo a la cuenta de Duchesne.

Sus ojos se agrandaron. —Oh, por supuesto, señor Duchesne. Pido disculpas.

Simon asintió con la cabeza y me llevó a un baño donde ambos nos lavamos la sangre de las manos. La gravedad de la situación se destacó aún más por el remolino de agua roja que corría por el desagüe. Mi respiración se aceleró y comencé a sentirme mareada. Simon una vez más me rodeó con un brazo mientras me dirigía hacia la sala de espera y me empujó hacia una silla. Se agachó frente a mí, apretando mis manos entre las suyas. —Charlie, necesitas respirar. Vas a hiperventilar, y no quiero tener que llevarte a la sala de emergencias también.

Miré nuestras manos unidas. Las suyas eran grandes, bronceadas, con pequeñas cicatrices blancas en los nudillos. No parecían las manos de un político. La mía parecía infantil en sus manos. Mis uñas eran óvalos cortos pintados de negro. Sus pulgares rozaron mis muñecas de un lado a otro, donde la tinta se detuvo y comenzó la piel sin marcas.

Emparejé mi respiración con la de él, lenta y rítmica. Apretó mis manos y levanté la vista para mirarlo a los ojos. Dije lo primero que se me ocurrió.

- —Lo siento. No quise molestarte. Ni siquiera estaba tratando de llamarte. Quiero decir, ni siquiera sé cómo te llamé. Estaba... —Me apretó las manos otra vez, y me quedé en silencio.
- —Está bien. Lo entiendo. No habría sido tu primera llamada si hubieras tenido tu mierda junta.
- —No, no quise decir... solo quise decir que no debería haberte molestado—Le di lo que esperaba que fuera una mirada sincera. Pero me alegro mucho de que hayas venido. Yo... no sé qué haría sin él. Es solo un bebé. —Una nueva ola de lágrimas se derramó y Simon soltó mis manos para limpiarlas con los pulgares.
- —Jack hará todo lo que pueda por Huck. Lo prometo. Es uno de los mejores. De lo contrario, no lo habría traído aquí. —Hizo una pausa, atrapando otra lágrima en su pulgar. —Me alegra que me hayas llamado. Me asustaste muchísimo, pero me alegro de que fueras a mí a quien llamaste. Incluso si no quisieras hacerlo.
- —Te pagaré por todo. Lo prometo. Yo... no hago tarjetas de crédito, pero tengo efectivo. En mi casa. Te lo devolveré cada centavo, lo juro. —Esperaba no estar mintiendo. Porque sabía que esto no iba a ser barato. Probablemente eliminaría mi fondo de emergencia. Pero no me importó. Haría lo que tuviera que hacer para asegurarme de que Huck estuviera bien.

—No nos preocupemos por eso ahora. Jack es un viejo amigo; lo solucionaremos. —Se puso de pie, se estiró y se sentó en la silla a mi lado, pasando su brazo por mis hombros. —Vamos a estar esperando un tiempo, entonces, ¿por qué no intentas relajarte? ¿De acuerdo?—Fue tan fácil dejar que mi cabeza descansara sobre su hombro sólido. Sentí que algo de mi tensión se desvanecía, pero no pude sacar de mi cabeza la imagen de Huck tirado en la calle.



Dos horas después estaba paseando por la sala de espera. Ya había hojeado casi todas las revistas sin leer una sola palabra. La puerta de la parte trasera de la clínica se abrió y salió un hombre de uniforme negro. Parecía tener poco más de treinta años y era clásico guapo: cabello rubio con llamativos ojos verdes. Pero no me importaba cómo se veía, lo único que me importaba era el nombre bordado en rojo sobre su bolsillo. *Dr. Richelieu*.

Simon se levantó y extendió una mano. El veterinario lo sacudió. — ¿Cómo está Huck?

Crucé la habitación, chocando con el costado de Simon en un intento de acercarme al veterinario. —Por favor. ¿Cómo está él?

- —¿Por qué no vienes aquí por un momento?—Hizo un gesto hacia una pequeña habitación privada conectada a la sala de espera.
- —¿Por qué? Que pasa. Por favor... —Mis palabras murieron y el miedo se extendió a través de mí mientras seguía a Simon adentro.
 - —Solo deja que Jack nos lo diga. ¿De acuerdo, Charlie?

Me negué a sentarme, así que Simon se paró a mi lado y el veterinario se apoyó contra la puerta cerrada. —Pasó la cirugía. Está en recuperación.

El alivio sofocó momentáneamente el temor, pero necesitaba más información. 'Lograr la cirugía' no sonaba prometedor. —¿Y?

—Su pierna estaba severamente rota y tuve que atornillar una placa de acero inoxidable directamente en el hueso. Debido a su tamaño, era realmente la única opción que teníamos. Lo bueno es que podrá caminar un poco antes de lo que lo haría de otra manera. También tenía un sangrado interno extenso, pero pudimos detenerlo. Me gustaría mantenerlo aquí durante al menos una semana para que podamos monitorear la etapa inicial de su recuperación. Fue un duro golpe. Tiene mucha suerte.

Me tropecé con una silla y dejé caer la cabeza entre mis manos. Estaba emocionada de que él estuviera bien, pero las horas de espera habían agotado mi energía.

—¿Realmente va a estar bien?—Sentí que tenía que preguntar una vez más, solo para asegurarme de que no había superpuesto las palabras que quería escuchar sobre las suyas.

El veterinario asintió. —Es joven, por lo demás sano y luchador. Salvo cualquier complicación imprevista, debería estar bien.

—¿Puedo verlo?—Pregunté.

El Dr. Richelieu asintió. —Solo por unos minutos. Lo mantendremos sedado para que no se lastime más.

Nos llevó de regreso a través de la clínica a una habitación amplia que contenía lo que parecían puestos de caballos. Huck estaba tendido de costado sobre una gruesa pila de mantas que cubrían el piso, con una cánula de oxígeno en la nariz. El veterinario abrió la puerta del eslabón de la cadena, y me arrodillé y acaricié la sedosa oreja de Huck. Le susurré tonterías durante varios minutos antes de besar su frente peluda y ponerme de pie.

- —¿Puedo volver por la mañana?
- —En cualquier momento que desee. Y si tienes alguna pregunta, Simon tiene mi número de celular. Siéntete libre de llamarme. Si estoy en un procedimiento, te llamaré tan pronto como termine.
 - —¿Y nos llamarás si algo cambia?—Preguntó Simon.
- —Absolutamente, hombre. Él está en buenas manos. Lo vigilaremos toda la noche y la llamaremos de inmediato si hay algún cambio en su estado.

Me estremecí ante el pensamiento y esperé que hubiéramos pasado lo peor. Abatida, pensé en volver a mi apartamento vacío. Harriet aún no estaba, así que no habría problemas con ella por compañía. Tan bueno como había llegado a ser un solitario, realmente no quería estar sola esta noche.

Mi mente daba vueltas, tratando de averiguar a quién iba a llamar y rogar que durmiera en su sofá. Las cosas todavía estaban incómodas con Con, así que eso dejó a Dalila o Yve. Delilah vivía con su hermano, y Yve vivía sola. Pero por lo que sabía, Yve aún podría estar con Con. *Maldición*. Simon me ayudó a subir a su camioneta antes de redondear el capó y subir al asiento del conductor. Todavía estaba contemplando mis posibilidades limitadas cuando me di cuenta de que no íbamos de regreso al Barrio Francés.

- —Vivo en ese camino—. Señalé hacia la parte trasera del vehículo.
- —Lo sé—. Simon no giró el auto; él simplemente continuó hacia la avenida St. Charles.
 - —¿A dónde vamos?

Él no respondió. Bajamos por la calle Tercera y disminuimos la velocidad al entrar en el corazón del Garden District. Apretó un botón en el espejo retrovisor y se convirtió en un camino de entrada donde se abría una sección de la elegante cerca verde coronada con flor de lis.

—¿Dónde diablos estamos?—Simon presionó el botón nuevamente, y la cerca se cerró detrás de nosotros. Apretó otro botón cuando llegamos a un garaje al lado de una de las casas más hermosas que había visto. Era fácilmente tan grande como muchas de las casas en los Hamptons, y fue construido en un estilo italiano neoclásico similar, pero eso no tenía importancia.

—Mi casa. Bueno, para ser justos, es la casa de mis padres. Pero yo también vivo aquí.

No sabía con qué hecho debatir primero, así que los abordé a ambos. —¿Todavía vives con tus padres? ¿Por qué no me llevaste a casa?

Abrió la puerta del conductor y salió del vehículo, ignorando mis dos preguntas. Todavía estaba balbuceando cuando abrió la puerta del pasajero y desabrochó mi cinturón de seguridad. Golpeé sus manos lejos. —¿Qué demonios, Simon?

Frunció el ceño, sus rasgos se oscurecieron en la tenue luz del garaje. —No necesitas estar sola esta noche. Y por alguna razón inexplicable, quiero ayudarte. Así que deja de ser tan espinosa e independiente por un maldito minuto y déjame.

Lo fulminé con la mirada. —No me digas qué hacer. Y no me vuelvas loca sin preguntarme primero.

Se pasó una mano por la cara. —Bien. Te llevaré a casa. —Dio la vuelta al coche y volvió a abrir la puerta del conductor. Pero ya había salido. Estaba muerta de miedo; no quería estar sola esta noche.

Simon golpeó ambas manos en el techo del auto antes de mirar a través de la cabina hacia donde estaba parada afuera de la puerta abierta del pasajero. —¿Siempre eres tan terca?

Me encogí de hombros. —No lo sé. No puedo evitarlo. —Cerró la puerta del conductor por segunda vez, rodeó el capó y me agarró de la mano.

- —Vamos, mujer—. Me condujo fuera del garaje, y cuando no fuimos hacia la casa principal, lo miré confundida.
 - —¿A dónde vamos?
 - —Vivo en la casa de huéspedes.

Yo sonreí. —¿Entonces solo vives con tus padres? ¿No eres un poco viejo para eso?

Tiró de mi mano. —Confía en mí, iba a comprar mi propio lugar cuando saliera de la Marina. Hubieras pensado que les dije a mis padres que estaba haciendo un voto de silencio. Decir que estaban horrorizados es decirlo suavemente. Cuando me negué a mudarme a casa, mi padre hizo renovar la casa de huéspedes y mi madre me acusó de ello. Les haría sentir mucho mejor tener a alguien en la propiedad cuando viajen. Y se habían perdido tanto tiempo conmigo mientras estaba en el servicio'. Fue más fácil ceder.

- —Eres un niño de mamá, ¿no?
- —Tanto como cualquier buen muchacho sureño. Me gustan los deportes, la caza, la pesca, los autos rápidos y las mujeres más rápidas, pero amo a mi mamá.

Sonreí levemente, pero mi corazón no estaba en eso. Su declaración me hizo pensar en mi relación con mi propia madre, que estaba demasiado jodida para un sentimiento tan puro.

Entramos por la puerta principal de una casa una fracción del tamaño de la mansión, y Simon se volvió para mirarme. —Hey, Huck va a estar bien. Jack es uno de los mejores.

Había confundido mi silencio como preocupación por Huck, y la culpa me inundó; Había pasado dos minutos sin preocuparme por mi cachorro. Yo era una mala hija y una mala mamá de perro.

- —Gracias. Otra vez. Por todo. —Miré hacia otro lado y contemplé el interior oscuro del vestíbulo y el candelabro de cristal que colgaba de encima. Una amplia y reluciente escalera de madera curvada hasta el segundo piso. Me quedé sin habla. No quería que la persona se ensuciara con los muebles prístinos.
 - —¿Qué tal una ducha?—, Preguntó Simon.
- —Eso sería genial—, comencé, pero me detuve para mirar mi camisa manchada de sangre. —Pero no tengo otra ropa.
- —Encontraré algo para ti. Puede ser un poco grande, pero funcionarán esta noche.
 - —Umm... está bien. Gracias.

Seguí a Simon mientras subía las escaleras, perdida en mis propios pensamientos. Parecía entender que necesitaba el silencio y no lo llenaba con una charla tonta. Hizo un gesto hacia un baño y abrió el recinto de vidrio para abrir el agua y ajustar la temperatura.

—Espera un momento.

Se fue y regresó con una túnica blanca y esponjosa, una camiseta y bóxers. Los apiló en el mostrador.

—Gracias—, le susurré de nuevo. Cerró la puerta y me dejó sola en el baño blanco y dorado que se estaba llenando rápidamente de vapor. Me desnudé y me metí en la ducha. Dejo que el agua caiga en cascada sobre mí, empapando mi cabello y mi piel. Cualquier fuerza

que me había mantenido unida fue arrastrada por la mugre y los restos de la sangre de Huck. Me dejé caer al suelo de baldosas, me rodeé las rodillas con los brazos y me dejé caer.

Capítulo 10 Simon

Me detuve fuera de la puerta del baño, escuchando los sollozos desgarradores de Charlie. Agarré la parte posterior de mi cuello con ambas manos y me alejé, no queriendo invadir su privacidad más de lo que ya lo había hecho. Odiaba ver el conjunto encorvado de sus hombros. La prefería mucho con la barbilla bien alta y me dejaba boquiabierto. Queriendo hacer algo, cualquier cosa, llamé a Jack. Me aseguró que a Huck le iba bien, y aunque la recuperación iba a ser larga, probablemente lo superaría como nuevo. Por el bien de Charlie, esperaba que tuviera razón. Ella trató al perro como la mayoría de la gente hizo a un niño. Para una persona que no es un perro, eso puede parecer extraño, pero dada la forma en que mi madre mimó a Pekinese y mi padre había cuidado a sus perros perdigueros hasta que pasaron, no era nada nuevo para mí. Demonios, incluso las personas sin hogar en el barrio torcieron el sentimiento a su favor, usando perros de aspecto patético para sacar dólares de las manos de los turistas de corazón blando.

Pero para Charlie, parecía ser algo más. Ella era un misterio, un enigma distante. En la era de Google, todo sobre mi vida estaba disponible para el consumo público con unas pocas teclas. No sabía su apellido, pero me preguntaba qué encontraría si lo supiera. Honestamente, sin embargo, prefiero aprender de ella de ella. Pero eso parecía poco probable que suceda. Admitió libremente que solo le interesaba una noche, o menos. Pero algo en ella me hizo querer explorar esto... lo que sea que haya sido entre nosotros.

Casi venía en mis pantalones como un adolescente la noche en que se desnudó casualmente frente a mí. Estaba dispuesta a mostrarme su cuerpo, pero quería más. Fue un sentimiento incómodo. Normalmente yo era el que empujaba a las mujeres. Charlie me había cerrado más veces en unos pocos días de lo que había sido derribado en años. No estaba tratando de ser arrogante, era solo la verdad. Primero, era hijo de un congresista, luego un piloto de la Marina en un caza de ataque, que era un imán de coños. Más recientemente, fui el veterano condecorado que regresó a casa para tomar su lugar en la dinastía familiar. Los ex debutantes que mis padres me empujaron se marchitaron en mis brazos. Me liberé cuidadosamente de esas situaciones, porque las hijas de las principales familias de la ciudad esperarían un anillo, cuando ni siquiera me quedaría a pasar la noche.

Entonces, ¿por qué estaba tan enojado cuando Charlie convirtió mi propio modus operandi en mí?

Probablemente porque tenía mis propios motivos para no pasar la noche, y no tenían nada que ver con no querer hacerlo en ocasiones. Me dirigí a una de las habitaciones y bajé la cama. Dada su preocupación por Huck, esperaba que mis acciones parecieran caballerosas y no extrañas.

Encontré a Charlie en el pasillo cuando ella salió del baño ahogada en la bata blanca de felpa. Su ropa estaba enrollada en un bulto debajo de su brazo, y mi camisa y bóxers colgaban de su otra mano. Maldita sea. Eso significaba que estaba desnuda debajo de la bata. Aparté el pensamiento e hice un gesto hacia la habitación con los dos vasos de bourbon que sostenía.

Ella me siguió a la habitación y puse un vaso en la mesita de noche. Charlie colocó su manojo de ropa sobre la cómoda. Extendió la camiseta y los bóxers al final de la cama.

—Pensé que querrías un trago para ayudarte a dormir—, le dije.

- —Gracias—. Tomó el vaso y tomó un sorbo. Inspeccionó la habitación, deteniéndose en la obra de arte. —Esta no es tu habitación.
 - —No. Habitación de huéspedes.

Se volvió para mirarme. —Es bueno saber que mis instintos no están completamente apagados. La fruta de Cezanne realmente no parece ser tu estilo. —Hizo un gesto hacia la naturaleza muerta que pintaba en la pared con su vaso.

Mis ojos se estrecharon, y una vez más me sorprendió la sensación de que esta mujer era mucho más de lo que pretendía ser. Ella bebió el resto de su bourbon, y yo busqué algo que decir; llegué al hecho más pertinente.

—Llamé a Jack y revisé a Huck. Él todavía está bien.

Sus hombros se tensaron por un momento antes de relajarse. — Gracias de nuevo. Iba a pedirte su número para poder hacerlo.

—Me aseguraré de que lo tengas. —El silencio se extendió entre nosotros, pesado e incómodo. —Supongo que te dejaré dormir un poco entonces. Estaré al final del pasillo si necesitas algo.

Observó mientras cerraba la puerta, pero no dijo nada sobre mi abrupta partida.

Caminé por el pasillo hasta mi propia habitación, deseando no estar tan jodido que no podía permitir que una mujer pasara la noche en mi cama. Porque allí era donde quería a Charlie, incluso si todo lo que estaba haciendo era abrazarla para quitarle algo de su preocupación y reemplazarla con tranquilidad. No es que ella me dejara. Todavía.

Respiré profundamente y exhalé lentamente mientras cerraba la puerta. Por la mañana, había una llamada que había estado posponiendo durante años. Era hora.

Capítulo 11 Charlie

La noche fue interminable. Los episodios de sueño interrumpidos por destellos de la colisión de Huck con el barrendero y todo lo que vino después. Entonces mi mente desordenada insertaba fragmentos de mis padres y los rostros enojados de las víctimas de mi padre en mis sueños, y me despertaba. Estaba exhausta y mirando al techo blanco, tratando de aclarar mis pensamientos, cuando escuché un grito seguido de un fuerte gemido.

Simon.

Sonaba como si tuviera dolor.

Aparté las mantas y, vestida con su camiseta y bóxers, caminé por el pasillo hasta su habitación. La puerta estaba cerrada.

—¿Simon?—Susurré. Otro gemido de dolor y palabras confusas. El miedo se apoderó de mí. No pensé; abrí la puerta y entré. Un rayo de luz matutina que cortaba las cortinas abiertas resaltaba su rostro retorcido. Se sacudió contra las sábanas, las manos apretando las sábanas.

—No. Mierda. No.

Una pesadilla. Eso fue algo que pude entender. Crucé a un lado de la cama, mi único pensamiento era despertarlo y liberarlo de los horrores que lo atormentaban. Sacudí su hombro.

—Simon, despierta—. Sus manos soltaron las sábanas y agarraron mis hombros, tirando de mí sobre la cama y rodando a los dos hasta que me inmovilizó debajo de él. Me encogí ante el dolor de su

agarre. Sus músculos se estaban flexionando y apretando. El miedo burbujeó dentro de mí.

—Simon.

Cuando él no respondió y su agarre se apretó, actué por puro instinto: extendí la mano y lo abofeteé en la cara. Sus ojos se abrieron de golpe y me miró, parpadeando y confundido. Me moví para salir de debajo de él, y cuando se dio cuenta de que me estaba reteniendo, abrió mucho los ojos. Su pecho se agitaba con respiraciones desiguales.

- —Santo cielo. Charlie. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?
- —Quítate de encima—, le dije.

Simon rodó y se dejó caer de espaldas.

Su pecho seguía subiendo y bajando, y enterró los dedos en su cabello. —Jesús, joder. No puedo creer... —Me miró con los ojos desorbitados. —¿Te... te lastimé?

No respondí, solo me froté los hombros donde me había agarrado. —Estaré bien.

—Jesús. Eso significa... joder. Te hice daño. —Él se sentó y me alcanzó. Reflexivamente, me estremecí. —Dios mío. Lo siento mucho. Soy...

Me senté y me deslicé de la cama, con las piernas un poco temblorosas. —Está bien. Debería haberte dejado solo. Es mi culpa.

Simon saltó del colchón y se pasó las manos por la cara. —Lo siento mucho. Yo... —Levantó la vista hacia el techo, apretando los puños. —Yo... joder. Te llevaré a casa.

Negué con la cabeza. —Está bien—. Me aparté hacia la puerta. — Voy a volver a la cama.

- —Charlie, espera. Déjame explicarte...
- —No me debes una explicación. Está bien.

Cruzó la habitación y sentí detrás de mí la manija de la puerta.

—Cristo. Estás jodidamente aterrorizada de mí. Porque te lastimé.

Sacudí mi cabeza otra vez. —Está bien, Simon.

—Mierda. Por favor, déjame explicarte. —Miró el reloj. —Son casi las seis y no voy a volver a la cama. Si te parece bien, haré un poco de café y te diré lo que acaba de pasar. —Hizo una pausa. —Ya es hora de que le cuente a alguien.

Bueno eso fue críptico.

Cogió un par de pantalones deportivos de la USNA⁶ y empujó sus musculosas piernas dentro de ellos. Mis ojos estaban clavados en él incluso cuando me dije que mirara hacia otro lado y le diera privacidad para que se vistiera, pero fue una batalla perdida. Aunque me había asustado mucho, todavía me sentía atraída por él. La apariencia externa de Simon gritaba perfección, pero la idea de que tal vez no era tan perfecto por dentro me intrigaba aún más.

Lo seguí hasta la cocina y me senté a la mesa en el rincón del desayuno. Observé mientras molía los granos y configuraba la cafetera para preparar café. Se recostó contra el mostrador y cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Cuánto sabes sobre mí?—, Preguntó sin preámbulos.

- —Suficiente—, dije, aunque pensaba, no lo suficiente.
- —Entonces sabes que estaba en la Marina. Volé Super Hornets en la Operación Libertad Duradera. Pasé seis años en la cabina de mando en misiones. Casi todos altamente clasificados. Se frotó los ojos con los talones de las manos. —Era joven, engreído,

⁶ Unidad Sectorial De Normalización de la Industria Gastronómica

y pensaba que era invencible. Hasta que vi al primero de mis hermanos ser derribado. Esa es una lección de fragilidad humana que nunca olvidaré. Perdí seis más a lo largo de los años, y debería haber sido uno de ellos.

No estaba segura de cómo se suponía que debía responder. Entonces no lo hice.

Él continuó, la voz atormentada. —No puedo contarte toda la historia, pero puedo decirte que un hombre que consideraba un hermano recogido en un misil tierra-aire me encerró antes de que pudiera reaccionar. Kingman voló hacia él, tratando de atraparlo en una de sus aletas traseras para que al menos tuviera tiempo de expulsarlo, pero calculó mal. Habíamos estado volando misiones sin parar durante días, y todos estábamos cansados y fuera de juego. Lo vi explotar en una bola de fuego. Y no puedo dejar de ver que sucedió. Fue mi culpa, una lectura errónea de mis instrumentos, que incluso estuvimos allí, donde podían obtener una oportunidad clara de nosotros, y él fue quien pagó el precio. Tenía una hija que nunca conoció, y le hice viuda a su esposa.

Sus ojos color avellana brillaban con lágrimas no derramadas cuando terminó. Se giró para hurgar con la jarra, con la mano temblorosa mientras servía dos tazas. Metió la mano en la nevera y sacó la crema. —¿Cómo tomas tu café?

Era una pregunta tan mundana después de la confesión forjada emocionalmente. Pero rodé con eso.

—Negro, por favor.

Preparó su café con crema y azúcar, sentó ambas tazas en la mesa y se dejó caer en la silla frente a mí.

Decidí hacer la pregunta obvia.

- —¿Tienes TEPT⁷?
- —No oficialmente.
- —Entonces... ¿qué significa eso exactamente?
- —Significa que di todas las respuestas correctas a cada psiquiatra que la Armada me hizo ver.
 - —Entonces tú...
 - —¿Mentí? Sí. —Tomó un sorbo de su café.

Estaba aturdida, sosteniendo mi taza contra mis labios, incapaz de beber. Sí, aturdida por la confesión, pero aún más aturdida por lo abierto y honesto que fue conmigo. Alguien que apenas conocía. Alguien que nunca podría ser tan honesto con él.

Mi siguiente pregunta me hizo sentir como una completa hipócrita. —¿Por qué no fuiste honesto al respecto? ¿Por qué no dejaste que te ayudaran?

Cerró los ojos por un momento antes de responder. —Debido a la marca negra que dejaría en mi registro. Y el estigma. No quería que nadie supiera que estaba roto.

Puse mi taza sobre la mesa con un fuerte golpe. Maldita sea. Su honestidad me desgarró. Me tambaleo.

- —Oh—. Era una palabra ridículamente inútil, pero no tenía nada más.
- —Y ahora, es hora de que haga algo al respecto. Porque no he pasado una noche completa con una mujer en cuatro años. No me he quedado dormido abrazando a alguien por miedo a asustarla cuando una pesadilla golpea. Como esta mañana.
 - —¿Por qué ahora?—pregunté.

⁷ Trastorno por estrés postraumático

Simon levantó la vista y su mirada me atrapó con su intensidad. — Porque quiero pasar una noche entera contigo.

Mis ojos se abrieron como platos.

- —Más de una noche—, agregó.
- —Oh—, dije de nuevo.

Sentí una punzada en el pecho donde mi corazón latía dos veces. Su brutal honestidad hizo lo que legiones de hechizos no pudieron: atravesó mis paredes. Demolido mi mejor juicio. Traté de parecer no afectada, apretando mi taza para ocultar mis manos temblorosas. Continuó tomando su café como si no me hubiera sacudido hasta la médula. Un pensamiento hizo eco en mi cabeza: las cosas estaban a punto de complicarse.

Capítulo 12 Charlie

Sonaron tres golpes bruscos en la puerta, y una mujer gritó: — Simon, vi tu luz encendida. ¡Espero que tengas café!

—Mierda—, murmuró Simon, de pie y acercándose a la cafetera.

Un pequeño tornado de cabello oscuro sopló en la cocina. Parecía tener unos cincuenta años y llevaba pantalones negros de yoga, una chaqueta negra con cremallera y zapatillas de deporte de color rosa intenso. Su cabello liso le colgaba de la barbilla en una sacudida halagadora. Sus ojos color avellana y el ángulo de su nariz la delataron de inmediato como la madre de Simon.

—Oh. ¡Hola! No quise interrumpir—, dijo mientras Simon le entregaba una taza.

Me imaginé desde su punto de vista e hice una mueca. Esto parecía una mañana íntima después. Simon no tenía camisa, solo llevaba pantalones de chándal colgando bajo de sus caderas. Estaba vestida con su camisa y calzoncillos. Incómodo, por decir lo menos. Pero la señora Duchesne actuó como si nada estuviera mal.

Extendió una mano pequeña con uñas perfectamente cuidadas. — Soy Margaret Duchesne.

- —Ch-Charlie Stone—. La sacudí, ahogándome un poco cuando me di cuenta de que casi le había dado mi nombre real en respuesta a su saludo formal. ¿Qué me está haciendo esta familia?
 - —Es un placer conocerte. Nos encontramos con tan pocos...

—Madre—interrumpió Simon.

Ella sonrió cálidamente antes de soltar mi mano y hablar con Simon. —Solo quería parar y saludar. Me dirijo a mi clase de yoga, y no te he visto en unos días. Necesitamos cenar pronto. El tiempo se acaba antes de partir hacia Maine. Hay tanto que hacer antes de que nos vayamos. —Se volvió para mirarme de nuevo. —Entonces Charlie, dime, ¿quién es tu gente? ¿Qué haces?

- —Ummm... yo... uh... —tartamudeé.
- —Madre, es muy temprano para eso. Puedes interrogar a Charlie en otro momento. Estoy seguro de que la volverás a ver pronto.

Whoa. Cuando pensaba que las cosas se iban a complicar, ni siquiera había considerado un escenario para conocer a los padres y las preguntas que tendrían.

- —Eso es encantador, Simon—. Su sonrisa era sincera y acogedora, y no tensa y falsa como lo habría sido mi madre si le hubiera presentado a un chico cubierto de tatuajes con cabeza de cama loca. Los dejaré solos entonces.
- —Tenemos que volver a la oficina de Jack Richelieu de todos modos. El perro de Charlie fue operado ayer.

Sus ojos se volvieron enormes y comprensivos. —Oh, pobre querido. Lamento mucho eso. Sé que debes estar ansiosa por ver a tu bebé.

Mi corazón se apretó al pensar en Huck. Había estado contando los minutos hasta que pudiera llamar a la clínica mientras estaba despierta en la cama. Miré el reloj. Todavía es demasiado pronto. Mi plan era recibir una actualización verbal, correr a casa para cambiar y luego vender mi trasero allí. *Mierda, mi bicicleta*. La dejé al costado del camino. *Mierda*. Es historia.

Margaret se balanceó de puntillas para besar la mejilla de Simon. — Que tengas buen día. Dile a Jack que dije hola y que llevaremos a Minka a verlo antes de que nos vayamos de la ciudad. —Y luego se fue. Un tornado de cabello oscuro de hecho.

Me vestí con mis jeans del día anterior y me puse el sostén, pero vestía la camiseta de Simon, ya que la mía se dirigía hacia la papelera. Cuando mencioné que era una idiota y que me había olvidado de mi bicicleta, Simon me sorprendió al decirme que había llamado a Voodoo y le había pedido a Delilah que la tomara. Aparentemente ella le había enviado un mensaje de texto mientras estábamos en la sala de espera para hacerle saber que mi bicicleta me estaba esperando en el trabajo.

Simon me dejó frente a mi casa y dio la vuelta a la manzana para encontrar un lugar para estacionar. Cuando regresó a casa de Harriet, estaba lista para partir. Había llamado a Jack en el camino, y Jack nos había informado que Huck estaba bien, pero querían mantenerlo sedado por otro día más o menos para darle a su cuerpo tiempo adicional para recuperarse. Me rompió el corazón pensar en Huck todavía noqueado en su puesto, pero Simon confiaba en Jack implícitamente. Y estaba aprendiendo a confiaba en Simon. Fue otro descubrimiento que sacudió los cimientos.

- —¿Estás bien?—, Preguntó Simon mientras conducíamos a la clínica de Jack.
 - —Bien, solo mucho en qué pensar.
 - —Huck va a estar bien.
- —Lo sé—. Saqué un fajo de billetes de cien dólares de mi bolso, envuelto con una banda de papel con '\$ 10,000' impresos. El dinero era una gran parte de lo que quedaba del efectivo con el que había corrido. Lo dejé caer en la consola central. —Esto es por ayer y con

suerte cubrirá parte de la factura de esta semana. Sin embargo, estoy segura de que te debo más.

Simon casi se desvió de un automóvil estacionado cuando miró el dinero. —¿Qué demonios, Charlie? Guarda tu dinero. Te dije que lo resolveríamos.

—No. Yo pago mis deudas. Y sé que la cirugía de Huck tuvo que costar una pequeña fortuna. Sin mencionar una semana en postoperatorio. Él es mi responsabilidad. Mi familia. Y lo pagaré.

Simon me lanzó una mirada molesta. —Ni siquiera he recibido la factura, así que al menos consérvelo hasta que sepamos de qué estamos hablando—. Su ceño se profundizó. —Realmente no me gusta la idea de que lleves tanto efectivo.

Puse las cuentas en mi bolso. —Bueno, traté de dártelo, pero no lo aceptaste. Así que supongo que ese es tu problema.

- —Eres tan terca.
- —Yo no soy el que no tomará el dinero.

Simon gruñó. Como, en realidad gruñó. Me reí, agradecida por la distracción.

- —¿Qué voy a hacer contigo, mujer?
- —Estoy segura de que pensarás en algo.
- —Oh, sé lo que quiero hacer contigo. Pero irías corriendo por las colinas si te lo digo.

Después de esta mañana, eso era dudoso. —Pruébame.

Se movió en su asiento. —Prefiero mostrarte—. Me dio una mirada significativa. Una lleno de promesas seductoras.

El calor me atravesó y se instaló bajo en mi vientre y entre mis muslos, solo para ser sofocado cuando llegamos a un lugar de estacionamiento frente a la clínica. Jesús. Mi libido era inapropiado y esquizofrénico.

Como si supiera lo que estaba pensando, Simon agregó: —Vamos a continuar esta conversación más tarde.

Capítulo 13 Simon

—Sr. Duchesne, es un placer conocerlo. Por favor, tome asiento.

Supuse que estar sentado en el lujoso sofá de cuero significaba que el Dr. Carlson era oficialmente mi nuevo psiquiatra. También supuse que debería estar agradecido de que hubiera aceptado verme en tan poco tiempo.

La sesión comenzó como me imaginaba la mayoría de las sesiones con un psiquiatra.

- —Dígame qué le trae por aquí hoy, señor Duchesne.
- —Es Simon, por favor.
- —Por supuesto, Simon—. Esperó con su bolígrafo sobre un archivo manila lleno de hojas de papel. Fue reconfortante saber que todavía era de la vieja escuela. El sonido de alguien tocando un teclado mientras yo revelaba mis secretos más oscuros me habría molestado.
 - —Tengo pesadillas. Problemas para dormir—admití.
 - —¿Cuánto tiempo ha estado sucediendo esto?
 - —Hace poco más de cuatro años.

Pasó una página, probablemente mirando la historia de la vida que me habían obligado a escribir antes de mi cita. —¿Eras piloto en la Marina?

- —Sí.
- —¿Y la fuente de las pesadillas?

Le conté la misma historia que le conté a Charlie unos días antes. Fue más fácil la segunda vez. Probablemente porque ella no me había juzgado. No había respondido con tópicos. Ella solo me dejaba sacarlo. También le conté cómo la había inmovilizado en la cama cuando me había despertado en medio de una pesadilla. Mi estómago todavía se anudó cuando recordé cómo ella se alejó cuidadosamente de mí después.

—Entiendo, dada la naturaleza de alto perfil de su familia, por qué ha optado por no buscar tratamiento en el VA⁸.

Esta parte me hizo sentir como un hipócrita. Porque la mayoría de los veteranos no tenían los medios financieros que yo tenía, y no tendrían más remedio que buscar tratamiento en el VA. Pero tampoco quería que me escribieran un guion de drogas psicotrópicas y me enviaran en mi camino. Le expliqué mi razonamiento, y él solo asintió y continuó con sus preguntas.

- —¿Le has contado esto a alguien antes?
- —Sí, recientemente.
- —¿Y cómo dormiste después de eso?

Pensé en las últimas dos noches, las cuales había dormido sin pesadillas.

- —Mejor.
- —No estoy diciendo que vas a ser curado solo hablando de esto con alguien una o dos veces, pero ayuda. Y tomar la decisión de venir aquí hoy fue un gran paso.

⁸ En los Estados Unidos, la VA es una organización gubernamental que ofrece asistencia a las personas que han servido en las fuerzas armadas. VA es una abreviatura de "Administración de Veteranos".

Continué respondiendo las preguntas que planteó, y el Dr. Carlson anotó más notas. Cuando la sesión casi terminaba, dejó su carpeta a un lado y me estudió.

—Si bien es mi opinión que tienes Trastorno de Estrés Postraumático, creo que es un caso relativamente menor. Por lo que me ha dicho, funciona muy bien, y creo que el mayor obstáculo que ha enfrentado es que se ha negado a hablar de su experiencia hasta hace poco. Me gustaría verte dos veces por semana para comenzar, y luego veremos cómo va a partir de ahí.

—¿Qué pasa con lo que pasó con mi... novia?—Me gustó referirme a Charlie de esa manera. Demasiado. Era demasiado pronto, pero hacia allí se dirigía esta relación, si tenía algo que decir al respecto.

—No me preocupa que lastimes a alguien, incluida ella. Sin embargo, sugeriría que no intente despertarte de tus pesadillas.

Nos dimos la mano y me fui, sintiéndome más ligero que en años. La esperanza era algo embriagador. Ahora solo necesitaba localizar a una chica boquiabierta y tatuada que había estado MIA⁹ desde el martes.

-

⁹ Desaparecido en combate.

Capítulo 14 Charlie

El viernes por la tarde, quince minutos antes de cerrar, la puerta del Dirty Dog se abrió con un *silbido*. Miré hacia arriba y casi dejo caer la pila de jeans que sostenía.

Simon llenó la puerta, su gran cuerpo bloqueó la mayor parte de la luz del sol de la tarde.

—Bueno, hola, guapo—, dijo Yve. Y se veía bien. El traje gris claro, la camisa blanca crujiente y la corbata azul marino eran sobrias pero sexys.

Simon asintió en respuesta y me miró fijamente. —¿Me estás evitando?—, Preguntó.

- —¿De qué estás hablando?
- —No has estado respondiendo mis llamadas o mensajes de texto.

Oh. Había llamado a la clínica tantas veces en los últimos días que estaba quemando mi pequeña asignación mensual de minutos demasiado rápido. Para conservarlos, mantuve mi teléfono apagado el resto del tiempo. Era una espada de doble filo, porque con mi teléfono apagado, la clínica no podía contactarme, así que compensé en exceso llamando cada pocas horas para obtener una actualización. Estoy bastante segura de que la mujer que contestó los teléfonos estaba lista para estrangularme.

—Lo siento, no he estado manteniendo mi teléfono encendido.

Simon lo tomó con calma. —Lo tengo. Estaba empezando a preguntarme qué pasaba.

Puse los jeans en el estante donde pertenecían y los coloqué en una pila ordenada. Tenía que mantener mis manos ocupadas o de lo contrario podría girar mi cabello o algo estúpido como eso.

Se acercó y pude oler el aroma a madera de su... ¿Colonia? ¿Crema para después de afeitar? ¿Desodorante? Fuera lo que fuese, me hizo querer frotarme contra la sombra de las cinco en punto que le cubría la mandíbula.

—Esperaba poder llevarte a visitar a Huck. Escuché que volverá a casa en unos días. —El calor floreció en mi pecho. Había estado vigilando a mi perro.

Miré el reloj Kit-Cat en la pared. Eran las cinco menos cuarto, y tuve un turno en Voodoo a partir de las siete. Sin un aventón, lo estaría cortando para ver a Huck. Había estado pedaleando hasta la clínica todos los días después del trabajo, pero atravesar el área un tanto incompleta sin Huck a mi lado me asustó, especialmente cuando comenzó a oscurecer.

—Eso sería genial—. Me encontré con su intensa mirada. — Terminaré aquí en un momento.

—Puedes salir ahora. Es genial—, dijo Yve, apoyándose contra el mostrador y escuchando descaradamente. Miré hacia ella, pero su atención estaba fija en Simon. —Lleva a esa chica a buscar algo de comida. No está comiendo lo suficiente como para mantener vivo a un fantasma últimamente.

Finalmente, Yve me miró y le devolví la mirada, dándole una mirada de ¿En serio, perra? Ella se cruzó de brazos y levantó una ceja.

- —Listo—. Simon colocó un mechón de cabello suelto detrás de mí oreja. —¿Algo que necesites antes de que nos vayamos?
- —Solo mi bolso—, dije, mientras Yve lo sacaba del gabinete debajo del mostrador. —Y mi bicicleta.
 - —Podemos poner tu bicicleta en mi auto. ¿Te veré por aquí?
- —Está bien. Gracias. —Sonrió y se dirigió hacia la puerta, abriéndola con tanto entusiasmo como cuando había entrado. Miré a Yve.
- —¿Seriamente? ¿No estás comiendo lo suficiente para mantener vivo a un fantasma? ¿Qué demonios? Ni se te ocurra entrometerte. Yve se creía una *casamentera*. Sus desastrosos esfuerzos hasta la fecha no le habían impedido intentarlo.

Ella sonrió con una sonrisa petulante. —No creo que necesite entrometerme. Ese hombre está colgado de ti. Casi me desmayo cuando hizo eso con tu cabello. Maldición, necesito un hombre que me mire así.

—Solo déjalo en paz, ¿de acuerdo? Lo más probable es que esto no vaya a ninguna parte—, dije, al mismo tiempo esperando que pudiera estar equivocada. Después de la cruda honestidad de Simon el martes por la mañana, había estado pensando en mi propia situación. Una idea había echado raíces, pero dado mi loco horario de trabajo, resoplando a mitad de camino por la ciudad para ver a Huck, y luego cayendo en la cama por la noche, no había tenido mucho tiempo para considerar la implementación, y mucho menos sus ramificaciones. Pero la idea estaba germinando. Simplemente no estaba segura de tener el coraje o la habilidad para llevarlo a cabo.

Yve me dio un rápido abrazo mientras recogía mi bolso del mostrador. —Más tarde, chica. Te veo mañana por la mañana. Será mejor que vengas lista para preparar los detalles sucios.

Puse los ojos en blanco mientras salía por la puerta trasera.

Simon estaba apoyado contra la puerta de su X5. Estaba inactivo con el portón trasero ya abierto.

En cuestión de segundos, Simon cargó mi bicicleta y el rock clásico golpeaba silenciosamente el sistema de sonido. Al ver el control de volumen, subí la canción, porque "Hotel California" merecía ser más que ruido de fondo. Me lanzó una sonrisa torcida, sus hoyuelos se asomaban, y tuve la necesidad de inclinarme y besarlo.

- —¿Cena antes o después de ver a Huck?
- —Después—. Se apartó de la acera.
- —Me imaginé que dirías eso. ¿Los mariscos están bien?
- —Por supuesto—. Me hice un gesto. —Pero nada lujoso, obviamente.
 - —Te ves hermosa. Y tengo justo el lugar.

Simon tamborileó en el volante mientras nos dirigíamos a la clínica de Jack. El silencio era agradable más que incómodo. Pero tenía preguntas que quería responder.

—Traté de pagarle al Dr. Richelieu. No quiso mi dinero. ¿Quieres decirme por qué es eso?

Simon se detuvo en una luz roja, la expresión se oscureció. —Por favor, dime que no montaste tu bicicleta por esta parte de la ciudad con diez mil dólares en efectivo.

Miré las elegantes alfombrillas bronceadas bordadas con el logotipo de BMW.

—Charlie... —Su tono no permitiría nada más que la verdad.

—Bien, en retrospectiva, no fue la mejor idea. Pero solo habría tenido que llevarlo de una manera si hubiera tomado el dinero. Así que realmente, es un poco tu culpa. —Miré hacia arriba.

Los nudillos de Simon se blanquearon mientras agarraba el volante. Puede haber susurrado algo sobre una oración por paciencia. Después de una larga pausa, dijo: —Hagamos un trato. Si quieres ir a ver a Huck, llámame. Me aseguraré de estar disponible.

- —No puedes dejar todo...
- —Solo llámame. *Por favor*. Me daría tranquilidad. De lo contrario, voy a esperar afuera del Dirty Dog durante los próximos días después de cerrar y recogerte y meterte en el auto de todos modos.
 - —Eso es un poco acosador. Y una especie de secuestro.
 - —Exactamente. Así que, por favor, perdóname la desgracia.

Me toqué el dedo en los labios.

—Entonces, ¿tenemos un trato?—, Preguntó Simon.

Estábamos llegando a la clínica. Fue la expresión de sincera preocupación en su rostro lo que me hizo ceder.

—Bien. Trato.

Extendió una mano y yo la estreché. Cuando fui a retirar mi mano, él aguantó un momento. —Gracias.

El Dr. Richelieu confirmó las buenas noticias: Huck estaría bien, suficiente para volver a casa el domingo. Supongo que una de las ventajas de ser amigo del veterinario es que estaba dispuesto a venir en su día libre y darme todas las instrucciones de cuidado que necesitaba. Ya sabía que la recuperación de Huck no iba a ser fácil. Me mudaría a la habitación de invitados de Harriet, porque no había forma de que Huck pudiera subir las escaleras hasta mi casa durante al menos un mes, si no más. Tendría que quedarse en su caja

casi todo el tiempo, excepto por viajes cortos afuera para hacer sus negocios. Le rasqué la oreja, y Huck me lamió la mano y descansó su cabeza gigante en mi regazo, su pesada cola golpeó el suelo. No me importaron los inconvenientes; estaba tan feliz de que mi gran perro estuviera bien.



La cena fue cangrejo hervido servido en un cubo y todas las fijaciones. No fue absolutamente lo que esperaba. Lo que estaba resultando ser un tema cuando se trataba de Simon.

Cuando le pregunté sobre su elección para la cena, explicó: —Lo que no te das cuenta es que tengo un poco de bayou en mi sangre. Mi mamá se crio en una casa sobre pilotes en Jean LaFitte, y el cangrejo de río era una cena regular los domingos. Mi abuelo capitaneó su propio barco de pesca comercial hasta que murió a los setenta y ocho años.

—Y aquí pensé que eras tan cuchara de plata como vienen.

—Quizás algunos, pero esto—, se sacudió la corbata, —Es solo una parte de mí. Es solo la superficie. —Levantó mi mano y trazó los tatuajes en mi brazo. —Al igual que eres más que la suma de tu tinta. Quiero saber quién eres debajo de todo esto. —Me estremecí. Ya sea por sus palabras o su toque, no estoy segura. Pero cuando me miró así, fue como si estuviera viendo dentro de mí. No había manera en el infierno que pudiera aguantar bajo su escrutinio.

Aparté mi mano y rompí el momento. —Voy a llegar tarde al trabajo si no vamos pronto.

Señaló a nuestro camarero y pagó la cuenta, dándome una mirada decididamente sucia cuando alcancé mi bolso. Supongo que los modales del pantano impidieron volverse holandés. Ya llegué cinco minutos tarde cuando nos detuvimos frente a Voodoo y Simon puso el SUV en el parque.

—Gracias por la cena. ¿Te importaría abrir la parte de atrás? Necesito agarrar mi bicicleta—. No quería cortar y correr, pero ya llegaba tarde y no estaba segura de qué decir después de la declaración de Simon en la cena.

Mi cuerpo estaba en ángulo hacia la puerta, los dedos envueltos alrededor de la manija.

Simon se pasó la mano por la sombra de las cinco en punto. —Solo déjalo. Te recogeré.

Umm, ¿qué? Sonreí. —Eso no es necesario.

—Charlie, no puedes pensar que andar en bicicleta a casa a las dos de la mañana es una idea inteligente. Tal vez una vez que Huck vuelva a ponerse de pie, pero sin él...

Él estaba en lo correcto. No podía discutir el punto y no sonar como una imbécil. —Haré que Con me lleve a casa. Estará bien. —No quería sacar a Simon más de lo que ya tenía hoy.

Él frunció el ceño, apretando la mandíbula. —¿Ahora pueden dormir con él?

Me ericé. ¿Qué demonios? Solo estaba tratando de ahorrarle a Simon un viaje extra. —Eso no es asunto tuyo.

—Seguro como el infierno—. Su tono rogaba por una pelea.

Abrí la puerta y salí. Estaba luchando con el portón trasero cuando Simon cerró la puerta de golpe y se dirigió hacia mí.

Presionó ambas manos contra la ventana trasera, atrapándome contra el auto. —Abre esta estupidez—, exigí.

La voz de Simon era baja, su aliento caliente contra mi cuello. — Es asunto mío porque te quiero en mi cama. De nadie más.

Me giré en sus brazos, sus palabras enviaron un rayo de lujuria directamente a través de mí. No debería encontrar atractivo su comportamiento de mano alta. En absoluto. Levanté la barbilla y respondí: —¿Qué pasa con lo que quiero? ¿Eso no significa nada

Se inclinó, apoyando su frente contra la mía. —Significa todo. Y creo que quieres exactamente lo mismo que yo. —Él se apartó. — Estaré aquí a las dos. No dejes que Con te lleve a casa, Charlie.

Respiré hondo y exhalé lentamente, tratando de dar la impresión de que estaba considerando decirle que se fuera cuando todo lo que quería era que me llevara a casa ahora.

—Bien. Pero solo sé que no siempre voy a ceder tan fácilmente.

Él sonrió. —Puedo vivir con eso.

Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja, el mismo movimiento que hizo que Yve se desmayara, y decidí que había esperado demasiado para besarme. Me incliné y deslice mis brazos alrededor de su cuello, tirando de él hacia abajo hasta que nuestros labios se encontraron. Simon no se resistió, pero mi control sobre el beso desapareció en el instante en que inclinó la cabeza y buscó la entrada a mi boca. Abrí y su lengua se deslizó dentro, enredándose con la mía. Envolvió mis brazos alrededor de mí, arrastrándome contra él. Su aroma a madera me rodeó, y probé menta, cerveza y algo único a Simon.

Apenas noté el sonido de la campanilla de la puerta y el sonido de la garganta. —¿Vienes, Lee? ¿O vas a besarte como una adolescente con el rey del baile de graduación?

Me aparté, girando la cabeza para mirar a Con. Parecía... aburrido. Cuál era su expresión favorita cuando no quería que nadie supiera que estaba enojado. Presioné otro beso rápido contra los labios de Simon, negándome a dejar que Con dictara cómo terminó esta escena.

—¿Realmente eras el rey del baile?—, Pregunté, con la esperanza de borrar el ceño fruncido que se había formado en la cara de Simon.

Apartó la mirada de Con y volvió a mirarme. —Tal vez—. Se inclinó para besar mi mejilla, sus labios rozaron ligeramente los míos una vez más. —Te veré a las dos.

Él asintió con la cabeza a Con. —Leahy.

—Concejal.

Seguí a Con a la tienda y juré que la temperatura bajó unos veinte grados.

—¿Seriamente? ¿Simon Duchesne? Jesús, eso está jodido, Lee. Jodido. —El zumbido de la pistola de tatuajes de Delilah se calmó.

—¿Por qué? ¿Qué es exactamente lo jodido respecto?

Con ritmo. No me miraba. —Simplemente es. No lo entiendes. Siempre consigue lo que quiere. Y el resto de nosotros, pobres putas, tenemos que ver cómo sucede.

Puse mis manos en mis caderas y lo miré. —No sé qué hay entre ustedes dos, pero no creo que tenga nada que ver conmigo. Y no finjas que te estoy rompiendo el corazón, Con. Nos divertimos. Eso fue todo. Sé que te acostaste con Yve. Por lo tanto, ciertamente no me anhelas.

Con dejó de caminar y finalmente me miró. —No quiero verte lastimada, bebé. Y lo que teníamos era más que diversión, al menos

para mí. Eres importante. Me preocupo por ti. Yo... no quiero que te sorprendas cuando esto no resulte como esperas.

- —Ni siquiera sé lo que estoy esperando. No tengo expectativas. Todo lo que estoy haciendo es disfrutarlo mientras dure.
- —Solo mantén los ojos abiertos, ¿de acuerdo? Tú vales mucho más que ser el acompañante de algún político.

La puerta se abrió, y las dos nos volvimos para ver a tres jóvenes mujeres riendo tambaleándose, cada una vestida con pantalones cortos, blusas sin mangas y cuentas de carnaval y tacones de una milla de altura. Aproveché la oportunidad para ponerme detrás del mostrador y finalizar la conversación.

Capítulo 15 Charlie

El X5 de Simon estaba inactivo en la acera cuando salí por la puerta principal a las dos en punto. Él ya estaba fuera del auto y sonriendo cuando llegué a la acera. Se había puesto unos jeans gastados y una camiseta negra lisa. Me siguió por el frente y me abrió la puerta. Su madre, el pequeño tornado de cabello oscuro, definitivamente lo había criado bien. O tal vez era solo una cosa sureña. Los chicos con los que había salido en Nueva York siempre habían dejado que la ayuda de cámara y los conductores me abrieran la puerta, sin molestarse en hacerlo ellos mismos.

—Tengo que admitir que lo del caballero sureño está creciendo en mí—. Estaba a punto de subir cuando Simon puso una mano sobre mi brazo.

—De dónde eres...

Oh, mierda. No queriendo que me preguntara algo sobre lo que tendría que mentir, me puse de puntillas y presioné mis labios contra los suyos, cortando la pregunta. Uno de sus brazos me envolvió, empujándome contra su cuerpo, y su otra mano se hundió en mis ondas sueltas. Podía sentirlo endurecerse contra mí, y mi cuerpo se calentó. Maldita sea. El hombre pudo besarme.

Se apartó pero no lo soltó.

- —Hola—, dije. Era la única palabra a la que podía aferrarme. Después de algunas respiraciones, Simon me soltó.
 - —Hola a ti también.

Sabiendo que estaba parada al lado del auto como una idiota con la boca floja, entré y cerré la puerta. Una sonrisa tiró de las comisuras de mi boca cuando me di cuenta de que Simon todavía estaba parado al lado de la puerta del pasajero, mirándome por la ventana. Al parecer, el beso nos había hecho idiotas a los dos.

Todavía estaba tratando de frenar la reacción de mi cuerpo cuando Simon finalmente alejó el SUV de la acera en dirección a la casa de Harriet. El silencio entre nosotros era cómodo, pero necesitaba música para distraerme de donde se dirigían mis pensamientos. Extendí la mano para encender la radio, y Simon disminuyó la velocidad para dejar que un grupo de peatones cruzara la calle. Me miró con el ceño fruncido y agarró mi muñeca derecha.

—¿Qué demonios pasó?

Lo miré confundido. —Estaba apareciendo...

—No, tu brazo. ¿Te hiciste daño?

Seguí su mirada hasta donde descansaba sobre la gasa en el interior de mi bíceps derecho.

—Oh. Solo agrego a mi colección.

Sus cejas se alzaron. —¿Otro tatuaje?

Mi sonrisa murió mientras estudiaba su expresión. No me digas que lo desaprueba. Porque le diría dónde bajar. Nadie me dijo cómo vestirme, cómo usar mi cabello ni nada más. Ninguno.

—Sí, ¿qué es para ti?—Mi tono adquirió un tono de no joder conmigo que había adquirido poco después de pisar el Greyhound en Atlanta hace poco más de un año y algún imbécil habían decidido que parecía presa fácil. Le había clavado las bolas en los pulmones cuando intentó sentirme despierta después de que me durmiera en el autobús. El recuerdo avivó mi temperamento.

- —Nada... solo me sorprendió.
- —¿Un tatuaje más me puso demasiado por encima del límite de la chica mala para ti, concejal?—Las palabras se sintieron como el vidrio molido en mi garganta.
- —Oye, eso no es justo. No es así. Vi el vendaje y... de todos modos, creo que la tinta está caliente, así que no tienes tu copia de seguridad.

Mi rápida oleada de ira se disipó ante sus palabras. Me relajé en el asiento cuando comenzamos a movernos de nuevo. Me sentí como una perra por reaccionar exageradamente y estar tan a la defensiva. Especialmente después de que acababa de besarme. Solo el pensamiento del beso tenía calor comenzando a acumularse en mi vientre.

-Entonces, ¿qué es?-, Preguntó.

Dobló por mi camino y se detuvo en un extraño estacionamiento vacío al otro lado de la calle.

Mi respuesta fue fácil. —¿Por qué no vienes y te lo enseño?

Sus manos se flexionaron en el volante, y miró directamente por el parabrisas. Él asintió, como si decidiera algo. —Traeré tu bicicleta.

Simon empujó mi bicicleta hacia el oasis del jardín y me siguió por la escalera de caracol hasta mi departamento. Abrí la puerta y la abrí. Cuando encendí la luz, traté de ver mi lugar a través de sus ojos. Era minúsculo No mucho más grande que la habitación en la que me había alojado en su casa. La sala de estar estaba amueblada con un sofá de dos plazas en ángulo hacia una pequeña chimenea, una mesa auxiliar y una lámpara. La puerta de mi habitación estaba entreabierta y parecía que mi cama doble apenas cabía dentro. Llamar a una esquina "cocina" fue un poco exagerado. Había un fregadero, un pie de espacio en el mostrador, una nevera del tamaño de un dormitorio y un microondas. Una pequeña mesa y dos sillas estaban

metidas en lo que yo refería grandiosamente como el "rincón del desayuno". En realidad, era una esquina detrás de la puerta.

—No es mucho, pero no necesito mucho. —Y me encanta. Simon terminó su recorrido visual y se centró en mí, sus ojos color avellana ardían de calor. Parecía aún más grande en el pequeño espacio, y el momento se volvió innegablemente íntimo.

—Esto es probablemente demasiado avanzado—, comenzó. —Pero voy a salir y decirlo. Te quiero debajo de mí en esa cama. —Él asintió con la cabeza hacia mi habitación, como si la declaración necesitara alguna aclaración.

Whoa. Eso fue avanzado. Tragué saliva, sintiendo el calor subir a mis mejillas. Pues diablos. Yo quería lo mismo. No lo negaba. Me quité los Chucks. —Supongo que sí juegas bien tus cartas...

Cogió una de mis manos y me cortó. —Pero eso no va a pasar esta noche.

¿Qué demonios? Aunque este rechazo no le dolió tanto como el anterior, dejándome flotando desnuda en la piscina, todavía se sentía como un rechazo.

—Es fácil decepcionar a una chica, Simon—. Me pasé la mano por la cara y tiré de la que tenía en la mano. —¿Por qué viniste entonces?

Él no soltó mi mano, sino que la usó para acercarme más. —Me ibas a mostrar tu nuevo tatuaje. Y sabes por qué no puedo quedarme. No es porque no quiera. No porque no te quiera.

Las piezas se juntaron en mi cerebro. Maldita sea. A veces realmente era denso. Mi cara se calentó de nuevo, esta vez con vergüenza. —Oh, mierda. Ni siquiera pensé... quiero decir... Jesús, soy una perra.

—No, no lo eres—. Él entrelazó sus dedos con los míos. —Me alegra que lo hayas olvidado.

- —Yo solo... no estaba pensando.
- —Entonces me alegra poder hacerte dejar de pensar—. Frotó su pulgar sobre el dorso de mi mano. —Estoy viendo a alguien, un psiquiatra. Así que créeme cuando digo que pasaré la noche contigo en esa cama, pero todavía no.

Mi mirada se disparó hacia la suya. —¿Seriamente? Eso está bien, ¿verdad? Quiero decir, pensé que no querías hablar con nadie sobre eso.

Llevó nuestras manos unidas a sus labios y presionó un beso en mis nudillos. —No lo hice, pero luego encontré algo que quería aún más.

—Oh—. Fue lo mejor que pude hacer. No sabía cómo responder a eso. Fue algo enorme. ¿Me quería lo suficiente como para mostrarle su alma a un perfecto desconocido con la esperanza de resolver sus problemas? Fue bueno saber que no era la única que sentía algo. Incluso si ese sentimiento fuera peligroso para mi propia existencia.

Él asintió hacia mi brazo. —¿Puedo ver el nuevo tatuaje?

Desenganché mi mano de la suya y aparté la gasa para descubrir a una Lady Justice negra y gris, con los ojos vendados, tendiéndole la espada y las escamas equilibradas.

Simon lo estudió y luego se encontró con mi ansiosa mirada. — ¿Por qué eso?

Levanté suavemente el contorno de la tinta con la punta de un dedo. Fue una manifestación física de la idea que se había estado filtrando dentro de mí durante días, y su confesión sobre el psiquiatra me hizo aún más decidida a perseguirlo. Se enfrentaba a sus demonios. Ya era hora de que hiciera algo para enfrentar el mío.

Uno de sus dedos largos y de punta roma siguió el mío, trazando las líneas, y me di cuenta de que estaba esperando mi respuesta. Solo

pude darle una vaga, como siempre. —Verdad. Justicia. Equilibrar lo que se debe. Todas las cosas buenas para recordar.

Su siguiente pregunta me tomó por sorpresa. —¿De dónde eres? Porque sé que no eres de aquí.

Me aparté y me dirigí hacia la nevera. No voy a ir allí —¿Quieres una cerveza?

—No tan rápido. Eventualmente tendrá que decirme, señorita Stone. —Me arrinconó contra mi espacio en el mostrador y ahuecó mi mandíbula. —Pero esperaré hasta que estés lista. En este momento, me conformaré con probarte. —Se presionó contra mí y mis pezones se endurecieron. Lo encontré a medio camino, rodeándole el cuello con los brazos y bajando la cabeza. Me estaba lanzando de todo corazón a este cambio de tema.

—Eres tan malditamente alto—. Me puse de puntillas otra vez, tratando de alcanzar sus labios. Pero Simon se agachó, envolvió un brazo alrededor de mi espalda y otro debajo de mi trasero, y me levantó en sus brazos. No pude contener mi chirrido de sorpresa. Cruzó mi minúscula sala de estar y se sentó en el sofá de dos plazas. Me reubiqué, así que estaba a horcajadas sobre él. La posición rozaba la costura central de mis jeans directamente sobre el bulto creciente en sus pantalones. La presión contra mi clítoris me hizo mecerme ligeramente contra él. Él no lo sabía, pero mi perforación en la capucha aumentó la 'mierda que se siente increíble' al sentir varias muescas. Mi cabeza se inclinó hacia atrás, y él se aprovechó, sus labios carnosos besándose a lo largo de la línea de mi mandíbula y hasta mi cuello. Sus dedos se clavaron en mis caderas y todo lo que podía pensar era que lo quería desnudo, dentro de mí. Alcancé el borde de mi camiseta, alejándome para poder ponerla sobre mi cabeza.

⁻Maldita sea, eres hermosa-, suspiró.

Llegué a mi espalda para desabrochar mi sostén, pero él me detuvo con sus palabras. —Déjame—. Él lo desenganchó hábilmente, y lo saqué de mis brazos. Sus manos estaban ahuecando mis senos tan pronto como estaban desatados.

- —Estoy corregido. Estás jodidamente hermosa. —Sus ojos estaban clavados en mis aros dorados. —¿Están... puedo?—Sonreí, contenta de que él estuviera tan excitado por ellos como yo.
- —Está bien. Tienen un par de meses. Puedes jugar. Eres la primera persona, además de Dalilah, que los ha visto.
- —Estoy jodidamente honrado—. Él inclinó la cabeza y rodeó un anillo con la lengua antes de tirar suavemente de él con los dientes.

Una ráfaga de placer me atravesó, directamente desde mis pezones hasta mi clítoris. Gemí y meciéndome contra su erección.

Levantó la cabeza momentáneamente. —¿Podrías venir solo de esto?

—No sé... ¿tal vez?—Mis palabras fueron entrecortadas y no parecían haber salido de mi boca.

Él se rio entre dientes, y el bajo sonido retumbante me hizo moverme más fuerte contra él. Me sentía desvergonzada, pero era demasiado bueno para detenerlo. Estaba tan feliz de haber dado el salto en los piercings. Mejor. Idea. Siempre.

-Entonces, veamos qué podemos hacer.

Simon ahuecó mis pechos, llevándolos a su boca de nuevo. Entre sus dedos y su boca, me resistí a él y me desmoroné en menos de un minuto. Bajé la cabeza hacia adelante, amortiguando mis sonidos ininteligibles contra su camisa.

Me estremecí, dejando que las olas me inundaran. Santo infierno. No sabía que eso fuera posible.

Cuando los escalofríos finalmente disminuyeron, me di cuenta de que, en mi búsqueda de permanecer en silencio, podría haber usado accidentalmente mis dientes contra su hombro.

—Oh mi Dios. Lo siento mucho.

Comencé a alejarme, intentando escabullirme de él, pero las manos de Simon ahuecaron mi trasero y me sostuvieron en su lugar.

—Esa podría ser la cosa más caliente que he visto en mi vida. Jesús, Charlie.

Me empujó hacia atrás contra su polla, y las espirales de placer comenzaron a girar a mi alrededor una vez más. Si no se detenía, volvería otra vez.

—Es... el... piercing—, respiré.

Sus ojos se posaron en mis pezones, así que le dije: —Mi clítoris. También está perforado—. No podía frenar mis caderas oscilantes. —Entonces cuando… tú… haces eso… —Dejé caer la cabeza hacia atrás y dejé que el segundo orgasmo pasara sobre mí.

Capítulo 16 Simon

Santa. Mierda.

Ver a Charlie balancearse contra mí para levantarse fue una de las cosas más sexys que jamás había visto. Tan malditamente sexy que pensé que mi pene podría romperse a través de la cremallera de mis jeans. Tenía que intentar pensar en otra cosa. Algo más. Cualquier cosa menos el hecho de que ella tenía otro piercing que me moría de ganas de ver. Cuando se desplomó contra mí por segunda vez, me puse de pie, me rodeó con las piernas y me dirigí a su habitación. El hecho de que no planeara quedarme esta noche no significaba que no pudiera obligarla a venir un par de veces más antes de meterla en la cama y volver a casa y quedarme en el recuerdo de lo increíble que era.

Cuando la acosté en la cama, ella extendió la mano y activó un interruptor. La lámpara de la mesita de noche iluminaba la habitación con un suave resplandor. Ella desenvolvió sus piernas alrededor de mi cintura, y su sonrisa se volvió sensual. Sabía que ella podía leer mi mente.

La idea se confirmó cuando dijo: —¿Quieres verlo?, ¿verdad?

—Mierda sí. ¿Estás bromeando?

Se mordió el labio, ya fuera por timidez o porque intentaba evitar reírse de mí, no lo sabía. No me importo Apenas me contenía para arrancarle los pantalones.

—Nunca antes había tenido esta experiencia.

—Oh... bueno entonces—. Ella miró hacia abajo significativamente y alcanzó el botón de sus pantalones. Le aparté las manos, y los desabroché. Cuando ella levantó sus caderas, las despegué por sus piernas.

Acostada en la cama, parecía una maldita fantasía hecha realidad. Sus piernas pálidas y sin marcas, sus brazos cubiertos de obras de arte, el dorado brillante inclinando los pezones rosados de su fantástico estante, sus salvajes olas rojas, moradas y negras se derramaban sobre la colcha. Me detuve para apreciar la vista. Estaba aún más atónito de lo que había estado la noche en que se había desnudado junto a la piscina, porque esta noche tenía suficiente luz para ver todo lo que me había perdido en ese momento. Ella era más que una maldita diosa. —Eres tan hermosa... no hay palabras...

—No necesito palabras. Solo tú.

Me arrodillé y enganché mis dedos en sus bragas y los deslicé hacia abajo, descubriendo el resto de ella, centímetro a centímetro. Una vez que dejé caer el encaje negro al suelo, me incliné para arrastrar mi lengua a lo largo de su raja hasta que golpeé su piercing en la capucha. Era de oro, haciendo juego con los anillos de sus pezones, y era la cosa más caliente que había visto en mi vida. Lo lamí, golpeándolo contra su clítoris, y ella se retorció en la cama, sus dedos agarraron mi cabello y me tiraron.

—Santa... Simon... no te detengas—. Sus palabras fueron entrecortadas, y mi polla palpitó en mis jeans. Ignoré mi erección y continué devorando el coño más dulce que jamás había probado. Jesucristo. Esta mujer me poseería.

Ella se sacudió contra mi boca, y la volví a perforar. Cuando gritó mi nombre, estoy bastante seguro de que todos en un radio de cuatro cuadras lo escucharon. A mí me encantó. Sus caderas se sacudieron y se hundió más profundamente en el colchón, alejándose de mi

boca. Me apartó la cabeza y la miré. Sus facciones eran lánguidas, saciadas. Quería que se viera así todos los días por el resto de mi vida.

La idea se estrelló contra mí con un sutil de dos por cuatro en la cara. Sabía que quería ver a dónde podría ir esto entre nosotros, pero no me había detenido a considerar exactamente qué podía significar eso.

Mientras se reclinaba contra la cama, consideré lo que sabía sobre ella: tenía actitud y tinta en espadas y constantemente me mantenía adivinando. Sabía su nombre, dónde trabajaba, dónde vivía, que solo tenía unos pocos amigos y que amaba a su perro. Esa fue la suma total de mi conocimiento real de Charlie Stone. Antes de permitirme profundizar en lo que sea que se estaba convirtiendo, necesitaba saber más.

Se apoyó sobre sus codos, sus ojos rastrillando sobre mí. —¿Vas a dejar que te devuelva el favor?

Todo pensamiento coherente huyó de mi cerebro excepto el infierno, sí.

Capítulo 17 Charlie

Cerré la puerta detrás de Simon y me hundí contra la madera. Jesús dulce bebé. El hombre había sacudido mi mundo. Tanto en la cama como fuera. Gracias a él, iba a poner potencialmente en peligro mi existencia anónima y segura. Entré en mi habitación y marqué el código de la pequeña caja fuerte tipo hotel atornillada en mi armario. El último inquilino de Harriet lo había dejado atrás, y lo usé para acumular mi efectivo y los recordatorios de mi pasado. Mi licencia, pasaporte y viejas tarjetas de crédito estaban apiladas adentro. Era extraño ver mi nombre real de nuevo. Solo Harriet lo sabía, y estaba segura de que nunca revelaría mi secreto. Había dejado de pensar en mí misma como Charlotte Agoston unos tres meses después de haber dejado Manhattan. Para entonces había abrazado mi nueva identidad. Todo lo que se necesitó fueron 1.300 millas y un nombre falso para finalmente descubrir la verdadera yo.

Debajo del fondo falso integrado en la caja fuerte, había un libro de composición anodino. Era engañoso en su simplicidad, pero las páginas estaban llenas de un lío de letras y números. Era lo único de mi padre que había sacado del ático, aunque probablemente no debería haberlo hecho. Pero lo encontré por casualidad y lo tomé como una señal. No sabía lo que contenía, pero sabía que mi padre no se tomaría la molestia de codificar algo a menos que fuera muy importante. Fue mi póliza de seguro. Sin embargo, podría ser fácilmente mi boleto para enfrentar un cargo de obstrucción de la justicia. De cualquier manera, sabía que mi desaparición no saldría bien, y había una posibilidad de que el Departamento de Justicia aún

decidiera que pertenecía a la prisión con mi padre. Si eso sucediera, la información sería mi única moneda de cambio. Simplemente no sabía qué tipo de información tenía. No había tocado el libro desde el día en que lo escondí en la caja fuerte. Y no quería tocarlo ahora. Era un miedo irracional, que el mal de mi padre se filtrara de alguna de mi piel si manejaba manera debajo sus sucios. Honestamente, había planeado no hacer nada con él a menos y hasta que tuviera que usarlo como arma defensiva. Pero, sin saberlo, me había convencido de ser proactiva. La única forma en que podría dejar de mirar por encima del hombro era encontrar el dinero.

El FBI tenía todas las computadoras, servidores, archivos y registros de Agoston Investments, y con toda esa información y los recursos a su disposición, supuse que ya habrían encontrado algo. Decenas de miles de personas contaban con ellos. Pero nada en las noticias mencionaba siquiera que se localizara un dólar. Si pudiera descifrar el cuaderno, y en realidad contenía información que resultaría útil en la búsqueda, podría alimentar a los federales con sugerencias anónimas mientras mantenía mi as en el hoyo. Una vez que se haya recuperado todo el dinero, podría salir de mi escondite en mis propios términos. Era un plan idealista, pero podría ser mi única oportunidad de explorar algo real con Simon

Eso era, si Simon podía soportar estar cerca de mí después de saber la verdad. Mis esperanzas se desinflaron ante la idea, pero no dejaría que me desanime. Era una posibilidad remota en ambos frentes, pero era la única oportunidad que tuve. Entonces lo tomaría.

Pensé en esta noche. Simon era diferente a cualquiera que haya conocido antes. Parecía que solo me quería... por mí. Esa fue una experiencia novedosa. Como hija de un multimillonario, siempre cuestioné los motivos de las personas para hacerse amigos míos. Cuando era niña, los padres habían alentado a sus hijos a acercarse a mí para ser invitados al círculo social de mis

padres. Imagínense tener catorce años y que el padre de un amigo le pida consejos de inversión. Seriamente.

Lo sé, pobre síndrome de niña rica. Pero nunca podrías saber cómo era la vida de otra persona hasta que hubieras caminado esa milla metafórica en sus zapatos de diseñador. Charlotte Agoston pre-escándalo habría sido la pareja perfecta para alguien como Simon. Bien educada, equilibrada, por no mencionar rica y bien conectada. Pero a él parecía gustarle la versión simple, áspera, pobre y solitaria de mí. Sus ambiciones políticas y su próxima campaña fueron los comodines más grandes en este momento. Nunca los había discutido conmigo.

¿Simon todavía querría estar conmigo cuando me negara a acompañarlo a eventos para recaudar fondos y eventos públicos? ¿O se frustraría y perdería interés? En este punto, no había nada que hacer más que esperar y ver. La realización más sorprendente fue que *quería* encontrar alguna forma de encajar en su vida.

Abrí el cuaderno y profundicé en las astutas profundidades de la retorcida mente de mi padre. Observé las palabras, letras y números durante horas, esperando que surgiera un patrón.

Era su propia taquigrafía cifrada con algún tipo de código, eso estaba claro. Pero sin la clave del cifrado, podría mirarlo por años y nunca romperlo.

Los números y letras garabateados audazmente se estaban difuminando cuando volteé el libro horas después. El sol ya brillaba a través de mi claraboya, y no estaba más cerca de descubrirlo que cuando empecé.

El libro volvió a la caja fuerte y me di una ducha rápida antes de vestirme y salir a tomar un café y mi beignet del sábado por la mañana. Tenía que estar en el Dirty Dog a las nueve para ayudar a Yve a ordenar un nuevo envío de inventario que había comprado en

línea. Opté por dejar mi bicicleta en casa y caminé por Dauphine hasta St. Philip y mi café favorito. Un punto de acceso frecuentado por los lugareños más que por los turistas, ya estaba abarrotado de gente temprana. Mientras esperaba en la fila, noté *The New York Times* en una de las mesas.

El titular llamó mi atención:

RASTRO DE DINERO MÁS FRÍO QUE NUNCA

Más de un año después de que se descubriera su devastador fraude, las fuentes dicen que las autoridades federales no están más cerca de localizar los miles de millones robados por Alistair Agoston. Las víctimas demandan progreso, y esas demandas se han cumplido con silencio.

El artículo detallaba el arresto, el juicio, la sentencia de 175 años de mi padre, las actividades de mi madre, y luego: Charlotte Agoston, hija única de Alistair y Lisette Agoston, ha estado recluida en un lugar no revelado desde que solo dio su testimonio. Hace más de un año. Las fuentes indican que, aunque no se cree que sea cómplice del plan de su padre, el FBI la considera una persona de interés, que no ha podido localizarla para interrogarla más. Cuando se le preguntó, Lisette Agoston negó tener conocimiento sobre dónde vivía su hija actualmente. Cualquier persona con información sobre el paradero de Charlotte Agoston debe contactar al FBI.

Al final de la página había una foto mía. Bueno, la vieja yo. Miré a mí alrededor para asegurarme de que nadie estaba mirando mientras doblaba esa sección del papel y la metía en mi bolso. No era como si pudiera ocultar todas las copias, pero ¿por qué dejarlo donde alguien podría hacer la conexión? La línea apenas se movía, así que tomé el periódico local que estaba escondido debajo de *The New York Times* y hojeé para encontrar la sección de entretenimiento. Había pasado un tiempo desde que había estado en un buen espectáculo, y quería ver

quién vendría a la ciudad. Me congelé cuando vi la cara de Simon mirando desde la sección de sociedad. Una vez más estaba vestido con corbata negra, pero esta vez su brazo estaba envuelto alrededor de una hermosa rubia con un elegante vestido gris de diseñador. Estaba acurrucada a su lado, presionando la mano contra su pecho. Leí el titular:

EL HIJO FAVORITO DE NOLA BRILLA EN GALA DE CARIDAD

Mis ojos se fijaron en la fecha en el papel. Hoy. Olvidé la línea y me dejé caer en una silla.

Anoche, los principales ciudadanos de Nueva Orleans se reunieron en una gala para recaudar fondos para la etapa final de construcción de la expansión del museo de arte. Todos los ojos estaban puestos en Simon Duchesne y su encantadora compañera, la Sra. Vanessa Frost, ya que se rumorea que se está preparando para lanzar su campaña para la Cámara de Representantes de los Estados Unidos con la esperanza de derrocar al titular, Robert Carter, y reclamar el asiento de su padre retenido durante dieciséis años antes de su fallida carrera en la mansión del gobernador...

Leí el resto del artículo, y las palabras se volvieron borrosas cuando vi la misma especulación de que se esperaba una propuesta de matrimonio antes de que Simon comenzara la campaña. Cuando dejé caer el papel, mis manos sudorosas estaban manchadas con tinta gris del papel de periódico. Mi estómago revuelto se rebeló ante la idea de la comida. Un desapego frío se apoderó de mí cuando me di cuenta de que Simon aparentemente era un hombre muy ocupado. De alguna manera, entre llevarme a cenar y recogerme para el trabajo, había logrado meterse en un evento de caridad con su... lo que sea que ella fuera. ¿Su novia? Mentalmente marqué su horario para la noche: cena conmigo, gala con ella, luego orgasmos conmigo antes de llamarlo una noche. Jodidamente triunfador.

La ira ardió a través del desapego cuando recordé mis pensamientos desde las primeras horas de la mañana, sobre cómo quería tratar de encontrar una manera de encajar en su vida, y sobre cómo la honestidad de Simon me había inspirado a encontrar una manera de deshacer secretos que había estado escondiendo. No me importó que mi reacción fuera hipócrita. Mi razón para ocultarle la verdad a Simon fue preservar la vida que había construido en Nueva Orleans. El suyo era... ¿qué? ¿La jodida mierda que había dicho que no quería? *Que broma*. Era tan malo como cualquiera de las personas que me habían usado antes, excepto que esta vez, no estaba siendo usada para obtener ganancias financieras. Solo era un juguete para jugar cuando le resultaba conveniente. Las duras palabras de Con de la noche anterior me volvieron a la mente: *vales mucho más que ser la acompañante de algún político*.

Con lo sabía. Y había tratado de decirme. Pero no quise escuchar. No sabía por qué estaba tan sorprendida. Yve había mencionado la especulación sobre su relación en las columnas de chismes en línea. Excepto que tonta de mí había dado por sentado que era solo eso: especulación. Porque un buen tipo como Simon no se quedaría con una dama por su personalidad pública y una chica mala y tatuada, ¿verdad? Me reí sin humor. Eso es lo que obtengo por hacer suposiciones.

De nuevo, tal vez no estaba siendo justa, porque incluso si me hubiera pedido que fuera a un evento como la gala de la noche anterior, lo habría rechazado. No había forma de desafiar a las cámaras para que estuvieran a su lado. Alguien lo resolvería, mi anonimato se evaporaría, y luego el FBI entraría en picado. Pero él no me preguntó, ni siquiera lo había mencionado, así que jodidamente es justo.

Salí de la cafetería sin tomar café o mi maldito beignet.

Capítulo 18 Charlie

Entré en la tienda, pero no pasé más de tres pasos por la puerta antes de que Yve saltara.

- —¿Quién se enojó con tus Cheerios?
- —No estoy hablando de eso—. La sección incriminatoria del periódico local se metió en mi bolso con la sección del *New York Times*. No estaba segura de por qué tomé esa también. Quizás para poder sacarlo y mirarlo para ver la realidad cada vez que recordaba lo increíble que había sido la noche anterior.

Yve frunció el ceño. —En serio, Charlie. Te ves triste. ¿Huck sigue llegando a casa mañana?

—Sí—. Lo cual fue un problema más que tendría que resolver. Estaba segura de que Simon aparecería para ayudarme a llevar a Huck a casa, y de ninguna manera estaría aceptando más de él. Harriet solo tendría ayuda que sacar su vieja camioneta diésel Mercedes. Y luego la factura... pagaría toda la maldita cosa. Si fuera más de lo que tenía, me tragaría mi orgullo y pediría un préstamo a Harriet o Con. No iba a estar más en deuda con Simon o su amigo.

—Entonces, ¿qué da?

Yve no iba a dejarlo ir. Era casi tan mala como Juanita cuando se trataba de pincharte hasta que confesaras. Metí la mano en mi bolso y saqué una de las secciones del periódico, comprobando primero para asegurarme de que era la correcta. Lo golpeé en el mostrador frente a ella.

—Fui a tomar un café. Encontré esto en su lugar.

Yve miró hacia abajo y estudió la imagen. —La misma zorra rubia de las páginas de la sociedad en línea.

—Sí, bueno, pensé que lo que tenían era historia. Especialmente porque anoche estuvo en mi casa. Y estaba desnuda. Y los orgasmos estaban involucrados.

Yve escaneó el periódico, presumiblemente haciendo lo que había hecho primero: buscando la fecha. —Pero estuvo en la gala anoche.

—Después de que me recogió de aquí, pero antes de que me recogiera de Voodoo a las dos. Hombre ocupado.

Las cejas de Yve se alzaron hasta la línea del cabello. —Maldita sea. Lo siento, chica. Eso apesta. Es mejor que creas que si él se aparece aquí, le sacaré culo.

- —Gracias. ¿Te importa si me voy un poco temprano hoy? Tengo la sensación de que va a venir—. Odiaba preguntar, especialmente porque necesitaba el dinero ahora más que nunca, y ya me había ido muy temprano.
- —Haz lo que necesitas hacer. ¿Necesitas ayuda mañana para llevar a tu cachorro a casa?

Negué con la cabeza, ya se estaba formando un nuevo plan. Me saltaría el Mercedes de Harriet y conseguiría que Con me ayudara. Le dio una paliza a Tahoe que conducía cuando no estaba en su Harley. Y no dejaría que Simon se acercara a mí si no quisiera que lo hiciera. Con no era del tipo que decía 'Te lo dije', pero todavía no estaba ansiosa por decirle que había aprendido mi lección de la manera difícil a pesar de sus advertencias. Me sentí tan... estúpida. Lo cual era solo un golpe más contra Simon.

Salí del Dirty Dog antes de cerrar y fui directo a Voodoo. No quería correr el riesgo de que Simon pasara por el salón antes de tener la oportunidad de decirle a Con que no estaba disponible si Simon Duchesne estaba haciendo la pregunta.

Con todavía no estaba, así es que aproveché la oportunidad para llamar al número de teléfono de Jack Richelieu desde el teléfono de la tienda.

Cuando Jack respondió, le expliqué que, dado que estaba tan emocionada de ir a buscar a Huck, lo cual no era exagerado, esperaba poder hacerlo más temprano el domingo por la mañana de lo que habíamos planeado. Estuvo de acuerdo sin dudar, asumiendo claramente que "nosotros" nos referíamos a Simon y a mí. Esperaba que su suposición le impidiera llamar a Simon para confirmar. Le debía a Con un favor aún mayor por sacar su trasero de la cama a las ocho en punto de un domingo por la mañana, pero espero que valga la pena.

Cuando Con finalmente mostró su rostro, parecía que había estado de fiesta hasta el mediodía y aún no había dormido nada. Nuestra conversación fue como yo esperaba: estaba feliz de ayudarme y me dijo que le debía una. Luego me envió a casa, diciéndome que me acostara esta noche. Entre desconectar mi intercomunicador y mantener mi teléfono apagado, no tenía idea de si Simon intentó contactarme o no. Me dije a mí misma que no me importaba.



Estaba toda nerviosa cuando amaneció el domingo por la mañana, y Con rodó en su Tahoe.

—Gracias por esto—, dije mientras me subía al lado del pasajero.

El asintió. —No hay problema. Sabes que siempre estoy aquí si necesitas algo, Lee. No importa qué.

Su lealtad era más de lo que merecía.

Fuimos en silencio a la clínica, The Steve Miller Band tocando el estéreo.

Mi estómago cayó al suelo al ver el BMW azul de Simon en el estacionamiento. *Mierda. Mierda. Mierda*.

Con retrocedió a un lugar al lado de la puerta, de la misma manera que Simon había estacionado. Ante mi expresión de pánico, Con se acercó y apretó mi hombro. —No te preocupes, bebé. Él no causará una escena. No sería el comportamiento correcto de Duchesne.

Simon abrió la puerta de la clínica tan pronto como bajé del Tahoe y probé que la teoría de Con estaba equivocada.

—¿Qué demonios está pasando, Charlie? Traté de ponerme en contacto contigo todo el día ayer y eras un maldito fantasma. Yve, Dalilah y este imbécil me tapian la piedra. —Él sacudió la barbilla hacía Con. —¿Hay algo que quieras decirme? Porque pensé que habíamos pasado esta mierda caliente y fría.

Con se paró frente a mí. —Retrocede, Duchesne. Y no jodas hablar con ella así.

Simon se detuvo en su paso hacia mí. —Retrocede, Leahy. Esto no tiene nada que ver contigo.

—No estoy de acuerdo—. Se cuadraron, y por un minuto pensé que iban a comenzar a pelear en el estacionamiento.

Me moví alrededor de Con y miré a Simon. Rompió la mirada de Con para mirarme. La ira, la confusión y el dolor se reflejaron en igual medida en su rostro.

¿Seriamente? ¿Realmente no tenía idea de por qué no quería verlo? ¿Pensó que era estúpida? ¿Que no me enteraría? ¿O peor, que no me importaría? Tenía que saberlo.

Saqué el periódico doblado de mi bolso. Continué llevándolo conmigo en caso de que tuviera la tentación de olvidar. —¿Cómo es esto de mierda caliente y fría?—Lo sostuve y nuestras manos se rozaron cuando él lo tomó. Tiré la mía hacia atrás como si me hubiera quemado. Simon desdobló el papel y sus ojos volvieron a mi rostro. La comprensión amaneció.

—Charlie, no es lo que parece—. Dio un paso hacia mí, pero Con lo bloqueó con un brazo extendido y una mirada feroz.

Levanté una mano y ahogué una risa amarga. —Usted, el político, contando su pequeño secreto sucio, 'no es lo que parece', podría ser la cosa más cliché que he escuchado. ¿Es eso lo que le ibas a decir a la rubia cuando te pillara conmigo?—Tragué saliva, tratando de recomponerme. —Solo vete, Simon. No me meto con los tipos que son secuestrados.

El músculo de su mandíbula se contrajo. —No te atrevas a llamarte un pequeño secreto sucio. No estoy jodido por nadie más que tú. Ella es una amiga Eso es. Eso es todo.

Crucé mis brazos sobre mi pecho. —¿Asististe o no a una gala benéfica con ella después de que me dejaste en el trabajo?

Sus labios se comprimieron. —Sí. Lo hice.

- —Entonces esta conversación terminó. —Me di la vuelta.
- —Nunca te mentí—. El tono de Simon era resuelto. Me di vuelta rápidamente para mirarlo.
- —No, me acabas de dar piezas seleccionadas de la verdad. Una omisión sigue siendo una mentira, Simon. —Debería saberlo, pensé; Las omisiones son mi especialidad. Pero si, y cuando, la verdad

saliera a la luz sobre mí, no iba a partirme el pelo. Reconocería esa mierda.

- —Solo escúchame. Por favor.
- —¿Qué podrías decir que cambiaría algo?
- —Ella no es mi novia, pero su padre retrocede cuando va a eventos conmigo. Mientras él piense que ella tiene la oportunidad de ser la Sra. Duchesne, no la persigue para encontrar un marido adecuado. Dejo que la gente lo crea porque es una vieja amiga, y es mi forma de ayudarla.

Levanté una ceja, escepticismo marcado en mis rasgos. —Mira—, continuó, —no hay nada entre nosotros así. No puedo decirlo con certeza, pero estoy bastante seguro de que colgó a un chico que cree que su padre no aprobará. Él es de la vieja escuela y un fanático del control, y ser vista conmigo solo le compra tiempo mientras ella se da cuenta de su propia mierda y mantiene a su padre fuera de su espalda.

El acero que reforzaba mi columna vertebral se disolvió a tiempo con mi ira que se desvanecía. Su explicación era demasiado sincera y aleatoria para ser otra cosa que la verdad. Tenía bastante confianza en ese punto. Pero aun así, había algo más que necesitaba saber.

—¿Por qué al menos no me hablaste del evento?

Se pasó una mano por la cara antes de agarrar la parte posterior de su cuello. —Porque, sinceramente, Charlie, lo olvidé. Mi cabeza está tan llena de ti que apenas puedo pensar en otra cosa. Vanessa me llamó después de que te dejara en el trabajo, preguntándome dónde demonios estaba, porque el primer plato ya estaba servido. Corrí a casa, me puse un traje, llegué a tiempo para el plato principal. Estreché algunas manos y posé para una foto. Eso es. Eso fue todo.

^{—¿}Y más tarde?

Simon rodeó a Con, y esta vez no intentó bloquearlo. Había retrocedido y estaba apoyado contra el Tahoe. Parecía que su mente estaba a un millón de millas de distancia.

Simon enmarcó mi rostro entre sus manos. —Cuando te veo, todo se desvanece. Las expectativas, la política, los planes de todos los demás para mí. Todo. Nada importa más que empaparme de ti cada momento. —Pasó un pulgar por mi pómulo. —No sé qué más puedo decirte para hacerte creerme. Puedes hablar con Vanessa. Ella sabe todo sobre ti porque eres todo de lo que hablé todo el tiempo que estuvimos juntos. También sabe que el viernes fue la última vez que la llevaría a un evento, porque eres la única que quiero a mi lado.

Miré los tatuajes que cubrían mis brazos. Necesitaba darle una advertencia justa. —Si lo que estás buscando es una mujer que se pare a tu lado con un aspecto equilibrado y perfecto para las cámaras, no soy ella, Simon. Nunca voy a ser ella.

—No te pediría que fueras nadie más que quien eres. Y si las personas tienen un problema contigo, entonces pueden irse al infierno.

Con se quitó el parachoques de su todoterreno y finalmente se unió a la conversación. —Lee tiene sus propias razones para mantener un perfil bajo. El tipo de publicidad que viene contigo no es algo que ella necesita.

La atención de Simon se dirigió a Con y luego a mí. —¿Estas en problemas? ¿Huyendo de alguien?—Su voz era baja y su frente estaba llena de preocupación.

Hice una mueca, no queriendo mentirle otra vez después de haberlo rastrillado sobre las brasas, y respondí tan honestamente como pude.

—No estoy en problemas, exactamente, pero tampoco estoy transmitiendo mi paradero—. De acuerdo, entonces tal vez ser buscada por el FBI sea considerado como un problema.

- —¿Por qué no me lo dijiste?—, Preguntó Simon.
- —No es tu problema. Prefiero volar por debajo del radar.

Simon comenzó a hacer otra pregunta, pero Jack abrió la puerta de la clínica. —¿Alguien viene? Huck se está poniendo ansioso.

—Si. Ahora mismo. Lamento haberte hecho esperar—respondí.

Di un paso hacia la puerta, feliz de dejar atrás la conversación, pero Simon me agarró de la mano.

—Esta conversación no ha terminado, Charlie. Tenemos algo de mierda que aclarar. Si alguna vez descubres algo que te molesta, ven a hablar conmigo. No me dejes afuera. Siempre he tratado de ser completamente honesto contigo. Y nunca haría nada para lastimarte intencionalmente.

Asentí. —Eso es justo—. Y lo era. Más allá de ser justo, era muchísimo más de lo que podía decirle. La honestidad total no era algo que intentaría pronto, y es posible que no lo lastime intencionalmente, pero parecía inevitable que lo hiciera.

Simon me empujó a su lado. —Vamos a buscar a Huck y llevarlo a casa.

Capítulo 19 Charlie

Mi relación con Simon se estaba recuperando del incidente del periódico. Él fue infaliblemente cortés y no dudó en alcanzar mi mano cada vez que conducíamos o caminábamos hacia algún lugar, pero estaba reservada en la mayoría de las otras formas. Estaba claro que mi falta de confianza y elección para excluirlo lo había lastimado. Cuando me miró, las preguntas que quería hacer estaban en su rostro, pero nunca las expresó. Parte de mí se sintió culpable por ser feliz de que no lo hizo, feliz de que no tuviera que mentirle. Otra pequeña parte de mí quería aclararse y contarle todo. Y finalmente, una tercera parte más grande de mí quería quejarse esa pequeña parte incluso por pensar que era una posibilidad. Pero fue esa pequeña parte lo que me levantó a las tres de la mañana después de un día completo de trabajo en mis dos trabajos, estudiando un viejo libro sobre criptografía que había recogido de la biblioteca.

Tenía abierto el libro de composición e intentaba identificar patrones para poder intentar aplicar los métodos de descifrado de código al desorden interno. Hasta ahora, estaba fallando miserablemente. Después de seguir estudiando el cuaderno, me di cuenta de que mi padre probablemente lo había estado usando durante años, si no décadas. Su letra cambió con el tiempo. Era sutil cuando hojeaba una página a la vez, pero cuando comparaba las notas iniciales con las de la parte posterior, era obvio. Este descubrimiento confirmó mis sospechas: este esquema había estado funcionando por mucho más tiempo de lo que nadie había imaginado. Es probable que mi padre haya pasado más tiempo cubriendo sus huellas y

escondiendo el dinero que nunca en inversiones legítimas. Una vez más, me daba vergüenza ser su hija.

Volví a mirar el cuaderno, pensando en todas las mentiras que me habían alimentado desde la infancia... Durante varios años, me sacaron de la escuela tanto que mis padres habían contratado un tutor para viajar con nosotros. Pasaríamos tiempo en la casa en Suiza, el yate en Mónaco, la villa en las Islas Caimán. Y luego de regreso a Nueva York durante unas semanas antes de volar a lugares más exóticos: Mauricio, Seychelles, Singapur y las Islas Cook. Había sido igualmente frustrante y emocionante para mí. Frustrante porque solo quería ir a la escuela como un niño normal. Pero emocionante... bueno, por las razones obvias.

Mierda. Yo era tan idiota. Hojeé las páginas para encontrar una serie de letras y números que me llamaban la atención. Mi corazón se aceleró y mi respiración se aceleró al saltar a las páginas de atrás.

Santa jodida mierda.

Supuse que el libro contenía información valiosa, porque de lo contrario no estaría en el código, pero esto... Negué con la cabeza. Si tenía razón, no solo tenía algunas de las pistas del rompecabezas; Tenía las llaves del reino.

Solté un suspiro largo y lento.

Mi padre tecnófobo había registrado las fechas y ubicaciones de sus depósitos ilícitos en un cuaderno de composición que había escondido debajo del papel de seda en la caja de zapatos de mis Chucks. Y el FBI se lo había perdido en su búsqueda del ático. *Santa mierda*.

Todavía tenía que descifrar el código, pero al menos ahora yo estaba muy segura de lo que estaba viendo: los dos primeros números en cada una de las secuencias, cuando se decodifica, muy probablemente daría el código de país donde la cuenta está

localizada. Y tenía que creer que algunas de esas cuentas se ubicarían en paraísos fiscales como Suiza, Mónaco, las Islas Caimán, Singapur, Mauricio, Seychelles y las Islas Cook. Lugares donde mi padre podría haber hecho depósitos físicos e imposibles de rastrear durante años, todo bajo la apariencia de unas vacaciones familiares.

El único de esos códigos de país que conocía con certeza era Suiza: CH. Aprendimos sobre los números de cuentas bancarias internacionales, o IBAN¹º, en una de mis clases de finanzas internacionales. Todos los ejemplos en nuestro libro de texto involucraron cuentas suizas numeradas. Necesitaba volver a la biblioteca mañana, para poder investigar más. Necesitaba los otros códigos de países. No se sabía qué tipo de cifrado la mente retorcida de mi padre podría haber considerado necesaria, pero al menos tenía una pista sobre algunos de los contenidos del libro. Había varios párrafos de letras y números que tenían demasiados caracteres para ser números de cuenta, pero esos podían esperar.

La esperanza floreció dentro de mí. Realmente podría ser capaz de resolver esto. Y si no lo hacía... bueno, lo que estaba en juego era más alto, y las consecuencias de tomar el libro se hicieron más severas. Estaba reteniendo evidencia real y vital. Debería haberle entregado la maldita cosa al FBI tan pronto como lo encontrara. Pero no podría cambiar eso ahora. Mi año de silencio equivaldría a un año de culpa a los ojos de los federales. Entonces tenía que ser inteligente. Tenía que obtener la información donde debía ir sin dejar que supieran que venía de mí. Algo menos, y probablemente me encontraría en prisión o en custodia protectora, ninguna de las cuales funcionaba para mí.

¹⁰ Número de cuenta de Banco Internacional.

Pero no iba a pedir prestado problemas todavía. Primero, necesitaba resolver el cifrado, y luego me preocuparía sobre cómo entregar la información.

Si pudiera lograr esto, *realmente* lograrlo, podría tener una oportunidad de tener una vida semi-normal. Y esa vida posiblemente podría incluir a Simon. Excepto, incluso si fuera capaz de lavar lo peor de los pecados de mi padre, cuando todo el polvo se asentó, ¿realmente teníamos una oportunidad para el futuro? ¿Uno que estaba al aire libre, frente a las cámaras y Dios y todos? No vi cómo eso era posible. Seguiría siendo responsable de sus ambiciones políticas.

Pero tenía que haber un término medio.

Y lo encontraría.

Solo tenía que descifrar el maldito código primero.

Capítulo 20 Simon

Cuando mi madre me preguntó por qué Charlie no se había unido a nosotros para nuestra cena familiar el viernes por la noche, le dije la verdad: Charlie tenía que trabajar. Lo que no mencioné fue que no la había invitado. No había querido que Charlie fuera sometida a las tácticas de interrogación de mis padres y pasara toda la noche ayudándola a esquivar torpemente cada pregunta. Porque la conocía lo suficientemente bien como para saber que no daría una respuesta directa a ninguno de ellos.

Estaba empezando a enojarme. ¿Cómo podría realmente llegar a conocer a alguien que no compartiría incluso la información más básica? No sabía cuántos años tenía Charlie, de dónde era, si había ido a la universidad, por qué mantenía un perfil bajo, o alguna de las otras cien cosas que quería saber sobre ella. La discusión que había comenzado en el estacionamiento de la clínica de Jack nunca había terminado.

No la había presionado por la misma razón por la que no la había invitado a cenar.

La parte más jodida: no necesitaba saber ninguna de esas cosas para comenzar a enamorarme de ella. Lo poco que sabía era suficiente. Había mantenido nuestras interacciones durante la última semana bastante casual, pero incluso con todas las incógnitas, una cosa se había vuelto muy clara: la quería. Quería lo que sea que todavía estábamos descubriendo. Y terminé con casual.

Había tenido seis noches de sueño sin pesadillas. Estaba lejos de estar "curado", pero estaba tomando esas seis noches como una victoria. Estaba siendo egoísta, pero no quería dormir solo esta noche. Pasar la noche con Charlie supondría un gran riesgo, y esperaba que no me quemara. O ella. Sabía que debía esperar, pero la necesidad de intentar era más fuerte. Sin embargo, si ella mostrara alguna duda, retrocedería.

Forks chocó contra China mientras volvía a sintonizar la conversación de la cena que mis padres estaban teniendo. Estaba feliz de que mi participación activa no fuera necesaria.

- —¡No tratarás de subirte al bote hasta al menos un mes después de la cirugía! Lo prohíbo.
 - —No seas absurda, Maggie. Estaré bien.

Agregué mis dos centavos para dar la apariencia de prestar atención. —¿Por qué no esperas y ves cómo te sientes? Estoy seguro de que tu cuerpo te dirá lo que puedes hacer y lo que no puedes hacer.

—Es amable de tu parte unirte a la discusión, Simon. Pero puedes mantenerte al margen si no estás de mi lado. —Mi madre me lanzó una mirada molesta mientras buscaba su vino.

Mi padre se rio entre dientes. —Tengo que amar a una mujer con espíritu. Hablando de eso, tu madre mencionó que conoció a una joven en tu cocina la otra mañana. Entiendo que está trabajando esta noche, pero me gustaría saber cuándo tendré el placer de conocerla también.

Reprimí el impulso de empujar un tenedor gigante de salmón escalfado en mi boca. —Probablemente no hasta después de que regreses de Maine. Está muy ocupada.

—¿Qué hace?

—Ella es recepcionista y trabaja como parte del personal de ventas en una boutique—. Me encogí internamente. No sabía por qué había sentido la repentina necesidad de embellecer lo que Charlie hacía. Porque no me importó una mierda. Me aclaré la garganta y aclaré. —En un salón de tatuajes y una tienda de ropa vintage en el barrio.

El tenedor de mi padre sonó fuertemente en su plato cuando se deslizó de su agarre.

—Podría haber adivinado la parte del salón de tatuajes. Ella tiene bastante la colección. Y su cabello también era bastante divertido. Negro, rojo y morado, ¿no?—Mi madre seguía comiendo como si esta revelación fuera tan mundana como el clima. Podría haberla besado.

—Pensé que hablábamos de esto, Simon. Necesitas una mujer que vaya a ser una ventaja...

Lo interrumpí, no queriendo que terminara la frase que había escuchado muchas veces antes. —¿Es por eso que elegiste a mamá? ¿Porque sería una ventaja para tu carrera?

La expresión de mi padre se volvió aguda. —Me casé con tu madre porque estaba tan loco por ella que no podía ver con claridad. En el momento en que dijo que sí, la arrastré hasta el juzgado para que no tuviera la oportunidad de cambiar de opinión.

Mi madre se limpió las comisuras de la boca con su servilleta de lino. —Sí, todo fue muy escandaloso. Tu abuela y abuelo amenazados a renegar de él para casarse debajo de él, pero tu padre les dijo que fueran al infierno. Qué es exactamente lo que deberías decirle a tu padre. —Le envió a mi padre una mirada de advertencia antes de volverse hacia mí. —Solo quiero que te establezcas con alguien sin quien no puedas vivir. Pero más temprano que tarde sería fabuloso. Quiero nietos mientras aún soy lo suficientemente joven

como para disfrutarlos. Y si Charlie te hace feliz, entonces la estoy apoyando.

Mi padre abrió la boca para hablar, pero luego lo pensó mejor y tomó un bocado de arroz pilaf. Aproveché el momento para mencionar otro tema que había estado pesando en mi mente. Agarré el borde de la mesa cubierta de lino con ambas manos.

—He estado viendo a un psiquiatra para... discutir algunas cosas que sucedieron mientras estaba en el servicio. Me diagnosticaron trastorno de estrés postraumático.

Mi madre puso su mano sobre la mía. —¿Se trata de las pesadillas? Le lancé una mirada. —¿Lo sabías?

—Soy tu madre. Por supuesto que lo sabía.

En respuesta a mi evidente confusión, ella explicó: —Fue el mes que te quedaste en tu antigua habitación antes de que terminaran las renovaciones de la casa de huéspedes. ¿Creías que no podía oírte pasear por los pasillos todas las noches? No quería empujarte, pero esperaba que encontraras ayuda cuando estuvieras listo.

—Bueno, lo hice, y en realidad... he estado buscando comenzar una organización sin fines de lucro para ayudar a personas como yo. Los veteranos, que, por cualquier razón, no quieren ir al VA para recibir tratamiento. Quien no quiere ser medicado y enviado a casa para preguntarse si esa es su única opción. Hay una pareja en otros estados, y he estado hablando con algunas personas sobre lo que necesito hacer para comenzar uno aquí.

Mi padre tomó su vino. —Creo que es una excelente idea. A los votantes les encantará. También te prepara bien a convertirse en un miembro de la Armada Servicios Comité Southern Cross hará la primera donación.

Forcé una sonrisa para disimular mi decepción. Quería que mi padre entendiera que se trataba de una misión personal, no algo para ser explotado con fines políticos. Pero últimamente se sentía como si hubiera examinado todo para ese propósito. Supongo que eso fue lo que le hicieron los años en la política. Siempre te tenía buscando un ángulo. La idea me hizo perder el apetito. Aparté mi plato.

- —Ahora sobre esta chica... —comenzó mi padre.
- —¿Por qué no guardas tu opinión hasta que la conozcas, papá?— Luché por mantener mi tono, pero no estaba seguro de que mi temperamento se mantuviera si decía algo negativo sobre Charlie.

Antes de que él pudiera responder, mi madre intervino con una anécdota divertida sobre el artista del perro que escapó al vecino, y la atención de mi padre se desvió con éxito.

Miré mi reloj. Pasarían horas antes de que Con o Delilah dejaran a Charlie en casa. Ella había prometido que no habría más estar caminando sola por la noche, pero sólo después de que me hundí en el interior de las cavernas y al menos dio la apariencia de dejar ir mi problema con Con Leahy. Saber que Con estaba clavando al otro jefe de Charlie me ayudó a confiar con cautela en que no iba a robar a mi chica. Para el punto de Charlie, si ella quisiera estar con Con, ya lo estaría. No había sido una declaración directa de que ella quería una relación conmigo, pero por ahora, tomaría lo que podría obtener de ella.

El resto de la conversación de la noche estuvo llena de mi padre recordando grandiosamente sus días en Washington. Me quedé en silencio, bebí otra copa de vino y comencé a preguntarme si la única razón por la que quería que me postulara para un cargo era para tener la oportunidad de regresar a los círculos de los que se había desvanecido lentamente a lo largo de los años. Odiaba atribuir un

motivo como ese para él, pero no pude evitar considerarlo. Si lanzo oficialmente mi sombrero al ring este otoño y decidía hacer campaña, sería porque era mi decisión. No de mi padre.

Capítulo 21 Charlie

Las excentricidades artísticas de Harriet la convirtieron fácilmente en una de las mujeres más fascinantes que he conocido. Su gran corazón y su bienvenida con brazos abiertos hicieron imposible no enamorarse de ella al instante. Ella era la abuela que nunca me habían permitido tener, y había llenado el vacío en mi vida que anteriormente ocupaba Juanita. Mi madre había fingido que sus propios padres estaban muertos hasta que se encontró sin hogar, y la dirección de mi padre se había convertido en la penitenciaría federal. Mis abuelos paternos habían fallecido antes de que yo naciera, por lo que las cifras de abuela eran pocas y distantes en mi vida.

Harriet había salido de su estudio poco después de que Con me dejara y ella había descorchado una botella de champán. Cuando le pregunté por qué estábamos celebrando, ella simplemente dijo: — Porque podemos.

La seguí al oasis del jardín, más que lista para llenar mi vaso. Me dije a mí misma que era porque tenía un día libre mañana, pero parte de mí quería emborracharse lo suficiente como para no perderme de ver a Simon hoy. Ayer habíamos cenado en un pequeño agujero en el lugar de la pared, y había sido encantador como el infierno. Jugando con mis dedos, dándome bocados de su comida y básicamente asegurándome de que necesitaría un cambio de bragas después de la cena. Si hubiera sido el tipo de restaurante con manteles, habría considerado arrastrarme debajo. Pero no fue así. Y ese astuto bastardo sabía exactamente lo que estaba haciendo. Me dio una casto beso en la mejilla cuando me dejó en Voodoo; Estaba lista para atacarlo

delante de Dios y de todos. Cuando le pregunté si tendría tiempo para cenar el viernes durante mi descanso de dos horas entre turnos, dijo que estaba ocupado. No hay otra explicación. Solo *ocupado*.

Después del incidente en el periódico, no pensé que iba a asistir a ningún tipo de evento con Vanessa, pero podía sentir mis garras al pensar en todas las otras cosas que podría estar haciendo. Estuve fuera de combate toda la noche. Intentando dar cambio a alguien que pagó con tarjeta de crédito. Hacer una cita doble y tener que volver a llamar a un chico para reprogramarla. Era como si el efecto Simon Duchesne hubiera absorbido cuarenta puntos de coeficiente intelectual directamente de mi cerebro. *Furtivo. Bastardo*.

Durante mis turnos del viernes en Dirty Dog y Voodoo, miraba mi celular barato y quería que sonara. Me registré el equilibrio de mis minutos cuatro veces. Sí. Tenía mucho ahora que no estaba llamando a la clínica cada cinco minutos para una actualización de Huck. Ni una palabra de Simon. Quería enviarle un mensaje de texto, pero, por supuesto, mi teléfono de mierda era apenas capaz, y no había estado dispuesta a pagar la tarifa adicional por esa característica en particular. Así que ahora estaba bebiendo la segunda botella de buen champaña de Harriet como si fuera la granja de Boone y despotricando sobre cómo los hombres eran astutos y manipuladores, poniéndolos a todos nerviosos y sin molestarlos hasta que revelaran todos sus secretos más profundos y oscuros.

Harriet se dobló por reírse de mi diatriba, la camisa manchada de pintura ondeando en la brisa nocturna. A través de la carcajada de su risa, escuché un sonido metálico proveniente de la puerta de hierro. ¿Qué demonios? Me tambaleé fuera de mi silla hacia el estrecho pasillo y vi una gran figura que bloqueaba la luz de la farola.

—¿Quién es y qué demonios quieres?—Grité en dirección a la puerta, todavía saliendo de mi diatriba.

—Es Simon. Y pensé que había dejado bastante claro que te quería. Incluso lo sacaré, con o sin los secretos.

Mierda. Mi cara se calentó. No había tratado de mantener mi arrebato en silencio, pero no tenía idea de que había sido tan ruidosa. Tal vez había una posibilidad...—¿Era tan ruidosa?—, Le pregunté a Harriet, con la esperanza de haberlo escuchado mal.

- —Estoy bastante segura de que podrían escucharte a una cuadra de distancia, querida.
 - —Mierda.
 - —¿Quién está ahí fuera?—, Me preguntó Harriet.
- —Un amigo—, le respondí mientras caminaba por el pasillo hasta la puerta, murmurando para mí misma. —El tipo astuto y manipulador que no se enojará.
 - —Ya dije que lo haría, bebé.

Joder. ¿Oyó eso también?

- —Sí—, respondió Simon, con una sonrisa en su rostro. *Maldición. No quise decir eso en voz alta*.
 - —Estoy demasiado borracha para tratar contigo—, dije.
 - —Déjame entrar, Charlie. Te extrañé hoy.

Me derretí contra la pared del estrecho pasadizo, absorbiendo sus palabras, las exactas que necesitaba escuchar. Giré la cerradura, y Simon abrió la puerta y la cerró detrás de él. Me apretó contra la pared y ahuecó mi cara con ambas manos. Apenas registré su intención antes de que él se inclinara para besarme. No es un casto beso esta vez. Un beso devastador. Me aferré a sus hombros mientras él deslizaba una mano hacia abajo para tomar mi trasero y acercarme más.

—Bueno ahora—, interrumpió Harriet. —Parece que tendrás que retractarte de tus quejas, querida.

Simon levantó la cabeza bruscamente y caí contra él. Me acomodó a su lado y le tendió una mano a Harriet.

—Simon Duchesne, señora. Es un placer conocerla.

Harriet estrechó la mano de Simon con la suya manchada de pintura. —Igualmente. Soy Harriet Sullivan. Y creo que esta es mi señal para regresar adentro. Charlotte, cariño, estoy feliz de vigilar a Huckleberry esta noche si decides quedarte arriba. Incluso lo dejaré salir por la mañana.

Contuve el aliento. No estaba lo suficientemente borracha como para perder el hecho de que Harriet acababa de llamarme por mi nombre real. Simon se puso rígido. Tampoco se lo había perdido.

—Umm... gracias. Buenas noches, Harriet.

Se alejó arrastrando los pies y no hablamos hasta que oímos cerrar la puerta trasera.

—Me gusta Charlotte, pero creo que Charlie te queda mejor—. En el oscuro pasillo, no pude distinguir la expresión de Simon, pero no parecía enojado. Mi yo borracha necesitaba saber de manera concluyente.

—¿Estás enojado?

Se apartó y me pregunté si esa era su respuesta. Tal vez se iría y nunca lo volvería a ver. Mi corazón se apretó ante el pensamiento. Si no podía manejar algo pequeño como esto, entonces supongo que era mejor saberlo ahora. Pero no se fue. En cambio, me sacó del estrecho pasadizo hacia el oasis del jardín y me levantó en sus brazos.

- —¿Tienes las llaves de tu lugar?
- —Está desbloqueado.

Se quejó ante eso y me llevó por la escalera de caracol. Enterré mi cabeza en el hueco de su cuello y me aferré fuertemente, rezando para que no me dejara caer. —Te tengo nena. No te preocupes.

Abrió la puerta y encendió la luz antes de llevarme directamente a mi habitación y ponerme en la cama. Encendió la lámpara de mi mesita de noche, y finalmente vi su rostro claramente.

Mi cabeza estaba borrosa por el champán, pero realmente no parecía enojado. Se veía... ¿pensativo? ¿Tal vez? Maldición ¿Por qué tomé tanto?

Levantó una mano hacia atrás y tiró de su camisa sobre su bronceada Bebí piel cabeza. su V sus músculos en ondulantes. Realmente era un hombre hermoso. Se quitó los zapatos y se arrodilló a mis pies para sacar mis Chucks sin desatar los cordones. Fue un descubrimiento asombroso para mi cerebro empapado de champán que él podría haber notado que nunca los desataba. ¿Qué otros detalles sobre mí había notado que nadie más haría? Estaba loca por pensar que él nunca descubriría la verdad. Nunca debí dejar que llegara tan lejos. ¿Pero cómo podría detenerme? Era tan... perfectamente imperfecto, y quería todo de él. Por cada segundo que podía robar.

Cogió su cinturón y se detuvo. —Me quedaré esta noche—. No era una pregunta.

- —Está bien—. Cogí el borde de mi camisa y comencé a arrastrarla hacia arriba. Extendió la mano, cubriendo mi mano con la suya para detenerme.
 - —Pero si te quitas eso, no voy a poder detenerme de tenerte.
 - —Bien—. Tiré de su agarre, tratando de quitarme la camisa.

Mi interior se volvió caliente y líquido. Un pulso vibró entre mis piernas. —Ya me dijiste que lo sacarías. No hay retiros. No es justo.

Se inclinó y rozó su sombra de las cinco en contra de mi mejilla antes de decirme al oído: —Mierda dura.

Él se echó hacia atrás, yo saqué el labio e hice una mueca. Simon lo atrapó entre los dientes y tiró antes de soltarlo. —Tan jodidamente tentadora. No tienes idea. —Se giró y miró mi escritorio. — ¿Pantalones de pijama? Y sé que los tienes. Recuerdo claramente un striptease que involucraba a un par.

Resoplé. —Segundo cajón desde el fondo—. Abrió el cajón, sacó un par rosa sedoso y me los arrojó.

- —Vuelvo enseguida. Será mejor que no estés desnuda.
- —Eres un mojigato tan rudo, señor Duchesne. —Dio un paso hacia la puerta y agarró la parte superior del marco. Su lengua se deslizó por su labio inferior, y sus ojos color avellana cambiaron de juguetones a serios.
 - —Vale la pena esperar.

Salió de la habitación y oí que la puerta del baño se cerraba.

Apreté los pantalones de pijama en mi puño mientras mi corazón daba vueltas por el camino sin retorno. Un solo pensamiento cristalizó en mi cabeza: *Joder. Podría enamorarme de este hombre*.

Capítulo 22 Simon

Desperté cuando el sol comenzaba a salir. Pero no fue una pesadilla lo que me despertó. Fue la succión caliente y húmeda en mi polla. Gruñí, enterrando mi mano en el cabello salvaje de Charlie, Charlotte.

—Jesús, mujer. Mierda—. Sacudí mis caderas cuando ella tarareó contra mi polla, y su pequeña y suave mano ahuecó mis bolas. — Santa mierda.

Mi respiración se hizo difícil. El impulso de venir se estrelló contra mí, y gentilmente traté de alejarla. —Bebé, tienes que parar. Yo... yo estoy... —Ella no se detuvo. En cambio, ella me llevó más profundo y me trabajó más duro y más rápido. No pude contenerme. Así que solo lo dejé ir.

Después de pararse y pasarse el dorso de la mano por la boca, me sonrió. —Ya vuelvo.

Salió de la habitación y escuché la puerta del baño cerrarse y el agua se encendió. Me metí de nuevo en mis calzoncillos bóxer, entrelacé mis manos detrás de mi cabeza y contemplé la claraboya en el techo inclinado sobre mí. Ella ya se había desmayado cuando salí del baño la noche anterior, todavía en sus jeans, con el pijama apretado en la mano. Había sido lo más caballeroso posible ya que había cambiado los jeans por su ropa de dormir más cómoda. No pude evitar maravillarme por la piel pálida y sin tinta de sus piernas. Al lado de sus brazos... parecían casi... inacabados.

La había metido en la cama antes de deslizarme debajo de las sábanas y tirar de ella contra mí. Fue otra noche sólida de sueño ininterrumpido. Hasta que Charlie decidió proporcionar la mejor llamada de atención del mundo. Escuché que se cerraba el agua y ella regresó a la habitación. Se mordió el labio y su cabello colgó hacia adelante, ocultando parte de su rostro. Por primera vez desde que la conocí, ella parecía... tímida.

Yo sonreí. —Esa fue, sin lugar a dudas, la mejor forma en que me han despertado.

Su sonrisa reapareció. —¿Sí?

—Sí, bebé. Ven aquí. —Me senté, así que estaba apoyado contra la cabecera y extendí un brazo. Volvió a meterse en la cama y se acurrucó a mi lado. La puse debajo de las sábanas. —La mejor mañana—. Besé su cabello. —Entonces, cuéntame sobre Charlotte.

Ella se congeló, y apreté mi agarre mientras luchaba inútilmente contra mí. Hablé lentamente, pronunciando mis palabras para que resonaran en su oído. —No me importa cómo te llames. Solo te quiero a ti. Eso es todo. No me importa si eres Charlotte o Charlie o Lee o cualquier otra persona. Solo quiero conocerte.

Ella dejó de luchar. Me aparté y la miré. —Solo quiero que me dejes entrar. Confía en mí con un pequeño pedazo de ti. —Metí un mechón rebelde de cabello púrpura detrás de su oreja. —Me estoy enamorando de una chica que ni siquiera me dice de dónde es. Uno pensaría que me importaría, pero eso no me importa mucho. —Su boca se abrió y sus ojos color agua muy abiertos. —Nada de lo que me digas va a cambiar lo que siento.

Nos miramos durante varios segundos antes de que ella hablara.

—La costa este—. Su voz era temblorosa y apenas más que un aliento. *Finalmente. Alguna cosa*.

—Supuse que eras un yanqui—. Me incliné y la besé. Lentamente, con reverencia, como si la estuviera aprendiendo por primera vez. Y tal vez lo estaba. Sus dedos se apoderaron de la parte posterior de mi cuello mientras presionaba más cerca. Eso encajaba perfectamente con mis planes, porque no estábamos saliendo de esta cama sin acercarnos mucho más, y no solo en el sentido físico.

Ella se apartó del beso y preguntó: —¿Vas a seguir esta vez o me dejarás colgado? Como debo decírtelo, no estoy segura de poder sobrevivir de nuevo.

Era la apertura que necesitaba. —¿Qué estás dispuesta a darme?

Charlie frunció los labios antes de responder: —¿Qué quieres?

- —Tú.
- —Hecho.
- —Información sobre ti—, aclaré.

Su expresión se volvió cautelosa. Ahuequé su rostro y la miré a los ojos. —Mierda simple, Charlie. Eso es todo lo que quiero. No es tan difícil. —Ella rompió mi mirada y casi pude escuchar los engranajes haciendo clic en su cabeza.

- —¿Cómo qué?—Susurró ella.
- —Color favorito.

Sus ojos volvieron a los míos, su sorpresa clara. Arrastró su labio inferior entre sus dientes y lo dejó deslizarse. La necesidad de besar esa hermosa boca de ella era intensa, pero quería escucharla responder más.

—Todos ellos.

Una sonrisa tiró de mis labios. Por supuesto. Uno no era suficiente para ella. Rodé y me sostuve sobre ella. Me incliné y le di un beso en la frente antes de retroceder para hacer mi siguiente pregunta.

—¿Invierno o verano?
—Otoño. Nueva Inglaterra cae. —Besé su nariz.
—Béisbol o fútbol.
—Ninguno. Hockey.
Besé la comisura de su boca antes de murmurar: —Rompiendo mi corazón, cariño.
—No preguntes si no puedes manejar la verdad—. Giró la cabeza para que mis labios se encontraran con los de ella.
—¿Top Gun o Die Hard?
—Bruce Willis. Definitivamente. —Besé su mandíbula.
—¿Flores o chocolate?
—Sexo—. Me reí entre dientes contra su cuello y arrastré mis dientes por el tendón. Ella se estremeció.
—Mujer descarada.
—Maldita sea.
Me aparté de nuevo y agarré el cuello del batidor de su esposa con ambas manos.
—Última pregunta—. Estiré la tela para telegrafiar mis
intenciones. La sonrisa que se extendió por el rostro de Charlie fue puro pecado.
—¿Primera impresión cuando entré por la puerta de Voodoo esa noche?

—Bastardo idiota—. Negué con la cabeza, porque... bueno, pensé que eso era exactamente lo que parecíamos. Y luego agregó: —¿Y puedo llevarlo a casa?—La necesidad candente estalló en cada célula de mi cuerpo.

Aparté mis puños y rasgué su camiseta sin mangas por la mitad, dejándola en pedazos irregulares.

Sus pechos altos y llenos, cubiertos con esos piercings sexys como el infierno, quedaron a la vista. Y mi boca. Me agaché para dibujar un pezón en mi boca. Enterró sus manos en mi cabello y me instó a acercarme. El tiempo de preguntas había terminado.

Capítulo 23 Charlie

Finalmente. Ese fue mi primer pensamiento cuando Simon me desgarró la camisa. Seguido de cerca por, mierda santa que estaba caliente. Arqueé mi espalda mientras él tiraba de mi pezón. Yo quería más. Más Simon. Más todo. Ondas de placer zumbaron desde mis pezones hasta mi clítoris. Sus grandes manos ahuecaron mis senos, y me deleité con el roce de sus callosidades contra mi piel. Dirigió la atención de su boca hacia mi otro seno y rodó el pezón que acababa de soltar entre dos dedos. Las perforaciones agregaron una nueva capa de sensación sobre todo lo que había sentido antes. Antes de Simon. En ese momento, no podía imaginarme a nadie, excepto a Simon, que me volviera a tocar. Mis ojos se abrieron de golpe al pensarlo, pero mi pánico se borró cuando Simon levantó la cabeza y mordisqueó mis labios hasta que los abrí. Su lengua barrió adentro para un duelo conmigo. Me perdí en el momento y no emergí hasta que sentí una de sus manos ocupadas deslizarse por mi cuerpo para deslizarse a lo largo de la cintura de mis pantalones de pijama. Se apartó y me miró de nuevo.

—¿Estás segura?

—Dios, sí—. Me reí. —¿Qué más tengo que decir para que lo creas?

Él me estudió, y no tenía idea de lo que esperaba encontrar. — Tienes que saber que esto significa algo para mí.

—Lo sé—, respondí.

—No me rompas el corazón, Charlie.

Deslicé mis manos por su cabello oscuro, esperando que pudiera ver todo lo que sentía por él. Todo lo que tenía miedo de poner en palabras. —No sin romper el mío.

Me besó de nuevo. Besos largos y drogadictos que me hicieron olvidar quién era y el desamor que inevitablemente nos causaría a los dos.

Sus labios se movieron hacia mi mandíbula, mi cuello, mi clavícula... antes de moverse hacia el sur. Enganchó un dedo en la cintura de mis pantalones y los bajó, arrastrando mi ropa interior con ellos. Los pateé al piso cuando Simon se levantó de la cama y cruzó hacia donde estaban sus jeans sobre mi pequeño taburete. Sacó un condón del bolsillo delantero y yo levanté una ceja.

- —Solo quería estar preparado.
- —Boy Scout.

Me dio una sonrisa torcida y se quitó los calzoncillos. Las palabras burlonas en mi lengua se desvanecieron. Un Simon Duchesne completamente desnudo era... impresionante. Se puso de pie con confianza y me dejó mirar. Mi encuesta se detuvo y se detuvo en su erección, sobresaliendo, pesada y gruesa. Obviamente había sido cercano y personal con eso esta mañana, pero había algo increíblemente sexy en su postura segura. Demonios, si me veía tan bien como él desnudo, posaría también. Simon abrió el paquete del condón con los dientes y lo rodó antes de caminar de regreso a la cama. Se arrodilló y besó mi pantorrilla, la curva de mi rodilla y luego el interior de mi muslo. Todos los lugares inocuos, pero mi pulso se martilló y pude sentirme vergonzosamente mojada. Sus ojos color avellana encapuchados siguieron mi cuerpo hasta mi cara.

—Más ancho, bebé. Quiero ver todo de ti. Tengo que saborearte de nuevo.

Cumplí, abriendo las piernas y doblando las rodillas. Sus anchos hombros me obligaron a ensancharme mientras se inclinaba para besar una línea de un hueso de la cadera a la otra. Me moví, necesitando más, y él respondió lanzando su lengua para mover mi piercing antes de caer para lamerme de abajo hacia arriba. Mi cabeza golpeó contra la almohada, y la inteligente lengua de Simon me hizo trabajar. Enterré mis dedos en su cabello y lo insté a seguir. Deslizó dos dedos dentro de mí y encontró el lugar garantizado para hacerme estallar. Cerré los ojos con fuerza y me mordí el labio para evitar gemir como una estrella porno mientras el orgasmo se precipitaba sobre mí.

Mis párpados se abrieron al ver a Simon sosteniéndose suspendido sobre mí. Me quedé sin aliento en pantalones cortos cuando él se inclinó para besarme otra vez. El sabor de mí misma, mezclado con su propio sabor único, aumentó mi necesidad.

—Te quiero. Ahora. —Las oraciones completas estaban más allá de mí. Solo lo necesitaba a él. Dentro de mí. *Ahora. Ahora mismo*.

Se movió para apoyarse en un brazo, y sentí que la cabeza ancha de su erección empujaba mi entrada.

—¿Bien?

—Solo cógeme ya, Simon. Jesús—. Tanto para el romance.

Él sonrió y empujó. El gemido de la estrella porno no pudo ser retenido mientras me estiraba deliciosamente.

—Mierda—, jadeé.

Simon acarició mi cuello y me mordió la oreja. —Tan codiciosa. ¿No puede un chico tomarlo con calma y disfrutar del viaje?—Me retorcí contra él, ya sintiendo otro orgasmo creciendo solo por la fricción de nuestros cuerpos. Pero necesitaba que se moviera.

—Demasiada platica. No es suficiente follar.

Se inclinó para raspar su rastrojo a lo largo de mi mandíbula. Al retirarse, envolvió mis piernas alrededor de sus caderas y empujó profundamente, ajustando su ritmo de lento a rápido y luego volvió a disminuir. Mis manos se movieron hacia sus hombros y mis uñas se clavaron en los músculos sólidos. Su ritmo alternativo e imposible de predecir, junto con mi perforación, aumentó la intensidad hasta que estuve al borde

Él se rio entre dientes y giró las caderas, y mis palabras se desintegraron en gemidos mientras la presión sobre mi clítoris y mi penetración enviaron fragmentos de placer a través de mí.

—Eso. Otra vez. Más.

Se inclinó para raspar su rastrojo a lo largo de mi mandíbula. Al retirarse, envolvió mis piernas alrededor de sus caderas y empujó profundamente, ajustando su ritmo de lento a rápido y luego volvió a disminuir. Mis manos se movieron hacia sus hombros y mis uñas se clavaron en los músculos sólidos. Su ritmo alternativo e imposible de predecir, junto con mi perforación, aumentó la intensidad hasta que estuve al borde. Lo detuve, queriendo hacer que este momento durara, para memorizar este sentimiento. Pero los disturbios de la sensación se intensificaron y no pude evitarlo. Miré a los ojos color avellana de Simon mientras me destrozaba.

—Tan malditamente hermosa—, respiró.

Su ritmo se aceleró una vez más, y me arqueé, buscando la fricción contra mi clítoris y luego alejándome cuando se volvió demasiado. — Simon...

—Te tengo, bebé—. Y lo hizo. Deslizó una mano debajo de mi trasero e inclinó mi pelvis hacia arriba, aliviando la presión sobre mi clítoris pero moviendo sus golpes para golpear mi punto G. Mi visión se desvaneció cuando mis ojos giraron hacia atrás.

—Santa... —No pude pronunciar otra palabra antes de que otro clímax me atravesara.

Sentí a Simon sacudirse y escuché su gemido. Después de algunos golpes más, él disminuyó la velocidad y se derrumbó sobre mí. Inmediatamente se levantó, tratando de salvarme de su peso, pero le rodeé el cuello con los brazos y lo tiré hacia abajo.

—No, me gusta sentirte. Sobre mí. Dentro de mí. Déjame disfrutarlo un minuto antes de que me aplastes los pulmones.

Besó mi sien. —¿Ahora quién habla? El orgasmo me destruyó, mujer. Jesús. No pude evitar venir. No puedo imaginar lo bueno que será tenerte en carne viva.

Una sonrisa satisfecha se formó en mis labios, y no pude evitar pensar que tal vez mi vibra sucia y mala chica se había contagiado un poco al señor educado Duchesne. Porque era todo menos educado en la cama.

- —Creo que mi boca sucia se te está pegando.
- —Puedes frotarme la boca sucia cuando quieras, cariño. Pero me temo que estaba jurando como un marinero mucho antes que tú. Después de todo, era marinero—. Levantó un poco su peso de encima de mí, pero todavía estaba inmovilizada cuando me preguntó: —¿Cuántos años tienes, Charlie?

Respiré profundamente. Si pudiera confiar en Simon con mi cuerpo, al menos debería poder confiar en él con la edad de ese cuerpo. —Veintitrés.

Levantó la cabeza y abrió mucho los ojos.

—Lo que sea que estés pensando, no lo digas—. Apreté mis músculos internos, y la sorpresa en sus ojos se convirtió en un calor abrasador.

—Déjame conseguir otro condón.
—Buena decisión—. Se apartó de mí y rodó fuera de la cama para ocuparse del usado. Estaba buscando en su jeans su billetera cuando un fuerte zumbido resonó en la pequeña habitación. No pensé que mi teléfono celular de mierda fuera capaz de vibrar, así que tenía que ser el de Simon. Todavía desnudo, sacó el teléfono del bolsillo y respondió. Escuché su lado de la conversación mientras descaradamente miraba su culo desnudo y apretado. Maldición, el hombre estaba cómodo en su propia piel. <i>Gracias al Señor</i> .
—¿Qué necesitas, Martin?
Pausa.
—Me estás tomando el pelo. ¿Cuándo?
Pausa.
—Mierda. Bueno. Estaré allí en veinte. Llama a nuestro agente de seguros, un equipo de recuperación, y notifica al cliente.
Pausa.
—Lo sé. Veinte minutos.
Simon se pasó una mano por el pelo. Encontró sus calzoncillos bóxer y se los puso antes de ponerse los jeans. Se giró hacia mí.
—Me tengo que ir, cariño—. Sus ojos se deslizaron sobre mi cuerpo desnudo. —Y eso apesta. Esperaba quedarme en la cama todo e día contigo.
Arqueé una ceja. —No recuerdo haberte invitado a pasar el día er mi cama.
—Lo hubieras hecho.
—Tan arrogante—. Pasé un dedo por mi pecho, entre mis senos. — Tienes suerte, creo que hace calor.

—No juegas limpio.

Mi sonrisa se transformó en una sonrisa abierta mientras veía mis dedos continuar hacia mi vientre. —¿Debería?

-Nunca.

Se acercó a la cama y se inclinó para presionar un beso rápido en mis labios. —Ojalá pudiera quedarme, pero tengo que ocuparme de algo por trabajo. La carga de un cliente se encuentra actualmente en el fondo del Mississippi, y necesito limpiar el desorden.

Volteé la sábana y me cubrí, de repente avergonzada de haber estado tratando de actuar como seductora cuando tenía problemas en el mundo real con los que lidiar. —Está bien. Haz lo que tengas que hacer.

Apartó la sábana, dejándome desnuda otra vez. —Me gustas más de esta manera—. Se sentó en la cama y tomó el costado de mi cara con su gran mano. —¿Cena esta noche?

No lo dudé. —Claro.

- —Usa un vestido. Uno corto. —Me quedé boquiabierta. ¿Él dijo qué?
 - —¿Seriamente? No acabas de decir eso.
 - —Oh, pero lo hice.

Resoplé, tirando de la sábana de su agarre. —¿Alguna vez me has visto usar un vestido? ¿Y mucho menos uno corto?

Él se inclinó y rozó sus labios sobre la concha de mi oreja. —Voy a verlo esta noche.

- —Bastardo engreído—, dije, temblando por el contacto.
- —Si te pones un vestido, seré el tipo de bastardo que quieras que sea.

Gané la tira y afloja y la puse a mí alrededor antes de cruzar mis brazos sobre mi pecho. —Tal vez. Sin promesas.

—Te recogeré a las siete. Vestido corto. Tacones altos. El mismo cabello salvaje y recién jodido que tienes ahora mismo. Así es como voy a imaginarte todo el día mientras resuelvo esta mierda.

Me mordí el labio y sacudí la cabeza hacia él. —Estás loco.

—Sólo sobre ti—. Sus labios se encontraron con los míos para un beso más. Este fue largo, lento y lleno de promesas de lo que estaba por venir. Finalmente, se apartó. —Hasta luego, bebé.

Salió de la habitación y escuché que la puerta de mi departamento se abría y se cerraba. Descrucé mis brazos y presioné una palma contra cada lado de mi cara y froté hacia arriba. Estaba demasiado profundo. Me incliné para enganchar una camiseta del suelo y me la puse. Era una de las mías, pero deseé que fuera la de Simon. Quería su aroma a madera que me rodeaba.

Aparentemente, ahora tenía dos tareas para el día: primero, flexionar mis músculos para descifrar códigos; y segundo, encontrar un maldito vestido.

Capítulo 24 Charlie

Me quité el vestido y lo tiré sobre la cama.

—No puedo hacer esto—, le dije a la habitación vacía. Deseé que Huck estuviera paseando por mi pequeño apartamento para no sentir que estaba hablando conmigo misma. Pero él estaba abajo en su caja en la habitación de Harriet. Había pasado la mayor parte del día allí con él, el libro de composición y una pila de libros de la biblioteca. Oficialmente hice cero progresos. Comencé a pedalear por el alfabeto con la esperanza de que fuera un cifrado de sustitución básico, pero fue un proceso *minucioso*.

Y mientras mi descifrado de códigos iba horriblemente, al menos a Huck le estaba yendo increíblemente bien. El Dr. Richelieu no había mentido sobre la placa en su pierna que facilitaba su recuperación. Podría haberse parecido un poco a un caballo cojeando cuando andaba con su peso distribuido de manera desigual, pero estaba muy contenta de verlo en la reparación.

Miré el reloj de mi mesita de noche. 6:49. Caminé por mi habitación, respiré hondo y exhalé. *Calma*, pensé. *Puedes hacerlo*.

—No puedo hacer esto—. Me dejé caer en mi cama al lado del vestido y miré la claraboya hacia la extensión azul y blanca de arriba. Mis pensamientos volvieron a esta mañana. Acostada en la cama, observando a Simon mientras me miraba con deseo... y algo más. Nunca había deseado a nadie más, y nunca merecía a nadie menos. ¿Iba a complacer su simple solicitud, aunque parecida a un hombre de las cavernas?

¿Y si me llevara a un elegante restaurante con estrella Michelin? Con la impresión que le había dado hasta ahora, Simon probablemente pensaría que mis nervios se derivaron de no saber qué tenedor usar. Poco sabía él que si yo estaba tan inclinada, podría descartarlo cualquier día. La chica que solía cenar regularmente en *Per Se* podría haber sido enterrada, pero todavía estaba allí. En algún lado. Pero dejar salir cualquier pista de ella podría poner en riesgo todo lo que había construido. Tal como estaba, mi vida podría no ser mucho, pero era mía. Miré el minivestido y toqué el velo de algodón morado oscuro. Me imaginé vistiéndolo, caminando de la mano por las calles con Simon. Yo quería eso.

Las racionalizaciones comenzaron a filtrarse: no estábamos en Nueva York o Los Ángeles, Simon no era una celebridad seguida por los paparazzi, y a menos que estuviera en un evento público, era poco probable que su presencia llamara la atención.

—Puedo hacer esto.

Me ajusté mi sujetador sin tirantes y los pantalones cortos negros de encaje a juego y me puse el vestido. Mi cabello colgaba en enormes rizos en espiral que había pasado la última hora perfeccionando. No es que admitiría ese pequeño detalle. Agregué pendientes colgantes de cadena negra y plateada que casi rozaron mis hombros. Le dieron al atuendo la llamarada de 'Charlie' lo suficiente para que fuera aceptable. Me puse un par de plataformas peep toe de cuero rojo vintage que Yve me había dejado sacar del inventario del Dirty Dog y abroché las correas alrededor de mis tobillos. Un chequeo en el espejo, otra mancha de labios rojos y estaba lista. Lo cual fue un buen momento de mi parte porque el intercomunicador, que había vuelto a conectar, sonó.

Crucé la habitación y apreté el botón. —Voy a bajar.

—No puedo esperar, bebé.

Simon dejó escapar un silbido de lobo mientras caminaba con las caderas balanceándome hacia la puerta. Si iba a usar este atuendo, iba a tenerlo.

—Maldita sea, mujer—. Se dio una palmada en el pecho. Su camisa de lino blanca era ligera y bien ventilada, y sus pantalones eran mucho más informales de lo que había previsto. —Sal aquí para que pueda verte—. Simon se alejó cuando salí a la acera. Me di la vuelta, dándole un empujoncito extra, y la falda de mi vestido se encendió. Cuando detuve mi improvisado giro, no pude contener una risita ridícula mientras le sonreía a Simon.

Esperaba ver su sonrisa de respuesta, pero su expresión era seria, casi... solemne. Bajé la vista a mi vestido. —¿Qué?—, Pregunté, confundida el cambio abrupto en su estado de ánimo.

Sacudió la cabeza y extendió una mano para deslizar un dedo por la línea de mi mandíbula. —Eso. Eso justo ahí. Quiero poner esa sonrisa en tu rostro todos los días, mientras me lo permitas.

Respiré hondo y me incliné a su toque. Mi primer instinto fue hacer un comentario inteligente para calmar las emociones que brotaban dentro de mí. Estaban a punto de derramarse sobre la acera agrietada a los pies de Simon. Pero los mantuve presionados y me concentré en absorber este momento. Lo envolví en regalo y lo metí en el fondo para poder sacarlo más tarde y revivirlo.

Revivirlo después de haberlo perdido.

Porque la realidad estaba raspando la felicidad que acababa de descubrir. Cuanto más tiempo pasaba estudiando ese maldito libro de composición, el libro de mentiras y ruina, más aceptaba el hecho de que nunca saldría ilesa. Era ingenua al pensar que podría escapar de mi pasado. Perder a Simon sería mi penitencia. Y cuando eso sucediera, recuerdos de momentos como este serían todo lo que me quedaría.

Abrí los ojos, decidida a vivir en el ahora y no preocuparme por el futuro. Al menos no por esta noche.

Me recuperé y pregunté: —Entonces, ¿a dónde?

—¿Quieres que responda esa pregunta cuando todo lo que puedo pensar es 'Esta mujer es una diosa, y no puedo creer que soy el bastardo con suerte que la saca'?

Una sonrisa tiró de las comisuras de mi boca. —Eres todo encanto esta noche, Sr. Duchesne.

—Cariño, seré lo que tú quieras que sea esta noche.

Esta vez arrastré mi dedo por su mejilla recién afeitada. —¿Qué tal si un chico le muestra a su chica un buen momento?

—Listo—. Él ofreció su brazo y yo lo tomé.



El sol se estaba poniendo, y estaba confundida como el infierno. Simon hizo un gesto a un tipo en un valor de punto de control, y nos cruzó en un gran terreno rodeado de púas cercas de alambre. Cientos, o tal vez miles, de contenedores de envío (gris, negro, tostado, rojo, naranja y azul) estaban apilados en filas y esperando el transporte a sus destinos.

- —¿Dónde diablos estamos?
- —Paciencia.

Simon condujo hasta que llegamos a un malecón que frenaba el poderoso Mississippi y estacionamos frente a una barcaza. Estaba asegurado a la pared con cuerdas más gruesas que mi brazo. Excepto por una pequeña sección hacia un extremo, estaba completamente cubierta con contenedores de envío. Escaneé el espacio vacío en busca de una mesa y sillas. Velas. Champán en hielo. El tipo de configuración que esperaba que un chico como Simon se uniera, especialmente después de que me ordenó usar un vestido corto y tacones altos. Pero no había nada de eso.

Simon salió del auto y estaba abriendo mi puerta antes de que pudiera reunir mi ingenio para hacerlo yo misma. Me ayudó a salir al asfalto.

—Espera aquí.

Abrió el portón trasero y sacó una manta y un refrigerador grande de lados blandos.

Mis pensamientos dispersos se reagruparon y me di cuenta de lo que había planeado. —¿Un día de campo?

—Sip. Solo tú, yo y el río. —Me quedé estupefacta cuando tomó mi mano, me condujo por la rampa y hacia la barcaza.

Agarré una esquina y extendimos la gruesa manta del estadio sobre el acero marcado y oxidado de la cubierta. Simon me ayudó a sentarme antes de arrodillarme sobre la manta a mi lado. Del refrigerador, sacó recipientes redondos de aluminio con tapas de cartón y un paquete de seis de Abita.

Sacudí mi cabeza. Nunca hacía lo que esperaba.

—¿Haces esto a propósito?

Levantó la vista de desenrollar los bordes de aluminio de un contenedor. —¿Hacer qué?

—¿Exactamente lo contrario de lo que espero?

Sonrió y continuó, revelando aceitunas, dos tipos diferentes de hummus, pan plano, gajos de pimiento rojo y verde, rodajas de frío, lomo raro, trozos de queso y uvas. —¿Qué quieres decir?

—Esto—. Hice un gesto hacia mi vestido y los zapatos que ya había desabrochado y arrojé a un lado. —Me dijiste que me pusiera un vestido. Y tacones. Esperaba un restaurante elegante o algún club de moda. No una barcaza y picnic y cerveza.

Su sonrisa se desvaneció. —¿Es eso lo que preferirías hacer?

Mis ojos se abrieron. —¡No! De ningún modo. Esto es perfecto. Pero... ¿cómo lo supiste? Quiero decir... demonios, no sé a qué me refiero.

Su sonrisa reapareció, hoyuelos centelleando. —No me das mucho para seguir, Charlie. Solo tengo que adivinar. Pero me gusta sorprenderte. Obtienes este aspecto, como si no pudieras creer que haría todo lo posible para hacer algo especial por ti. Tengo la sensación de que no has tenido suficiente especial en tu vida. Y el vestido... bueno, solo quería tener la oportunidad de mirar esas hermosas piernas tuyas. —Él se encogió de hombros, como si dijera soy un chico, lidia con eso.

Reflexioné sobre sus palabras por un momento. Mi vida había sido despiadadamente organizada, todo me fue entregado antes de que pudiera pensar en pedirlo. Pero eso fue todo. No había pedido nada de eso. No la ropa de diseñador o las lecciones de equitación o el horario abarrotado de compromisos sociales adecuados. Me habían dado, y había hecho, lo que mis padres habían considerado apropiado para mí. Y tenía que preguntarme si habían dado esas opciones remotamente tanto pensamiento como Simon había planeado este picnic.

Alcancé una aceituna y me la metí en la boca. —¿Cómo es que una bella sureña inteligente no te ha atrapado ya?

Él sonrió. —Estoy tratando de conseguir que una Yankee descarada lo haga, pero no se está dando cuenta tan rápido como esperaba. Estoy empezando a preguntarme si no es tan inteligente como pensaba.

Le arrojé una aceituna a la cabeza y él la atrapó en la boca. Sacó las tapas de dos cervezas y me entregó una. Extendió la suya, el cuello de la botella se inclinó hacia mí.

—A una noche inesperada—, dijo. Choqué mi botella con la suya y atrapé un trozo de lomo.

Lo mastiqué y me lo tragué. —Mierda, eso es bueno. ¿De dónde vino todo esto?

-Mi cocina.

Me alegré de que todavía no estaba masticando porque me habría ahogado. —¿En serio? ¿Tú también cocinas?

—Yo diría que sí solo para mantener esa mirada en tu cara, pero en su mayoría sería una mentira. El ama de llaves de mis padres se va de vacaciones de dos semanas mañana y me preguntó si había algo que pudiera hacer por mí antes de irse. Desvergonzadamente le supliqué ayuda.

Cogió un trozo de pan plano y recogió un poco de hummus. Presioné una mano contra mi pecho e hice un pobre intento de arrastrarme hacia el sur. —Bueno, gracias al Señor por eso; casi me desmayo.

Tomé un trago de mi cerveza cuando terminó de masticar. —Oh, te desmayarás, no tengo dudas. Después de todo, soy devastadoramente encantador.

Nos demoramos en la comida y hablamos de todo y, sin embargo, de nada sustancial. Me encantó que él no presionara más de lo que estaba dispuesta a dar, pero me preguntaba si siempre sería así o si en algún momento perdería su paciencia conmigo y exigiría

respuestas. Pero no quería pensar en eso ahora. No en una noche tan perfecta.

Acabábamos de sacar las tapas de las dos últimas cervezas cuando los fuegos artificiales estallaron sobre el río. Salté ante la atronadora percusión, y Simon me empujó contra él. Lo seguí hasta que nos acostamos uno al lado del otro en la manta, mirando los azules y rojos explosivos y los blancos brillantes contra el cielo nocturno cubierto de nubes. Esta fue una cosa más que me encantó de Nueva Orleans. Nunca se sabía cuándo habría fuegos artificiales. Las masas de fiesteros se detendrían un momento después de derribar sus huracanes y mirarían hacia arriba para disfrutar del simple placer.

Simon pasó sus dedos por los míos mientras los colores vibrantes continuaban brillando en el cielo y el olor acre del polvo negro colgado en el aire. Jugó con mis dedos, llevándome la mano a los labios para besar cada uno. Se acercó a mi palma y mordió la base con los dientes.

Sabía exactamente cómo iba a terminar este picnic.

Capítulo 25 Simon

Comencé a sentarme cuando Charlie rodó y arrojó su pierna sobre mis caderas. Ella me inmovilizó, el cabello ondeando en la brisa del río, y me empujó hacia abajo. Su rostro estaba en sombras, pero aún podía distinguir su expresión determinada.

—Nop. No vas a ir a ningún lado.

Alcé la mano y coloqué un rizo detrás de su oreja. —¿Eso es así?

—Sí—. La palabra salió de sus labios. —Vas a pagar toda esta basura de la mano burlona.

Me reí. Me encantaba su actitud directa. Era algo que faltaba en todos los demás aspectos de mi vida. —Mierda de manos burlonas, ¿es eso lo que fue eso?

Se movió contra mí, y su vestido subió por sus muslos. —Llámalo como quieras, las consecuencias siguen siendo las mismas.

Alcé una ceja. —Cuéntalo.

- —Prefiero mostrarlo.
- —Incluso mejor.

Se agachó hasta la falda de su vestido y comenzó a tirar hacia arriba. Estaba fascinado, esperando que se descubriera toda esa piel hermosa, cuando ella hizo una pausa.

—¿Qué? ¿Qué pasa?—Miré a mí alrededor, preguntándome si había visto a alguien. Pero esa no fue la causa de su vacilación.

—¿Por qué siento que siempre me estoy quitando la ropa frente a ti?

Me mordí el labio para contener una sonrisa. —No lo sé, pero *nunca* me escucharás quejarme de que te desnudes para mí.

—No parecías tener dificultades para alejarte de mí esa noche... en la piscina. Recuerdo claramente que estaba muy, muy desnuda.

Ahuequé su barbilla, acercando su rostro al mío. —Lo que parece que no entiendes es que, incluso entonces, estaba jugando un juego largo. Sabía que eras algo especial, y no iba a arriesgarme a probarlo. Sabía que una vez que lo hiciera, sería adicto. Que tendría que tener más. Necesitaba que estuvieras tan fuera de balance como yo. —Besé la comisura de su boca. —Y funcionó.

Ella se apartó de mí. —Eres un bastardo presumido—. Se subió el vestido sobre la cabeza y dejó que revoloteara sobre la manta a nuestro lado. —¿Por qué no le das buen uso a esa lengua?

Mi corazón latía con fuerza cuando la acogí. Una vez más, deseé más luz, porque quería verla, memorizarla. Ella *era* mi adicción. Solo esperaba que ella no fuera letal. De todos modos, estaba demasiado profundo para retroceder.

Metió la mano a la espalda y se desabrochó el sujetador, dejándolo caer sobre mi pecho. Se deslizó hacia mis rodillas y me desabrochó la hebilla del cinturón y el botón y la cremallera de mis pantalones. Cuando se movió, esperaba que me los quitara para estar tan desnudo como ella, pero solo se quitó las bragas y se volvió a colocar encima de mí. Deslizó su mano en mis calzoncillos y palmeó mi polla antes de liberarla.

—¿Estas limpio? Porque me hice la prueba. Estoy bien. Y estoy protegida.

Le rocé las manos desde los hombros hasta los brazos. —Estoy limpio. Pero ¿estás segura? No tenemos que...

Ella no esperó mi respuesta; ella ya estaba deslizando el calor cálido y húmedo de su coño a lo largo de mi longitud y luego levantando e inclinando la cabeza hacia su entrada. Mis palabras murieron en mi garganta cuando se hundió sobre mí, arqueando la espalda y empujando sus senos hacia afuera. Sin nada entre nosotros, el calor abrasador y el apretado apretón de su cuerpo enviaron picos de sensación directamente a mis bolas.

—Jesús. Charlie...

—Lo sé. —Sus palabras fueron un gemido entrecortado cuando comenzó a montarme. Ahuequé su trasero con ambas manos, ayudándola a establecer un ritmo que seguramente nos demolería a los dos antes de que estuviéramos listos. Las nubes que habían oscurecido la luna finalmente se alejaron y, a la luz plateada, la vi tomarme con puro abandono sin complejos. Fue la cosa más sexy que había visto en mi vida. Sabiendo que no iba a durar lo suficiente como para llamarme hombre, le pasé la mano por la cintura y le toqué el clítoris. Ella gimió y se presionó contra mí, buscando la presión que le ofrecía. Se ahuecó los senos, tirando de los anillos de sus pezones flexionaba las caderas mientras y aumentaba frenético. Intenté distraerme prometiéndole que uno de estos días la tendría encima de mí y la obligaría a ir despacio y saborear el momento. Fue un fracaso como una distracción. Simplemente me aumentó más. Chispas zumbaron por mi columna vertebral mientras mi orgasmo se precipitó sobre mí. Charlie echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando su cuerpo se cerró sobre mí una y otra vez. —Oh, mierda, no puedo, voy a... —Sus palabras eran rudos susurros perdidos en la noche.

Disminuyó la velocidad, incapaz de mantener su propio ritmo cuando el clímax la agarró. Agarré su cadera con una mano y envolví

mi otro brazo alrededor de su espalda. La atraje hacia mí. Envuelto en Charlie, finalmente lo dejé ir.

Capítulo 26 Charlie

Me puse encima de Simon por lo que parecieron horas, pero lo que en realidad era solo unos minutos. Nunca quise moverme de nuevo. Las nubes habían cubierto la luna, y me concentré en hacer coincidir mi respiración con la de Simon.

Un foco que atravesaba la oscuridad interrumpió nuestro resplandor.

- —Joder—, susurró Simon, arrojando una esquina de la manta sobre mí.
 - —¿Hora de irnos?—, Pregunté.
 - —Desafortunadamente.

Lo desafortunado fue el hecho de que tuve que alejarme de la fabulosa fábrica de orgasmos de Simon. Recordando que nos habíamos quedado desnudos, busqué una servilleta para limpiar el desorden. El reflector se acercaba, así que me apresuré a ponerme el vestido y agarré mi sostén y las bragas. Simon arrojó los restos de nuestro picnic en el refrigerador y envolvió la manta. Enganché mis zapatos, optando por dejarlos.

—Vamos—. Me agarró la mano y comenzó a guiarme hacia la rampa. Se detuvo abruptamente. —Mierda. No quiero que camines con estos pies descalzos. —Dejó caer la manta y el refrigerador en la cubierta de la barcaza y me levantó en sus brazos. Me aferré a su cuello mientras él me llevaba por la rampa y hacia el auto. Acababa de cerrar mi puerta cuando el guardia de seguridad nos alcanzó. Podía

escuchar palabras apagadas, pero no podía distinguirlas. Realmente esperaba que Simon estuviera usando esa lengua plateada para salir de esto. Un sudor frío me recorrió el cuerpo ante la idea de ser arrestada. Mi identificación falsa no aguantaría mucho tiempo bajo un intenso escrutinio. Apreté mis ojos cerrados. *No estoy lista para que esto termine. No estoy lista para dejarlo ir.* Tomé algunas respiraciones profundas para calmar mi corazón martilleante mientras otro pensamiento se entrometía. ¿Estaré alguna vez lista para dejarlo ir? Era una pregunta estúpida, y supe la respuesta antes de terminar de pensarlo. Pero no importó. No tendría otra opción.

La luz se volvió y se alejó del SUV cuando Simon abrió la puerta del lado del conductor.

—Lo siento, bebé. Fue seguridad. Cambiaron de turno, y mi chico olvidó mencionarlo en su reemplazo. —Debe haber notado mi cara pálida o mis dedos apretando la tela de mi falda, porque su frente se arrugó con líneas de preocupación.

—¿Estás bien?

Asentí, tragando mi pánico momentáneo. Pegando una sonrisa en mi rostro, traté de pensar en algo casual que decir. Terminé diciendo:

—Y aquí pensé que finalmente estabas rompiendo las reglas.

Las líneas de preocupación no abandonaron su rostro, lo que me llevó a creer que mi intento de enmascarar a mi monstruo había fallado. Sin embargo, no hizo ningún comentario, y por eso estaba agradecida. —Voy a tomar el resto de nuestras cosas—. Simon encendió una linterna que no había notado. Gesticulando con eso, dijo: —Lo obtuve del guardia de seguridad. Aparentemente no quería pescarme fuera del río esta noche. Vuelvo enseguida.

Simon cargó la manta y el refrigerador en la parte trasera del SUV, y sacamos lo que supuse que era de la misma manera en que habíamos entrado. El silencio se extendió entre nosotros. No tenía idea de lo que

estaba pensando; estaba demasiado ocupada tratando de no pensar en absoluto.

Extendió la mano para alejar mi mano de donde estaba enredada en los pliegues de mi falda. —¿Quieres venir a casa conmigo?

Lo estudié a la luz de las farolas. Una mano casualmente en el volante, la otra sosteniendo la mía, los ojos dirigidos hacia el parabrisas mientras cambiaba de carril. Por supuesto que quería ir a casa con él. Pero no pude.

—Quiero hacerlo, pero no puedo.

Me miró. —¿Por qué no?

—Huck. Harriet me ayudó a salir anoche y esta noche, sin mencionar dejarlo salir todos los días mientras estoy en el trabajo. No quiero aprovecharme de ella. Y tampoco quiero que Huck se sienta solo. Ya está bastante deprimido estar en su caja la mayor parte del tiempo. Aunque, a partir de mañana, se le permite salir un poco más de tiempo con una correa corta. —Sonreí al pensar en la marcada mejora de Huck en los últimos días.

—Entonces tu lugar es.

Alcé una ceja ante sus palabras. —¿Te invité?

—Estabas llegando a eso.



Era extraño despertarse junto a Simon por segunda mañana consecutiva. Y me asustó muchísimo lo mucho que me gustó. En mi cama de tamaño completo, no tuvimos más remedio que

abrazarnos. Y yo no era una abrazadora por naturaleza, o al menos no lo había sido antes de Simon. Intenté no preguntarme qué decía eso de mí y de los otros chicos con los que había estado antes. De todos modos, no tuve tiempo de disfrutar el calor de su cuerpo que me rodeaba, porque a cambio de mi sábado libre del Dirty Dog, acepté entrar y hacer un inventario hoy a las nueve en punto.

Traté de extraerme del agarre de Simon, pero su brazo se apretó alrededor de mi estómago.

—Durmiendo, bebé. Pruébalo. —Su voz era áspera y ronca.

Me moví para liberarme, pero me quedé quieta cuando sentí su erección de la mañana presionarse contra el crujido de mi trasero. — Tengo que ir a trabajar. Y después de eso tengo que ir a mi otro trabajo.

Simon gruñó. —Trabajas demasiado.

—Dice el tipo que me dejó desnuda en la cama ayer para ir a trabajar un *sábado*.

Suspiró y me soltó. —Bien. ¿Cuándo tienes que estar allí?

Rodé fuera de la cama. —En veinte minutos.

Sus ojos se abrieron de golpe y miró el reloj. —Mierda. ¿Quieres que vaya a dejar salir a Huck mientras te preparas?

Mi corazón se calentó ante su pregunta. Lo estaba dejando acostado en mi cama y él se ofreció a ayudar a cuidar a mi perro. —Eso sería increíble—. Pensé por un momento en advertirle que Harriet no siempre usaba una bata por las mañanas, pero pensé que ya habíamos escuchado los sonidos de *Madame Butterfly* saliendo de su estudio hasta poco después de las dos de la tarde. Reloj, probablemente dormiría hasta el mediodía.

Simon se puso los pantalones y la camisa de la noche anterior y salió de mi departamento cuando me apresuré a prepararme para el trabajo. Me puse el uniforme de mi elección: jeans ajustados negros, un sujetador rosa intenso y una batidora blanca. Mi cabello se levantó en un moño desordenado, me puse delineador de ojos, rímel y brillo de labios, y lo llamé bueno. Me deslicé en mis Chucks y estaba bajando la escalera de caracol cuando Simon conducía a Huck de regreso a la casa. Unas pocas palabras y un abrazo con mi cachorro para acomodarlo, y estaba a punto de salir de la habitación de Harriet cuando Simon agarró algo de la cama.

Levantó *Rompiendo el Código con Criptografía*, y me congelé. — ¿Harriet rompiendo códigos últimamente?

Oh. Mierda.

Pensé que había tomado todos mis libros de la biblioteca ayer, pero aparentemente no.

Mierda, Mierda, Mierda,

Se lo arrebaté de la mano antes de que pudiera abrirlo y ver el código de barras de la biblioteca.

Forcé una risa. —¿Quién sabe con Harriet? Lo guardaré en la estantería. De lo contrario, probablemente nunca lo encontrará.

Mi corazón latía con fuerza y mis manos se volvieron húmedas cuando salí de la habitación y empujé el libro entre una biografía de Georgia O'Keefe y el Kama Sutra.

Salté cuando Simon se rio detrás de mí. —Ella tiene una mezcla bastante ecléctica.

Intentando calmar mi mierda, froté mis sudorosas palmas en mis jeans, forcé un encogimiento de hombros informal y me volví hacia la puerta. —Realmente tengo que irme.

Me siguió y tuve la sensación de que había fallado en algún tipo de prueba cósmica. Fue una apertura inquietantemente perfecta para confesarlo todo, pero *todavía no* grité cada fibra de mi ser.

Recuperé la compostura mientras caminábamos hacia el Dirty Dog. Simon insistió en acompañarme a pesar de que su auto estaba estacionado en la dirección opuesta. Incluso me dirigió a un pequeño café para tomar café y quiche porque no le gustaba la idea de que me saltara las comidas.

Al aceptar mi café del barista, finalmente sentí que estaba de nuevo en equilibrio. Bajé la vista hacia mis curvas y respondí: —Podría saltarme algunas y estar bien.

Su respuesta: —No sin poner en peligro algunas de mis partes favoritas.

Caminamos el resto del camino en silencio, sus dedos se entrelazaron con los míos. Era como si fuéramos una pareja normal, viviendo una vida normal. Excepto que no lo estábamos. Y la llamada cerrada de esta mañana resaltó una vez más que probablemente nunca lo estaríamos.

Simon saludó a Yve cuando me metí en la tienda.

- —No sé qué le hiciste a ese hombre, pero cariño, está *enamorado*—, dijo Yve mientras le devolvía el saludo.
 - —Sí, bueno... no planeé exactamente esto.
 - —Pero está bien, ¿verdad?

Me instalé en el taburete detrás de la caja registradora y saqué mi quiche de la bolsa. También podría comer mientras aún hacía calor.

—Sí. Quiero decir, no sé qué demonios estoy haciendo, y no hay forma de que pueda funcionar, pero por ahora, es realmente bueno.

Yve apoyó una cadera contra un estante de exhibición y me observó comer. —Sé que no hemos hablado de lo que ninguna de nosotras está huyendo, pero no creo que sea lo que sea te impida tratar de hacer algo real con él.

Mi tenedor se detuvo en el aire ante sus palabras y tembló. El bocado de quiche aterrizó en la encimera. Una cosa con la que siempre había podido contar con Yve era que no había preguntas. Siempre pensé que ella no preguntaba porque no quería ninguno a cambio. Pero ella acababa de romper ese pacto tácito. Pensé por un momento antes de responder.

- —No es tan simple.
- —Charlie, soy la reina de 'no es tan simple', pero incluso sé que no puedes dejar que tu pasado dicte tu futuro. Eso no es vida.

No entendía la magnitud de la diferencia entre nuestras situaciones, porque no podía decirle. Sin humor, dije: —Si solo estuviera huyendo de una mala relación, estaría de acuerdo contigo. Pero este es un nivel completamente diferente de jodido.

Yve entrecerró los ojos. —Dejar que un hombre te golpee durante dos años porque crees que te lo mereces es un nivel bastante alto de jodido, creo.

Perdí el agarre del tenedor de plástico y golpeó el mostrador. Era lo que había sospechado, pero mi estómago aún se retorcía al escucharla decirlo en voz alta. —Yve, eso es... yo... no sé qué decir.

—No necesitas decir nada. Pero no dejé que ese hombre me echara de mi propia ciudad. Complicado o simple, vale la pena defender y luchar por algunas cosas.

Miré la superficie reflejada del mostrador y consideré sus palabras. —¿Qué pasa si estoy haciendo malabares con demasiadas mentiras para salir de esto de una sola pieza?

—¿Te ama?

Pensé en eso por un momento. —Creo que sí.

—¿Lo amas?

Esta vez no dudé. —Sí.

—Entonces siempre hay esperanza.



Incluso después de un año, aún no había descubierto por qué Con mantuvo abierto el salón de tatuajes hasta las diez de la noche del domingo. Eran casi las nueve en punto, y estábamos muy lentos. Lo cual era peligroso. Delilah se había ido a casa después de su última cita del día, así que solo quedamos Con y yo.

—¿Quieres añadir a tu manga?—, Preguntó Con.

Por eso era peligroso para mí estar aquí cuando era lento. Empecé a sentir picazón.

No pude decir que no. Especialmente cuando ya sabía lo que quería después. *A la mierda*. —Estaba pensando en mi omóplato—. Describí mi idea.

Con sonrió. Por supuesto, supuse que la sonrisa se debía a que estas sesiones de tatuaje generalmente terminaban con él echando un polvo. Esa parte no estaba sucediendo. Estaba bastante segura de que él lo sabía, pero necesitaba estar segura de que ambos estábamos en la misma página. —No te voy a joder después.

Su sonrisa se desvaneció. —Lo sé, Lee. Todavía no me gusta él.

—¿Por qué no?

- —Larga historia. Supongo que necesito comenzar a superarlo si va a seguir viniendo.
 - —¿Eso es todo lo que me vas a dar?
- —Eso es todo. —Su sonrisa regresó. —¿Al menos te vas a quitar la camisa para que pueda llegar a todo tu hombro?

Puse mi camiseta sobre mi cabeza en respuesta mientras él reajustaba la silla y preparaba su estación.

—¿Sujetador también?—Extendió la mano y rompió la correa contra mi hombro.

Le di el mal de ojo. —Trabaja en eso—. Deslizó la correa hacia abajo, enguantada y se puso a trabajar. Tan pronto como escuché el zumbido familiar, me relajé en el asiento.

Capítulo 27 Simon

Número uno en la lista de cosas que no quería ver cuando entré en Voodoo para recoger a Charlie del trabajo: ella, sin camisa, con el chico al que solía follar.

Nunca antes he sido celoso, pero algo sobre Charlie alimentó mis instintos más básicos. Si Con no hubiera estado sosteniendo una pistola de tatuajes, podría haberlo engañado. Comencé a boxear en la Academia Naval, y todavía me aseguré de golpear una bolsa o hacer ejercicio en al menos cinco días a la semana. Con podría tener un par de centímetros sobre mí, pero podría llevarlo. Estaba bastante seguro de que se había ido al ejército, por lo que podríamos derramar algo de sangre antes de que lo terminara. Luché por enterrar mis emociones cuando él quitó la pistola de tatuajes de su piel y sonrió mientras cruzaba la habitación.

Mantuve mi tono ligero. —Charlie, cariño, ¿por qué no llevas una camisa?—La respuesta era obvia, y probablemente estaba siendo un idiota al preguntar, pero no pude contenerla.

Charlie se giró para sonreírme y luego miró por encima del hombro la explosión de color que no había estado allí cuando la dejé en el Dirty Dog esta mañana. Parecía tan relajada como la había visto fuera de la cama.

—¿Te gusta?—Entré en la pequeña habitación y revisé su nuevo tatuaje: fuegos artificiales vívidos explotando a través de la piel cremosa de su omóplato. Azul, rojo, verde y amarillos dorados, ingeniosamente sombreados e increíblemente detallados. Esta vez yo

era el que sonreía. Se había marcado permanentemente con un recuerdo que habíamos hecho juntos. Me incliné, ignorando a Con, y la besé por todo lo que valía. Escuché su taburete rodar pero no estaba seguro si había salido de la habitación. De todos modos, no estaba deteniendo el beso hasta que estaba muy bien y listo.

Cuando finalmente me aparté, besé la parte superior de su otro hombro. —Me encanta—. Aunque no estaba completamente seguro de lo que significaba para Charlie (nunca podría adivinar lo que estaba pasando en su cabeza), lo tomaría como una señal de que se estaba comprometiendo con esto. Para nosotros. —¿Puedes descansar la noche del cuatro de julio? Es un sábado.

Miró hacía Con, donde él estaba apoyado contra la puerta. —Has tenido muchas noches de sábado libres últimamente—, respondió.

Estaba listo para discutir, pero él continuó: —Pero siempre te digo que de todos modos trabajas demasiado. Así que adelante. —Con se volvió hacia mí con una mirada burlona. —¿Cuál es la ocasión? ¿O no quiero saberlo?

Diablos, esperaba alentar a Charlie a la idea gradualmente, porque no quería que ella dijera que no. La necesitaba a mi lado. —Solo algunas festividades.

Charlie se puso rígida. —¿Fiestas públicas?—, Preguntó ella.

- —Hablemos de eso más tarde, ¿sí?—, Dije, esperando poder tener esta conversación sin una audiencia. Afortunadamente, ella asintió.
 - —¿Te importaría esperar unos minutos más mientras Con termina?

Me incliné y besé su hombro nuevamente. —Tanto como sea necesario—. Le lancé una mirada aguda. Se mordió el labio ante mi doble significado. Nunca pretendí ser sutil.

Me hice a un lado para que Con regresara y se acomodara en su taburete. Él continuó donde lo dejó, y Charlie volvió a su estado de relajación tan pronto como el zumbido de la pistola de tatuajes llenó la habitación.

Su buen humor duró unos tres pasos fuera del Voodoo. —Hábleme del cuatro de julio.

—Es un día festivo que celebra la independencia estadounidense.

Ella me lanzó una mirada de soslayo y esperó una respuesta seria mientras caminábamos en dirección a mi auto. Estacionar en Nueva Orleans nunca había sido irritante para mí hasta que conocí a Charlie. Ella vivía y trabajaba en algunos de los lugares menos estacionables. Abrí la puerta y ella entró. Rodeé el capó y salté en el asiento del conductor.

El silencio en el auto me obligó a explicar. —Es un evento llamado Fighting for Freedom que se celebra en el Steamboat Orleans. Lo organizan dos organizaciones sin fines de lucro enfocadas en servir a veteranos con los que me estoy asociando para despegar la mía. Hay una cena y una subasta silenciosa antes de los fuegos artificiales. — Me aparté de la acera.

—¿Tu propio?

Miré, dándome cuenta de que aún no lo había compartido con ella. Se estaba convirtiendo rápidamente en la persona más importante de mi vida, pero cada vez que la veía, mis pensamientos se llenaban de nada más que Charlie. Así que no es de extrañar que no lo hayamos discutido.

Le expliqué más mientras conducía. —Estoy comenzando una organización sin fines de lucro para ofrecer asesoramiento sobre el TEPT y terapias alternativas a los veterinarios que prefieren no buscar tratamiento en el VA por cualquier motivo. Mi abogado ya formó la corporación, y estamos trabajando en la solicitud de exención de impuestos. Todavía hay mucho trabajo por hacer, pero todo está empezando a unirse. Es por eso que esta cosa del 4 de julio es tan

importante, porque habrá mucha gente allí que apoyará las causas de los veteranos que necesitaré de mi lado para que el Proyecto Kingman sea un éxito.

—Guau. Eso es... increíble. Si necesitas ayuda con los estados financieros pro forma, soy tu chica.

Mi mirada se dirigió a la suya por un segundo antes de volver a concentrarse en el camino. ¿Qué demonios? ¿Estados financieros pro forma?

- —¿Por qué...?—Empecé a pedirle que explicara, pero ella interrumpió mi pregunta.
- —Espera, Kingman, ¿fue él el piloto que...?—Su cambio de tema descarriló mis pensamientos cuando mi estómago cayó, de la misma manera que cada vez que revivía la explosión en mi cabeza. *Debería haber sido yo*.
- —Sí. Él es el único. El... que me salvó. Su viuda también estará allí. Ahora se ha vuelto a casar, con un amigo mío. Me gustaría que la conocieras.

Doblé hacia su calle y enganché un lugar cerca de la casa de Harriet. Puse el SUV en el parque y me giré para mirar a Charlie. Estaba frunciendo el ceño y mordiéndose el esmalte de uñas negro en su pulgar. Su lenguaje corporal estaba todo mal.

No levantó la vista cuando dijo: —No estoy segura de poder hacer eso.

Una sensación de frío se apoderó de mi pecho. —¿Qué quieres decir con que no estás segura de poder hacer eso?

—El evento. Conocer a su viuda. Habrá prensa, ¿verdad? ¿Cámaras?

- —Sí, pero no es gran cosa. Algunas fotos y ya está. Es por una buena causa, y es bastante indoloro.
- —No soy una chica fotografiada, Simon. Te lo dije antes, y no estaba bromeando. —Finalmente me miró, y el terco conjunto de su mandíbula me molestó. Intenté una vez más explicar cuánto significaba este evento para mí.
- —Te necesito conmigo para esto, Charlie. Es importante para mí. Te quiero allí, a mi lado.
- —Debería irme. —Alcanzó la manija de la puerta, y el agarre que tenía sobre mi temperamento se rompió.
- —No saldrás de este auto hasta que me digas de qué demonios te estás escondiendo y que no puedas arriesgarte a una maldita foto en el maldito periódico. ¿Y estados financieros pro forma? ¿Qué demonios, Charlie? Tienes que darme algo aquí.

Ella se calmó antes de girar lentamente para mirarme. Su resplandor era hielo, y sus paredes estaban más altas de lo que había visto. —No me hables así, y no me digas qué hacer. No va a funcionar cómo piensas.

Golpeé mis palmas contra el volante, incapaz de evitar que esta conversación se fuera de control. —Maldita sea. Yo solo quiero entender. Podría ayudarte si me lo permitieras. Pero no me darás nada. Me está volviendo loco. He dejado bastante claro que estoy enamorado de ti, y creo que me amas. —Hice un gesto entre nosotros. —Esto no va a funcionar a menos que me dejes entrar. Si no puedes hacer eso, ¿qué sentido tiene intentarlo?

Quería recuperar mis palabras tan pronto como escaparan de mis labios, pero no pude. Tenían que ser dichas. El hielo en su mirada se derritió en brillantes lágrimas. Ella parpadeó hacia atrás, sin dejar que se derramara. Sabía lo que iba a decir antes de hablar. *No, pensé. No*

lo digas, Charlie. Ella abrió la boca y me reforcé para el golpe que sabía que vendría.

—Supongo... realmente no tiene sentido. Los dos sabemos que no soy buena para ti de todos modos. —Abrió la puerta como si no hubiera arrancado mi corazón de mi pecho. —Adiós, Simon.

Tragué saliva, decidido a mantener la calma. —Dijiste que no me romperías el corazón—. Las palabras sonaban como si hubieran sido arrastradas por un camino de ripio antes de que las aplastara.

Ella se volvió para mirarme, las lágrimas corrían por su rostro. — No, no lo hice. Dije que no lo haría sin romper el mío. —Ella se limpió las lágrimas con el lado de su mano. Su voz tembló cuando dijo: — No mentí sobre eso—. Cerró la puerta y cruzó la calle sin mirar atrás. Observé, incapaz de comprender lo que acababa de pasar, mientras ella buscaba la cerradura y finalmente se deslizaba dentro de la puerta. Ella se fue.

Capítulo 28 Charlie

Enterré mi cara en el pelaje de Huck y dejé que mis lágrimas empaparan su áspero abrigo mientras escuchaba el zumbido continuo proveniente del intercomunicador. Podría haber escrito la escena antes de que sucediera. Era inevitable. Debería haber estado mejor preparada para ello. Pero no había tenido en cuenta cuánto dolería alejarse de él.

Cuando el zumbido finalmente se detuvo, supe que Simon se había ido.

Solté un sollozo y los grandes ojos marrones de Huck se posaron sobre mí. Solo podía imaginar lo lamentable que me veía.

Las emociones crudas eran demasiado para manejar. No quise pensar. No quería sentir. Necesitaba estar insensible, o tal vez no podría evitar perseguirlo.

Estaba a solo unas cuadras de la calle Bourbon. Entonces iría con la solución obvia: emborracharme y perderme en la multitud. Perderme, punto. Yo era buena en eso. Sabía que debía llamar a Yve o Dalilah, pero luego tendría que repetir todo lo que había sucedido esta noche. Y no estaba lista para eso. Entonces iría sola. Porque al final del día, era la única persona en la que podía confiar de todos modos.

Entonces, dejen pasar los buenos tiempos.



Golpeé un shot tras otro, sacudí el culo en la pista de baile, empujando a todos los tipos que intentaban acercarse. Justo como había empujado a Simon lejos.

Mis acciones fueron una metáfora tristemente precisa para mi vida.

Las luces eran hipnóticas, y mi zumbido estaba rodando directamente martillado. Me tropecé con el bar y abofeteé veinte. — Dos shots más. Tequila. —El camarero ni siquiera parpadeó antes de tomar mi dinero y verter el licor.

—¿Lima?

—No es necesario—. Tiré uno hacia atrás y golpeé el vaso contra la barra de madera antes de pasarme la mano por la boca. Miré mi piel cubierta de tinta y sonreí sardónicamente. Las historias de la chica buena que se enamora del chico malo pueden haber sucedido felizmente, pero nunca escuchaste realmente lo que sucedió cuando el chico bueno se enamoró de la chica mala.

Al parecer esto.

Levanté el otro shot en un brindis silencioso a Simon y lo incliné hacia atrás. Se merecía algo mejor que yo. Si las cosas hubieran continuado entre nosotros, eventualmente lo habría arrastrado a la sospecha y al desprecio que rodeaban a la chica que pretendía no ser. Miré al cantinero y saqué otros veinte.

—Dos más, por favor.

Entonces ya habría terminado. Caminaba mi trasero a casa y me desmayaba. Llamaría colgado mañana, y Yve estaría llamando a mi puerta y arrastrándome fuera de la cama. *Amo a esa chica*. La idea me indicó el hecho de que había pasado oficialmente zumbado. Tomé los dos últimos shots y salí a trompicones del bar a la masa de la humanidad en Bourbon. Vislumbré las tetas y el culo mientras avanzaba por la calle. Vi a Jimmy en la esquina. Sorprendentemente, un hot dog sonaba delicioso. No había ido a ver a Jimmy desde poco después del accidente de Huck, cuando le prometí a Simon que no volvería a caminar sola a casa.

- —¡Jimmy!—Grité mientras empujaba entre la multitud.
- —Sra. Charlie, no te he visto en semanas. —Jimmy chasqueó las pinzas en mi dirección. —¿Dónde has estado? ¿Dónde está mi chico Huck Finn? ¿Y qué puedo hacer para ti esta noche tan bien?

Intenté resolver sus preguntas en mi cerebro empapado de tequila. —Umm... Huck está en casa. Lo atropelló un auto... así que no he estado caminando a casa por un tiempo. Este tipo... no creía que fuera seguro para mí... sola. —Hice una mueca ante mi explicación desarticulada.

Jimmy entrecerró su mirada hacia mí. —Terminaste atada uno—. No era una pregunta. Miró a su alrededor. —¿Estás sola esta noche?

Asentí. —Es genial. Sabes que no estoy lejos de casa. —Me esforcé por evitar arrastrar mis palabras. Era como una adolescente borracha que intentaba engañar a sus padres.

- —Todavía no me gusta—. Me entregó mi hot dog sin que tuviera que pedirlo. Le entregué el resto del dinero que tenía sobre mí. Intentó negarse, pero metí los billetes en el bolsillo de su delantal.
 - —Nos vemos mañana, Jimmy.
 - —Es una cita, señorita Charlie.

Di unos pasos más antes de dar un mordisco. Mastiqué y tragué. Y luego amordazado. Mala idea. El tequila y el hot dog no iban a

coexistir pacíficamente. Pero no quería desperdiciarlo. Así que seguí caminando, en una búsqueda de borracha para encontrar uno de esos cachorros sin hogar que deambulaban por la calle para sacar dinero para sus dueños. Si fue lo suficientemente bueno para Huck...

Finalmente vi a uno sentado en la esquina más allá de la barricada que bloqueaba los autos de Bourbon Street. El extremo de su correa estaba anudado a una tubería. Parecía que su dueño lo había atado y lo había dejado. Era atigrado como Huck, lo que me hizo sonreír. Me tambaleé hacia adelante y le ofrecí el hot dog.

—Aquí tienes, bebé. Come arriba. —Se lo tragó con dos mordiscos. Justo como Huck.

—¿Qué demonios, perra?

Me di la vuelta y pude ver a un hombre saliendo de las sombras. No era uno de los tipos sin hogar de aspecto hippie. Parecía... malo.

- —Ummm... lo siento. Solo me iré. —Miré al perro y comencé a volverme hacia la multitud a solo una docena de metros más o menos.
- —No lo creo—. Sus dedos mordieron mi brazo desnudo cuando me dio la vuelta y me arrastró por la calle oscura. Comencé a gritar, pero el dorso de su mano atrapó mi mejilla y mi cabeza se quebró de lado. El aire en mis pulmones se evaporó cuando el miedo helado se apresuró a tomar su lugar. Los recuerdos de mi última llamada cercana me asaltaron. No tenía a Huck esta vez. No hay forma de protegerme.

Estaba acariciando mis bolsillos, buscando dinero, mientras yo me quedaba allí sin decir nada. —Tienes que tener algo. Malditas perras siempre tienen algo—, murmuró, todavía agarrando mi brazo. Arrojó mi teléfono celular a la alcantarilla.

Mi neblina borracha fue arrancada cuando la realidad de mi situación se solidificó. Apreté mi rodilla contra su ingle y tiré contra su agarre mientras se doblaba. Pero su agarre era demasiado fuerte. Su perro gruñó, y yo me quedé sin miedo a los dientes que se veían tan inofensivos solo unos momentos antes. Gire mi brazo, tratando de salir de su agarre. Pero él fue más rápido y sentí una punzada de dolor en mi costado. Miré la rebanada en mi camiseta blanca mientras se ponía roja. Se congeló, como si se diera cuenta de lo que acababa de hacer, como si la acción hubiera sido un reflejo. En su estado de shock, dejó caer el cuchillo, y se estrelló contra la acera cerca del perro. Le di un rodillazo en las bolas otra vez. Esta vez tropezó y soltó mi brazo. Corrí hacia la multitud.

—Mejor corre, perra—, gritó detrás de mí.

Caminé tambaleante por la calle Bourbon, agarrando mi brazo a mi lado mientras sangre caliente y pegajosa se filtraba de la herida. Vi a un policía y comencé a caminar hacia él. Pero entonces el sentido común se entrometió. La policía significaba un hospital y preguntas. Me di la vuelta, tropezando con la acera y tropezando con una puerta al lado de un club de striptease. El portero me miró. Luego hizo una doble toma.

—Whoa, cariño. Estas sangrando. ¡Joder!—Buscó su teléfono. — Llamaré al 911.

—No lo hagas. —Empecé a sudar y me asaltaron los mareos. — ¿Podrías llamar a alguien más por mí?

Sostuvo el teléfono, listo para marcar. —¿Número?

Dije uno que sabía de memoria. El gorila sostuvo el teléfono y lo apreté contra mi oído.

Cogió el segundo anillo. —¿Hola?

—Te necesito.

Capítulo 29 Charlie

Desperté usando nada más que mi sostén y ropa interior en una cama que no era la mía. Me estiré e hice una mueca por el dolor en mi costado, los golpes en mi cabeza y el latido de mi mejilla. Gruñí.

Era un espectáculo de mierda total.

Recuerdos fragmentados de la noche anterior volvieron a inundarse mientras inspeccionaba la habitación muy familiar y el hombre en la cama a mi lado. Sus ojos azules se abrieron, como si acabara de estar acostado allí, esperando que despertara. Me miró por un largo momento antes de hablar.

—Anoche me cagué de miedo, Lee.

Intenté recordar exactamente qué demonios había pasado. Era sobre todo una borracha mezclado con un miedo desgarrador. —No recuerdo mucho después de la llamada telefónica.

"Eso es porque no lo hiciste con la llamada telefónica. Te desmayaste, entraste en shock. Bouncer tuvo que decirme dónde demonios estabas. Le pagué cuatrocientos dólares porque dejaste caer su teléfono y destrozaste la pantalla. Bueno, eso, y él era un tipo de pie y usó su camisa para detener el sangrado antes de que yo llegara allí.

Ojeé una mirada a mi lado. No había puntos de sutura, solo una costura roja enojada. Miré a Con.

—¿No hay hospital?

Sus ojos azules se pusieron serios. —¿Realmente querías que anunciara tu paradero al FBI, Charlotte?

Toda la sangre se escurrió de mi cara. No pude moverme. No pude respirar. El miedo se deslizó por mi columna vertebral.

- —¿Cómo...? ¿Cuánto tiempo...?
- —Jesús, dame un poco de crédito. ¿De verdad crees que contrataría a una mujer sin identificación, claramente huyendo de algo, y simplemente dejándolo así?
- —Yo... ¿supongo que no?" Si lo sabía, eso significaba que cualquier otra persona también podría hacerlo. *Mierda*. La ilusión de que tenía control sobre mi situación fue una muerte trágica.

Sacudió la cabeza. —Definitivamente no. Necesitaba saber qué tipo de problema podría seguirte. —Se apoyó sobre un codo. —No sé por qué estás tan sorprendida. Quiero decir, yo era más que un gruñido tonto en el ejército. Yo era fuerzas especiales. Todavía tengo amigos que trabajan con inteligencia. Todo lo que se necesitó fue enviarle una foto, pedirle algunos favores y apropiarse indebidamente de algunos recursos del gobierno.

—Pero...

Con me interrumpió para continuar su explicación. —Antes de comenzar con los tatuajes y encontrar tu actitud, prácticamente gritabas 'buena chica a la carrera'. Tenía que saber por qué. Y luego estaba el hecho de que estaba planeando follarte desde el momento en que entraste por mi puerta.

Le di una mirada sucia en respuesta a su declaración muy contundente y concisa, pero mi miedo comenzó a disiparse. Si Con tuviera que tirar de las cuerdas con inteligencia militar, quien presumiblemente había utilizado un sofisticado software de reconocimiento facial para identificarme, entonces era posible que no estuviera completamente jodida.

Estiré la sábana más fuerte contra mí, aun tratando de procesar todo. —¿Por qué nunca dijiste nada?

—Todos tenemos nuestros secretos. El tuyo es muchísimo más grande que la mayoría. Puedo respetar el hecho de que no estás buscando ser encontrada. Que querías dejar todo atrás. También estoy muy seguro de que no estabas en el plan que el querido y viejo padre hizo.

Mi corazón latía contra mis costillas ante su declaración. —¿Y cómo sabes eso?

- —No aceptarías un aumento después de que hubiéramos dormido juntos porque te haría sentir como una puta. Ese no es el tipo de personaje que esperaría de una niña que ayudó a su padre a robar \$125 mil millones.
- —Tal vez... —Empecé a hablar, pero las palabras se me quedaron en la garganta. Tuve que obligarlos a salir. —Tal vez no quería ese aumento porque ya tenía mucho dinero de... ya sabes.
- —Parece que estás a punto de vomitar solo por decir eso. A menos que me digas que lo hiciste, no hay forma de que lo crea.

Esperé a que preguntara. Para hacerme decirle de manera concluyente. Pero no lo hizo.

- —¿No me vas a preguntar?
- —Ya te lo dije. No necesito hacerlo.
- —No merezco amigos como tú. —Las lágrimas picaron mis ojos.

Se inclinó y besó mi frente. —Bebé, te mereces muchísimo mejor de lo que te crees. Y eso incluye buenos amigos.

—Gracias, —susurré. Me moví y el pellizco en mi costado me recordó mi lesión. Aparté la sábana nuevamente para estudiar mi primera herida de cuchillo. *Encantador*. Espero que sea mi única. — ¿Cómo... me arreglaste?

Miró hacia abajo. —Súper pegamento. Hace un buen trabajo en la mayoría de las circunstancias. Esta no es la primera herida de cuchillo con la que he tratado. Y no fue tan profundo. Sin embargo, me alegré de que estuvieras fuera cuando lo limpié. De todos modos, estarás bien. —Pasó un dedo por mi palpitante mejilla. —Sin embargo, voy a tener un poco de brillo. Me encantaría conocer al tipo que hizo esto. Nunca encontrarían su cuerpo.

Miré las palabras de Con. Una fría y decidida máscara se había asentado sobre sus rasgos. La mayor parte del tiempo olvidé que Con había servido en el ejército. Que sin duda había matado gente. Como yo, podría ser difícil ver más allá de su tinta.

—¿Alguna otra lesión que no vi anoche, Lee?—Tenía la mandíbula apretada, como si se estuviera preparando para lo que podría decir.

Empecé a sacudir la cabeza, pero me detuve cuando sentí que mi cerebro podría caerse. —Él no... me tocó. Bueno, aparte de clavarme un cuchillo. Gilipollas. —Miré mis brazos y los moretones en forma de dedo que los marcaban. Los tendí para que Con los viera. —Creo que puedes agregar más moretones y una resaca a la lista, pero eso es todo.

—Quería preguntarte sobre eso—. Con gentilmente inclinó mi barbilla hacia arriba, como si quisiera asegurarse de tener mi atención. —¿Qué demonios estabas haciendo siendo golpeada por ti misma y luego metiéndote en problemas? Eres más inteligente que eso. ¿Dónde demonios estaba Duchesne mientras esto bajaba?— Saqué mi barbilla de su agarre y miré la sábana.

—No sé—. Fue una respuesta honesta. No tenía idea de a dónde se había ido Simon después de que me había marchado y no había mirado hacia atrás. Todavía no podía creer que había hecho eso. No había sido mi mejor momento.

—¿Qué quieres decir? ¿Te dejó allí? Voy a patear su...

Puse una mano sobre el brazo de Con. —No. No es su culpa. Él no estaba allí. Supongo... bueno, supongo que rompí con él anoche. — Las últimas palabras salieron en un solo suspiro.

Con retrocedió. —Dejaste aquí toda la luz del sol y el arco iris, con tu nuevo tatuaje, y me estás diciendo que entre entonces y que te apuñalen, ¿supones que rompiste con el chico del que estas locamente enamorada?

Toqué el borde de la sábana. —Sí.

- —Jesús, Lee. Sólo tú. Noche llena de acción.
- —Sí—, dije de nuevo.

Con salió de la cama y se dirigió hacia la puerta. —Te conseguiré un poco de ibuprofeno para la resaca y todo lo que te aqueja. Puedes pasar el tiempo aquí que quieras y oficialmente tienes el día libre. Tengo que bajar y abrir la tienda en unos pocos. Tengo una cita a las dos.

Eché un vistazo a la habitación pero no vi el reloj de Con. —¿Qué hora es?

Él miró su reloj. —Una y media.

Me puse erguida y mi estómago se revolvió a tiempo con mi cabeza palpitante. —Mierda. Se supone que debo estar en el trabajo.

—Llamé a Yve. Está bien.

Moví mi cabeza más despacio cuando lo miré. —¿Qué le dijiste?

—Que te emborrachaste anoche, necesitabas un lugar para estrellarte, y que ibas a estar demasiado colgada para entrar. No me hizo muchas preguntas, pero estoy seguro ella tendrá mucho para ti más tarde.

Hice una mueca. —No estoy esperando esa conversación.

—También llamé a Harriet. Ella está vigilando a Huck.

Me froté la cara hinchada. Estaba acumulando deudas en toda la ciudad por lo de anoche.

Cuidadosamente balanceé mis piernas sobre el costado de la cama y busqué mis jeans. Los vi arrugados en el suelo en la esquina. Me puse de pie, tambaleándome un poco, y sosteniendo mi costado. Cuando la costura superpegada no se abrió y no vomité después de dos pasos, pensé que probablemente viviría toda la mañana. Agarré mis jeans y mi sangrienta y arruinada camiseta sin mangas debajo de ellos. La camisa que arrojé a la basura. Sacudí mis jeans ajustados negros y vi varias manchas oscuras y crujientes. *Mierda*. Pensé por un segundo en tirarlos a la basura también, pero eran mis jeans favoritos. No sabía cómo sacar sangre de la mezclilla, pero aparentemente estaba a punto de aprender. Me acerqué a la cómoda de Con para agarrar una camisa.

Me puse una camiseta gris gigante estampada con EJÉRCITO en el pecho, y me estremecí al tirar de mi herida. Mis acciones de anoche sin duda me calificaban como 'demasiado estúpida para vivir'. Todas mis acciones. Emborracharme sola y alejarme de Simon.

¿Por qué lo estaba renunciando antes de que tuviera que hacerlo? Pudo haber sido ingenua, pero aún tenía algunas esperanzas de poder descifrar el maldito código. Y siempre que pudiera hacer que Simon se uniera a mí para permanecer en las sombras cuando se trata de su vida pública... tal vez esto todavía podría funcionar. Por al menos un poco más de tiempo.

Anoche parecía que la única respuesta era alejarse antes de que me dejara caer más. ¿Pero a quién estaba bromeando? Ya estaba demasiado lejos. ¿Cuál era el punto de tratar de proteger mi corazón ahora?

Pero, ¿y si Simon me diera otro ultimátum? Sería un factor decisivo. Aparté los pensamientos a un lado. Tenía que intentarlo.

Ser apuñalada en un callejón oscuro le dio a una chica algo de perspectiva. Pensé en lo que Yve había dicho sobre algunas cosas por las que valía la pena luchar. Lo que sucedió después, no podía dejar que terminara así.

Con entró en la habitación, interrumpiendo mis reflexiones. Me tendió un vaso de agua y dejó caer tres ibuprofenos en mi mano. Los tragué obedientemente y bebí todo el vaso.

—¿Estás bien?

Asentí y lo seguí fuera de la habitación.

- —Entonces te acompañaré—. Hizo una pausa cuando llegamos al sofá, y me senté para tirar de mis Chucks. —Mierda, necesitas que te lleven a casa. No puedo dejarte caminar. No así.
 - —Es a plena luz del día. No es la gran cosa.
- —Y fuiste apuñalada anoche—. Se pasó una mano por el pelo peludo. —Te voy a llevar a casa.
- —No. —Mi tono era firme. —En serio, estaré bien. Tengo algunas cosas que resolver, y caminar me ayuda a pensar. Y no es que esté tan lejos.

Con me miró con el ceño fruncido y miró su reloj. —No.

Le devolví la mirada. —Estoy caminando. No me presiones. — Hice un gesto a mi lado. —¿Sabes lo que le hice al tipo que hizo esto?

Los ojos de Con se estrecharon mientras sacudía la cabeza.

—Le puse las bolas en el esófago. Dos veces.

Exhaló un largo suspiro y se pasó una mano por la cara. Pude ver solo un vistazo del cansancio que quedaba de su noche de insomnio. Una noche de insomnio de la que fui responsable.

Pude ver que había ganado cuando relajó la rigidez de sus hombros. —Bien. Pero llámame cuando llegues allí. O estaré golpeando tu maldita puerta.

—Es un trato.

Lo seguí hasta la tienda y esperé a que abriera la puerta. Al salir a la acera, tuve que sombrear mis ojos contra el resplandor del sol del mediodía. Miré a Con. *No merecía amigos como él*.

—Me salvaste el trasero—. Presioné mis manos contra su pecho y me apoyé de puntillas para besar su mandíbula. —Así que gracias. Por la noche anterior. Y todo lo anterior también.

Él ahuecó el lado izquierdo de mi cara, el pulgar rozando ligeramente mi tierno pómulo. —En cualquier momento, Lee. Para eso están los amigos. —Se inclinó y me dio un beso en la frente, la mejilla magullada, y finalmente un cepillo en la esquina de mi boca. —Cuídate, niña. No más llamadas cercanas. Eres muy importante. Llámame cuando llegues a casa. No lo olvides, ¿me oyes?

Asentí. Él agarró mi mano cuando comencé a alejarme, dándole un apretón juguetón.

- —Te veré mañana, Con.
- —Toda la razón. No te voy a dar otro día libre esta semana.

Aparté mi mano de su agarre y le sonreí antes de caminar en dirección a casa. Tenía un poco de esperanza y mucho que

descubrir. Fue bueno que tuviera el día libre, porque iba a tomar más de nueve cuadras para hacerlo.

Capítulo 30 Simon

Una pesadilla me despertó alrededor de las cuatro y media del lunes por la mañana. Parpadeé contra la oscuridad de mi habitación, tratando de sacar de mi cabeza la imagen del cuerpo de Kingman siendo incinerado en el aire. El sueño era casi peor que antes, porque había pasado tantas noches sin tenerlo. Había vuelto con toda su fuerza, en Tecnicolor. Mi error y las consecuencias letales.

En lugar de tratar de volver a dormir, me puse ropa de trabajo y bajé a la cocina para preparar café. Mis hombros, brazos y manos estaban adoloridos por golpear la mierda de mi pesado bolso anoche. Hoy, trataría de escapar de mi ira, ya que descubrí que no podía golpearlo con mis puños.

En pocas palabras: estaba enojado. Cabreado conmigo mismo. Y enojado con Charlie. No debería haberla empujado y decir lo que dije, pero ella no debería haberse ido. No tan fácilmente. No por algo así.

Sí, estaba frustrado porque no me dejaba entrar, pero podía ser paciente. Como le había dicho antes, estaba jugando el juego largo. En algún momento, decidí que ella era para mí. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera sido una decisión consciente. Simplemente *fue*. Ella era la indicada.

Cuando encontré mi paso por el pavimento agrietado y desigual, elaboré mi plan de juego. No me rendiría con ella. No me estaba rindiendo con nosotros. No sin una pelea.

Nueve horas después de mi incómoda llamada de atención, finalmente pude escapar del edificio del Ayuntamiento y perseguir a Charlie. Aparqué al otro lado de la calle del Dirty Dog y salí del auto. Yve estaba detrás del mostrador, anunciando una venta. Escaneé la tienda. Sin Charlie. Esperé a que el cliente se fuera antes de preguntar: —¿Dónde está ella?

Los ojos color whisky de Yve se estrecharon sobre mí. Ella ignoró mi pregunta. —Algo no tiene sentido aquí.

- —¿Qué quieres decir?
- —Con me llamó esta mañana para decirme que Charlie no vendría a trabajar hoy porque estaba desmayada en su casa. No pensé que se levantaría pronto. Y ahora estás aquí, luciendo como un hombre en una misión. Entonces, ¿qué diablos pasó anoche?
- —*Mierda*—. Visiones de ella alejándose de mí directamente a los brazos de Con pasaron por mi cerebro. No. Ella no lo haría. Probablemente la habían golpeado anoche. Eso es. Eso es todo. Y eso tenía que significar algo, ¿verdad? Me imaginé la bolsa pesada que había demolido. Todos teníamos nuestra propia forma de lidiar con la mierda. Traté de calmarme. —¿Dónde vive Con? ¿Sabes si todavía está allí?
- —No lo sé, pero él vive por encima del Voodoo. Con es propietario de todo el edificio. —Parecía estar sorprendido por su revelación, pero no le dije nada sobre Con. Solo quería encontrar a Charlie.
- —Gracias—. Me volví hacia la puerta, pero una pregunta persistente se abrió paso a la superficie. No era asunto mío, pero de repente parecía imperativo que lo supiera. Volví a mirar a Yve y le pregunté: —¿Están Con y tú todavía…?

Se tocó el collar y miró el mostrador. —Nah. Se aburre bastante rápido con casi todos. Charlie fue la excepción.

No era la respuesta que quería escuchar.

Conduje por Canal buscando un lugar frente a Voodoo, pero todos estaban llenos. Aparqué a dos cuadras y caminé hacia la tienda, maniobrando entre la multitud de personas. Marquesina a la vista, me detuve en la intersección y esperé a que se despejara el tráfico. Esquivando un taxi, crucé y me detuve en cuanto llegué a la acera. Un chico tropezó conmigo y maldijo, pero no podía escucharlo por la sangre que corría por mis oídos.

¿Por qué cojones?

La camiseta de hombre demasiado grande que llevaba Charlie colgaba de su delgado hombro. Su cabello era salvaje, y gritó solo por ser jodido.

No.

Mi cerebro se volvió al modo de racionalización. Esa mañana se había sentado en mi cocina, en mi camisa, con su loca cabellera, y no había pasado nada entre nosotros. No había razón para pensar...

Mis justificaciones se descifraron cuando ella presionó a Con y se inclinó para besar su mejilla. Él ahuecó su cara. No estaba lo suficientemente cerca como para ver sus expresiones, pero para mí y para todos los demás en la calle, parecía el adiós de un amante.

No lo fue. Ella no lo haría.

Se inclinó para besar su frente. Luego su mejilla. Y finalmente sus labios.

Él sostuvo su mano mientras ella sonreía y se giró para alejarse. No podía concentrarme en nada más que donde sus dedos estaban entrelazados con los de ella, sus brazos extendidos como si detestaran dejarse ir. Su mano no soltó la de ella hasta el último momento posible.

El aliento en mis pulmones se agitó como si hubiera dado un golpe fuerte al hígado. No quise creerlo. No quería creer que ella había corrido hacia él solo unas horas después de haberse alejado de mí. Pero, joder. Lo estaba viendo. Me quedé por unos momentos mirando la acera ahora vacía frente a Voodoo. Los peatones me rodearon. Finalmente, me enderecé y me recuperé. entumecimiento familiar se apoderó de mí. El mismo que me habían obligado a adoptar cada vez que perdíamos a uno de los hombres cuyos nombres estaban tatuados en mi espalda. No había tiempo para detenerse y llorar en medio de una misión. Y ahora, era mejor no sentir nada más que el ardor abrasador de la traición que sangraba en mis venas mientras intentaba comprender lo que acababa de ver.

Necesitaba alejarme. No la perseguiría y exigiría una explicación. Tenía miedo de lo que podría decir. Miedo de dar voz a mis acusaciones. Pero más que eso, tenía miedo de cómo respondería ella. Lo que ella admitiría. Porque si lo que vi fue en realidad lo que parecía, no había vuelta atrás para Charlie y para mí.



Recorrí el área de recepción y regresé directamente a mi oficina sin parar para hablar con nadie.

—Sr. Duchesne...

—No ahora. —Ignoré la mirada preocupada de mi asistente y pasé junto a la oficina de la esquina de mi padre, que estaba justo al lado de la mía. Por costumbre, escaneé el interior y me detuve. Mi padre estaba de pie junto a la ventana, apoyándose pesadamente en su bastón.

¿Qué demonios?

Debería estar en Maine, tener una cirugía mañana, no estar parado en su oficina.

Mierda. No tenía paciencia para tratar con él, pero él echó un vistazo antes de que pudiera retirarme de la puerta.

- —Ahí tienes. Annette dijo que regresarías hace media hora. Quería hablar contigo sobre...
 - —¿Por qué demonios no estás en Bar Harbor?

La boca de mi padre se comprimió, sin duda debido a la falta de deferencia en mi tono y mi pregunta abrupta.

—Critchley se rompió dos dedos jugando al squash durante el fin de semana. Tuve que cancelar mi cirugía. Uno de sus colegas me va a encajar en algún momento del próximo mes. Entonces tu madre y yo decidimos posponer el viaje hasta después del Cuarto. Pero quería hablar contigo sobre...

Annette lo interrumpió desde la puerta. —Sr. Duchesne, pido disculpas por entrometerse, pero el Sr. Jackson está en su línea. Dice que está devolviendo tu llamada telefónica, pero solo tiene un momento para hablar contigo.

No esperé a escuchar la respuesta de mi padre. Entré en mi oficina y cerré la puerta. Me enterraría en el trabajo hasta que pudiera volver a evaluar el infierno que había visto en la calle hoy sin querer golpear a alguien. Preferiblemente Constantine Leahy.

Capítulo 31 Charlie

Hice buen uso de mi tarde libre. Primero, me bañé la maldad de anoche. Lo cual era difícil, considerando que cada vez que levantaba los brazos, mi costado se estiraba y tiraba incómodo. Una vez que finalmente estuve limpia, pasé un tiempo con Huck mientras él deambulaba por el oasis del jardín. Estaba empezando a poner más peso en su pierna curativa, y necesitaba llamar al Dr. Richelieu para ver si eso era algo bueno. Como no gimió ni gritó, esperaba que significara que no se estaba esforzando más allá de sus límites.

Huck se sentó torpemente antes de tumbarse en la hierba. Me senté a su lado, y él levantó la cabeza para descansar sobre mis piernas extendidas. Ausentemente, acariciando su grueso abrigo, debatí qué hacer.

Quería contarle todo a Simon.

Pero no podía.

Aún no. No hasta que pudiera limpiar el desastre que había hecho mi padre.

Pero le daría más... yo. Dejaría caer mis paredes algunas historias y lo dejaría entrar al menos parte del camino y espero que sea suficiente por ahora.

Había dicho que me amaba. Eso significaba algo. Y estaba muy segura de que lo amaba. Pero me alejé y él me dejó. No sabía qué demonios significaba eso para nosotros. Me aparté de la hierba y me puse de pie. No iba a perder más tiempo pensando en eso. Iba a hacer algo al respecto.

Acomodé a Huck en su caja antes de subir las escaleras a mi pequeño armario. Aparté mis cosas casuales de todos los días y saqué un vestido largo. Si Simon supiera algo de mí, solo usar esto enviaría un mensaje. Estaba intentando. Me puse el vestido y me peiné en una trenza de cola de pez lateral. Me llevó una eternidad arreglarme el maquillaje y camuflar el moretón. Pensé en Yve y me pregunté cuántas contusiones había cubierto antes de defenderse y dejar al imbécil de su ex. Comprendí cómo se había sentido Con respecto al tipo que me había atacado. Si el ex de Yve volviera a buscarla, sería la primera en ayudar a enterrar el cuerpo.

Escuché el taxi sonar desde la calle. Agregué aros dorados, deslicé mis pies en sandalias de cuña de alpargata y me encogí de hombros para cubrir mis brazos magullados. Una última mirada en el espejo me dijo que, con la excepción de mi cita con Simon, me veía más arreglada que el año pasado.

Había buscado la dirección de Southern Cross en la antigua agenda telefónica guardada en mi cajón de basura y esperaba que la oficina no se hubiera movido desde que el libro llegó a las puertas hace una década. En momentos como este, ansiaba un teléfono inteligente. Me metí en la cabina y transmití mi destino al conductor.

Nos detuvimos en la caseta de guardia que reconocí el sábado por la noche. El tipo de seguridad nos hizo pasar sin dudarlo, y condujimos entre los contenedores de envío y nos detuvimos frente a un alto almacén de acero. Una sección de un piso sobresalía del estacionamiento, y un letrero que decía "Oficina" colgaba en la fachada de ladrillo. Mi ritmo cardíaco aumentó un poco cuando vi el X5 de Simon estacionado junto al edificio. Pagué al conductor y salí de la cabina con la esperanza de no estar caminando a casa.

Abrochándome el bolso, abrí la puerta de cristal que conducía a un área de recepción sofisticada. Dos sofás de cuero negro forrado en dos de las paredes de acero gris azulado. Una escultura de arte moderno estaba encerrada en vidrio sobre un pedestal en la esquina entre ellos. Era feo como el infierno, y en mi experiencia, eso significaba que probablemente era costoso. Una mujer se sentaba detrás de un elegante escritorio negro cubierto con granito oscuro. Eché un vistazo a la puerta cerrada justo detrás de ella, sabiendo que encontraría a Simon detrás de ella en alguna parte. Ella levantó la cabeza y me sonrió. Sus ojos se abrieron cuando vio los tatuajes que se asomaban por debajo de mi encogimiento de hombros.

—¿Puedo ayudarla, señora?—Su sonrisa era tensa y cautelosa.

Enderecé mi postura, imbuyéndome de la imperiosa *propiedad de este lugar* que mi madre siempre había exudado. —Por favor, dile a Simon Duchesne que Charlotte está aquí para verlo—. No tenía idea de por qué usaba mi nombre real. Supuse que encajaba mejor con la actitud.

Mi tono autoritario tuvo el efecto deseado. Ella respondió con un manso, —Sí, señora—, y levantó el teléfono.

—Sr. Duchesne, tienes un visitante. Dice que se llama Charlotte... *Pausa*.

—Sí señor. Se lo diré.

¿Decirme qué? Si se negaba a verme, iba a... No tenía idea de lo que haría. No había planeado para esa contingencia.

Colgó el teléfono y se levantó. *Mierda*. ¿Iba a llamar a seguridad y me echarían?

En cambio, hizo un gesto hacia uno de los sofás. —El Señor Duchesne preguntó si esperarías. Saldrá directamente.

No me senté. La energía nerviosa que vibraba en mí lo hacía imposible. Más bien, caminé hacia la escultura y leí la placa que adorna el pedestal. No reconocí el nombre del artista, pero eso no significaba nada. Nunca me había gustado la escultura moderna

—Charlotte.

La puerta debe haberse abierto con bisagras silenciosas, porque cuando me di la vuelta, Simon estaba parado rígidamente en la puerta. Mi nombre sonaba frío en sus labios. Su expresión estaba completamente cerrada.

- —Simon—. Di un paso hacia él.
- —¿Qué estás haciendo aquí?

Un jadeo silencioso vino de la dirección de la recepcionista. Aparentemente, ella nunca había escuchado a Simon usar ese tono cortante tampoco.

- —Quería verte.
- —Me has visto.

Oh joder, no. No me iba a dejar fuera. Si este era el sabor de mi propia medicina, era amargo como el infierno.

—Me gustaría unos minutos. En privado.

Se giró y cruzó la puerta abierta hacia el santuario interior. Tomé eso como mi señal y lo seguí. No conocía a este Simon. Era frío, retraído y un poco gilipollas. Sentí la esperanza que había estado esperando para sacarme de mí.

Se paró en la puerta de una oficina y me indicó que entrara. Entré y él cerró la gruesa puerta de madera. Las ventanas daban al Mississippi, y pude ver grúas cargando contenedores de envío en barcazas, como la que tuvimos el picnic la noche anterior. Quería volver al sábado y rehacer todo para poder evitar esta confrontación.

Simon se tumbó en su silla ejecutiva de cuero, pero no indicó que yo también debería sentarme. Me senté de todos modos. Dado su comportamiento, estaría esperando por siempre una invitación.

Él no habló. Sus ojos color avellana me perforaron, arrancando mi frente confiado. Sus labios se presionaron en una línea delgada y plana.

—Lo siento—. Mis disculpas fueron sinceras pero no sonaron remotamente humildes. Había venido aquí para disculparme y explicarle a mi Simon, pero el hombre que tenía delante no era él.

Levantó una ceja sardónicamente. —¿Para qué exactamente?

Se me acabó la paciencia. —¿Vas a ser un idiota sobre esto? Porque si es así, me iré. —Mis uñas se clavaron en los reposabrazos de cuero, y no me importó si dejaba marcas.

Simon se enderezó en su elegante silla de culo, ya no parecía un burro indolente. —¿Esa es tu disculpa?

—Tenía una mejor planeada, pero no me di cuenta de que te convertirías en un imbécil durante la noche.

Una esquina de su boca tiró hacia arriba, pero rechazó el comienzo de su sonrisa.

—Nunca he tenido a alguien que me diga 'lo siento' y haga que parezca que también me estaban diciendo que me joda.

Esta vez la comisura de mi boca tiró hacia arriba, pero también resistí el impulso. Era un enfrentamiento. Un juego de pollo verbal y emocional. Por un momento, no tenía idea de quién desviaría primero. Entonces decidí que debería ser yo.

—Siento lo de anoche. Hice algo... un poco estúpido. Hubiera estado aquí antes, pero... —Dudé, tratando de encontrar las palabras

correctas para explicar cómo me había ido sola, emborrachándome y apuñalándome.

Antes de que pudiera continuar, su expresión se transformó en algo duro y enojado. Sus siguientes palabras me sacaron el aire de los pulmones.

—¿Te follaste a Con anoche? ¿O esta mañana? Porque si eso es lo que me vas a decir, deberías irte de mi oficina.

Salí disparado de mi silla, demasiado enojada para hacer una mueca de dolor. Simon hizo lo mismo, su silla se volcó por la fuerza. Sus ojos ardían de acusación.

- —¿Lo hiciste?—Exigió él. No tenía idea de cómo sabía que había pasado la noche en casa de Con, pero eso no tenía sentido. La razón del trasplante de personalidad de Simon ahora estaba clara.
- —Parece que no necesitas una respuesta de mi parte. Ya has decidido por ti mismo exactamente lo que sucedió.
- —Maldita sea, Charlie. Responde a mi maldita pregunta. —Casi le dije que se jodiera esta vez, pero su voz vaciló en las últimas palabras, y estudié su postura. Tenía las manos tan apretadas que parecía que sus nudillos saldrían de sus cuencas. Se mantuvo completamente quieto, como si esperara romperse con mi respuesta.

Levanté la barbilla y me encontré con su mirada. —No. Pero puedes irte al infierno por preguntar. —Me giré y alcancé la manija de la puerta, intentando abrirla. La mano de Simon golpeó la madera al lado de mi cara. Sus nudillos estaban crudos y abiertos, y me preguntaba qué demonios había hecho anoche. La idea se desvaneció cuando su cuerpo me rodeó. Esta parecía ser una posición recurrente con nosotros.

Podía sentir su corazón latiendo contra mi espalda. El ruido *sordo*, *sordo*, *sordo*, igualó el mío. El sonido de sus fuertes respiraciones

resonó en el silencio de la habitación. —No te atrevas a alejarte de mí.

Memoricé el grano de madera de la puerta. —No me digas qué hacer. No funciona bien para nosotros.

Presionó todo su cuerpo contra mí y habló directamente en mi oído. —No puedo verte alejarte de nuevo. Anoche me destripó. Hoy, me romperá.

Mi frente golpeó contra la puerta y cerré los ojos con fuerza mientras las lágrimas amenazaban con derramarse. Una vez más, su honestidad me arrasó, derribando mis paredes. Me giré en el círculo de sus brazos, el lugar donde más quería estar, y lo miré. Tenía los ojos cerrados, como si esperara que el verdugo levantara su hacha y golpeara el golpe mortal. No sabía qué decir para borrar el dolor grabado en sus rasgos. Entonces fui con la verdad más simple.

—También me rompería.

Bajando su frente a la mía, sus ojos se abrieron. *Este* era mi Simon. —Jesús, Charlie. No sabes lo que me haces. Podrías destruirme. —Sus palabras se desvanecieron cuando ahuecó el lado derecho de mi cara y giró sus labios para tomar los míos. El beso fue hambriento, desesperado, y me abrí a él mientras su lengua profundizaba en su interior. Le devolví el beso con la misma pasión, pero todo el tiempo, sus palabras hicieron eco en mi cabeza. *Podrías destruirme*. Eso era cierto. Estaba casi agradecida por el golpe en la puerta que nos obligó a separarnos

Salí de la seguridad de los brazos de Simon para alcanzar un pañuelo de papel de la caja en su escritorio. Limpiándome las lágrimas, traté de salvar mi maquillaje. Dada la cantidad de corrector que mancha el tejido blanco, estaba haciendo un trabajo de mierda. Simon respiró hondo varias veces antes de abrir la puerta un poco.

—Simon, ¿qué demonios? Abre la maldita puerta. Acabo de hablar por teléfono con Arthur Jackson, y él acordó encabezar su campaña. Está reuniendo la documentación del comité, y esto oficialmente se levantará del suelo. —Simon dejó que la puerta se abriera de par en par, y una versión más vieja y canosa de él entró en la habitación, apoyándose en un bastón. Le dio una palmada en el hombro a Simon. —Me vas a hacer sentir orgulloso, hijo.

—Papá, ¿podríamos hablar de esto en otra ocasión?

El padre de Simon levantó la vista y luego rodeó la habitación. Su postura se puso rígida cuando me vio. Me moví ligeramente para que mi lado derecho dominara su vista.

—Bien ahora. ¿No nos vas a presentar, Simon? Supongo que esta es la... amiga que mencionó tu madre. La que no podía acompañarnos a cenar porque tenía que trabajar en... ¿qué era? ¿Un salón de tatuajes? —Me estudió como si fuera un monstruo del circo. —¿Cuál era tu nombre otra vez?

Las características de Simon se endurecieron al granito. —Esta es Charlie, papá. Ella es mi novia. —Simon se movió para pararse a mi lado. —Charlie, este es mi padre, Jefferson Duchesne.

Le tendí una mano y me pregunté si se dignaría a estrecharla. —Es un placer conocerlo, señor.

Me agarró la mano por un momento antes de soltarla. —Tenemos asuntos importantes que discutir. Si has terminado con tu... novia... tal vez podríamos conversar.

Simon me atrajo contra él, y me estremecí ante la punzada en mi costado. Mirándome, se puso rígido y dijo distraídamente a su padre:
—En realidad no lo estoy. Podemos hablar mañana.

La confusión oscureció la expresión de Simon. Extendiendo una mano, inclinó mi rostro hacia él para poder ver mi moretón más claramente. Mi pensamiento sobre hacer un trabajo de mierda salvando mi maquillaje fue confirmado.

- —Simon, esto es importante—, insistió su padre.
- —Papá. Ahora no. —El tono de Simon era implacable. Su padre se dio la vuelta y salió de la oficina enfadado, con la puerta cerrada a sus espaldas.

Simon explotó. —¿Qué diablos pasó? ¿Alguien te golpeó?—Su pulgar rozó mi pómulo.

- —Yo... tomé malas decisiones anoche.
- —¿Qué tipo de malas elecciones?—Comenzó a envolverme con los brazos, pero se detuvo cuando retrocedí. —En serio, Charlie, ¿qué demonios?

Tragué saliva. —Como que... ¿me apuñalaron?

Todo el color desapareció de la cara de Simon, y sus ojos me miraron maniáticamente. —¿Dónde? ¡Jesucristo! ¿Qué demonios?— Ahora estaba rugiendo, y me alegré de que la puerta estuviera cerrada.

—En el barrio, justo al lado de Bourbon. Estaba borracha y sola.

Parecía que quería sacudirme. Recogió la falda de mi vestido maxi y la levantó.

- —Hey, espera.
- —Cállate—. Hubiera tenido problemas con sus palabras si no se hubiera arrodillado frente a mí. Empujó la falda agrupada en mis manos. —Aguanta esto—. Su toque era ligero mientras examinaba la enojada rebanada roja.
 - —Estoy bien.

Él ignoró mis palabras. —¿Con hizo esto?

—¡Por supuesto que no!

- —No, quiero decir, ¿te pegó?
- —Oh. Sí. Me desmayé. No recuerdo nada después de llamarlo.
 A toda prisa le conté los otros detalles nebulosos de la noche.

El dolor en sus ojos por no ser el que pedí ayuda era obvio. —Al menos tuviste la sensación de llamar a alguien—. Presionó un beso en mi estómago al lado de la herida. —Entonces le debo a Con.

Después de un largo momento, se puso de pie. Dejé caer la tela agrupada, cubriendo una vez más la evidencia de mi idiotez.

—Te apuñalaron, pero aun así te pusiste un vestido para disculparte. Sonaba un poco asombrado.

La vergüenza enrojeció mis mejillas, me mordí el labio y miré al suelo. —Sí.

Volvió a alzar la barbilla y se inclinó para besarme. Solo el más mínimo roce de sus labios sobre los míos. Y luego besó mi moretón.

Cuando se apartó, su expresión era seria. —Para una primera pelea, eso fue un desastre.

—¿Así que estamos bien ahora?—, Pregunté.

Simon asintió con la cabeza. —Estamos bien.

- —Supongo que ser apuñalada significa que no hay sexo—, le pregunté, tratando de inyectar algo de humor en el momento intenso. Pero mi declaración dejó otra pregunta suelta. —¿Por qué crees que tuve sexo con Con?
- —Vi tu... adiós en la calle esta tarde—. Su mandíbula se apretó. Fue... bastante amable.
- —Eso es porque Con es un amigo. No voy a disculparme por mi historia con él. Simplemente... necesitas superarlo.

- —Digamos que todavía estoy trabajando en ello—. Simon pasó sus dedos por los míos. —¿Cómo te sientes acerca de la cena?
 - —Podría comer.
 - —Entonces salgamos de aquí.
 - —¿No necesitas hablar con tu papá?
 - —No. Lo que tenga que decir se mantendrá.

Respiré hondo y elegí mis palabras con cuidado. Iba a dejarlo entrar. Un poco. Comenzando ahora. —Tienes suerte, en la misma situación, mi papá se habría quedado muy callado y te habría dado este aspecto que te habría reducido las bolas a las pasas. Y después de que te hubieras escabullido de su oficina, él habría sonreído como si nada hubiera pasado y continuaría con la conversación que pretendía.

Simon se calmó. —Nunca has hablado de tus padres antes.

Mantuve mis ojos fijos en el suelo, aterrorizada de estar dando demasiado. —Ya no son parte de mi vida. No son... las personas más agradables. Especialmente mi papá. Y mi madre... bueno, a ella solo le importaba realmente mantener las apariencias. Nunca estuvimos cerca.

Levantó mi mano hacia sus labios y me dio un beso en el interior de la muñeca. —Gracias. Por decirme eso.

Finalmente me encontré con sus ojos y me encogí de hombros. — Estoy intentando.

—Lo sé. Y eso importa. Mucho.

Lo tiré hacia la puerta. Necesitaba cambiar de tema antes de sentir la tentación de contarle todo. —Aliméntame.

—Lo que la dama quiera.

Sonreí, pero me sentí forzada. Mi confesión me había inquietado. Y lo que es más, no podía dejar de pensar en lo que su padre había dicho sobre la campaña de Simon despegando. ¿Cómo diablos podría permanecer fuera del foco de atención y aferrarme a Simon al mismo tiempo? *No puedes*, susurró el realista en mi cabeza. La perra sin duda tenía razón. Pero todavía no me rendiría.

Capítulo 32 Charlie

Simon me estaba resistiendo, y estaba empezando a enojarme. Corrección: estaba cabreada.

No sexo.

Por dos semanas.

No era como si él y yo estuviéramos participando en todas las Olimpiadas sexuales antes de que decidiera tomar malas decisiones de vida, pero ahora no había nada. Simon insistió en que yo no hiciera nada demasiado gravoso, que aparentemente incluía todas las formas de actividad sexual, hasta que estuviera satisfecho de que estaba completamente recuperada. Supuse que debería estar feliz de que estábamos, después de nuestra primera pelea, firmemente en la fase de luna de miel. Excepto que las lunas de miel incluyen sexo. Bueno, las lunas de miel sin heridas de cuchillo sí.

Por supuesto, tenía cosas mucho más grandes de las que preocuparme, pero centrarme en la sequía sexual que estaba experimentando era más fácil. Más seguro. Y si me volviera una cobarde, podría vivir con eso. Por ahora.

Había trabajado incansablemente tratando de progresar con el cuaderno. Incluso había considerado pedirle ayuda a Con. Pero no pude hacerlo. No era que no confiara en él, pero la necesidad de secreto era aplastante. La gente mataría por la información que tenía. Estaba bastante segura de eso.

También consideré decirle a Simon la verdad más veces de las que podía contar. Pero solo la idea de admitir todas mis mentiras hizo que la bilis se elevara en mi garganta y se comiera las palabras como ácido de batería.

—Si sigues rogando, voy a hacerte esperar más.

Lo fulminé con la mirada. —Estoy bien.

Estábamos sentados en el sofá de su guarida, viendo una película. Una película. Al igual que los estudiantes de primer año de secundaria en una fecha de solo retención.

- —Estás bastante caliente cuando estás enojada.
- —Entonces vas a pensar que soy hermosa si no me jodes esta noche. ¿Por qué soy el chico en esta relación? ¿Por qué no puedes ser tan duro como yo?

La sonrisa de Simon se volvió siniestra. —¿Realmente me llamaste la chica de esta relación?

—Demonios, sí, lo hice. Me estás dando un complejo.

Él sacudió la cabeza lentamente. —Charlie, realmente eres otra cosa—. Metió la mano detrás del sofá y sacó una caja grande. —Si yo fuera la chica en esta relación, creo que me estarías dando esto y no al revés—. Lo dejó en mi regazo.

- —¿Qué es eso?
- —Un regalo.
- —¿Pero por qué?
- —Solo ábrelo, ¿de acuerdo?

Miré la caja azul con letras negras. Era de una fabulosa boutique especializada en 1950 y vestidos de rockabilly. Hace dieciocho meses

podría haber comprado toda la tienda; ahora, solo podía permitirme mirar.

Tan emocionada como quería estar sobre lo que probablemente había dentro de la caja, temía que terminara en otro punto muerto. O peor, otra pelea. —Simon...

—Solo abre la maldita caja, Charlie.

Levanté la tapa y se la entregué. Separé el papel de seda para revelar un hermoso vestido rojo y una máscara con plumas negras y rojas. Levanté el vestido. Era una de las que me había babeado en la ventana: escote corazón fruncido, tirantes gruesos y una falda larga. Era fabuloso.

Mi corazón se hundió cuando levanté mis ojos hacia la cara de Simon. Él no estaba sonriendo.

—No te voy a dar un ultimátum. Simplemente estoy extendiendo una invitación. Me encantaría tenerte a mi lado el Cuatro, pero si no puedes, lo superaré. Lo que no superaré es perderte de nuevo.

Cerré los ojos con fuerza contra el aguijón de las lágrimas. Levantó la caja de mi regazo, dobló el vestido y lo volvió a poner. Una vez más, las palabras de confesión burbujearon dentro de mí. Pero cuando Simon me acercó y me apretó contra él, el latido de su corazón y mi desesperada necesidad de saborear el momento los empujó hacia abajo.

Soy una cobarde. Una cobarde mentirosa que no lo merece.

Capítulo 33 Simon

Me paré en la cubierta del Steamboat Orleans y sorbí mi whisky. Derek se paró a mi lado, apoyado contra la barandilla. No nos habíamos visto mucho desde su boda en mayo. Entre su luna de miel y el estado de recién casado, y mi persecución de Charlie, habíamos perdido el contacto. Pero estaba aquí esta noche porque le había pedido que viniera. Todavía mantenía la esperanza de que la otra persona a la que había pedido que viniera apareciera. Debido a los fuegos artificiales, el Orleans permaneció atracado toda la noche. No habría excusa para perder el bote. No estoy seguro de si eso lo hizo mejor o peor.

—Tu papá está en buena forma esta noche—, dijo Derek. Estaba buscando a la multitud en busca de Mandy. Se había ido al baño de mujeres para reajustar su máscara. Aparentemente, estaba arruinando su peinado.

Incliné mi whisky hacia atrás, tragando un trago saludable. —¿No es esa la verdad?

Mi padre había arreglado que Arthur Jackson, su elección de gerente de campaña, asistiera. Me habían acorralado durante quince minutos interminables antes de que pudiera escapar al bar. Estaba aquí esta noche para apoyar dos grandes causas, y para ayudar a obtener apoyo para la mía. No estaba aquí para hablar sobre tácticas de campaña o recaudación de fondos o cualquier otra mierda que mi padre me lanzó en cada oportunidad. Ni siquiera era hora de comenzar oficialmente la campaña, y ya estaba harto de todo. La necesidad de

decirle a mi padre que lo olvidara era fuerte y cada vez más fuerte cada día. La política local era una cosa, pero la idea de volar a Washington DC y besar cada trasero en Capitol Hill para lograr cualquier cosa dejó un sabor agrio en mi boca.

No pude contener la lengua cuando pensé que algo era una mierda. Llamé a las cosas por su nombre. No sabía cómo lo había hecho mi padre. Tenía una mayor necesidad de intriga, maquinaciones y manipulación que yo no compartía. Me había entretenido la posibilidad porque estaba tan invertido en ello. Nunca había sido una decepción para mi padre, pero en esto, lo sería. Era hora de que enfrentara los hechos: no estaba hecho para ser político de carrera.

El instinto me dijo que era la decisión correcta. Y una vez que lo lograra, podría concentrarme en las cosas que realmente quería hacer: seguir ejecutando las operaciones diarias de Southern Cross, continuar mejorando mi ciudad natal en el Ayuntamiento de NOLA, seguir adelante con The Kingman Project y averiguar cómo sería un futuro con Charlie.

Tiré el resto de mi whisky. Tendría que decírselo esta noche antes de que avanzara más en el camino de hacer campaña en mi nombre.

—Bueno, santa mierda. ¿Le echarías un vistazo a eso?—, Dijo Derek.

Seguí su mirada hacia el muelle. Una mujer caminaba hacia el bote con un vestido rojo de sirena y una máscara de plumas negras y rojas. Olas de cabello negro, rojo y morado rebotaban con cada paso.

Dejé caer mi vaso vacío en la bandeja de un servidor que pasaba. — Creo que esa es mi cita.

Derek me dio una palmada en el hombro. —Mejor ir tras ella antes de que los tiburones comiencen a dar vueltas.

Varias cabezas se habían inclinado en dirección a Charlie mientras se dirigía hacia la nave. Mierda. Ella se veía increíble. Me abrí paso entre la multitud para encontrarme con ella en la barandilla cuando ella subió a la cubierta.

—Estás aquí.

Ella asintió. Sus ojos color aguamarina se destacaban aún más brillantemente contra las plumas de su máscara. Me incliné para besar su mejilla, no queriendo manchar sus labios carmesí.

- —Te ves hermosa.
- —Gracias. Y nunca te agradecí adecuadamente por el vestido. Así que gracias por eso también.

Charlie se había quedado dormida en mis brazos esa noche sin llegar al final de la película. La llevé a mi cama y la metí a mi lado. Ella se había ido cuando desperté, pero también faltaba la caja del vestido. Me había dado esperanza. Entre mi horario de trabajo y el de ella, no habíamos podido volver a vernos hasta esta noche. Habíamos hablado brevemente anoche, pero la conversación había sido incómoda y dura. Los dos bailamos sobre el tema de esta noche, y ninguno de nosotros tenía las bolas para sacarlo a relucir. *Pero ella estaba aquí*.

- —Eres muy bienvenida. ¿Puedo darte una bebida?
- —¿Barra libre?—, Preguntó ella.
- —Barra de efectivo: es una recaudación de fondos, cariño.
- —Entonces estás comprando.
- —Hecho.

Comimos, mezclamos y ofertamos por artículos de subasta silenciosa. Charlie encantó a todos los que conoció. Tenía un don para conversar y tranquilizar a las personas que nunca antes había

notado. Si todavía estuviera considerando una vida como político, no podría haber elegido una mejor conversadora. Era como si hubiera nacido para trabajar en una habitación. Pero no le dije nada acerca de su habilidad para hacer una pequeña charla; estaba feliz de que ella parecía estar disfrutando del evento y se había conectado instantáneamente con la viuda de Kingman. Aunque supongo que debería llamarla Carina. Su esposo era otro marine en servicio activo. Le di crédito por volver a correr el mismo riesgo. No todos serían tan valientes.

A propósito, nos alejé de mis padres, no porque no creyera que Charlie pudiera manejar a mi padre, sino porque no quería que me molestara y arruinara la noche. Yo diría lo que necesitaba decirle mañana. Sería lo suficientemente pronto.

Entonces vi una cabeza familiar de cabello rubio en la multitud. *Vanessa*. Ella había acompañado a su padre esta noche, y pude escuchar su risa retumbante desde el otro lado del barco. Era un toro de un hombre al que le gustaba mantener a todos y todo bajo su pulgar.

Charlie debe haber reconocido que Vanessa nos atacó, porque ella dijo: —¿Debería preocuparme que las garras salgan desde que robé a su hombre?

Fruncí el ceño. —Vanessa no es así. En absoluto. Así que enfunda tus garras, bebé. Ella es buena gente. Creo que te gustará.

Con la máscara oscureciendo su rostro, no podía ver exactamente la expresión escéptica de Charlie, pero sabía que estaba allí de todos modos.

Mi ceño se frunció mientras estudiaba a Vanessa. Estaba tambaleándose sobre sus talones y sus mejillas estaban sonrojadas. Ella estaba borracha. Lo cual estaba completamente fuera de lugar. Nunca la había visto borracha en público. Nunca.

Extendí un brazo para sostenerla. Charlie pareció darse cuenta de la naturaleza inusual de la situación y extendió una mano. —Soy Charlie. Encantada de conocerte finalmente. —Sus palabras no fueron sarcásticas; fueron sinceras y genuinas, y la amé por eso.

—He oído mucho sobre ti, Charlie. Estoy tan contenta de finalmente conocerte también. —Las palabras de Vanessa se arrastraron mientras estrechaba la mano de Charlie. —Te has encontrado un buen hombre... no dejes que se escape.

Ella tropezó, y el líquido transparente en su vaso cayó sobre la cubierta, solo faltaban los zapatos de Charlie. Otra cosa que nunca había visto hacer a Vanessa era beber licor fuerte. Algo estaba gravemente jodido.

- —¿Qué está pasando? Pareces un poco...
- —¿Borracha?—, Terminó por mí. —Entonces misión cumplida.

Charlie y yo trabajamos como una unidad para llevarla a una esquina. —¿Qué demonios está pasando, Vanessa?

Se bebió el resto de lo que olía a gin-tonic. Arrojó el vaso sobre la barandilla al río y se pasó el dorso de la mano por la boca. Sus acciones fueron todas incorrectas. —Nada de lo que debas preocuparte, Simon.

Abrí la boca para seguir preguntándole, pero Vanessa estaba mirando por encima de mi hombro a Royce Frost mientras cruzaba la cubierta, presumiblemente dirigiéndose hacia nosotros. Me dirigió una mirada relativamente sobria y dijo: —Creo que ya he tenido suficientes festividades por la noche. Es hora de que me vaya. Especialmente si no quieres que mi padre piense que sigues siendo material potencial para marido.

Charlie y yo intercambiamos una mirada confusa.

- —Vamos a buscar tu taxi entonces. A menos que quieras que te llevemos a casa. —le ofrecí.
- —No, un taxi está bien—. Se volvió hacia Charlie y habló en voz baja. —Trátalo bien; es uno de los buenos.

Charlie me miró y asintió. —Lo sé.

Ayudamos a Vanessa a atravesar la pasarela, cruzar la sección privada del muelle y luego atravesar las masas de personas que llenaban las calles. Después de que Vanessa se subió al asiento trasero, le pagué al conductor y le di instrucciones para llevarla a casa.

- —Nunca la he visto así. Definitivamente algo está mal—, le dije a Charlie, mientras nos alejábamos de la calle.
- —¿Tal vez deberías verla mañana? ¿Ver si puedes tener una mejor idea de lo que está sucediendo después de que haya tenido la oportunidad de estar sobria?—Sugirió Charlie.

Apreté su mano, feliz de que no solo envainara sus garras, sino que también estaba preocupada por Vanessa, una mujer que antes había considerado una amenaza.

—Eso suena como un plan.

Nos abrimos paso entre la multitud, pero un gordo bastardo de un hombre se metió entre nosotros, rompiendo mi agarre.

—¡Charlie!—Me di la vuelta, buscando su vestido rojo mientras la multitud de personas la alejaban de mí como una ola. Cuando finalmente la vi, ella se abría paso entre la multitud, y su máscara se había ido.

Me dirigí hacia ella, y cuando finalmente la alcancé, la balanceé en mis brazos.

—¿Estás bien?—pregunté.

—Jesús, es un alboroto por ahí. Uno pensaría que fue Mardi Gras¹¹—, dijo ella, respirando hondo. Ella le hizo un gesto a la cara. —Perdí mi máscara. El elástico se rompió, y no quería arriesgarme a buscarlo. No vale la pena ser pisoteado.

—Buena decisión.

La alcé más alto para que tuviera un mejor punto de vista para ver la locura, y volvimos al muelle privado. Cuando llegamos al espacio menos concurrido, puse a Charlie en el suelo y los dos nos detuvimos para enderezarnos. Un chico pelirrojo intentó seguirnos, pero un empleado de Orleans lo detuvo en la puerta. Hizo un gesto salvaje, pero el guardia de seguridad no lo dejó pasar. Esperaba que fuera invitado hubiera no un que perdido boleto. Cuando retrocedió desvaneció SU V se entre la multitud, supuse que era solo otro fiestero, queriendo salir de la locura por un minuto.

Observé a Charlie mientras negaba con la cabeza: olas negras, rojas y moradas le caían en la cara. Los apartó mientras el primer aluvión de fuegos artificiales rasgaba el cielo nocturno.

Mi mente se desvió hacia la última vez que habíamos visto fuegos artificiales. Agarré su mano y la subí por la pasarela y crucé el barco. La atención de todos estaba en el cielo, por lo que nadie se dio cuenta mientras guiaba a Charlie por dos escaleras y hacia una habitación oscura y vacía en la cubierta inferior. Dado el tamaño relativamente pequeño del evento de esta noche, solo se utilizaron las cubiertas superiores.

El resplandor de las ventanas del muelle atravesaba las sombras, creando focos de luz.

¹¹ **Mardi Gras** es el nombre del carnaval que se celebra en Nueva Orleans (Luisiana), Mobile (Alabama) y Mississippi (EE. UU.).

- —Simon, ¿qué demonios? Pensé que veríamos...
- —Oh, lo estamos. Pero quiero una repetición de la última vez.

Se giró para mirarme, su rostro medio en sombras, medio iluminado. —¡No podemos! Aquí no.

- —Después de todas tus quejas sobre no tener sexo, ¿realmente me vas a disparar?—Al aventurarme más en la habitación, elegí una sección oscura entre dos mesas con vista al río y los fuegos artificiales explotando en lo alto.
 - —Cuando lo pones así... —Charlie comenzó.

Ahuequé su rostro y besé sus atrevidos labios rojos, robando sus palabras. Ella sabía a champán y pecado. Sus manos se aferraron a los hombros de mi traje de lino, y quería que se arrugara muchísimo. Le pasé las manos por la espalda y debajo de la falda de su vestido. Deslizando mis palmas por la parte posterior de sus muslos, agarré su trasero y la tiré con fuerza contra mí.

- —¿Sientes eso? ¿Alguna vez pensaste que no te quiero? Estás loca, bebé. —Ella flexionó sus caderas hacia mí. Lo tomé como su asentimiento y tiré de los costados de sus bragas de encaje hasta que cayeron al suelo y ella salió de ellas. Se inclinó para agarrarlos y los metió en mi bolsillo. Sus siguientes palabras me dijeron que estaba totalmente de acuerdo con mi plan.
- —Espero no poder recordar mi nombre, y mucho menos mis bragas, después de que hayas terminado conmigo.
- —Jesús, Charlie—. Mi erección pulsó contra mis pantalones mientras me arrastraba hacia abajo para otro beso profundo y drogadicto. Aparté sus manos de mi cara y la giré hacia una mesa. Esta vez, yo estoy a cargo, cariño. Después de todo, desafiaste mi virilidad.

Ella se estremeció ante mis palabras, y la presioné contra la mesa con una mano en su espalda. Ella gimió ante el contacto. Inclinándome sobre ella, le susurré al oído. —Tienes que contener esos pequeños gemidos calientes, bebé. ¿Crees que puedes hacer eso?

Ella solo asintió en respuesta. —Buena chica.

Levanté la falda de su vestido y la vista de su hermoso trasero me hizo luchar para contener un gemido. Quería pasar el resto de mi vida memorizándola en cada curva. Apretó el mantel blanco mientras yo separaba sus pies. Otro susurro en su oído. —Así es, cariño. Agárrate fuerte. Esto va a ser duro y rápido.

Ella arqueó la espalda, empujando su trasero contra mí. Instándome a seguir. Solo podía imaginar lo que estaría diciendo si no nos preocupara que nos descubrieran. Sería algo sucio, y me encantaría.

Me liberé de mis pantalones y la acuné entre sus piernas para encontrarla caliente, resbaladiza y lista. Presionó su cara contra el mantel mientras yo deslizaba dos dedos dentro de ella. Un gemido bajo escapó de sus labios. Mi gemido de respuesta fue estrangulado en mi garganta. —Shhh, bebé. Voy a cuidar de ti, no te preocupes.

Encajé la cabeza de mi polla contra su entrada y volví a casa. Porque eso era exactamente lo que Charlie se había convertido para mí. Casa.

Capítulo 34 Charlie

Simon no dejaba que su cavernícola interno jugara a menudo, pero cuando lo hacía, *ten cuidado*.

Me encantó el calor de su palma contra mi espalda, presionándome contra la mesa, la forma en que manejaba mi cuerpo con tanta confianza, como si no tuviera dudas de que me iba a dar exactamente lo que quería. Lo que necesitaba.

Y no tenía dudas de que lo haría. Simon era todo lo que necesitaba.

Me mordí el interior de la boca para no gemir su nombre cuando finalmente me empujó. Mis dedos se curvaron sobre el mantel e intenté aferrarme a mi cordura y guardar silencio. Empuje tras empuje, duro, suave, lento, rápido, poco profundo, profundo. No podía seguir su ritmo, no podía seguir un patrón, simplemente me deleitaba con las sensaciones que me sobrecogían. Giré mi cabeza hacia la ventana donde los fuegos artificiales estallaron en el aire y los rastros de rojo, azul, verde y blanco brillaron y descendieron al río oscuro.

Mis ojos se cerraron mientras mi cuerpo se tensaba. Simon me rodeó, deslizando una mano entre mis piernas. Al presionar su pulgar contra mi clítoris, el orgasmo me atravesó y no pude ver más que estallidos de color en mi mente cuando detoné.



Simon, siendo el caballero sureño, sacó un pañuelo de su bolsillo para limpiarnos y me ayudó a ponerme la ropa interior. Puede que no haya olvidado mi nombre, lo había intentado durante meses sin éxito, pero había tenido una epifanía. Necesitaba saberlo todo. Se lo debía a él. Y luego podría elegir si me quería o no en su vida. Sabía lo que quería. Solo necesitaba llevarlo a casa y exponerlo todo.

La fiesta estaba terminando después de que la exhibición de fuegos artificiales había concluido. Cruzamos la cubierta, listos para partir, cuando la madre de Simon nos llamó. Le preocupaba que su padre saliera solo del barco. Simon estabilizó a su padre, y nos dirigimos al muelle privado donde docenas de cámaras parpadeaban justo detrás de la barandilla. Alcé la mano para tocar mi rostro y me congelé. Sin mascara. Pero no habría importado de todos modos. La descarga de preguntas me golpeó como una bofetada.

- —Charlotte... ¿cuánto tiempo ha estado en Nueva Orleans?
- —Charlotte... ¿dónde está el dinero?
- —Sra. Agoston, ¿por qué no cooperas con el FBI?

Era como si estuviera tropezando por los escalones del juzgado nuevamente, decidida a superar el estigma de mi nombre. Se me hizo un nudo en el estómago e incluso en la cálida y húmeda noche de Luisiana, un peso frío se apoderó de mí.

Un joven pelirrojo, aparentemente con bolas de acero, saltó la barandilla y se dirigió hacia nosotros. —Sabía que eras tú. ¡Te vi primero! Merezco lo exclusivo.

¿Por destruir mi vida cuidadosamente construida? No merecía nada más que un estilete en la ingle. En lugar de continuar con mi pensamiento, me concentré en lo obvio. Pero no pude formular la pregunta correcta.

—Fuera en la multitud antes. Te vi. Ni siquiera pensé que eras realmente tú al principio, así que te seguí de regreso al bote. Pasé semanas viéndote a ti y a tu madre entrar y salir de la sala del tribunal. Y luego horas estudiándote en el estrado. Estaba haciendo una pasantía en The Post. Mi jefe estaba cubriendo el juicio de tu padre. Fue lo suficientemente genial como para dejarme acompañarlo todo. —Hizo una pausa. —Fueron tus ojos primero. Y luego tu cara. Simplemente no te olvides de esos ojos de Agoston.

—Pero...

Continuó, —No debería haber dicho nada, pero le dije a mi editor que tenía la historia del año, si me dejaba correr con eso. No sé cómo escuchó el resto de estos buitres. Grapevine, supongo.

—Vete a la mierda antes de arrojarte de este muelle, muchacho—. La voz de Simon era áspera, prometiendo violencia. Tuvo el efecto deseado. El pelirrojo retrocedió y saltó la cerca antes de que un empleado de Orleans pudiera agarrarlo.

Destacada por un interno entusiasta. Era casi tan ridículo como que Al Capone cayera por evasión de impuestos.

Simon dejó caer mi mano y me miró, evaluando cada característica con nueva intensidad. Todos y todo lo demás, las voces, los destellos, se desvanecieron. No había nada más que Simon. Tampoco había nada que pudiera decir para arreglar esto.

Era un extraño otra vez. El que me había encontrado en la puerta de su oficina. Su expresión era pedregosa, y sus ojos color avellana no revelaban nada mientras me desnudaban.

Me enderecé, tratando de prepararme para lo que sabía que vendría. Mi corazón ya se estaba rompiendo. Pero me había traído esto a mí misma. Podría haberle dicho hace semanas. Hace meses. Pero había elegido no hacerlo.

Los músculos de su mandíbula se apretaron cuando alcanzó una sección de mi cabello. Sacudió la cabeza y retiró la mano sin tocarme.

- —Simon... yo...
- —¿Por qué?—La palabra tranquila me raspó. —¿Por qué no me lo dijiste? Si crees que me habría importado, que habría hecho una gran diferencia, no me conoces en absoluto.
 - —¿Podemos no hacer esto aquí?—, Le supliqué.

Él ignoró mi súplica y continuó.

—Te hubiera protegido, escondido del mundo, si eso es lo que quieres. Pero no confiaste en mí. Ni siquiera con algo tan simple como tú maldito nombre. —Hizo una pausa e inhaló con dificultad. —Pensé que venir aquí esta noche significaba algo. Significaba que esto finalmente era real. Pero nunca fue real, ¿verdad?—Sus labios se arquearon en una sonrisa burlona. —No puedo tener amor sin confianza, Charlotte.

Sus palabras, puntuadas con el uso de mi nombre real, eran una cuchilla entre mis costillas. La oleada de dolor a través de mi corazón robó cualquier respuesta que pudiera reunir. Y tenía razón. Le debía a Simon más que eso. Simon se volvió hacia su padre y yo hice lo que mejor hice.

Jefferson Duchesne se abrió paso entre Simon y yo, haciendo estallar la burbuja que se había formado a nuestro alrededor. Él

pronunció sus palabras en voz baja, pero aun así me golpearon como un gancho en la tripa. —No te pueden ver con ella. Necesitas poner tanta distancia entre tú y ella como sea posible. Arruinará todo.

Las palabras rebotaron en mi cerebro.

Arruinará todo. Arruinará todo. Arruinará todo.

Y tenía razón. Le debía a Simon más que eso. Simon se volvió hacía su padre y yo hice lo que mejor hago.

Corrí.

Capítulo 35 Simon

Abrí la puerta de Voodoo, buscando a la única persona que sabía que no encontraría. Pero no sabía dónde más mirar.

Todo sucedió muy rápido. La prensa, sus preguntas, el interno. La verdad de quién estaba follándome. Charlotte Agoston. Persona de interés según el FBI. Falta la ex princesa de la sociedad. Hija del odiado universalmente Alistair Agoston. Todas las preguntas que tuve durante meses respondieron en un solo momento. Lamentablemente no por Charlie.

Hace semanas, me quedé en blanco preguntándole si estaba en problemas, si estaba huyendo de alguien. Su respuesta fue algo similar a "no exactamente".

Parecía que nuestras definiciones de problemas eran muy diferentes. Pero incluso eso, no me importaba. Lo que me importaba era el hecho de que, mientras intentaba procesar lo que acababa de aprender y aplacar a mi padre, le di la espalda por un momento, y ella corrió. *Ella correría a la mierda*. De mi parte.

Tal vez mis palabras habían sido duras, pero Jesucristo, ella necesitaba dejar a un chico un poco flojo cuando acababa de quedar ciego por el hecho de que la mujer de la que estaba enamorado vivía con una identidad falsa. Pero antes de que pudiera comprender la situación y decirle, inequívocamente, que lidiaríamos con esto juntos, *ella había huido*.

Y ya sabía que ella era muy buena en eso. Si no quisiera ser encontrada, no lo sería.

Tan pronto como pasé a mis padres más allá del enjambre de reporteros y los metí en su auto, comencé a cazar.

Me importaba un comino cómo se llamaba. Charlie y yo no habíamos terminado, y no la dejaría huir de mí. De nosotros.

Había venido vacío a casa de Harriet. No hubo respuesta a los timbres que había presionado al menos cien veces. Recordaba vagamente a Charlie mencionando que Harriet iría a un festival de arte en el norte en algún lugar durante las vacaciones.

No sabía dónde vivía Yve, así que eso dejó a Voodoo y Con. Me tragué mi orgullo mientras cruzaba el piso a cuadros blanco y negro. Golpeé mis manos sobre el mostrador cubierto de graffiti, y ambas pistolas de tatuaje dejaron de zumbar. Con se levantó, y una profunda corteza resonó desde la parte de atrás.

Huck.

Mi corazón se alojó en mi garganta y me dirigí a la sala de descanso; Con bloqueó el pasillo.

- —Ella no está aquí.
- —No te creo. Su perro está aquí.
- —Lo está, pero ella no.
- —Entonces, ¿dónde diablos está ella?—Apenas me contuve de agarrarlo por el cuello y sacudirlo.
 - —Se fue.
- —¿Dónde? Solo jodidamente dime dónde—. Mis palabras sonaron como una súplica. Si tuviera que humillarme para obtener respuestas, lo haría.

—Por lo que escuché, no eras increíblemente comprensivo cuando todo se sacudió.

- —No estoy ciego y enamorado. Sabía exactamente quién era dentro de una semana de haberla visto.
 - —¿Te lo dijo?—La puñalada de la traición fue rápida.
 - —No. Y ella no sabía que yo lo sabía hasta que la apuñalaron.

Apreté los ojos y agarré la nuca. Las palabras sabían a ceniza, pero tenía que decirlas. —Por favor no me engañes, Con. Necesito encontrarla.

"Te dije hombre, ella se fue hace mucho tiempo. Además, estar con ella no es exactamente una estrategia de campaña ganadora.

—No hay campaña. No estoy corriendo—. Se sintió bien decir las palabras en voz alta. La sensación simplemente reforzó que había tomado la decisión correcta.

—¿Por ella?

—No, por mi culpa. Puede que me haya tomado un tiempo darme cuenta, pero esta es mi vida. Tengo una vuelta y voy a vivirla como quiero. Y para hacer eso, la necesito.

La conversación con mi padre no había sido agradable, pero había sido necesaria. Era poco probable que me hablara por un tiempo. Demonios, incluso podría despedirme. Pero todo eso, con el tiempo, podría salvarse. Lo que tenía con Charlie... necesitaba encontrarla antes de que se escapara de nuevo, y esta vez para siempre.

Con asintió con la cabeza. —Entonces podrías hacerlo, entonces. Vamos. —Avanzó por el pasillo y abrió la puerta de la sala de descanso. Lo seguí porque no sabía qué más hacer.

Huck se paró en su caja y ladró cuando entramos. Solo verlo hizo que me doliera el pecho. Le habría matado dejarlo atrás, y podría haberle ahorrado el dolor.

—¿Cómo lo consiguió aquí?

—Ayudé—. Con abrió un cajón del escritorio y sacó un sobre. — Ella dejó esto para ti—. Se lo arranqué de la mano. —Siéntete libre de pasar el rato mientras lo lees. Si aún tienes alguna pregunta después de... bueno, te diré lo que sé. —Se dirigió hacia la puerta.

Dejándome caer de rodillas junto a Huck, abrí el sobre. Dentro había una sola hoja de papel con mi nombre garabateado en la parte superior. Devoré sus palabras.

SIMON,

NO MEREZCERO TU PERDÓN, Y NO LO PEDIRÉ. ESTOY SEGURA DE VER AHORA QUE ESTAR CONMIGO HABRÍA DESTRUIDO CUALQUIER OPORTUNIDAD DEL FUTURO QUE HAYA PLANEADO. ESPERO NO DESTRUIRLO DE NINGÚN MODO. ESO INCLUSO SERÍA MÁS IMPERDONABLE.

LO CREAS O NO, TRATÉ DE DECIR LO
MENOS POSIBLE MENTIRAS. AUN ASÍ,
HABÍA DEMASIADAS POR CONTAR. PERO
MIS SENTIMIENTOS POR TI FUERON
PROBABLEMENTE LA COSA MÁS HONESTA
DE MI VIDA. NO PUEDO TENER DERECHO A
TU AMOR, Y PUEDE SER ROBADO, PERO ES
MÍO Y ES PRECIOSO Y NO PUEDES
TENERLO DE VUELTA. CONSIDERANDO
QUE ESTOY DEJANDO MI CORAZÓN

CONTIGO, LO LLAMO UN COMERCIO JUSTO.

TUYA, CHARLIE

Dejé caer la cabeza contra las barras de metal de la caja de Huck, agradecido de que ya estaba de rodillas. Las palabras fueron sin pedir disculpas a Charlie. Después de leerlo tres veces más, me puse de pie y me volví hacia la puerta. Con estaba parado allí, mirándome. Debería haberlo odiado al ver mi momento más bajo, pero no podía preocuparme. Cada pensamiento y emoción se centró en Charlie. *Encontrándola. Trayéndola de vuelta a mí*.

- —¿Dónde está ella?—, Le suplicaría si tuviera que hacerlo. Y si eso no funcionaba, se lo ganaría.
 - —Fue a arreglar las cosas.
 - —¿Qué demonios significa eso?
- —Es lo que dijo cuándo arrojó una mochila en mi Tahoe y me entregó esa carta. Yo asumí que significaba que iba a volver a Nueva York para entregarse al FBI.

Un sólido trozo de hielo que se forma en el estómago. —¿Y la dejaste ir?

—No tenía otra opción. ¿Alguna vez intentas evitar que esa mujer haga algo?

Tenía un punto. Miré mi reloj. Era más de la una de la madrugada. Podría tomar un vuelo mañana a primera hora. O tal vez podría alquilar un avión privado y llegar antes...

Con interrumpió mis pensamientos. —Adivino, pero estás pensando en lo rápido que puedes llegar a Nueva York.

Me encontré con su mirada. —¿No lo estarías?

—Claro, me gustaría. Pero, ¿qué vas a poder hacer realmente por ella? ¿Sostener su mano mientras se deslizan los puños? Sería mejor que le enviaras un abogado que ir tú mismo.

De nuevo, tenía razón. Pero podría hacer las dos cosas. No estaba dejando que ella enfrentara esto sola. No hay manera en el infierno.

Entonces Delilah asomó la cabeza por la esquina y sumó sus dos centavos. —Creo que es todo un caballero muy blanco tuyo querer ir a rescatarla, pero ¿alguna vez pensaste que tal vez esto es algo que ella necesita hacer ella misma? Quiero decir, no la viste cuando se fue. Charlie estaba *decidida*. Ella no es tonta, y no necesita que nadie sostenga su bolso mientras le dice al FBI que se vaya al infierno.

—No me importa si todo lo que hago es estar detrás de ella para que sepa que ya no está sola en esto. Me voy.

Con sonrió. —Sí, tal vez lo hagas, Duchesne.



Tiré mierda al azar en mi bolso de noche y miré mi reloj. Habían pasado cuatro horas desde la última vez que vi a Charlie, y aún faltaban cuatro horas para mi vuelo. Estaría en Nueva York a las nueve.

No me importaba cuánto tiempo tendría que enfriar mis talones en un banco frente a la oficina de campo del FBI; estaría allí cuando ella apareciera. Y luego hablaría con ella sobre algún jodido sentido. No iba a cincuenta yardas del FBI sin un tiburón de un abogado a su lado y yo a su espalda. Mi celular zumbó desde su percha en la mesita de noche. Me abalancé sobre él, esperando que fuera Charlie.

Miré la pantalla mientras respondía. ¿Mamá?

Me tensé. Una llamada telefónica a las tres de la mañana de mi madre no podía significar nada bueno.

```
—¿Mamá? ¿Está todo bien?
```

Fue la voz de mi padre la que respondió. —Necesito que vengas a la casa.

Corrí hacia las escaleras.

```
—¿Qué pasó?
```

No hubo respuesta. Ya había colgado.

Cerré la puerta de golpe y corrí por el césped. Escuché sirenas aullando en la distancia. Se estaban volviendo cada vez más fuertes.

Oh joder.

Abrí la puerta y corrí escaleras arriba hacia la habitación de mis padres.

Mi papá estaba sosteniendo a mi madre contra su pecho, las lágrimas corrían por su rostro. Estaba hablando suavemente a su forma inconsciente.

—Maggie, por favor. Tienes que despertarte, mi amor. —Eran las súplicas de un hombre desesperado.

Me arrodillé junto a la cama.

```
—¿Qué pasó?
```

—No lo sé. Ella me despertó. Su cara se veía divertida. Entonces ella se desmayó. Creo... creo que fue un derrame cerebral. Llamé al

911. Y luego a ti. —Las palabras cayeron desarticuladamente de sus labios.

Meció el cuerpo inmóvil de mi madre en sus brazos. —Maggie... por favor.

Las sirenas sonaron desde la calle. No quería dejarlos, pero sabía que alguien tenía que dejar entrar a los paramédicos.

—Vuelvo enseguida. Con ayuda.

Me aferré a la barandilla mientras bajaba a trompicones las escaleras. El espeso aire nocturno con aroma a jazmín obstruía mis pulmones. Me concentré en las luces rojas y blancas intermitentes. Abrí la puerta y agarré el hierro forjado con ambas manos mientras la ambulancia subía al frente de la casa. Me recuperé, sabiendo que necesitaba ser la fuerza de mi padre. Nunca lo había visto tan perdido y roto.

Yo tampoco podría perderla. No mi madre

Solté mi agarre en las barras de metal y corrí hacia la casa para llevar a los técnicos de emergencias médicas por las escaleras.

Una cosa era segura: no iba a Nueva York.

Capítulo 36 Charlie

Veinticuatro horas fue mucho tiempo para pensar en todas las cosas que podría haber hecho de manera diferente. Debería haberlo hecho de otra manera. Cuando llegué al estacionamiento a largo plazo en JFK, estaba lista para dejar de reproducir todos los momentos en que podría haber hablado y decirle a Simon la verdad. No podía retirar las elecciones que había hecho, y ahora tenía que vivir con ellas.

Dejé las llaves en la caja magnética de Con debajo del parachoques trasero. No estaba segura de si realmente vendría a buscarlo o no, pero era el plan que habíamos acordado. Hubiera ofrecido devolverlo yo misma, pero creo que ambos sabíamos que podría no volver. Harriet se aferraba a todas mis cosas, pero no contenía la respiración. Mi falta de progreso con el libro de composición, junto con mis fuertes sospechas sobre lo que contenía, me hizo desconfiar de lo que estaba a punto de hacer. Pero me estaba quedando sin opciones. Por mucho que quisiera considerar la posibilidad, no podía correr para siempre.

Me abrí paso a través de la estación ocupada para abordar un tren hacia Manhattan. Aunque había sido una neoyorquina de toda la vida, este fue mi primer viaje en metro. Como mi primer vuelo en autocar, no era algo de lo que estuviera orgullosa. Solo podía esperar que esta no fuera mi última nueva aventura como mujer libre.

Di un rodeo antes de volver a abordar el tren hacia Federal Plaza. Froté mis manos sudorosas contra mis jeans mientras revisaba mi plan. Después de lo que se sintió como un millón de paradas, salí del metro llevando solo mi licencia real y cien dólares en efectivo. Era extraño estar de vuelta en Nueva York. Olía diferente a Nueva Orleans. La gente se apresuraba con lugares a donde ir. Nadie se movía al ritmo pausado al que me había acostumbrado.

Miré mi atuendo. Me había vestido para la ocasión: jeans ajustados negros y Chucks combinados con mi camiseta vintage Black Sabbath Heaven + Hell Tour. Me recordó que había sido engañada como todos los demás. Fue una sutil proclamación de mi inocencia.

Atravesé el detector de metales, ignoré las miradas curiosas y me metí en el elevador. En el piso veintitrés, salí y miré las puertas de vidrio frente a mí. Una vez que cruzara esas puertas, mi elección sería irrevocable. Apreté los ojos y luché contra el impulso de dar la vuelta, volver al elevador y seguir corriendo. Sabía cómo desaparecer. Podría hacerlo de nuevo. Podría comenzar de nuevo en otro lugar.

Presioné una mano contra el cristal frío. Era hora de dejar de correr.

Empujé la puerta para abrirla.

En el mostrador de recepción, una mujer mayor con mechones plateados en su cabello oscuro posada en una silla. Levantó un dedo y señaló sus auriculares. Esperé hasta que ella transfirió la llamada y volví a levantar la vista.

- —¿Puedo ayudarte?—Su expresión era escéptica mientras tomaba mis mangas y mi elección de ropa.
- —Me gustaría ver a uno de los agentes especiales a cargo, por favor—. Ella levantó una ceja a mi pedido.
 - —¿Tiene una cita?
 - —Estoy bastante segura de que no necesito una.

Se movió en su silla, como si estuviera a cinco segundos de llamar a seguridad.

—¿Disculpe?

—Mi nombre es Charlotte Agoston. Creo que les gustaría hablar conmigo.



Me senté en una habitación pequeña y sin ventanas con el espejo unidireccional requerido. Por un momento me pregunté quién estaba detrás, pero luego decidí que no importaba. Solo diría lo que pretendía decir, independientemente de las preguntas formuladas.

La puerta se abrió y entró un hombre con el torso de barril en un traje azul marino, camisa blanca y corbata a rayas rojas. Un segundo hombre más alto con un uniforme similar lo siguió. El primer hombre extendió su mano.

—Lou Childers, agente especial a cargo.

Le di la mano y vi sus ojos rastrillar mis tatuajes.

—¿Esos reales?

Sonreí. —Tan real como se pone.

Él asintió. —Hiciste un buen trabajo manteniéndote fuera del radar. Eres una mujer difícil de encontrar.

- —Solo estaba tratando de seguir con mi vida.
- —Entonces, ¿Nueva Orleans?—, Preguntó.
- —Parecía un lugar tan bueno como cualquier otro.

	-Nunca ha sido. Pero Mardi Gras siempre parecía un momento
divertido.	
	—Lo es.
	Puse fin a la pequeña charla.
	—Entonces, tienes preguntas.
	—Eso es lo que hacemos—. Todo su comportamiento cambió.
	Me leyó mis derechos <i>Miranda</i> ¹² , y la mierda se volvió real.

¹² La Advertencia Miranda es un aviso que los agentes de policía en Estados Unidos deben hacer a toda persona que haya sido arrestada.

Capítulo 37 Simon

—¿Qué quieres decir con que no puedes entrar a verla?—Traté de mantener la voz baja mientras paseaba por el pasillo del ala de cuidados intensivos. Una mujer con uniforme de estampado de flores me miró mientras se apresuraba por el pasillo. Mi intento de calma exterior estaba fallando. La idea de que Charlie no había pedido un abogado me hizo esperar que las cosas no fueran tan mal como estaba imaginando. Ella era inteligente. Estaba bastante segura de que si las cosas iban de lado, ella pediría una. Aun así, Ivers había jodido mi plan bien orquestado.

—Sr. Duchesne—, el tono de Andrew Ivers fue genial y profesional, —A menos que la Sra. Agoston solicite afirmativamente un abogado, no hay nada que pueda hacer. Tengo un asociado junior sentado en el vestíbulo, esperando que me llame en el momento en que tengamos alguna indicación de que ella ha ejercido su derecho a un abogado.

—Se suponía que debías evitar que entrara sola—. Pasé una mano por mi cabello ya despeinado. —No entiendo lo que pasó—. Solté un suspiro frustrado. —Bueno, ella tiene que irse alguna vez, así que será mejor que tengas a alguien allí, esperando. No me importa lo que tu asociado tenga que decirles. Será mejor que deje claro al FBI que su firma la representa y que no volverá a ser interrogada sin un abogado presente.

—Enviaré a un segundo asociado, solo para estar seguro.

Ivers hizo una pausa antes de hablar, como si eligiera sus palabras con cuidado. —Nos disculpamos sinceramente. Tenía otro asunto urgente con el cliente, y el asociado que envié esta mañana fue detenido. Él estaba allí a las nueve en punto, pero ella debe haber llegado allí primero.

—Solo asegúrate de que no lo jodan de nuevo. Demonios, después de esta mañana, esperaría que lo hiciera usted mismo.

—Como dije, tiene nuestras más sinceras disculpas, Sr. Duchesne—. Sonaba como si sus dientes estuvieran rechinando cuando agregó: —Me alegraría ir a esperar yo mismo. Estaré en contacto tan pronto como nos hayamos contactado con la Sra. Agoston.

Al finalizar la llamada, me desplomé contra la pared. Doblé las rodillas y me deslicé por el yeso hasta que me senté en el linóleo gris industrial. Descansando los codos sobre las rodillas, dejé caer la cabeza entre las manos.

No estaba seguro de cuánto más podría manejar.

Mi madre estaba en el pasillo, en coma, conectada a demasiadas máquinas de sonido. Los médicos habían realizado todo tipo de pruebas y habían compartido teorías e ideas, pero en resumen: todo lo que podíamos hacer era esperar.

No sabía si podría tomar otro día de estar sentado frente a mi padre. Con cada hora que pasaba sin ninguna señal de mejora, se parecía cada vez más a una concha del hombre que había sido.

Mi padre siempre había sido más grande que la vida. Confidente. En comando. Pero esta experiencia lo había expuesto como demasiado humano. Durante dos días lo escuché hablar con la forma inconsciente de mi madre mientras agarraba su mano, y me di cuenta de que gran parte de la fuerza de mi padre provenía de su amor por mi madre. Y sin ella parada a su lado, él estaba... roto.

Me levanté del piso y comencé a bajar por el pasillo. Le daría unas pocas horas más y luego intentaría, una vez más, convencerlo de que se vaya a casa, se duche y descanse un poco. Hasta ahora, los dos habíamos estado aterrorizados de dejar su lado por más de unos momentos a la vez, seguros de que sin nosotros allí, ella simplemente se habría escabullido.

Acomodándome en mi silla junto a la cama de mi madre, escuché a mi padre lanzarse a otro viaje por el carril de la memoria. Esta vez sobre lo enojada que había estado mamá cuando papá se había reído después de que ella había quemado su primera cena como pareja casada, y cómo le había dicho que comería pastel de carne carbonizada por el resto de su maldita vida y una sonrisa mientras crujía. Sus palabras tranquilas se apoderaron de mí, y no pude evitar preguntarme si tendría la oportunidad de hacer ese tipo de recuerdos con Charlie. Miré mi teléfono, deseando que sonara.

No lo hizo.

Capítulo 38 Charlie

Hay experiencias en la vida que te hacen cuestionar todo lo que creías saber sobre ti mismo.

Es como ver a tu padre ser esposado después de enterarse de que presuntamente cometió el mayor fraude financiero en la historia del mundo.

Como llegar a una nueva ciudad, una identificación falsa en tu bolsillo y darte cuenta de que resto de tu vida se basaría en una mentira.

Como conocer a alguien que te hizo querer más que la vida media que creías que sería suficiente.

Como hoy. Hoy me había hecho cuestionar todo.

Mi fuerza, mi fortaleza, mi inteligencia, mi cordura.

Me senté acurrucada en un banco de acero en "el contenedor" en Rikers Island, mi cuerpo temblaba cuando la adrenalina se escapó. Alcé las rodillas y las rodeé con mis brazos. Las lágrimas cayeron por mi adolorida cara para empaparse del algodón gris de mi traje. Mi ojo izquierdo ya se había hinchado.

Las últimas dieciocho horas me habían llevado por la madriguera del conejo, y estaba bastante seguro de que nunca encontraría el camino de regreso. Y déjame decirte que esta madriguera de conejo daba miedo.

¿Cómo me encontré en solitario en Rikers? Me gustaría decir que es una larga historia, pero realmente no lo fue. Fue el resultado de la peligrosa combinación de mi propia arrogancia e ignorancia.

Había sido tan arrogante y segura de mí misma cuando me había sentado en la sala de interrogatorios en la oficina de campo del FBI, haciendo mis demandas antes de dignarme a hablarles sobre lo que sabía. Solo podía imaginar lo estúpida que habían pensado que era.

Primera lección aprendida hoy: una inmunidad, u ofrecimiento, el acuerdo no lo hizo mierda media. Firme con confianza mi nombre, mi verdadero nombre, en la parte inferior y le dije al FBI el número de casillero y la combinación donde podían encontrar el cuaderno, junto con mi mochila. Nueve horas de preguntas más tarde, Childers había dicho que habíamos terminado. Me paré para irme, pero la puerta se abrió y entraron dos de los mejores de Nueva York. Cuando miré inquisitivamente a Childers, uno de los oficiales me dijo: —Está bajo arresto por conspiración por cometer un gran robo en primer grado. —Él había seguido esas palabras escalofriantes con otra recitación de mis derechos *Miranda*.

Segunda lección aprendida hoy: si el FBI no terminaba de interrogarte, pero no querían dejarte ir porque temían que corrieras, se pondrían en contacto con el fiscal de distrito y se presentarán cargos de ley estatal en tu contra. Childers tuvo la amabilidad de explicarme esto como el metal frío de las esposas cerradas alrededor de mis muñecas.

Tercera lección aprendida hoy: no merecía a Simon. Una vez más había demostrado que era demasiado bueno para mí. Mientras los dos oficiales de la policía de Nueva York me conducían por el vestíbulo, un hombre de aspecto distinguido con un costoso traje a medida los había detenido.

—Mi nombre es Andrew Ivers—, había dicho. —Simon Duchesne ha dispuesto que yo la represente, señorita Agoston. Pido disculpas por no interceptarte en tu camino hacia el edificio esta mañana.

Me preguntaba si lo habría escuchado incluso si me hubiera detenido antes. Pero no importó. Lo que se hizo, se hizo.

Ivers había intercambiado algunas palabras con Childers y se puso al día rápidamente. Había prometido estar presente en mi lectura de cargos.

Sí.

Mi lectura de cargos.

No se volvió más real que eso.

Después de un corto viaje en el asiento trasero de un auto de la policía, los oficiales me llevaron a un recinto donde estaba reservado: huellas dactilares, fotografía policial, las obras. Luego fui trasladada a Central Booking en el Tribunal Penal de la Ciudad de Nueva York para su posterior procesamiento. Después de ser empujada a una celda de detención con una docena de otras mujeres que, por lo que parecían, eran principalmente prostitutas y adictas al crack, Esperé. Y esperé. Unas horas más tarde, me llevaron a una sala del tribunal que se parecía demasiado a la que había escapado hace más de un año. ¿La diferencia entre entonces y ahora? No iba a salir de esta habitación como una mujer libre.

La lectura de cargos no había durado más de cinco minutos. Ivers y el fiscal habían hablado rápidamente, disparando palabras al juez. Capté frases como el *noventa y cincuenta* y la devolución. Era otro código que no pude descifrar. Demasiado rápido, me estaban sacando de la sala del tribunal, e Ivers me había seguido a una pequeña habitación. Su explicación de lo que acababa de suceder y de lo que sucedería después, me había asustado muchísimo.

Me habían negado la fianza. Ivers había abogado por una cifra astronómica, pero dado el riesgo de fuga que presenté, el juez había sido resuelto.

Nada de lo que Ivers podría haber dicho me habría preparado para la realidad de estar encadenada al brazo de otra mujer mientras el autobús avanzaba hacia Rikers y luego, al llegar, me despojaban de mi ropa y mi dignidad. Pero tres cosas que había dicho quedaron conmigo. Primero, su número de teléfono, no es que pudiera hacer llamadas desde la papelera. Segundo, Simon le había ordenado que hiciera todo lo posible para ayudarme. Y tercero, solo tendría que soportar este infierno durante 144 horas. Luego tendrían que acusarme o llevar a cabo una audiencia preliminar frente a un juez. Seis días. Podría sobrevivir cualquier cosa durante seis días. Tenía la esperanza. El segundo bit de información fue todo lo que me mantuvo unida en ese momento. El conocimiento de que a pesar de que lo sabía todo, Simon todavía no se había dado por vencido. Lo que significaba que tampoco me rendiría.

Quería sonreír al pensar en Simon, pero mi labio roto me dolía demasiado. Descansé la barbilla sobre mis rodillas dobladas e intenté bloquear a la mujer que me gritaba obscenidades desde donde estaba encerrada al otro lado del pasillo. No había tomado más de veinte minutos para que la mierda se desenredara una vez que me habían escoltado a la gran celda tipo litera. Todavía podía escuchar el rumor de susurros mientras mi identidad pasaba de un preso a otro. Y luego Bertha, como la había llamado, había dado un paso al frente y me dijo que ninguna perra flaca, rica y falsa la miraría de reojo. Todavía estaba teniendo un momento del *que estás hablando* cuando su camioneta Mack de un puño se conectó con mi pómulo. Manchas blancas habían estallado en mi visión cuando me había derribado al suelo. Los guardias habían sido lentos para tirar de ella de mí, y mi cuero cabelludo pica donde habían arrancado un trozo de mi pelo.

Había recibido algunos codos, pero no había duda de que había sido el perdedor en ese intercambio.

Así que las dos fuimos arrojadas a la basura. Si bien se consideró un castigo severo, estaba agradecido de estar sola y me sentí relativamente segura dentro de estos cuatro muros de concreto gris. Si todavía estuviera en la litera, habría tenido miedo de cerrar los ojos, independientemente de la fatiga que me arrastraba. Pero aquí, una vez que bloqueé las amenazas de Bertha, pude dejarme dormir. Solo faltan 142 horas más...

Capítulo 39 Simon

Salí de la habitación del hospital de mi madre para contestar mi teléfono zumbando.

Ivers. Había estado esperando que me llamara todo el maldito día.

—Por favor, dime que tienes buenas noticias.

Se aclaró la garganta y mi estómago se encogió cuando dudó antes de hablar.

- —Sr. Duchesne, habría llamado antes, pero quería poder darte una idea completa de lo que estamos tratando aquí.
 - —¿Qué significa eso?
- —Desafortunadamente, la Sra. Agoston ha sido acusada de conspiración para cometer un gran robo en primer grado, y fue puesta bajo custodia después de su comparecencia esta noche.

Mi respiración se agitó de mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo. Me incliné por la cintura y traté de comprender lo que estaba diciendo Ivers.

- —¿Qué quieres decir con retenida bajo custodia? Ella está en la cárcel?
 - —Sí, señor Duchesne. Está en Rikers.
- —¿Qué demonios?—Mis manos temblaron y mis palabras resonaron en las estériles paredes blancas del pasillo. La enfermera encargada la miró furiosa e hizo un movimiento cortante sobre su

cuello. Por segunda vez hoy, me dejé caer al suelo, con las rodillas débiles. —¿No puedes sacarla?

—Sr. Duchesne, presioné al juez para que pusiera la fianza, incluso una figura ridícula, y él se negó. Tengo una reunión con el Agente Especial en Charge Childers mañana por la mañana para discutir la información que la Sra. Agoston proporcionó, y espero que podamos llegar a un acuerdo que terminará con la retirada de los cargos estatales. Haremos todo lo posible para sacarla, lo más rápido posible.

Jesucristo. Qué mierda de grupo. Cerré los ojos e imaginé a Charlie en un traje de prisión. La cena que me había ahogado en la cafetería amenazó con volver a subir.

Ivers esperó pacientemente a que respondiera.

—Mira, llámame si algo cambia. Día o noche. No esperes la próxima vez. No me importa si no tienes la imagen completa o no. Quiero saber todo, tal como sucede.

—Por supuesto.

Terminé la llamada, dejé caer la cabeza contra la pared y cerré los ojos. Charlie estaba en la cárcel y mi madre estaba en coma. En cuestión de días, mi vida se había transformado en una pesadilla.

Mi padre salió del cuarto de mi madre y giró la cabeza hacia el banco al otro lado del pasillo.

—¿Siéntate conmigo?—, Preguntó.

Me recuperé y me uní a él en el cojín verde azulado y flores amarillas.

Mi cerebro comenzó a disparar nuevamente, y pensé en las conexiones que mi padre todavía tenía. —¿Conoces a alguien que esté cerca del gobernador de Nueva York?

Sus ojos se agrandaron. —¿Qué pasó?

—La arrestaron—. Las palabras se quedaron en mi garganta, pero las forcé a salir. —Ella está… en la cárcel. En Rikers. El juez negó la libertad bajo fianza.

Mi padre se recostó y entrelazó los dedos en su regazo.

—¿Hay alguna posibilidad de que cambies de opinión acerca de postularte para mi antiguo puesto?

Lo miré, sin saber a dónde iba. —Si me dices que solo la sacarás si acepto correr, entonces…

Desató sus dedos, se giró hacia mí y dejó caer una mano sobre mi hombro. —No, no te obligaría a elegir así. Pero el hecho de que pienses que podría aclara que no piensas tan bien de mí en este momento. Pero eso es algo para otro día. Mi punto es que si hubiera alguna posibilidad de que cambiaras de opinión, ella haría que un camino ya difícil fuera intransitable.

- —No estoy cambiando de opinión.
- —Está bien. Entonces dime, ¿a qué nos enfrentamos?

Su aceptación de hecho, incluso después de haberlo insultado, me humilló.

Le expliqué la situación, y una vez que terminé, se pasó una mano por la mandíbula erizada. —Mierda.

—Lo sé.

—¿Quieres ir a Nueva York?

Mis ojos se fijaron en los suyos. —No puedo dejar a mamá. Ahora no. No hasta que sepamos...

Él asintió. —Lo sé. Bueno, no puedo hacer ninguna llamada en este momento, pero tengo algunas ideas de a quién puedo contactar en la mañana. Veremos qué podemos hacer para sacarla. Y salvo eso, cualquier cosa que podamos hacer para mantenerla a salvo adentro.

Capítulo 40 Charlie

Mi puerta de acero de seis pulgadas de grosor se abrió y el guardia me indicó que saliera. Había pasado tres días en segregación, y estaba empezando a perder mi mierda. Sabía que debería estar feliz de no haber sido molestada, pero setenta y dos horas solo me dieron demasiado tiempo para pensar. Principalmente pensé en todos los lugares donde debería haber corrido en lugar de Nueva York. Había sido tan ingenua como para pensar que podría aparecer, agitar mi cuaderno mágico y mejorar todo. El orgullo va y todo eso.

Me condujo a través del laberinto de pasillos hasta una estación de guardia. Me llevó unos minutos, pero me di cuenta del hecho de que me estaban procesando para una transferencia. Si esto era algo bueno o malo, no estaba segura. Vi a los mariscales de los Estados Unidos esperándome al otro lado de la puerta; decidí que era algo malo.

Nadie se molestó en corregir mi suposición.

Condujimos de regreso a Manhattan, y mi estómago se apretó cada vez más. Cuando finalmente estacionaron en un garaje bajo el Tribunal de Distrito de los Estados Unidos, mi temor aumentó. Se multiplicó cuando fui conducida frente a un juez federal de primera instancia, y él se lanzó a su perorata.

La lista de cargos en mi contra fue tan larga que no pude seguirle el ritmo mientras los recitaba.

Fraude postal, fraude electrónico, fraude de valores, lavado de dinero.

Los cargos que se registraron eran demasiado familiares; mi padre había sido condenado por todos ellos. Mi propio peor escenario fue jugar en una corte federal. ¿Por qué no había seguido corriendo? Porque quería hacer las cosas bien. Y tal vez lo haría. Para todos menos para mí.

Mientras el juez magistrado divagaba sobre ser nombrado abogado si no podía pagar el mío, sabía que necesitaba a Ivers. Lo antes posible. Necesitaba que alguien me explicara, usando palabras a prueba de idiotas, qué demonios me iba a pasar.

Tan pronto como el nombre de Ivers entró en mis pensamientos, estaba empujando las puertas de la sala del tribunal. El juez me despidió e Ivers siguió a los Marshals mientras me conducían por la parte de atrás. Nos acompañaron a una habitación pequeña e Ivers cerró la puerta. Sacó su teléfono y comenzó a ladrar órdenes. Cuando terminó su llamada, se sentó a mi lado.

Mi voz tembló cuando le pregunté: —¿Qué demonios acaba de suceder?

- —Además de la conspiración, has sido acusado de varios delitos graves por los cuales tu padre fue condenado.
 - —Pero, ¿por qué? No tuve nada que ver con eso.
- —Bueno, la información que entregaste al FBI parece decir de manera diferente.
- —¿De qué estás hablando? No entiendo. —Mi voz se elevó en las últimas palabras; apenas lo mantenía unido.

La puerta se abrió.

Mierda.

El frío miedo serpenteó por mi columna vertebral.

Michael Drake, el fiscal federal adjunto que me había eviscerado en un interrogatorio durante el juicio de mi padre, se había unido a la fiesta *quemar a Charlie*.

—Bueno, Sra. Agoston, se ve un poco diferente a la última vez que la vi—. Si no me hubieran esposado, me habría sentido tentada a darle una sonrisa burlona en la cara.

No sabía cómo responder a su burlona declaración aparte de decirle que se joda, así que mantuve la boca cerrada.

—Analicemos el BS y analicemos por qué te has molestado en arrastrar a mi cliente a través de esta farsa cuando ambos sabemos que ella no tuvo nada que ver con la estafa de Agoston.

Drake se sentó frente a nosotros.

—Las cuentas en su nombre dicen lo contrario.

El miedo frío se extendió desde mi columna vertebral para envolver todo mi cuerpo como una chaqueta recta helada. —¿Qu... de qué estás hablando?

La sonrisa de Drake fue triunfante. —Hasta ahora, hemos identificado varias cuentas a su nombre en las Islas Caimán y en Suiza, por cortesía del librito que entregó al FBI.

- —¿Cómo... cómo es eso posible?—Tartamudeé, entre superficial y jadeantes respiraciones
 - Tu dime, Charlotte.
- —Basta de tonterías—, dijo Ivers. —Su padre lo hizo. Ella no estaba involucrada. Lo sabes y yo lo sé. Además, si era lo suficientemente inteligente como para lograr esto, ¿por qué demonios sería tan tonta como para poner las cuentas a su propio nombre y entregar pruebas para ayudar al FBI a encontrarlas?—Ivers sonaba tan tranquilo y seguro de sí mismo, pero entonces, toda su vida no estaba

brillando ante sus ojos. Pensé en los días que había pasado en la papelera. *No puedo hacer esto No puedo hacer esto*.

La risa de Drake podría haber sido utilizada como una pista para un malvado villano de la película. —Por suerte para mí, no necesito responder esa pregunta para enviarla a prisión por el resto de su vida. Ningún jurado en la Tierra la dejará caminar después de que vean la evidencia.

Me lancé a buscar la basura y vomité la empanada de pollo gomosa que me habían servido para el almuerzo. Me puse de rodillas, vomitando y escupiendo, descansando los brazos y las manos esposadas en el borde del basurero para apoyarme. Mi cabeza daba vueltas, y la necesidad de desmayarme me estaba presionando. Una parte de mí agradeció la oscuridad y el escape que ofrecería.

—Asqueroso—. El tono sarcástico de Drake me sacó de mi estupor momentáneo. La conciencia volvió rápidamente, junto con una reserva interna de fuerza sin explotar. Me tuve que levantar. Ya me daba vergüenza que me hubiera puesto de rodillas.

Ivers cruzó la habitación y abrió la puerta. —¿Podría alguien traernos un poco de agua?

Me puse de pie y me puse de pie, Ivers me agarró del brazo y me ayudó a volver a mi silla. Unos segundos después presionó una copa de espuma de poliestireno en mis manos. Bebí lentamente, no queriendo vomitar de nuevo.

Tiró la taza a la mesa y me tomé un momento para recomponerme. El silencio en la sala era ensordecedor. O tal vez fue solo la sangre corriendo por mis oídos.

Finalmente, Ivers se cruzó de brazos y se recostó en la silla. Continuó la conversación con Drake como si nada notable hubiera sucedido.

—¿Todas las cuentas que has podido identificar en su nombre?

Cerré los ojos con fuerza, no queriendo escuchar la respuesta que me enviaría a buscar el cubo de basura de nuevo. Mi corazón latía tan fuerte que casi extrañaba la satisfacción de Drake, —Sí.

Las lágrimas quemaron mis ojos, pero las parpadeé. No iba a dejar que me viera llorar.

- —¿Sospecha que todas las cuentas están a su nombre?—, Preguntó Ivers, su tono frío completamente en desacuerdo con la información condenatoria que estaba escuchando.
- —No—, respondió Drake. —Pero es una clara posibilidad en este momento que docenas de ellas lo estén—. Apreté mis manos juntas para detener el temblor.
- —¿Cuánto crees que te tomará cortar la burocracia con todos estos bancos extranjeros y recuperar el dinero?

Drake se enderezó y miró hacia abajo mientras hacía girar un gemelo. —Tomará algún tiempo, pero llegaremos allí.

Ivers se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la mesa. — ¿Entonces la razón por la que corriste aquí tan rápido no es porque quieres cerrar un trato a cambio de la ayuda de Charlotte para recuperar el dinero? Debido a que ambos sabemos si ella es la que firma los formularios de retiro y aprueba las transferencias bancarias, tomará semanas en lugar de meses o años de la burocracia que atravesará para recuperarla.

Drake parecía aburrido mientras decía, —Podríamos estar dispuestos a discutir la posibilidad.

El agarre helado que apretaba mi pecho retrocedió una fracción. Me recordé a mí misma que con mi suerte reciente, un acuerdo aún podría significar años en prisión. Si no décadas.

Me quedé completamente quieta, como si temiera que cualquier movimiento de mi parte descarrilara cualquier terreno que acabara de ganar.

—Recuperación de los fondos de las cuentas que identifica a su nombre, pero solo si el banco sujeto está dispuesto a cooperar, a cambio de la desestimación total de los cargos con perjuicio. Y no volver a presentar ningún cargo estatal o federal que surja de, o esté relacionado con, cualquier aspecto del esquema de Agoston—, dijo Ivers.

—Recuperación total de los fondos—, replicó Drake.

—Con intereses, incluso una recuperación parcial se acercará a la cantidad original que tomó Agoston, y ella solo puede obtener dinero de cuentas a su nombre identificadas por el FBI, y solo si el banco coopera. No puede aceptar cosas que están fuera de su control.

Drake se reclinó en su silla, tomándose su tiempo para reflexionar sobre las palabras de Ivers como si mi futuro no estuviera en juego.

—No sé... —Drake arrastró las palabras.

Ivers fue a matar. —¿Preferiría que los medios sepan que el Departamento de Justicia tiene la capacidad de recuperar el dinero en este momento, y está considerando deshacerse de esa ventaja y tomar años para lograr el mismo resultado porque quiere probar un punto encerrando a una niña inocente?

Las facciones de Drake estaban talladas en piedra. Contuve el aliento mientras Ivers esperaba su respuesta.

"Déjame hacer una llamada". Drake se levantó y salió de la habitación.

Contuve el aliento y miré a Ivers. —¿Esto realmente va a funcionar?

Ivers no dudó. —Sí.

Un dulce alivio me atravesó por un momento antes de que otro pensamiento me golpeara.

—¿Tengo... tengo que volver a Rikers? Porque... no sé si puedo manejar eso.

Se mordió el labio inferior. La acción estaba decididamente en desacuerdo con su costoso traje y su aire de confianza. Después de un momento, sacudió la cabeza.

—No puedo imaginar que los federales te vayan a perder de vista ahora que sabemos que efectivamente eres la clave para recuperar el dinero. Es mucho más probable que te guarden en algún lugar bajo custodia protectora. Si esto se revela, la gente mataría para llegar a ti. No pueden arriesgarse a que eso suceda.

Luego hice la pregunta que había estado resonando en mi cabeza desde que Drake lanzó la bomba sobre las cuentas que estaban a mi nombre.

—No configuré ninguna de esas cuentas, así que, ¿cómo podrían estar a mi nombre?

La expresión de Ivers fue comprensiva cuando dijo: —Realmente creo que esa es una pregunta para tu padre, Charlotte.

Nos sentamos en un silencio pesado e incómodo mientras esperábamos a que Drake regresara.

Y esperé.

Y esperé.

Finalmente, la puerta de la habitación se abrió y Drake volvió a entrar, con expresión ilegible.

Cruzó los brazos sobre el pecho y, una vez más, contuve el aliento.

—Tienes un trato.

Capítulo 41 Simon

Tres semanas después.

Agarré la bolsa pesada para frenar su movimiento de balanceo. El sudor me picó los ojos cuando me pasé la parte posterior del antebrazo por la cara que goteaba. Soltando la bolsa, extendí la mano con ambas manos para agarrar la viga donde colgaba del techo de mi garaje. Me incliné hacia el tramo y respiré hondo unas pocas veces. El agotamiento era la única forma en que podía apagar mi cerebro durante unos minutos a la vez. Y Dios sabía que necesitaba un descanso.

Decir que las últimas tres semanas han sido brutales sería un eufemismo.

La incertidumbre prolongada causaba estragos una persona. Física, mental y de otra manera. La capacidad de compartimentar que perfeccioné en el servicio fue todo lo que me mantuvo unido. Mi padre había aprovechado un pozo de fuerza que no sabía que poseía. Incluso antes de que mi madre abriera los ojos, parecía tomar la decisión de que su capacidad para luchar por ella era más fuerte que su miedo a perderla. Su columna vertebral se había enderezado, se había limpiado y sus ojos habían recuperado la agudeza que estaba acostumbrado a ver allí. Estaba empezando a pensar que había traído a mi madre del borde solo por la fuerza de voluntad. Había abierto los ojos hace dos días con una sonrisa torcida y susurró: —¿Jefferson? ¿Qué pasó?

Me arrodillé junto a su cama cuando mi padre presionó su pequeña mano contra sus labios y agradeció a todas las deidades conocidas por el hombre por traerla de vuelta con nosotros. Una parte del peso aplastante que había estado cargando se había levantado. Ella no estaba fuera del bosque por completo, pero fue una gran mejora verla acostada allí, inmóvil, durante semanas. Los médicos ya habían comenzado a hablar sobre trasladarla a un centro rehabilitación. Hoy ella había insistido en que me fuera a casa y descansara un poco. Tomarme un tiempo para mí.

Es por eso que pasé la última hora golpeando la bolsa hasta que mis brazos estuvieron casi demasiado pesados para levantarlos.

Mi padre me había instado a ir a Nueva York, pero Ivers me había dicho inequívocamente que sería un viaje perdido. El FBI no le permitió a Charlie ver a nadie excepto a él, y sus visitas fueron extremadamente limitadas. Por razones éticas, no podía decirme nada excepto que ella estaba bien. Fue un pequeño consuelo.

Desde el día en que se descubrió a Charlie, parecía que todos los medios de comunicación del país habían tratado de localizarme para una entrevista. Tuvimos que reforzar la seguridad en el hospital, y nunca había estado tan feliz de vivir detrás de una puerta. Fue todo lo que pude hacer para abstenerme de darle una paliza al ex interno que todavía esperaba afuera de mi casa, gritando que merecía una exclusiva por ser el que contara la historia. Cada vez que lo veía, no podía evitar preguntarme si Charlie alguna vez me habría dicho la verdad. Gracias a él, nunca lo sabría, y ese hecho me mordió, continuamente desenterrando dudas.

La carta doblada en mi billetera fue todo lo que me impidió perder la esperanza. Ella había dicho que había dejado su corazón conmigo. Pero eso no fue suficiente. Yo quería todo de ella. La carta también me mantuvo despierto por las noches debido a lo que ella no incluyó: la seguridad de que volvería.

Me detuve una y otra vez de pedirle a Ivers que le diera un mensaje. Me gustaría mover el cielo y la Tierra para allanar el camino delante de nosotros, pero al final del día, ella necesitaba decidir que quería caminar conmigo. Charlie tenía que estar preparada para tener alguna posibilidad de un futuro. ¿Qué haría si decidiera que desaparecer de nuevo es más fácil que volver a casa? La idea me envió de vuelta a la bolsa. Si estuviera demasiado cansado para moverme, con suerte estaría demasiado cansado para pensar.

Capítulo 42 Charlie

Tres semanas más después.

El Suburban negro avanzó lentamente a través del tráfico matutino de la hora pico de Manhattan. Hoy era el primer día que me habían permitido salir del nivel dividido en Staten Island, donde el FBI me había escondido. Y no volvería. Porque hoy estaba recuperando mí libertad.

Seis semanas en una casa segura ciertamente no fueron vacaciones, pero dada la alternativa, no había expresado una sola queja. En cambio, había firmado cada hoja de papel que los federales habían puesto delante de mí. Con cada firma, sentí una sensación de justicia siendo servida. Que estaba corrigiendo los errores de mi padre. Y ese sentimiento contribuyó en gran medida a ayudarme a sobrellevar el aburrimiento. Prácticamente no me habían permitido tener contacto con el mundo exterior. Sin acceso a internet, sin llamadas telefónicas y, aparte de mis equipos rotativos de niñeras del FBI y las raras apariciones de Ivers para asegurar que los federales estaban retrasando su parte del trato, sin visitantes. Supuse que mi bloqueo era para evitar la posibilidad de que se filtre cualquier información sobre la recuperación del dinero.

Independientemente de la razón, una vez más había tenido demasiado tiempo para pensar. Y como era de esperar, Simon dominó esos pensamientos. ¿Y cómo no podría? Era el tipo de hombre que esperé toda la vida para conocer, a pesar de que no tenía idea de que estaba esperando.

Había tenido un sinfín de horas para repetir la conmoción, la decepción y la traición que habían aparecido en sus rasgos mientras la prensa lanzaba sus preguntas como dagas, destrozando mi farsa cuidadosamente construida. No importaba que finalmente hubiera decidido aclararme. Todo lo que importaba eran todas las veces que había elegido no hacerlo.

Simon no era el tipo de hombre que merecía ser arrastrado por el escándalo que siempre me seguiría. No importaría que los fondos recuperados casi excedieran lo que originalmente había sido robado cuando agregó los intereses acumulados. Podrías volver a pegar un plato roto, pero siempre verías la grieta. Nunca olvidarías que alguna vez había sido dañado.

En mi caso, recuperar el dinero no eliminaría el hecho de que siempre sería la infame hija del vilipendiado Alistair Agoston.

El Suburban se detuvo en una estructura de estacionamiento subterráneo y subimos por un elevador de carga que se abría a un pasillo de servicio y a la entrada trasera de la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos. Mis acompañantes me llevaron a una sala de conferencias donde Drake e Ivers estaban esperando.

Tomé la silla al lado de Ivers, y Drake deslizó dos documentos sobre la mesa. Mis manos temblaron cuando las alcancé

—Como acordamos—, dijo Drake. No estoy seguro de si sus palabras fueron para mí o para Ivers, pero no me importó de ninguna manera. Estaba demasiado ocupada mirando las órdenes firmadas y archivadas de un juez federal y un juez de un tribunal estatal desestimando todos los cargos en mi contra con prejuicio. Estos documentos significaban que ni el gobierno de los EE. UU. Ni el Estado de Nueva York podría volver a perseguirme por nada relacionado con los crímenes de mi padre. Me estaban devolviendo mi libertad. *Mi futuro*.

Ahora que los tenía en mis manos y nadie podía llevárselos, hice la pregunta que antes tenía miedo de hacer. —¿Y el resto de las cuentas? ¿Los que no estaban a mi nombre? ¿Qué hay de ese dinero?

—Son nuestro problema, no el tuyo—. Drake me dio un rápido asentimiento de reconocimiento y se levantó. —Creo que hemos terminado aquí. Que tenga una buena vida, señorita Agoston.

Me recliné en mi silla. Realmente había terminado.

Ivers se levantó y estrechó la mano de Drake. —¿Podríamos tener la habitación para otro minuto o dos? Necesito tener algunas palabras con mi cliente.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

Drake cerró la puerta cuando salió de la sala de conferencias. Ivers buscó en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje y sacó un trozo de papel doblado en tercios limpios. Me lo tendió.

—¿Qué es?

Sus labios se arquearon. Era la primera vez que veía algo acercarse a una sonrisa en su rostro.

—Sólo tómalo.

Lo cumplí y lo desdoblé. Era una copia impresa de un boleto electrónico. Un vuelo de JFK a Nueva Orleans. Para mañana

Miré hacia arriba con los ojos muy abiertos. —¿Qué es esto?

—Creo que es obvio.

Parpadeé hacia el boleto electrónico nuevamente. —¿Pero... por qué?

—El Sr. Duchesne me pidió que me asegurara de que lo tienes. Le informé que los despidos se presentarían esta mañana. Hizo la reserva

para mañana, ya que pensó que podría necesitar algo de tiempo para terminar las cosas aquí antes de regresar a casa.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

Casa.

Tragué saliva, sin dejar de mirar el papel como si la información del vuelo se reorganizara en un mensaje de Simon.

Quiere que vuelva a casa.

Mi mente corría con las posibilidades. Sus motivaciones. Las consecuencias.

Solo estando cerca de él, lo aturdiría con mi notoriedad. No era como si pudiera seguir fingiendo que era Charlie Stone, que ese barco había navegado. O tal vez el hundimiento era más preciso. Pero incluso si mi nombre no era Charlotte Agoston, los tatuajes que cubrían mis brazos aseguraban que nunca me vería recatada con un vestido, de pie detrás de él mientras daba un discurso entusiasta a una multitud que vitoreaba. Yo era cianuro político, y no había duda en mi mente de que tendría que elegir entre su sueño y yo.

Toqué el pedazo de papel en mi mano. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer con eso? ¿Ser egoísta o desinteresada? Dios sabía que quería estar con él. Pero, ¿cómo podría realmente elegir contaminar su futuro con la oscuridad que siempre me seguiría?

—También hay una reserva a tu nombre en el Waldorf para esta noche. Todo ha sido atendido; todo lo que tiene que hacer es registrarse.

Volví a mirar el billete electrónico y verifiqué la hora de salida.

Veinticuatro horas para decidir.

Respiré hondo y dejé salir lentamente. Sin presión. Solo una elección que dictaría el curso del resto de mi vida. ¿Correr hacia él o huir de él?

Ivers se levantó y me ofreció la mano. La sacudí —Gracias.

Él inclinó la cabeza ligeramente y me estudió. Era como si estuviera analizando la caótica indecisión de mis pensamientos. —De nada, señorita Agoston. ¿Hay algo que le gustaría que le dijera al Sr. Duchesne cuando hable con él? ¿Usarás el boleto?

Llamaron a la puerta, y me salvé de tener que responder cuando Drake asomó la cabeza.

—Tiene una visita en el vestíbulo, Sra. Agoston. Uno que ha sido muy persistente durante las últimas semanas. Tanto aquí como en la oficina de campo del FBI.

Arrugué la frente, tratando de averiguar quién demonios estaría tratando de verme. —¿Quién?

—Tu madre.

¿Mi madre? Mis manos volaron hacia mi cabello, y comencé a alisarlo en su lugar antes de darme cuenta de que solo pensar en enfrentarla me hacía caer en viejos hábitos. Forcé mis manos a mis costados. No había nada en mi apariencia que mi madre encontraría aceptable, entonces, ¿cuál era el punto? Podría esperar que ella se alegrara de verme. *Correcto*. No aguantaría la respiración.

Moviéndome lentamente para retrasar la próxima confrontación, doblé el billete electrónico y las órdenes de despido y las metí en mi mochila. Levanté la bolsa de lona que los agentes del FBI me habían proporcionado para guardar la ropa extra que me habían proporcionado. Más jeans y camisetas para completar mi guardarropa.

—Gracias de nuevo por todo—, le dije a Ivers.

—Fue un placer. La mejor de las suertes, Sra. Agoston.

Me encontré con Drake en la puerta. —Lidera el camino.

El vestíbulo con paneles de la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos estaba vacío, excepto por la recepcionista y mi madre. Estaba vestida con un traje pantalón de lino que de alguna manera había logrado mantener sin arrugas. No hay sorpresa allí. Las arrugas eran e1 enemigo. Excepto estaba claro que que su presupuesto actual no permitía Botox regular, porque por primera vez en mi vida, mi madre tenía patas de gallo y se parecía mucho a su edad real. Me recordó que el año pasado no solo había sido duro para mí. Mis sentimientos hacia ella se suavizaron cuando pensé en que se quedaría en Nueva York y enfrentaría los chismes y las secuelas feas, mientras que elegí correr y esconderme. Fuera lo que fuera, era una mujer fuerte.

—Madre. ¿Cómo estás?

Sus ojos me rastrillaron de pies a cabeza, y cualquier suavidad que sentí se desvaneció. Solo podía imaginar los defectos que estaba catalogando. El cabello (que necesitaba desesperadamente un nuevo trabajo de tinte), las docenas de tatuajes interconectados, el sencillo tanque negro y los jeans, y mis viejos Chucks (que necesitaba ser reemplazado desesperadamente). Me preparé para su crítica, pero no llegó.

—He estado tratando de verte por semanas, pero no me dejaron—. Su tono era molesto.

Tal vez... ella me había extrañado? Era posible que un año le hubiera dado alguna perspectiva sobre lo que era realmente importante. Sin dinero. Sin estado. Sin influencia. *Personas. Familia*.

—Lo siento. Realmente no tenía ningún control sobre eso.

Ella rechazó mi respuesta con un movimiento de su bob dorado.

—A pesar de tu... apariencia... parece que te ha ido bien en Nueva Orleans. Eres la hija de tu madre después de todo. Aterrizado en tus pies.

¿De qué demonios estaba hablando?

Si ella llamó a más de un año de mentirles a todos y vivir bajo una identidad falsa "haciendo bien para mí" y "aterrizando sobre mis pies", entonces teníamos interpretaciones muy diferentes de esas frases.

Y entonces su significado me golpeó. Su razón para estar aquí se volvió clara como el *maldito* cristal. Una oleada de desilusión me inundó cuando sus siguientes palabras confirmaron mis pensamientos.

—¿El hijo de un ex congresista? No pensé que lo tenías en ti, Charlotte. Estaba felizmente sorprendida cuando lo vi en las noticias. Es una pena que haya decidido no correr. Lo atribuyen a la condición de su madre, y espero que no sea realmente por ti. Será mucho más difícil recuperarlo si ese es el caso.

¿La condición de su madre? ¿Decidió no correr?

- —¿Qué le pasó a la señora Duchesne?
- —Todo golpeó los periódicos al mismo tiempo. Ella tuvo un derrame cerebral. Pasó varias semanas en coma. Ella solo ha estado fuera del hospital y de la casa durante una semana más o menos. Lo he estado siguiendo de cerca, dadas las circunstancias.

Me tropecé con una silla y me senté.

Oh Dios mío. Simon.

—¿Pero ella está bien? ¿Va a estar bien?—, Pregunté, mi pecho dolía por él. Por su padre. *Jesús Cristo*.

—El alcance de su recuperación no está claro en los documentos, y la familia ha publicado muy poca información. Vine a traerte algunas cosas para que estuvieras debidamente vestido cuando te apresuraste a su lado para consolarlo durante su tiempo de necesidad. Es lamentable que el FBI haya tardado tanto en resolver este ridículo desastre.

Perra. Mercenaria.

Cruzó el vestíbulo para recuperar una bolsa de ropa del sofá en el lado opuesto de la habitación.

—Esto es para ti.

Observé la bolsa como si tuviera desechos peligrosos. Si contenía trampas de mi vida anterior, esa descripción no estaba muy lejos en mi mente.

- —Guárdalo.
- —Pero Charlotte, necesitas...

Me crucé de brazos. —No me digas lo que tengo que hacer—. Luché por mantener mi voz firme, pero mi éxito fue marginal. —No me conoces. Nunca lo hiciste.

Su mirada se endureció mientras enderezaba su postura ya perfecta.

—Tienes la oportunidad de sacarnos de la cuneta donde tu padre nos arrastró. —Siseó las palabras tranquilas de entre los dientes apretados. —Y no lo desperdiciarás. ¿Me oyes, Charlotte? Si existe la posibilidad de que el hombre te lleve de regreso después de toda la vergonzosa publicidad que has traído sobre ti. No. Será. Desperdiciada. —Se agachó y agarró mi brazo, sus uñas mordiendo mi piel.

—Déjame. Vete.

Ella miró hacia abajo y soltó su agarre como si estuviera sorprendida de encontrar mi brazo entre sus manos.

Alisándose su impecable chaqueta de lino, trató de esconder la llamarada de la emoción. Probablemente fue la reacción más honesta que había visto de ella. Pero no podía ocultar la mirada desesperada de una mujer ahogada. Una que pensaba usar a su hija como una balsa salvavidas. *Bueno, madre*, pensé, *ni siquiera estoy segura de poder salvarme*. Pero ella necesitaba saber que Simon no iba a ser su boleto de vuelta a los círculos sociales de los que había caído. No dejaría que nadie lo usara. Ni siquiera mi propia madre.

—Mi relación, o la falta de ella, con Simon, no es asunto tuyo. Y nunca será asunto tuyo. Por favor, no vuelvas a buscarme hasta que hayas decidido actuar como un ser humano decente en lugar de una perra manipuladora. Tengo que irme. Buena suerte, madre.

Ella permaneció congelada en su lugar cuando la rodeé para dirigirme al elevador. Cuando las puertas se cerraron, me pregunté si sería la última vez que la vería.



Aunque los periódicos se referían a él como 'Club Fed', el alambre de púas, los guardias con cara de piedra y los reclusos de FCI Otisville me recordaban demasiado a Rikers. Un escalofrío se deslizó a través de mí al recordarlo. Si no fuera por la intervención de Ivers en la dirección de Simon, podría pasar el resto de mi vida en un lugar como este.

Seguí a uno de los guardias a una gran sala llena de mesas astilladas, cubiertas de formica gris y sillas naranjas, todas atornilladas al suelo. Estudié mi entorno mientras esperaba que se abriera la puerta.

Mi padre todavía caminaba como un rey, un hombre seguro de su superioridad a todos los que estaban en su dominio. Ni la prisión ni el traje de color caqui habían disminuido su aire de autoridad. Su cabello plateado se había adelgazado en la parte superior y había perdido el estilo perfecto asegurado por cortes de cabello semanales de quinientos dólares. Sus ojos se abrieron al entrar en la habitación. Aparentemente no había visto fotos de mi *nuevo* yo.

Se acomodó en la silla frente a mí mientras el guardia retrocedía.

- —Tienes veinte minutos, Agoston—. Mi padre no se molestó en responder a la declaración del guardia. Su enfoque se había desplazado completamente hacia mí.
 - —Charlotte. Jesús, he estado muy preocupado por ti.

Me quedé quieta. La preocupación de los padres era lo último que esperaba de él.

—¿Perdóneme?

—Desapareciste por un maldito año, sin decirle nada a nadie, y luego reaparece de la nada y te arrojas a merced del FBI. Lo cual, Dios sabe, no tienen ninguno. ¿Qué diablos estabas pensando? Creía que eras más lista que eso. *Sé* que eres más inteligente que eso.

¿Enserio? ¿Me iba a criticar? Me incliné hacia delante, con los dedos agarrando el borde de la mesa.

—Aparentemente no fui lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que mi propio padre trató de incriminarme. ¿Quién le hace eso a su propio hijo?

Parpadeó confundido. —¿De qué demonios estás hablando?

—El cuaderno. El que estaba escondido en mi armario. El que tiene todos los números de cuenta y depósitos. El que me vinculó con todo lo que hiciste. Tengo suerte de no estar todavía en una celda por tu culpa. ¿Por qué harías eso?

Su mandíbula cayó.

—Yo nunca... No fue... Tú no estabas... —Nunca había escuchado a mi padre tartamudear antes. Nunca lo había escuchado hablar, excepto con absoluta confianza inquebrantable. Se aclaró la garganta, pareció recuperarse y se inclinó para susurrar: —Estaba cuidando a mi familia. Se suponía que usabas ese maldito cerebro tuyo y salías del país. Sabía que tu madre nunca lo resolvería, pero sabía que podías. Dejé el libro en tu habitación para que tengas los medios para obtener recursos para cuidar de ti y de tu madre cuando todo se derrumbara.

Esta vez me quedé boquiabierta. Mi agarre sobre la mesa se apretó casi hasta el punto del dolor. De todos los motivos que le atribuí a mi padre en las últimas semanas, este nunca se me había pasado por la cabeza.

- —Mierda—. No quise decir las palabras en voz alta.
- —En efecto. Pero soplaste ese plan fuera del agua. Pensé... por más de un año, pensé que se estaban cuidando. Que habías logrado resolverlo todo. ¿Pero luego descubrí que estabas pasando el tiempo viviendo de la mano y luego vas al FBI?—Él sacudió la cabeza con disgusto. —Eres una chica inteligente, Charlotte. Esperaba más de ti.
- —¿Esperabas más de mí? ¡Esperaba más de ti!—Mi temperamento estalló ardiente y feroz. —¿Arruinaste miles de vidas, incluida la mía, y esperabas más de mí?
 - —Baja la voz—. Su tono se quebró con impaciencia.

Sacudí la cabeza con incredulidad. —No puedo creerte—. Tenía las respuestas por las que vine. No eran los que esperaba obtener, pero los tenía todos igual. —Casi terminé en prisión por el resto de mi vida debido a tu maldito plan de contingencia. Así que no esperes que te agradezca por hacerme ningún favor.

—Nada de eso hubiera sucedido si solo hubieras usado tu cerebro, encontrado el dinero y mantenido la cabeza baja. Pero tenías que intentar arreglar las cosas. Deberías haberte dejado lo suficientemente bien. Francamente, estoy decepcionado de ti. No eres la hija que creía conocer.

Me levanté de la mesa. Una vez más, había terminado.

—Bueno, gracias a Dios por eso. Adiós, papá.

Capítulo 43 Charlie

Estudié el contorno dejado por la estilizada A que adornaba el exterior de mármol del edificio Agoston Investments en Madison Avenue. Hace dieciocho meses pensé que este lugar sería el centro de mi mundo. De pie en la acera después de mi montaña rusa emocional de un día, pude ver cuán fría y vacía habría sido esa existencia. Innumerables horas pasaron adorando en el altar del todopoderoso dólar. Amistades superficiales basadas en capital social e influencia. Y probablemente un matrimonio sin amor nacido de la presión de los padres y la sociedad. Ahora, solo el pensamiento me hizo estremecer.

Le había mentido a mi padre antes sobre una cosa: no había arruinado mi vida. La había *salvado*. Sus acciones me obligaron a salir de mi zona de confort y me enseñaron a *vivir*.

Lamenté profundamente las dificultades que sus víctimas habían enfrentado, pero su avaricia insaciable había abierto la puerta de mi jaula. Cuando me fui de Nueva York, podría haber estado tratando de perderme, pero en cambio me encontré a mí misma.

Mis ojos se llenaron de lágrimas furtivas al pensar en mi vida en Nueva Orleans. Una parte de mí deseaba poder regresar y hacer que todo siguiera igual que antes de irme. Pero entonces aún estaría viviendo una mentira.

¿Cómo podría volver ahora? La ciudad de la que me había enamorado nunca volvería a ser la misma para mí. A Charlotte Agoston no se le permitiría tener la vida simple de Charlie Stone.

—Charlotte, cariño. ¿Eres realmente tú?

La voz familiar ahuyentó mis pensamientos guerreros. Me aparté del edificio, lejos de mi pasado y del futuro del que había escapado.

El cabello oscuro de Juanita estaba enhebrada con más plata de lo que había sido el día que me fui de Nueva York, pero para mí nunca se había visto mejor. Ella se veía feliz. Las lágrimas cayeron por sus mejillas mientras me empujaba a sus brazos.

—Dios, te he extrañado, niña—. Ella me apretó más fuerte antes de dar un paso atrás para examinarme. —Mírate.

A diferencia de la inspección de mi madre, la de Juanita no me tenía lista para sacar mi armadura.

—Estás preciosa. Como... finalmente estás cómodo con tu propia piel.

Como siempre, ella era perceptiva como el infierno.

- —Te extrañé. Lo siento, no me mantuve en contacto. Tenía miedo de que si supieras dónde estaba...
- —Ni siquiera intentes disculparte. En lo que a mí respecta, ninguna noticia era una buena noticia. Ahora, salgamos de la calle y tomemos una taza de café. Quiero escuchar todo lo que ha pasado desde que saliste de mi cocina. —Juanita pasó su brazo por el mío y me llevó al otro lado de la calle hacia el café donde habíamos acordado reunirnos.

Se me ocurrió una idea. —¿Cómo sabías dónde estaba ahora?— Debería haber estado esperando en el café, pero me había atraído involuntariamente el símbolo de mi pasado elevándose en el horizonte de Manhattan.

—Destacas como un pulgar dolorido en esta parte de la ciudad, Charlotte. Vi los cuellos de goma desde el otro lado de la calle. No fue difícil de entender. Bastante justo.

Nos instalamos en una cabina trasera con tazas humeantes frente a nosotros, y Juanita no perdió el tiempo en ponerse manos a la obra.

—Dímelo todo. Pero primero, cuéntame sobre este caballero del sur con el que fuiste fotografiada cuando todo golpeó los papeles.

Cerré los ojos con fuerza mientras la culpa me golpeaba. Esas imágenes probablemente habían matado cualquier posibilidad de que Simon tuviera un futuro en la política.

Pero había una posibilidad de que si me mantenía alejada, y él decidiera correr después de que su madre estuviera bien otra vez, el zumbido a su alrededor se calmaría, y eventualmente tendría una gran posibilidad de ser elegido. Pero si volviera... bueno, basta con decir que entre mi nombre y mi aspecto colorido, la carrera política de Simon permanecería muerta.

—¿Charlotte?

Miré hacia arriba, dándome cuenta de que Juanita había estado esperando que respondiera su pregunta.

Traté de ligereza para desviar. —Dios. ¿Por qué no puedes comenzar con algo más fácil? Como, ¿por qué diablos decidí cubrir mis brazos perfectamente buenos con tatuajes?

Mi intento de desviación falló. Juanita solo levantó una ceja. — Entonces, él *era* alguien importante. Duchesne, ¿verdad?—No me gustó que hablara en tiempo pasado.

—Su nombre es Simon Duchesne.

Ella me miró con astucia. —¿Y él era importante?

Tragué saliva. — Es importante.

—Y lo amas.

Esa no era una pregunta, pero respondí de todos modos. —Sí.

- —¿Y ahora qué?
- —No lo sé—. Miré el vapor que se elevaba de mi taza. Me di permiso para ser honesta. —Quiero regresar, pero si fuera una mejor persona, ni siquiera lo consideraría. Debería correr tan lejos y tan rápido como pueda en la dirección opuesta. Y me odio por no ser lo suficientemente fuerte como para hacerlo. Esa es solo una razón más por la que merece algo mejor.
- —Entonces, ¿has decidido ser tu propio juez, jurado y verdugo? No me di cuenta de que te convertirías en un mártir.

Me ericé. —¿Cómo es eso de ser un mártir? ¿No se supone que debes poner a las personas que amas antes que a ti mismo?

Ella ignoró mi pregunta y respondió con otra propia. —¿Qué diría tu Simon si estuviera aquí escuchando esto?

Me imaginé los rasgos fuertes de Simon, los ojos color avellana y el cabello oscuro y despeinado. ¿Qué diría él? Pensé en el boleto de avión. Eso fue tan claro como pudo enviar un mensaje. — Probablemente algo en la línea de 'vete como el infierno a casa donde perteneces'.

- -Entonces ahí está tu respuesta.
- —No es tan simple.
- —¿Por qué tiene que ser complicado?
- —Porque está mejor sin mí. Incluso si no quiere admitirlo.

Juanita cubrió mi mano jugando con ella. —¿Y tú? ¿Estás mejor sin él? ¿No es esa la verdadera pregunta que deberías tratar de responder?

—No estoy preocupado por mí...

—¿Por qué no? ¿No mereces la misma consideración?—Su tono era tonto. —Tienes que dejar de tratarte a ti misma como algo menos por lo que tu padre hizo. Te lo dije antes, pero claramente no causó impresión. Las acciones de tu padre no son reflejo de tu personaje, Charlotte. Debes dejar de pensar que lo están, o pasarás el resto de tu vida huyendo de algo de lo que nunca podrás escapar.

—Pero...

—Pero nada. Simon es un hombre adulto. Deberías dejar que tome su propia decisión. Si lo amas, entonces se lo merece. Cualquier otra cosa es un mal servicio para los dos. —Sus ojos oscuros me inmovilizaron. —No eres una chica estúpida, Charlotte. Así que deja de actuar como eres. ¿Qué otro plan tienes? ¿Seguir corriendo?

Bajé la cabeza y dejé caer el pelo en la cara. —Todavía estoy resolviendo eso.

—Mi consejo sería no tomar demasiado tiempo para decidir. La vida solo nos da tantas oportunidades de ser felices. Harías bien en no desperdiciarlo.

Capítulo 44 Simon

Vi las mismas dos piezas de equipaje no reclamado dando vueltas y vueltas alrededor del carrusel de equipaje. Uno era un estuche rígido de palos de golf, y otro era una bolsa con diseño de tapiz que parecía algo que una abuela llevaría. Mi sospecha se confirmó cuando un empleado del aeropuerto cargó la bolsa cubierta de flores en un carrito empujado por una mujer mayor con zapatos ortopédicos de color canela. Un hombre en un teléfono celular arrastró los palos de golf.

Mis esperanzas se estaban hundiendo, pero me negué a renunciar a ella. Ella viajaba ligera. Sin equipaje no significaba sin Charlie. Pero desde mi banco, tenía una vista perfecta de todos los viajeros que llegaban, y ella no había estado entre ellos. El agente de la puerta de embarque pudo confirmar que el vuelo fuera de Nueva York se había retrasado, pero los pasajeros a bordo probablemente tuvieron tiempo suficiente para hacer la conexión de Nueva Orleans. Incluso en mi momento más encantador, la mujer se había negado a decirme de una forma u otra si Charlie había abordado alguno de los vuelos. Murmuró disculpas acerca de las políticas y los datos de la privacidad no calmaron los nudos en mi estómago. Mi llamado a Ivers tampoco me dio nada. No tenía idea de lo que Charlie había hecho después de haberla dejado en la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos. Cuando reservé el vuelo, una vez más debatí si incluir un mensaje para que Ivers lo pasara. Pero algo me detuvo. La conversación que Charlie y yo necesitábamos tener no podía tener lugar a través de un intermediario. Estaba contando con el hecho de que el boleto de avión hablaría por sí mismo.

¿Cuánto más claro podría hacer que quisiera que ella volviera a casa? ¿Que no me importaba quién era ella?

Pero me importaba que ella *no* hubiera confiado en mí. Odiaba saber que ella había tomado una decisión consciente de ocultar la verdad, a pesar de que había dejado bastante claro que no importaba lo que estaba escondiendo. Bueno, siempre y cuando no fueran tres maridos y una serie de asesinatos en serie. Traté de ponerme en su posición, pero incluso entonces, apestaba saber que no había sentido que podía confiar en mí.

Así que me senté en mi banco y esperé.

Y esperé.

Y esperé.

Cuando finalmente me levanté, sintiendo que los listones de metal se habían grabado en mi trasero, tuve que enfrentar hechos: había estado esperando mucho más de cuatro horas. Había estado esperando durante meses, incluso antes de que ella corriera. Todo lo que quería de ella era una señal de que ella estaba en esto conmigo. Una señal de que tuvimos la oportunidad de algo real juntos. Y no había conseguido nada.

No había esperado por nada.

Salí del aeropuerto preguntándome cuánto más podría esperar a esta mujer.



Derek me recibió en el bar.

- —Supongo que ella no estaba en el avión.
- —No. —Mi tono fue recortado. Realmente no quería hablar de eso. Sobre ella. Quería emborracharme. —Maker's. Ordenado—Le dije al barman.
 - —Sí, señor.
 - —Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a subir allí?

Me volví hacia Derek. —¿Podemos beber?

—Vamos, hombre. Tienes que tener un plan. Te conozco. *Siempre* tienes un plan.

Él estaba en lo correcto. Excepto que, por primera vez en mi vida, no lo tenía. —Charlie tiene la costumbre de volar en pedazos todos mis planes de mierda—. El cantinero colocó el bourbon frente a mí, lo recogí y tomé un trago saludable. —¿Quieres saber para qué era mi plan hoy? Iba a recogerla al aeropuerto, e iba a ser romántico como el infierno. En cambio, vi que el equipaje daba vueltas y vueltas al reclamo de equipaje durante cuatro horas, y ella nunca vino. Mató mi sentido del romance. —Incliné el resto de mi bebida y golpeé el vaso contra la barra. —Así que ahora, solo quiero emborracharme lo suficiente para poder dejar de pensar en todo por unas horas. ¿Cómo suena eso?

Derek me estudió con ojos demasiado conocedores. —¿Cuánto tiempo vas a perseguir a esta chica antes de que finalmente te rindas?

Lo que apestaba de tener un mejor amigo que te conocía desde la infancia era que no tenía miedo de hacer una pregunta que no estabas listo para responder. Todavía no estaba listo para renunciar a Charlie, pero me estaba acercando al límite de mi fortaleza.

Hice un gesto al camarero para que me sirviera otro. Derek permaneció en silencio, claramente esperando una respuesta. Con la bebida llena en la mano, me volví hacia él. —¿Qué? ¿Cómo diablos esperas que responda eso?

Él se encogió de hombros y tomó un sorbo de su bebida. —Con la verdad, supongo.

—La verdad es que no lo sé. Si estuvieras en mis zapatos, ¿habrías dejado de perseguir a Mandy?

Agitó el licor en su vaso. —No. Pero aun así, llega un punto en el que también tiene que empujar todas sus fichas al medio. Ambos deben estar todos dentro.

- —¿Crees que no lo sé?—Mi frustración aumentó un poco más.
- —No sé qué decir, hombre. Supongo que si fuera tú, le daría unos días más y luego comenzaría a hacerme algunas preguntas difíciles. Porque con su historial de carrera, es posible que tengas que enfrentar la posibilidad de que ella nunca regrese.

Me bebí el resto del bourbon. Saludé al camarero. —¿Puedes dejarnos la botella?

Derek me miró de reojo. —Emborracharse no va a ayudar exactamente.

Derramé licor en mi vaso. —Claro que no va a doler

Capítulo 45 Charlie

Después de un vuelo retrasado debido a problemas mecánicos, una conexión perdida porque había leído mal mi tarjeta de embarque y una noche incómoda de no dormir en un banco en el aeropuerto de Atlanta, el avión aterrizó en Nueva Orleans a las once de la mañana. Esperé impacientemente a que los pasajeros delante de mí agarraran su equipaje y desembarcaran. El dicho, "un día tarde y un dólar corto" seguía corriendo por mi cabeza. Pagué al conductor y salí. Me enfrenté a la valla que me separaba de Simon. La ironía no se perdió en mí. Al igual que antes, había más que metal entre nosotros. Había mentiras, la verdad y todo lo demás. Me preguntaba superarlo. Alcancé podríamos el realmente intercomunicador, pero me detuve cuando vi a Simon a través de los Parecía barrotes cubiertos de enredaderas. un infierno. Cansado. Harapiento de alrededor los bordes. Estaba descalzo, llevaba pantalones cortos de color caqui y camiseta una negra.

Cuando el taxi se acercó a las familiares puertas de hierro, rematadas con una intrincada flor de lis, luché por descifrar qué demonios iba a decir.

Lo siento, parecía tan ... inadecuado.

Estaba sosteniendo una correa.

Conectado a mi gran perro callejero.

La cabeza de Huck se alzó bruscamente y una serie de ladridos profundos desgarraron la quietud de la madrugada. Su enorme cuerpo se lanzó hacia adelante, tirando de la correa de la mano de Simon.

Simon se volvió y se congeló.

. Su cabello era peludo, rizado alrededor de las orejas de una manera que sugería que tenía cosas más importantes de las que preocuparse que tomarse un tiempo para un barbero. Varios días de barba le cubrían la mandíbula. Seguía siendo hermoso, pero una vez más, me enfrenté a un Simon diferente al que había visto antes. Su expresión no reveló nada. Y ciertamente no me llenó de esperanza. No estoy seguro de cuánto tiempo estuvimos de pie, solo mirando y tratando de adivinar lo que el otro estaba pensando. Los segundos pasaron en un silencio casi doloroso.

Huck trotó, sin cojear, hacia la cerca. Él se quejó, arañó y lamió mi mano a través de los barrotes.

Me rasqué detrás de la oreja, y él se apoyó en mi toque. "También te extrañé, bebé," susurré.

Simon se tomó su tiempo cruzando el césped. Cuando finalmente se acercó lo suficiente, pude ver las ojeras bajo sus ojos.

"Hola". Era la línea de apertura más floja, pero no sabía qué más decir.

Simon se detuvo frente a la puerta y me miró. El no respondió. Recordé la última vez que habíamos jugado pollo emocional. Parecía que también tendría que desviarse primero esta vez. "Yo ..." Habló exactamente en el mismo momento. Ayer esperé en el aeropuerto. Por cuatro horas. Cuando no apareciste, pensé que habías decidido seguir corriendo.

Tragué. Finalmente había llegado el momento de la honestidad absoluta. "Pensé en ello". Un destello de angustia apareció en sus rasgos, pero seguí adelante. "Probablemente debería haberlo hecho. Probablemente hubiera sido mejor para ti a la larga no volver a verme nunca más.

Se rió sin humor y se agarró la nuca con una mano. Miró hacia el cielo. "No me hagas ningún favor , Charlie".

"Confía en mí, no lo soy. No veo lo bueno para ti en esto. No veo nada más que inconvenientes de tu parte. Estar conmigo es un mal negocio. El secreto está fuera, y a menos que corra y me esconda y me convierta en otra persona, todos sabrán quién soy: la hija de un ladrón y una mentirosa por derecho propio. Esa es la persona que voy a ser por el resto de mi vida. Cualquier persona que esté a mi lado se verá arruinada por ello. Respiré hondo y llegué al fondo del asunto. "Pero resulta que no soy lo suficientemente fuerte como para alejarme de ti otra vez. Esta vez, tendrás que decirme que vaya. Porque de lo contrario, iré no me

En algún momento durante mi discurso, Simon se había acercado a la puerta. Agarró una barra en una bodega de nudillos blancos. El músculo de su mandíbula se contrajo, y me preparé, esperando como el infierno que no hubiera dicho demasiado. Con la esperanza de no haberlo convencido finalmente de que no valía la pena. Una oleada de dolor me atravesó. ¿Ya había comenzado a tratar de descubrir

cómo sacarme de su vida? "Simon-"

"Me pasé todo el día tratando de averiguar qué iba a hacer si decidieras correr. Cómo iba a lidiar con el hecho de que no podría estar regresando."

"No. Has dicho tu pieza. Es mi turno. Extendió una mano a través de la cerca y jugueteó con un mechón de mi cabello. "Porque todavía hay una cosa que parece que no entiendes: no me importa quién eres. No me importa si eres Charlie o Charlotte o Lee, o alguien más. Porque lo único que importa es que eres mía. No iba a dejarte ir sin pelear . Si hubieras corrido, te habría perseguido. Tal como lo he hecho desde el principio ".

" Pero-

Ahuecó mi rostro con su mano y pasó su pulgar sobre mis labios para silenciarme. "Si me vas a decir una vez más lo malo que eres para mí, no quiero escucharlo. Lo único que quiero escuchar que sale de tu boca es que me digas que me amas.

Su pulgar se apartó de mis labios y las palabras salieron. "Te quiero."

Simon se apoyó contra la cerca y cerró los ojos por un momento. Una sonrisa se extendió por su rostro, y sus ojos se encontraron con los míos.

"Bienvenido a casa, Charlie. Te extrañé. " Los fuertes brazos de Simon me atraparon y me levantaron. Me envolví alrededor de él. Este hombre era mío, y nunca lo dejaría ir de nuevo. Presionó sus labios contra mi cabello y susurró: "Te extrañé tanto". No dejarte fuera de mi vista por un maldito año. Mi única respuesta fue aferrarme más fuerte.

Volvió a pasar la mano por los barrotes y buscó un botón para abrir la puerta. Tan pronto como hubo suficiente espacio, dejé mis maletas en la acera, me deslicé por el hueco y me lancé hacia él.

Cuando finalmente me bajó, la alegría me abandonó y mi expresión se volvió seria. "¿Como esta tu madre? ¿Va a estar bien?

La sonrisa de Simon no se desvaneció. "Ella va a estar bien. Mucha terapia, pero ella va a estar bien ".

" Y tu decisión de no hacer campaña ... fue por mi culpa? Porque

yo ... Simon me interrumpió. "No. Ya lo había decidido antes del cuatro de julio. Simplemente no te quedaste el tiempo suficiente para que te lo contara. El "Si Ivers te hubiera contactado antes ..."

El calor estalló en mis mejillas. "Sabía que si quería una oportunidad contigo, tenía que hacer las cosas bien". Miré hacia el suelo y las puntas de mis raídas Chucks . "Simplemente no funcionó exactamente como había planeado".

Esta vez lo interrumpí. "No habría hecho la diferencia. Tenía que suceder de esta manera. Definitivamente podría haber vivido sin

poner un pie en Rikers, pero al menos la gente está recuperando lo que perdió.

Simon frunció el ceño. "Como dije. No dejarte fuera de mi vista.

La puerta principal se abrió y ambos nos volvimos hacia el sonido. Sonreí cuando se me hizo un nudo en la garganta. Solo familia. Su fácil aceptación me humilló. Y sabía que estaba realmente en casa. "Me encantaría."

El padre de Simon estaba parado detrás de la silla de ruedas de su madre. Ella sonrió, su rostro aún ligeramente torcido, pero levantó una mano y saludó. El Sr. Duchesne gritó: "Bienvenido a casa, Charlie. A Maggie le gustaría invitarte a almorzar. Nada de lujos . Solo familia.

Simon presionó otro beso en mi cabello y susurró: "Te amo".

Pasé mis dedos por los suyos y caminamos de la mano hacia la casa.

Capítulo 46 Simon

Aparqué al otro lado de la calle de Harriet y me volví hacia Charlie. "Cuando dije que no te estaba perdiendo de vista, no estaba bromeando. Si es aquí donde quieres quedarte esta noche, será mejor que estés preparado para una compañía. Esperaba que se diera cuenta de lo serio que era. Después de más de seis semanas de diferencia con nada más que preguntas e incógnitas entre nosotros, quería que estuviéramos en la misma página cuando se tratara de nuestro futuro. Sabía lo que quería: Charlie en mi cama todas las noches, con mi anillo en su dedo. Mi reserva de paciencia se había agotado. Después de enfrentar la posibilidad de perderla, no iba a descansar hasta que me hubiera encerrado para siempre con esta mujer.

Levantó la vista de debajo de sus pestañas oscuras y me lanzó una sonrisa descarada. "Como no estaba planeando dejarte ir, eso funciona para mí".

Alcancé la manija de mi puerta, pero Charlie ya estaba fuera del auto y cruzando la calle. ¿Qué demonios tenía prisa? Cuando salí del auto, ella estaba metiendo llave cerradura ya su en "¿Emocionado Harriet?", Pregunté. antigua. de ver a

La impaciencia o la ansiedad o algo más que no pude identificar había estado saliendo de ella desde que me pidió que la trajera de vuelta al apartamento después de la cena. Por mucho que hubiera querido meterla en mi cama, no había discutido. Por extraño que parezca, ella

sugirió dejar a Huck acurrucado a los pies de mi madre. Algo estaba pasando, pero no tenía idea de qué. Con Charlie, podría ser cualquier cosa. Caminé por el estrecho pasillo hacia el oasis del jardín de Charlie y me detuve en seco. Docenas de gordas y blancas velas de pilares estaban sobre la mesa, el borde de la fuente y el estanque koi, en las repisas de las paredes de ladrillo y alrededor de la piscina. Las llamas amarillas parpadeaban en la brisa de la tarde.

Ella sonrió y mantuvo abierta la puerta. "Tú primero". "
¿Qué está pasando aquí?"

Se mordió el labio, conteniendo una risa sin éxito. "Solo rodéalo, Simon".

Me incliné y le di un beso en el pelo. "Solo para ti". Me di la vuelta en un círculo lento, asimilando todo. Un gesto romántico de Charlie. Me gustó a dónde se dirigía esto.

"¿Cómo lograste lograr esto?", Pregunté, terminando mi círculo justo cuando ella tiraba de su camiseta negra sobre su cabeza y la dejaba caer al suelo. El mejor tipo de déjà vu me atravesó.

"Harriet. Y ella tuvo la amabilidad de darnos un poco de privacidad. Ella se estiró a la espalda y se desabrochó el sujetador. Colgó de la punta de sus dedos por un momento antes de aterrizar en su camisa. Ella era tan hermosa que robó cualquier otro pensamiento de mi

Observé con puro aprecio masculino mientras se quitaba los Chucks y buscaba la cremallera de sus jeans. Ella los esquivó cuando dijo: "La última vez que intenté esto, me dijiste que te avisara cuando estaba lista para algo más que una mierda rápida ".

Expuso la pálida piel blanca de sus piernas mientras pateaba sus jeans luché por seguir bragas a un lado. V línea de conversación. "Recuerdo haber dicho algo así".

Este soy yo diciéndole, sin una sola reserva, que quiero más. Mucho más, Simon. Lo quiero todo. Contigo.

Mi corazón martilleó ante sus palabras y la visión de ella ante mí. Desnudo en todos los sentidos. Sin paredes Sin mascaras. Sin secretos. Sin mentiras. Solo Charlie Mi entintado, perforado, hermoso Charlie.

Mi ya amplia sonrisa se extendió aún más. "Eso es conveniente, porque no iba a aceptar un no por respuesta".

Ella inclinó la cabeza. "¿Una respuesta a qué?"

Me metí la mano en el bolsillo y sentí el anillo que llevaba desde ayer por la mañana. Después de que mi gran plan de reunión del aeropuerto se descarriló, me dije que iba a esperar. Que no iba a hacer esto esta noche. Que iba a dejar que se acomodara unos días más antes de mencionarlo. Pero por alguna razón, había guardado el anillo en mi bolsillo de todos modos. Y me alegré muchísimo, porque no podía dejar pasar este momento sin preguntar.

Me dejé caer sobre una rodilla en el concreto frente a ella, saqué el anillo y lo sostuve en alto.

Se tapó la boca con la mano. "¿En serio? ¿Ahora? ¿Estás haciendo esto ahora? Mientras estoy jodidamente desnudo? ¿En serio?

Sonreí. Ahora era el momento perfecto. Alcancé su mano izquierda.

"Charlotte Agoston, te amo. Cada maldita pieza tuya, incluido tu pasado, porque te hizo quien eres y te trajo a mí. Quiero pasar el resto de mi vida contigo a mi lado. Quiero ponerme de pie delante de Dios y de todos y hacerte mía. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella cerró los ojos con fuerza. "¿Por qué nunca haces lo que creo que vas a hacer?"

Levanté su mano a mis labios y la besé. "Esa no es la respuesta que esperaba, bebé."

"Jesús, Simon. Te das cuenta de que nunca podemos contar esta historia a nadie. Porque si le dices a alguien que nos comprometimos mientras estaba desnuda ...

Me puse de pie y la atraje contra mí. "¿Eso es un sí?"

Ella extendió la mano para envolver sus brazos alrededor de mi cuello. Justo antes de presionar sus labios contra los míos, susurró: "Por supuesto, es un sí".

El beso comenzó dulce, pero no pude evitar tomar el control. Nunca

tendría suficiente de ella. Nunca. Cuando finalmente nos separamos, recordé el anillo, que había logrado no soltar. Alcancé su mano izquierda nuevamente, y miré sus brillantes ojos color agua mientras la deslizaba sobre su dedo.

Ella lo miró por un momento antes de entrelazar sus dedos con los míos. El diamante brilló a la luz de las velas cuando Charlie me condujo hacia el borde de la piscina. Soltando mi mano, bajó las escaleras y se hundió en el agua.

Con el pelo flotando alrededor de ella en la superficie, parecía una diosa pagana. Gracias a Dios Derek se emborrachó lo suficiente como para querer tatuarse el nombre de Mandy en su trasero.

"¿Vienes?", Preguntó ella.

Me quité la camiseta y me quité los pantalones cortos y los calzoncillos en poco tiempo.

"Donde quiera que estés es donde quiero estar".

Una suave sonrisa se extendió por su rostro, y supe que si podía hacerla sonreír así todos los días por el resto de mi vida, sería un maldito hombre con suerte.

Bajé a la piscina y la seguí mientras flotaba hacia atrás. Atrapándola contra el borde de hormigón , agaché la cabeza para besarle el hombro, el cuello y luego la mandíbula. "Entonces dices que estás listo para muchísimo más ..."

Me pasó los dedos por el pelo y me miró a los ojos. "Estoy listo para cualquier cosa, siempre y cuando sea contigo".

"No cualquier cosa, Charlie. Todo. "Te ves increíble. Y soy el bastardo más afortunado del planeta.

Epílogo

Charlie

El sol de la tarde calentaba mi piel; Cerré los ojos y lo empapé. Una multitud de personas salió de las puertas arqueadas de la Catedral de St. Louis . Simon presionó un beso en mi hombro.

Mi vestido Dior vintage me había costado casi dos meses de mi trabajo muy querido: Director de Finanzas de The Kingman Project. Tal vez fue la compra más indulgente que jamás haya hecho, pero ver la cara de Simon mientras caminaba por el pasillo cubierto de pétalos de rosa en el brazo de su padre valió cada centavo. El corpiño sin tirantes de color champán se desvaneció en una falda de tul en capas finas del mismo color. Estaba incrustado con cientos de cristales dispersosque brillaba como diamantes al sol. Y tuve suerte. Es posible que mi padre no me haya regalado, y que mi madre no haya mirado con lágrimas en los ojos mientras su hija se casaba con el hombre que amaba, pero hoy, todos los días, estaba rodeada de personas que me aceptaban por lo que era. Me dieron la bienvenida sin dudarlo cuando no tenía pasado y me abrazaron incondicionalmente incluso después de que se revelaran mis secretos. Me habían mostrado lo que se suponía que era la verdadera familia. Simon rozó sus labios con los míos antes de enderezarse cuando Con se acercó, con Huck a su lado. Entregándole la correa a Simon, Con dijo: "Mejor trátala bien, Duchesne. O me responderás. Mientras sus palabras llevaban una advertencia, el tono no era áspero. Simon y Con tuvieron, después de algunos ataques

Mis ojos devoraron a Simon. Era, como siempre, devastadoramente guapo en un esmoquin. "No te ves tan mal tú mismo". Incliné mi

rostro hacia arriba para un beso. "Supongo que eso me convierte en una chica con suerte".

y comienza, formó una sólida amistad propia. "El tiene razón; feliz te parece hermosa. Me volví hacia la voz familiar para ver a Juanita secándose los ojos con un delicado pañuelo. "Gracias. Los dos. La sonrisa que se extendió por mi rostro fue tan amplia que me dolieron las mejillas. Había sido así durante días. Parpadeando las lágrimas sentimentales, hice girar la sombrilla, haciendo que las plumas rebotaran.

Los hombres se dieron la mano. "Tienes mi permiso para patearme el trasero si no lo hago".

Con soltó la mano de Simon y se concentró en mí. Inclinándose, presionó un beso en mi mejilla. "Feliz te queda bien, Lee. Dale un infierno".

" Gracias. Para todo —susurré.

Con asintió y se alejó para encontrar su cita. Me alejé de Simon para envolverla con mis brazos. "Gracias por estar aquí". " No me lo perdería por nada del mundo". Me apretó con fuerza durante un largo momento antes de soltarme. "No olvides esto, chica", dijo Yve, sosteniendo una sombrilla de plumas. "Casi es la hora."

Lo acepté de ella, junto con un abrazo. Simon regresó a mi lado y aceptó abrazos de Yve y Juanita. Luego extendió su mano libre. "¿Estás lista, Sra. Duchesne?" Pasé mis dedos por los suyos y le sonreí. "Ahora lo estoy". El líder de la banda suspendió el ritmo y el sonido del jazz llenó el aire mientras la fiesta de bodas, seguida por todos nuestros invitados, se movía en masa hacia las calles del Barrio Francés.